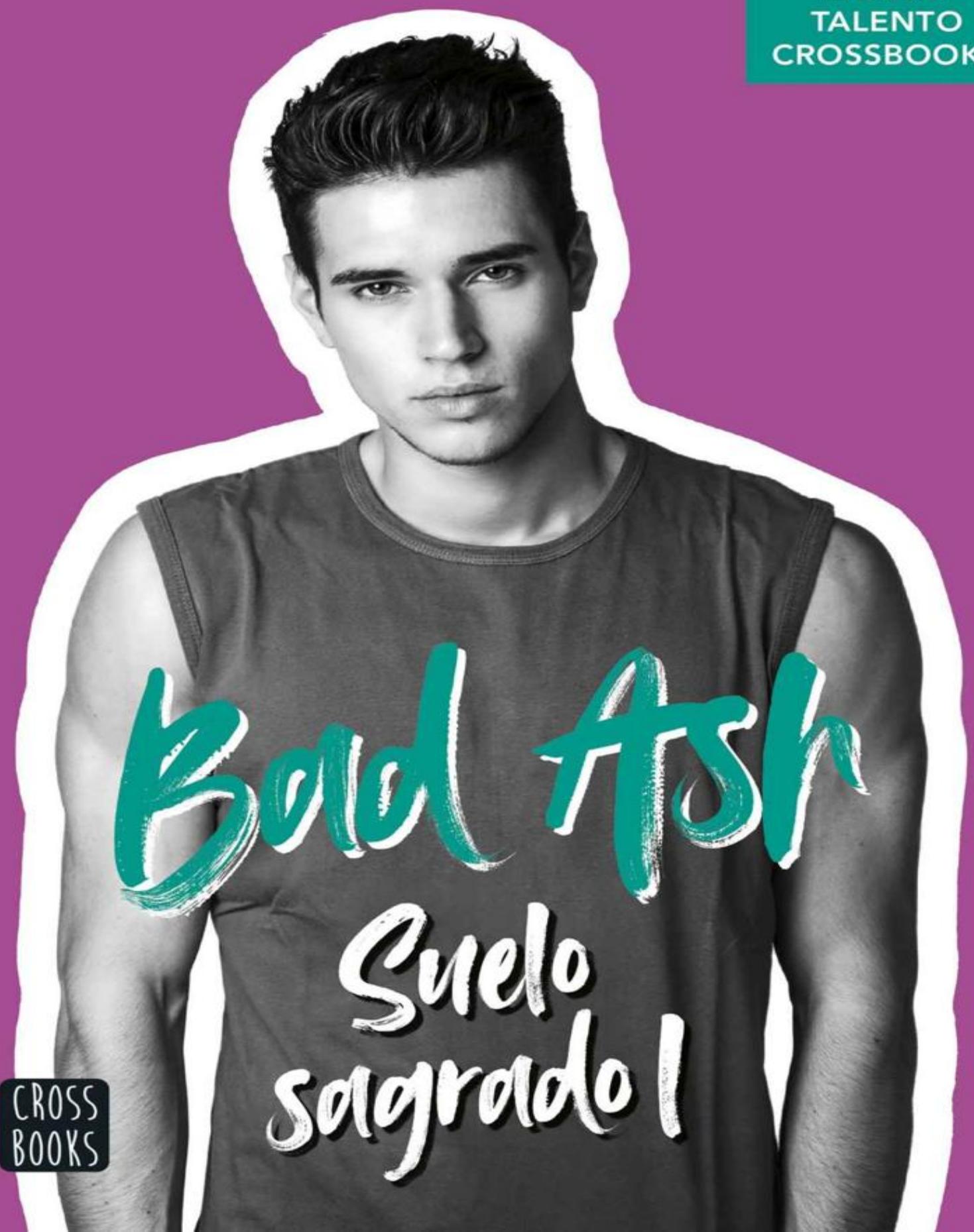


ALINA NOT

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS



Bad Ass
Suelo
Sagrado I

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Primera parte. «I wish you would»

1. Ashley

«Back to december»

2. Cam

«Dancing with our hands tied»

3. Ashley

«The archer»

4. Cam

«Death by a thousand cuts»

5. Ashley

«I did something bad»

6. Cam

«Exile»

7. Ashley

«Last kiss»

8. Cam

«Paper rings»

9. Ashley

«Lover»

10. Cam
«It's nice to have a friend»
11. Ashley
«I knew you were trouble»
12. Cam
«The other side of the door»
13. Ashley
«This is why we can't have nice things»
14. Cam
«Don't blame me»
15. Ashley
«So it goes...»
16. Cam
«Forever winter»
17. Ashley
«Getaway car»
18. Cam
«Call it what you want»
19. Ashley
«Delicate»

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Únete al fenómeno romántico hace que salten chispas. ¡La historia sigue 4 años después!

Ashley y Cam se habían hecho mil promesas antes de irse a la universidad. Y, aunque todo el mundo decía que una relación a distancia no funcionaría, ellos confiaban en que su amor podría con todo, porque... de eso va el amor, ¿no?

Ahora, cuatro años más tarde, una única promesa sigue vigente entre los dos: la de olvidarse el uno del otro.

Cuando una reunión de viejos amigos hace que sus caminos vuelvan a cruzarse, será el momento de demostrar si las promesas siguen teniendo valor... o si no fueron capaces de cumplir ni una sola.

Y, a lo mejor, encontrarán respuesta a la pregunta que siempre marcó sus vidas: ¿realmente el amor puede con todo?

BAD ASH 4

Suelo sagrado 1

Alina Not



Prólogo

Clavo la mirada en sus ojos, que ni siquiera se han desviado en mi dirección ni por un solo segundo, y lo que veo en ellos me asusta. Porque no queda ni rastro de él en esa mirada. Porque ya no hay brillo, ni chisporroteo, ni mucho menos amor.

Busco los resquicios de la tristeza que me había acostumbrado a encontrar en los últimos días entre los diferentes tonos verdes que llegaron a colorear mi mundo una vez. Pero ni siquiera eso queda. Solo vacío, solo rabia. Y, por primera vez desde que lo conozco, veo odio detrás de sus pupilas.

El silencio nos envuelve por unos segundos que se me hacen eternos. Estoy a punto de dar un paso hacia él. Pero entonces se gira de golpe y el contacto visual me quema, como quema el contacto del hielo con la piel desnuda.

Nos sostenemos la mirada y sé que aún no ha acabado.

—Tú tenías razón, Ashley. —Habla en un tono mucho más calmado del que ha estado utilizando hasta el momento—. Es mejor que desaparezcas de mi vida de una vez. Porque lo único que yo quiero ahora mismo de ti es olvidarte.

Da media vuelta y se aleja. Sé, muy en el fondo de mis entrañas, que ya nunca volveré a ver al chico del que estoy

enamorada. Las lágrimas me abrasan los párpados y las mejillas.

Y, así, lo siento muy adentro. Se ha acabado. Y este es el momento en que yo termino de romperme.

Primera parte

I wish you would

10 de junio de 2021

Mia creó el grupo «Arrivederci a tutti».

Mia te añadió.

Mia: ¡Hola a todos! Ciao bellos!
Como ya sabéis, Gina y yo nos mudamos a
Italia.

Gina: Bella Italia! Buonasera!
Come stai?

Mia: Hace mucho que no nos juntamos todos.
¿Qué os parecería si organizamos algo para
nuestra despedida? ¿Cómo tenéis el verano?
¿Nos hacemos una escapada?

Gina: Nos vamos el cuatro de agosto. ¿Quedada
en julio?

Emily: ¡Hola! Scotty y yo tenemos julio a
vuestra plena disposición. ¡Tengo muchas ganas
de veros!

Emily: ¿Y si nos vamos a pasar el cuatro de
julio todos juntos a algún sitio?

Emily: Tengo ganas de playa y de fuegos
artificiales.

Tyler: ¿Playa? ¿Fuegos artificiales? ¿Invitáis a barbacoa?

Gina: No hay suficiente dinero en el mundo para darte a ti de comer.

Tyler: Soy un tío grande.

Ryan: Yo en julio no puedo, chicas. Lo siento. Me voy a finales de mes a Florida, ya sabéis.

Mia: Dile al equipo ese que firmas más tarde. El cuatro de julio es sagrado. ¿Quiénes son de todas maneras? ¿Los tiburones?

Tyler: Miami Dolphins, el tío está en todo lo alto.

Tyler: De nada por haber abandonado el fútbol y haberlos dejado vía libre a los demás.

Gina: Viaje de colegas para el cuatro de julio.

Gina: Ryan no viene.

Gina: Scott, Emily, Tyler, Mia y yo. Venga, ¿a quién más sumo?

Grace: ¡Chicaaaa! Yo tampoco puedo. Me voy el mes entero a París con la jefa. Tengo ganas de veros, pero, en serio, no puedo. ¡Voy a París! Aunque voy a odiarlos por pasarlo bien sin mí. Pero os amo, así que os perdonaré. Total, yo estaré en la capital de la moda...

Cam: Ofrezco la casa del lago. Tengo hueco para nueve. Diez si Tyler quiere compartir mi cama como la última vez.

Tyler: Me juraste que quedaría entre nosotros.

Cam: Demasiado especial para no compartirlo.

Vanessa: ¡Pero bueno! ¡Me estáis petando el móvil de mensajes! Lago Tahoe. Cuatro de julio. Ya he reservado las vacaciones. Gracias. De nada. Os quiero.

Mia: ¡Vale! Tenemos dos bajas y cinco amigos de verdad. Me falta una...

Emily: ¡Ash!

Gina: Ashley, necesito tu respuesta.

Mia: Siempre está igual. Lleva cinco días sin cogerme el teléfono. ¿Alguien sabe algo de ella?

Emily: Cuando se digne a hablar deberíamos hacerle el vacío por no atender sus mensajes.

Mia: Estará flotando por encima del común de los mortales, como hace desde que entró en ese departamento de investigación. Seguro que ahí arriba no tienen cobertura.

Vanessa: Yo estoy trabajando y me he dignado a contestar. No tiene excusa. Odiémosla.

Vanessa: ¿Podemos twittear sobre ella como cuando estábamos en el insti?
#AshleyBennetbajadelanube

Emily: #YAshleyBennetsequedósinamigos

Mia: #AshleyBennetlaquescreíassuperior

Gina: #AshleyBennestásenmilistanegra

Tú: Estoy en el trabajo.

Tú: Os odio.

Gina: #AshleyBennettevieneallago
Tahoeelcuatroderejulio?

Tú: No lo sé.

Mia: Estás de coña, ¿no?

Tú: Estoy superliada. Millones de papeleos que preparar para mi beca. Tengo que ver lo que hay en el departamento para entonces. Y hay un congreso a finales de julio.

Emily: Mia, échala del grupo.

Tú: Voy en serio.

Vanessa: NO vas en serio.

Tú: ¿Me lo puedo pensar?

1

Ashley

Me está esperando apoyado en la chapa plateada extremadamente reluciente de su deportivo cuando yo salgo de mi casa arrastrando la maleta. Estoy segura de que a cualquiera se le subirían los colores a las mejillas, justo como a mí, y se le pasarían un montón de pensamientos impuros por la cabeza solo con poder ver esta imagen. Los vaqueros ajustados que lleva no son negros, para variar, pero la camiseta que se le pega a los músculos del torso sí que lo es. Le falta la cazadora de cuero, pero, claro, hace mucho calor a día dos de julio en Sacramento. Me sonríe en cuanto se cruzan nuestras miradas y da dos pasos para apagar la colilla que fumaba contra la valla y tirar los restos a la papelera que hay en el punto donde se separan nuestras casas. Qué cívico. Apuesto a que mucha gente no se creería que hace una cosa como esa.

—¿Estás lista? Es ya como mi cuarto cigarrillo. Lo tuyo no es hacer maletas, ¿eh, muñeca?

—No me llames muñeca —protesto al llegar a su altura.

Él sonríe de medio lado, divertido. Me quita el asa de la maleta para ocuparse de cargarla en el coche. Justo cuando estoy a punto de darle un abrazo, oigo la puerta de la casa abrirse a mi espalda.

—¡Ashley! Te dejas el cargador. Es este el tuyo, ¿no?

Mi madre se acerca hasta nosotros cruzando el jardín y yo recojo el cargador de móvil que me tiende.

—Gracias, mamá.

—Algún día perderás la cabeza. Eso si no la has perdido ya. No sé dónde la tienes últimamente.

Fuerzo una sonrisa porque no quiero que se dé cuenta de todo lo que callo e intento ocultar para no preocuparla. Y ese «últimamente» empieza a ser demasiado tiempo ya sin encontrarme.

—Buenas tardes, señora Bennet.

Casi me dan ganas de darle las gracias por distraer la atención de mi madre. A la que le gusta preguntar demasiado. Sobre cosas que sabe que no debería preguntar, además.

—¿Qué tal, Tyler? Vas a conducir con mucho cuidado, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —responde él, al instante—. Además, este coche es una bala, no le va a dar tiempo ni de estar preocupada, en una hora ya estaremos allí.

—¡Ay, por favor! Ni de broma, ¿eh? Ve despacio.

Tyler se ríe.

—Mamá. —La corto, con las manos sobre sus hombros—. Nos vamos. Te llamo cuando lleguemos. Iremos despacio. Tendremos cuidado. Y no, no llevo condones —me obligo a bromear.

—Qué pena.

Es Tyler, aún con su tonito de guasa, y mi mano golpea su estómago haciéndolo callar al instante.

—¿Y estás segura de que no los necesitas? —pregunta mamá.

—Eh, os dejo despediros. Te esperaré en el coche. Desde donde no puedo oíros, aunque esté a treinta centímetros — se burla nuestro vecino y se mete en el coche, tras el volante, tal y como ha prometido.

Mi madre me observa, seria.

—Nena, ¿vas a estar bien? ¿Crees que es una buena idea?

—Estoy bien —suspiro. Estoy bastante harta de tener que repetir esas mismas palabras una y otra vez, a todas horas —. Me voy. Te llamo.

La beso en la mejilla y rodeo el coche rápidamente para montarme en el asiento del copiloto.

—Te quiero.

—Te quiero —repite ella—. ¡Y dile a Tyler que se corte el pelo! —Eleva la voz para asegurarse de que él la oye perfectamente.

Cuando entro en el vehículo su risa inunda todo el espacio disponible y yo niego con la cabeza, desaprobando ese rollito de pullas mutuas que se traen los dos.

—¿Quieres conducir?

Rechazo su oferta y me pongo el cinturón. No creo que esté al máximo de concentración hoy como para poder domar tantos caballos. Él no dice nada más antes de arrancar. Nos despedimos de mi madre con la mano y rodamos atravesando el barrio hacia la salida de la ciudad. Yo pierdo mi vista por la ventanilla en cuanto hemos dejado

atrás las casas idénticas que componen la calle en la que crecí. Y tengo que agradecer a Tyler que respete mi silencio.

Llevaremos ya cerca de una hora de camino cuando él baja el volumen al que suena la radio. Hasta me sorprende oír su voz tan cerca de mí, como si mi mente ya hubiera olvidado que es quien conduce el coche en el que viajo. Mi madre tiene razón. La verdad es que no sé dónde tengo la cabeza.

—¿Estás bien?

Despega la vista de la carretera solo un par de segundos para mirar mis ojos. No digo nada. Soy incapaz de encontrar las palabras que busco, aunque las he repetido medio millón de veces en tan solo veinticuatro horas en casa con mi madre.

—Ash, llevas una hora entera sin parar de agitar la pierna. Y tienes suerte de que vaya a terapia y haya aprendido a controlarme tan bien, porque, si no, ya estaría histérico y habría tenido que cortarte la pierna o estrellar el maldito coche. Estamos a tiempo de darnos la vuelta.

Llega a enterñecerme un poco que me ofrezca esa posibilidad. Y, por un solo segundo, me planteo aceptarla. Pero sé que Mia y Gina no lo entenderían. Que Emily me lo estaría echando en cara hasta mi lecho de muerte. Y que Vanessa no me perdonaría en un año, y eso con suerte. Es verdad que hace mucho que no las veo. Al menos, teniendo en cuenta cuánto las veía antes. Y puede que lleve unos cuantos meses hablando menos con ellas, también. Sobre todo con Vanessa. Tyler y yo llegamos un día tarde a la reunión, así que ya me la estoy jugando bastante.

—Suena muy tentador —consigo murmurar.

—Bueno, pues ya lo sabes, solo tienes que decir las palabras mágicas —se burla, y se baja las gafas de sol de lo alto de la cabeza para protegerse los ojos.

—No puedo huir cacareando como una gallina.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Conozco bien este camino. Y uno de los grandes problemas que me estoy encontrando al recorrerlo es que nunca antes había sido Tyler quien viajaba a mi lado.

—Puedes largarte rugiendo como una tigresa, si quieres. El caso es que, si no quieres hacer esto, no tienes por qué.

No sé desde cuándo Tyler se ha vuelto así de sabio. Y atento. Y dulce. Y encantador. Pero el caso es que lo es. Aun así, no tiene razón en esto. Yo accedí a venir. Y no puedo dejar colgado a todo el mundo solo porque esté cagada de miedo. Hace mucho tiempo que aprendí a no dejar de hacer las cosas solo porque me den miedo. Aunque, para ser justos, nunca nada me había aterrado tanto como esto.

—Estás nerviosa —dice, el tío observador—. Es normal. ¿Cómo crees que estará él?

—Pues no lo sé —respondo al instante, irritada—. Hace mucho que no hablo con él.

—Yo hablo con él todos los días.

Le lanzo una mirada asesina y él devuelve la vista a la carretera sin que su cara denote que le haya impactado para nada el veneno que acaba de escupirle mi contacto visual.

—Tampoco es que me lo haya dicho ni nada. Nadie habla contigo de él, y nadie habla con él de ti. Lo hemos aprendido todos a base de hostias.

—Cállate.

—¿Aún sientes lo mismo por él?

—Tyler, cállate.

El coche se queda en silencio después de que yo haya elevado demasiado la voz para soltar esas últimas palabras. Puede que me haya excedido en mis malos modos, pero no pienso pedir perdón. Él ya sabía que se la estaba jugando. Lo sabía mejor que nadie.

Vuelve a subir el volumen de la radio y no dice nada más. Me siento culpable por un momento. Pero hay una emoción que me domina y hace enmudecer todo lo demás.

El miedo.

El maldito miedo de volverme a ver reflejada en los ojos verdes de Cameron Parker.

Tyler aparcá su deportivo justo en paralelo al coche de Scott. Pero yo no me fijo en ese, sino en el que hay aparcado al otro lado. El Honda blanco que ha tenido mi culo pegado al asiento mucho más tiempo que el coche del novio de mi mejor amiga. El coche de mi novio. El coche de mi exnovio. Y me pellizca el corazón y se me revuelve el estómago. No estoy muy segura de que vaya a poder con esto.

—Última oportunidad —dice Tyler a mi lado, en un tono levemente burlón.

Yo me giro hacia él, despegando por fin mi vista del blanco de la pintura de la parte trasera de ese otro vehículo. Que, por cierto, está impecable. Perfecta. Sin rastro del roce que yo le hice contra la columna del garaje de su casa de Eugene. Le dedico a mi acompañante una mirada fría y

Luego abro la puerta de un tirón para apearme del vehículo con toda la decisión que en realidad no poseo.

Seis meses y dos días. Parece la sentencia de una condena. Podría serlo. Y bastante dura. Llevo seis meses y dos días sin verlo. Sin oír su voz. Sin saber absolutamente nada de su vida. Debería haber sido suficiente para aprender a volver a respirar yo solita. Pensé que lo era. Si me hubieran preguntado hace un mes, habría dicho que ya estaba bien, que había pasado lo peor. Pero ahora no lo tengo del todo claro. Tengo miedo de que no haya servido de nada.

Respiro hondo y rodeo la casa, con Tyler pegado a los talones, para empujar la puerta que da acceso directo al lateral del jardín. Vale, puedo hacer esto sin que me tiemblen las piernas. Venga, Ashley, están ahí todos tus mejores amigos en el mundo. Tengo ganas de ver a las chicas, y a Scott. Y lo más importante es creerme de verdad que estoy encantada con esta situación. Así que, vamos allá. Un, dos, tres, y acción. Espero que se me dé mejor actuar ahora que en las obras del colegio.

—¿Hola? —llamo antes de dar la vuelta a la casa, cuando oigo una cacofonía de voces y risas, mezcladas y sin respetar turno, que llegan desde el jardín.

Un segundo de silencio. Y a la primera que oigo soltar un grito es a Emily. Luego, mucho jaleo, y las voces de las chicas hablando todas a la vez. Para cuando giro la esquina y quedan dentro de mi campo de visión, mi mejor amiga ya está justo frente a mí, y me salta encima abrazándome fuerte por el cuello.

Tengo que reírme. Es inevitable.

—¡Tía! —me chilla al oído—. ¡Por fin estás aquí! ¡Hace un millón de años que no te veo! ¡Sin oxígeno para respirar estaba ya! ¡Me estás matando, Ashley!

No me da tiempo a contestar con nada más que con un par de carcajadas porque, justo entonces, una fuerza de unos treinta kilos impacta contra nosotras, lloriqueando ansiosamente. Emily me suelta y se echa hacia atrás para huir del huracán de pelos y babas que no deja de saltarme encima sin ningún cuidado.

—*Vodka* —pronuncio su nombre, en un murmullo, porque casi no encuentro mi voz y se me han llenado los ojos de lágrimas ante la emoción que ella demuestra al verme—. Hola, pequeña. ¿Cómo estás? ¿Eh?

La abrazo como puedo y me arrodillo en el suelo para estar a su altura. La perra no puede parar de mover la cola y, con ella, toda la mitad posterior de su cuerpo, y gimotea histéricamente. Yo tengo que hacer un esfuerzo para que no me resbalen las lágrimas por las mejillas. Seis meses y dos días sin ver a *Vodka*.

Oigo cómo, a mi alrededor, todo el mundo está saludando a Tyler mientras a mí la perra me lame la cara a grandes lengüetadas, hasta obligarme a apartarla, riendo.

—Hay aquí personas humanas a las que saludar. —Oigo la voz de Mia, en tono de reproche, pero en el fondo se le nota un deje divertido.

Alzo la vista. Está con los brazos en jarras. Intento dedicarle una sonrisa de disculpa y le tiendo la mano, para que me ayude a levantarme. La pequeña Mia tira de mí con más fuerza de la que me esperaba y, en cuanto estoy de pie, me abraza efusiva.

—Eres una amiga horrible y una pasota descarada.

Cierro los ojos y sonrío levemente, achuchándola aún más.

—Lo sé —suspiro.

Cuando me separo de ella tengo que pasarme los dedos por debajo de los ojos para secarlos.

—Ashley —saluda Vanessa, en tono altivo, como si estuviera muy enfadada conmigo.

—Vanessa —respondo igual, a modo de burla.

Vodka salta y me muerde suave la mano, me golpea con la cola en las piernas mientras la agita y continúa con sus lloriqueos de llamada de atención.

—*Vodka*.

Oigo su voz, pero no lo veo. Aun así, el corazón me late como cuatro veces más rápido de su ritmo normal y me flaquean las piernas. Siento cómo me tiembla el estómago, y seguro que hasta las manos van a empezar a descontrolarse de un segundo a otro.

—Ya vale. Ven aquí.

Sigo mirando a Vanessa, pero ya no estoy pensando en ella. Para nada. Mi amiga parece tener intención de darme un abrazo también, pero su prima Gina carraspea un par de veces a su lado antes de que le dé tiempo a hacerlo.

—¿Qué? —pregunta, sin levantar mucho la voz, y se gira hacia los lados. Las dos lo vemos a la vez. Justo detrás de ella—. Ah. Mierda. Perdón.

Se aparta a un lado. Como si estuviera molestando. Como si estuviera interrumpiendo. Como si él tuviera mucho más derecho a saludarme que ella. Y todo a nuestro alrededor es

silencio cuando nos quedamos frente a frente, a tan solo dos pasos el uno del otro. Vaya amigos más cotillas.

Me muerdo la parte interior del labio cuando alzo la vista hacia él. Está serio. Lleva el pelo corto. Más que nunca. Por lo demás no ha cambiado desde la última vez que lo vi. Hombros anchos, mandíbula definida, pestañas largas. Y esos ojos. En cuanto conectan con los míos, algo encaja de golpe dentro de mi pecho. Casi se puede oír el engranaje. Y entonces me sonríe, solo un poco, nada espectacular, y mi interior explota en un millón de mariposas. Malditas mariposas zombis, porque deberían estar muertas desde hace mucho tiempo ya.

—Hola, Ash —dice, suave, en voz baja.

Y hasta *Vodka* parece estar respetando este momento.

—Hola —respondo, no sé ni cómo. Solo me sale un hilito de voz ridículo, pero estoy bastante segura de que lo ha oído.

Soy yo la que da un paso hacia él, porque esta maldita tensión me está matando. Y estar tan cerca y no abrazarlo parece casi un delito. Un crimen contra la humanidad. Un atentado contra la naturaleza y su ordenado caos.

Tengo que ponerme de puntillas para enredar los brazos alrededor de su cuello. Lo hago tímidamente, pero él enseguida pone los suyos en torno a mí y me estruja contra su pecho, como tantas veces antes. Es la sensación más familiar del mundo, es el orden natural de las cosas, y huele exactamente como lo recordaba. A Cam. A casa.

—¿Cómo estás? —pregunta, en un tono muy cordial.

Muy cordial, pero muy impersonal. Casi dolería menos si me mirara con rencor y se largara al interior de la casa,

dando un portazo. Pero, a pesar de hablarme como si fuera una absoluta desconocida, desliza sus manos por mi espalda muy suavemente, haciendo que todo mi cuerpo se vuelva extremadamente receptivo a su caricia, en un solo segundo. Y, cuando me aparto un poco más, sus manos me sostienen por los codos como si quisiera ayudarme a mantenerme en pie. Eso me deja más que claro que ha podido notar el temblor de mi cuerpo, y que es consciente del efecto que provoca en mí y en mis piernas de mantequilla. Él parece mucho más entero. Más que yo. Y, definitivamente, mucho más que la última vez que lo vi.

—Bien —respondo, y doy un paso atrás, para que deje de tocarme—. ¿Y tú?

—Bien.

Vodka se mete en medio de los dos, y estira el cuello para buscar mis manos con su hocico.

—Ya te vale no dar señales de vida —interviene Vanessa.

Menos mal que están aquí.

Cam coge a *Vodka* por el collar para apartarla y que me deje terminar de saludar a la gente en condiciones. Y ese collar se lo regalé yo, por cierto. Pero mis amigos no me dan tiempo a pensar demasiado en eso, porque aún tengo que abrazar a la morena y a su prima Gina y a Scott. Y tienen que volver a repetirme todos la persona tan horrible que soy por haber estado tan alejada y metida en mi propio mundo últimamente.

—¿Dónde están vuestras cosas? Venga, dejadlo todo y vamos a ponernos al día —sigue Vanessa, que tira de la camiseta de Tyler para arrastrarlo de vuelta hasta donde hemos dejado el coche—. Ash, tú duermes conmigo.

—¿Cómo? No, yo duermo en la cocina con *Vodka* — bromeo.

—¿Cómo? No, yo duermo contigo —le propone Tyler casi a la vez, y ella le suelta la camiseta y le pega un codazo en las costillas, con cara de disgusto, pero solo consigue hacerlo reír.

Cargo con mi maleta escaleras arriba, justo dos pasos por detrás de Tyler. Él se para frente a la puerta de la habitación con una cama individual. Se vuelve a mirarme y alza las cejas. Yo niego con la cabeza un par de veces y aparto la mirada rápidamente, pasando de largo por su lado. Clavo la mirada en el suelo al pasar por delante de la puerta abierta de la habitación de Cam. De todas las noches que he pasado en esta casa a lo largo de los años, solo ha habido una en la que no haya dormido allí. Es muy raro tener que seguir avanzando hasta el final del pasillo. Es muy raro no ocupar mi sitio de siempre. El que una vez pensé que siempre me pertenecería. Y, si no estuviera intentando convencerme a mí misma de que esta absurda mezcla de emociones desestabilizantes desaparecerá en cuanto me calme un poco, diría que hasta duele.

Oigo a Tyler salir enseguida de su habitación y bajar las escaleras. Y yo también debería dejar mi maleta y volver a reunirme con toda esta gente que estaba deseando ver y estaba deseando verme. Pero creo que voy a necesitar un par de minutos más.

—Eh, ¿qué haces? ¿Piensas bajar o no?

Puede que me haya tomado más de un par de minutos. Vale, lo admito. Pero tampoco creo que hayan sido tantos como para que esas dos tengan que venir a buscarme. La

que ha hablado ha sido Emily, pero Vanessa está tan solo un paso por detrás, con los brazos cruzados y apoyada en el marco de la puerta abierta.

—Claro que sí. Ya voy.

Cierro la maleta ya vacía y la dejo en un rincón del cuarto.

—Espero que no tuvieras ninguna preferencia de cama —dice la morena—. Anoche no estabas y tuve que decidir sin ti.

—No. No, no importa. Cualquiera me va bien.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —pregunta Emily.

Tiene la mirada inundada de preocupación. De verdad. Qué exagerada. Como si a alguien se le hubiera acabado el mundo alguna vez por una ruptura amorosa. Y la ruptura es una herida antigua, además. Más de un año desde que dijimos «se acabó», aunque no se hubiera acabado del todo.

Pongo los ojos en blanco y paso por su lado para bajar a reunirme con los demás.

—Estoy bien —aseguro.

—Ash... —empieza Vanessa.

—Vamos, o Tyler me dejará sin cerveza. —Cambio el tema y le dirijo una mirada muy significativa, para que no hable de lo que sabe que no debe.

Aunque el tema prohibido esté tan tranquilo en el jardín. Y esta sea su maldita casa.

El resto de nuestros amigos ya están en torno a una mesa en el porche, hablando y riendo. Lo que debería estar haciendo yo. Relajarme con mis amigos y pasarlo bien. Pero, al llegar a su altura, no me siento en una silla, como los demás. No, porque mi colega de cuatro patas se levanta rauda del lugar donde dormitaba, tras la silla de Cam, y

viene hasta mí meneando la cola. Así que me siento con ella en el suelo, para poder achucharla.

—Parece que alguien te ha echado de menos, ¿eh, Ash? —comenta Gina desde el otro lado de la mesa.

—Eso demuestra que los perros tienen buena memoria. Yo ya prácticamente me había olvidado de ti —me pica Mia con una sonrisa burlona.

—Y te lo tendrías merecido —ataca también Vanessa, sentada entre Cam y Tyler.

Suspiro pesadamente y doy un trago largo a mi cerveza, para demostrarle cuánto me importan sus comentarios.

—Habéis tardado mogollón en venir, ¿no? —dice Scott entonces, y creo que habla más con Tyler que conmigo.

—¿Tardar? Hemos salido de Sacramento hace tres cuartos de hora —bromea el aludido.

—Ya está chuleando otra vez el tipo del deportivo. —Se mete Gina con él.

Tyler sonríe orgulloso.

—Es un Mustang y, si aún no has caído en mis brazos después de haber puesto tu culo en el asiento una vez, es solo y exclusivamente porque eres lesbiana y yo muy hombre.

Creo que la burla en respuesta a sus palabras es generalizada.

—Ashley ha venido todo el camino con el culo pegadito a tu asiento y no la veo desmayada entre tus trabajados bíceps —opina Mia.

Yo levanto la vista enseguida, y Tyler me mira y sonríe de medio lado, con una expresión muy pícara.

—Eso es porque hemos parado a echar uno rapidito por el camino —alardea.

Yo suelto un bufido en respuesta y mis amigas protestan, todas a la vez, por sus comentarios engreídos.

—Deja de soñar despierto y compartir tus fantasías sexuales y di, ¿en qué habéis estado perdiendo el tiempo para salir tan tarde de Sacramento? —insiste Vanessa.

El rubio levanta las manos como manera de exculparse de toda responsabilidad por la hora a la que hemos aparecido en la cabaña.

—Yo había salido de mi revisión médica a las diez de la mañana. He estado esperando a Ashley siete horas en el coche —exagera.

Eso vuelve la atención en mi dirección de nuevo.

—¿Y tú qué tenías que hacer esta mañana? —curiosea Mia—. Podrías haber venido cuando Tyler ha salido del médico.

Yo miro de reojo a Cam y no contesto enseguida. Pero las miradas siguen sobre mí, intentando cotillear sobre mi vida. Y mi ex se ha dado cuenta perfectamente de que lo he mirado un par de veces ya.

—¿Qué? —pregunta él directamente—. ¿Dónde has estado esta mañana?

—He ido a ver a tu madre —confieso. Alza las cejas con sorpresa, mientras nuestros amigos guardan un silencio sepulcral—. Bueno, he ido a ver a *Salem*, pero a tu madre le he dicho que iba a verla a ella —bromeo.

—No me ha dicho nada...

—Ya.

Me muerdo el labio, un poco incómoda. Porque, aunque me he pasado seis meses alejándome de todo lo que me lo pudiera recordar, no he podido dejarlo todo atrás. Y he estado mucho tiempo evitando a su madre, igual que a todos los que intentaban hablarme de él. Pero la verdad es que tenía ganas de verla. Y hoy ya no tenía nada que perder. Él tampoco se queda atrás en eso de no haber sabido cortar lazos con la familia del otro. Soy muy consciente de que mi hermano habla mucho más con él que conmigo, habitualmente.

Tyler pone los pies encima de la mesa, con un par de golpes secos, recostándose sobre la silla, con un cigarro en la mano y una cerveza en la otra, y corta la tensión del momento al instante. No sé si lo ha hecho por Cam, por mí, o por él mismo, pero acaba de salvar la situación con un disimulo que le envidio un poquito. Se pone el cigarro en los labios y estira el brazo que sostiene la cerveza para pasarlo sobre los hombros de Vanessa.

—Joder, qué ganas tenía de estar aquí con vosotros. El lago Tahoe, un cigarro, una cerveza y Vanessa Miller pegadita a mí... Es el mejor día de mi vida.

—Vanessa Miller no se va a pegar tanto a ti como para que sea el mejor día de tu vida —responde la aludida.

Tyler hace una mueca, pero no la suelta. En cambio, aprieta un poco más la presión sobre sus hombros y la estruja contra él zarandeándola suavemente. Ella se ríe con sus estupideces.

—De alguna extraña manera, ya te estaba echando de menos, Tyler —reconoce, y apoya la cabeza en su hombro, finalmente.

—Lo sabía. —Sonríe, triunfal—. Ahora pon tu culito en el asiento de mi coche y verás lo que es la magia.

Vuelven a reír, mientras Vanessa protesta un poco por lo engreído que es. Creo que, la verdad, no le faltan motivos para poder serlo, de todas formas.

—Qué calor hace aquí, ¿no? —corto su tonteo.

—Dijo la chicagüense —se burla Scott al instante.

—Hacía calor ayer en Chicago. Llovía, pero hacía calor.

Mis amigos se ríen. Son tan de la costa Oeste, los pobres.

—Será que te choca porque te has desacostumbrado —apunta Vanessa.

—Será que me choca porque la última vez que estuve aquí había una capa de nieve así en este jardín —recuerdo al tiempo que separo las manos para demostrar cuánta nieve había.

Cam suelta una carcajada ante mi exageración y a mí se me licua el corazón en cuestión de dos décimas de segundo. Ashley, ¿qué demonios te pasa? De repente, estoy acordándome de la risa de Cam y los ladridos de *Vodka* a nuestro alrededor y nuestros cuerpos rodando entrelazados sobre la capa de nieve blanca, solo a unos metros de donde estamos ahora.

Y ya tengo un nudo en la garganta y la emoción amenazando con estropear mi duro trabajo de seis meses y dos días de olvido; pero Cam aún tiene ganas de reírse. Y eso solo me machaca un poco más la calma.

—¿Alguien quiere algo más de beber? —pregunta Emily.

Mi mejor amiga acudiendo al rescate. Menos mal que me conoce mejor que yo misma. Menos mal que está aquí. Y

menos mal que no ha dejado de quererme, aunque yo lleve meses sin ser la primera en llamar.

—Traigo otra ronda —ofrece—. Anda, Ash, ayúdame.

Me revuelve el pelo al pasar a mi lado, para molestar me. Y yo aparto a *Vodka* de encima de mis piernas, con cuidado, y me levanto para seguirla sin decir ni una palabra más.

Emily tiene que empujarme para que llegue hasta la cocina y, una vez que estamos dentro, cierra la puerta tras nosotras para enfrentarse a mí.

—¿Qué te pasa, Ash? —Es lo que pregunta, y yo frunzo el ceño ante su tono.

—¿Qué?

—¿De qué va todo eso? «He ido a ver a tu madre», «La última vez que estuve aquí había mucha nieve» —me imita—. ¿Qué estás haciendo? Si estás buscando algún tipo de reacción no me parece para nada justo, ni la mejor idea del mundo. Y habías dicho que estabas bien...

—Estoy bien.

—Ya. Pues Cam también. —Me sorprende la fiereza con la que lo dice—. No tires seis meses por la borda y menos así.

Doy un paso atrás y me apoyo en la encimera. No sé qué es lo que me está diciendo mi amiga, ni por qué me lo está diciendo así. Y tampoco sé qué es lo que siento. Ni por qué es tan difícil estar cerca de Cameron sin que mis emociones se vuelvan locas del todo. Ahora no soy capaz de defenderme, si es que esto es un ataque.

—No quiero tirar nada por la borda. Yo solo... No quería venir, para empezar. Y ahora intento que no se me note lo que está pasando, pero es más complicado de lo que creía que iba a ser.

—Claro que lo es. Pero, llegados a este punto, creo que lo peor que puede pasar es dar un paso atrás.

—Pensaba que podría controlarlo, Em. Pero la verdad es que no puedo. Y puedo esconder muchas cosas mientras nadie me ve, pero es que es complicado cuando todo el mundo te tiene en el punto de mira. No quiero que Cam se entere de lo que siento por él.

—¡Vaya, ya me imagino que no! —exclama Emily, con demasiada vehemencia—. Es que estás loca por hacer esto.

—¡Vosotras insististeis en que viniera! —protesto.

—Pues sí, porque tenía muchas ganas de verte, tía. Pero no pensé bien en las consecuencias. No quiero volver a pasar por lo de hace seis meses —dice, como si la de la ruptura devastadora hubiera sido ella.

—No voy a dejar que nadie sepa lo que siento —prometo, más para mí misma.

—No quiero un corazón roto, otra vez.

Me mira con reproche y mi mente tarda unos cuantos segundos en poder encajar sus palabras con su tono de voz y su expresión.

—No estás hablando de mí.

Emily me observa atentamente por un momento y, de repente, deja descolgarse un pelín su mandíbula inferior, como si acabara de llevarse una sorpresa enorme.

—Y tú estás hablando de Cam.

—¿Qué? Mierda.

—Joder.

Back to december

Seis meses y dos días antes...

La temperatura del café atravesaba la taza y me calentaba las manos mientras yo contemplaba un paisaje totalmente blanco a través del ventanal que daba al lago. Era temprano. Sabía perfectamente por qué no podía dormir, ni aun teniéndole a él a mi lado. Porque al día siguiente no lo tendría. Y debería haber aprovechado mi última mañana de despertar envuelta en su olor, y acurrucarme contra su cuerpo caliente y desnudo debajo del edredón. Debería haberlo hecho. Dejarme abrazar mientras murmuraba algo en sueños y sentir su respiración en mi pelo y contarle los latidos. Pero me había levantado. Había recogido la poca ropa que había encontrado en la penumbra, palpando el suelo en silencio, y había salido del cuarto poniendo todo mi esfuerzo en no despertarlo. Así que no tenía pantalones. Llevaba su jersey de lana gris, que me cubría hasta medio muslo, y mis braguitas, que eran lo único mío que había podido encontrar. Había recuperado mis calcetines gordos, que hacían perfecto juego con su jersey, y que el día anterior dejamos secando frente a la chimenea.

Aun en mi estado taciturno de aquella mañana, no pude evitar que se me escapara una sonrisa cuando vi a *Vodka*

revolcarse eufórica sobre la nieve, restregando el morro contra el suelo helado y soltando un estornudo exagerado a continuación. Era tan blanca que casi se confundía con el paisaje si se alejaba mucho de la casa. Y yo llevaba ya como diez minutos esperando a que volviera hasta la puerta y me pidiera que la dejara entrar, pero no parecía que ella tuviera mucha intención de hacerlo.

Me sentí afortunada, por un momento. Afortunada de estar allí; afortunada de poder ver cómo *Vodka* disfrutaba del momento, sin pensar en lo que pasaría al día siguiente, o esa noche, o por la tarde. Ella solo vivía el presente y deseé muy fuerte ser capaz de hacer lo mismo. Aunque solo fuera un día más. Unas horas más.

Hacía tres días, estaba en la biblioteca. Con la ansiedad consumiéndome y la concentración bajo mínimos. Pensando que a lo mejor no tenía que haberme tomado el último café. Aunque ya sabía que mi ansiedad no estaba relacionada con la cafeína y, casi seguro, tampoco con la asignatura cuyos apuntes ocupaban un cuarto de la mesa en la que me había sentado. Estar en casa por Navidad estaba siendo más duro de lo que había pensado que sería. La primera Navidad sin mi abuela, y mi madre tampoco lo llevaba muy bien. Esa misma tarde, mis padres iban a irse a pasar unos días a Seattle. Idea de mi padre, y me pareció una de las buenas. Mi madre lo necesitaba, eso sin duda. Y Eric se había largado casi sin llegar a terminar la comida de Navidad, de viaje con la familia de Leroy, a esquiar en Aspen. Tenía mis dudas de que fuera a volver con todos los huesos intactos, la verdad. Y yo me quedaba sola en casa para acabar el año, encerrada con mis libros y sin nadie con quien

celebrarlo. Porque, claro, también era mi primera Navidad sin Cam en cuatro años, aunque eso intentara no pensarlo ni un poquito. Según había oído, él iba a San Francisco a pasar el fin de año con su padre. Ryan, Vanessa, Gina y Mia también iban a pasar el fin de año allí. Tyler no había vuelto a Sacramento ese año, la señora Sparks había hecho el viaje a Los Ángeles, en cambio. Grace había regresado a Nueva York en cuanto hubimos intercambiado nuestros regalos navideños. Y Emily y Scott se iban al día siguiente a pasar unos días con unos tíos de Scott en Reno. Lo que me dejaba completamente sola conmigo misma. Y, la verdad, últimamente no era una persona con la que me gustara mucho estar. La Ashley triste, ansiosa y malhumorada no era la mejor compañía. Lo decía hasta mi madre.

Una chica se paró justo a mi lado, un poco insegura, y me sacó de mis pensamientos al instante. No sabía ni qué narices hacía en la biblioteca, si llevaba más de veinte minutos sin volver la página de mi libro. Miré a la entrometida y me sonrió levemente, tendiéndome un papel.

—¿Eres Ashley? —susurró.

Asentí lentamente, sin llegar a comprender qué demonios estaba pasando y por qué una completa desconocida sabía mi nombre y me tendía un papelito doblado en cuatro.

—Un chico superguapo me ha dado cinco pavos por darte este papel. No es su número de teléfono, tengo que reconocer que he mirado, por si acaso —añadió, pícara—. Suerte, Ashley.

Me guiñó un ojo antes de alejarse y dejarme muda y con el papel sujetado entre los dedos índice y corazón de la mano derecha. Miré alrededor, pero no vi ninguna cara conocida,

ni nadie que me prestara la más mínima atención. Así que desdoblé la nota y mi corazón se desbocó sin ninguna consideración en cuanto vi su letra.

Dicen que nunca nieva en California en Navidad, pero yo conozco un sitio en el que sí. ¿Te vienes?

Volví a mirar alrededor, mucho más ansiosa que antes, buscando sus ojos verdes en las caras de la gente. No los encontré. Cerré mis libros de golpe, sin ningún cuidado, y las dos chicas que tenía enfrente me miraron malhumoradas por todo el ruido que estaba haciendo, pero no me importó. Hacía un mes que no veía a Cam, que no hablaba con él, que no sabía apenas nada de él que no fuera algún comentario descuidado por parte de algún amigo en común. Desde que apareció de repente, justo cuando más lo necesitaba, en el funeral de mi abuela, y luego volvió a desaparecer del mismo modo. Sigiloso, sin hacer ruido. Obedeciendo a mis súplicas de alejarnos lo suficiente como para poder olvidarnos. Así deberíamos estar desde septiembre: olvidándonos. Después de haber pasado todo el verano juntos como si nada hubiera cambiado, a pesar de haber roto la relación a finales de enero. Casi un año sin estar juntos y, sin embargo, lo habíamos estado mucho. Demasiado. Y de verdad necesitaba justo lo que le había pedido en septiembre: tomarme un tiempo indefinido sin saber absolutamente nada de él, para olvidarlo de una maldita vez y poder seguir con mi vida. Pero mi cuerpo no atendió a razones, y mi corazón mucho menos, así que recogí todos los libros y me colgué el bolso del hombro, antes de mirar a través de la ventana. Ahí estaba. Ahí estaba y me cortó el aliento. Con un jersey verde que yo le

había regalado hacía justo un año, con una cazadora de cuero negra abierta, y las gafas de sol. Apoyado en el capó de su coche. Esperando.

Salí del edificio apresuradamente y, en cuanto puse un pie en la acera, él sonrió. No quise devolverle la sonrisa, porque de verdad que se estaba saltando mis malditas reglas, pero me alegraba demasiado verlo y, para colmo, *Vodka* asomó la cabeza por la ventanilla trasera del Honda y ladró una sola vez, para llamar mi atención. Así que sonréí.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? ¿Qué es esto? Creía que... Ryan dijo que ibas a pasar el fin de año en San Francisco. Y se supone que tú y yo no tenemos que vernos —le recordé mientras luchaba contra el impulso de lanzarme a sus brazos y olvidarme de todo, una vez más.

—Y se supone que tú tienes que estar bien y ser feliz y no tener ataques de ansiedad ni llorar sobre la cena de Nochebuena, ni pasarte todo el día estudiando como si el mundo fuera a acabarse si no lo haces. Pero las cosas no siempre acaban siendo como se supone que tienen que ser. Y, adivina qué, el mundo no se acaba si no estudias un par de días.

Fruncí el ceño y crucé los brazos sobre el pecho, sorprendida por su respuesta. Cam no tenía que saber si yo luchaba o no contra mi ansiedad, o si lloraba, o nada de lo que hacía, en realidad.

—No deberías estar aquí.

—*Vodka* y yo estábamos a punto de salir hacia San Francisco cuando he recibido un mensaje de tu madre —me interrumpió, con las manos en el capó y la espalda curvada hacia atrás, relajado—. Está preocupada por ti. Porque no

comes, porque no duermes, porque no paras de estudiar y porque lloras por todo. No llevas bien lo de tu abuela. Y es normal, porque es Navidad y se supone que es para eso, ¿no? Para estar en familia, y cuando falta alguien de la familia es difícil. Pero no tienes que estar sola, Ash. Así que, si quieres, podemos olvidarnos de este año, y podemos hacer que los últimos días sean mejores, para que quede algo bueno que recordar. Y te puedes montar en mi coche ahora mismo y nos vamos. Apagas el móvil y nos olvidamos de todo. Si necesitas un sitio donde esconderte, unos días, unas horas, el tiempo que sea..., déjame ser ese sitio. Y el año que viene ya veremos lo que pasa. Eso no importa. Da igual. Tú necesitas salir de Sacramento y yo necesito no ir a San Francisco, así que... ¿qué? ¿Te vienes o no?

Desrucé los brazos y di un solo paso al frente para tirar de la manilla de la puerta del copiloto y poder abrirla. No iba a permitirme pensar. Porque estaba harta de hacerlo. De obligarme a ser racional todo el tiempo, de hacer lo que se suponía que tenía que hacer. De no poder relajarme ni un segundo. Vi a Cameron sonreír de medio lado.

—Necesitaré pasar por casa a coger algo de ropa —me limité a decir.

—¿Ropa? No era eso lo que yo tenía en mente —respondió en tono socarrón.

Solté un bufido y él una carcajada, en respuesta. Y tuve que sonreír, de manera totalmente involuntaria, como siempre que oía una carcajada como esa.

—Hablo en serio, capullo.

—Yo también, princesa. —Alzó una ceja, con una expresión muy divertida en la cara—. He pasado por tu casa

y tu madre me ha dado tu maleta. Parece que, si algo no ha cambiado, es tu falta absoluta de prisa por hacer y deshacer maletas, ¿no, Ash? No te preocupes, estoy seguro de que tu madre ha metido también un par de bragas bonitas —se burló mientras ya rodeaba el coche para montarse al volante.

—Parece que, si algo no ha cambiado, es lo tonto que eres. —Se la devolví.

Aun así, me monté en el coche y tiré mis libros bajo el asiento, cerré de un portazo y traté de abrocharme el cinturón mientras *Vodka* ya asomaba la cabeza entre los asientos y lanzaba sin piedad lengüetazos contra mi cara. De no ir atada con arnés y cinturón, ya la tendría sentada en el regazo, seguro.

Cameron se montó a mi lado, aún riendo por mi último comentario. Pero en cuanto estuvimos encerrados en el coche, a tan poca distancia, el aire se volvió denso de repente y los dos nos quedamos serios. Me dolía tenerlo tan cerca y no tocarlo, pero, en cambio, encogí las piernas, poniendo la suela de mis zapatillas sobre el asiento sin ninguna consideración, y me abracé las rodillas. Tenía ganas de llorar, como una de esas chicas débiles de película mala, que se vuelven un mar de lágrimas y se abrazan al héroe en cuanto acude en su rescate.

—¿Podemos ir al lago Tahoe? —pregunté, en apenas un susurro.

Cam giró la llave en el contacto y el motor ronroneó poniéndose en marcha. La ternura en su voz me acarició los oídos y soltó de un solo golpe el nudo de mi pecho, cuando habló:

—Estamos yendo al lago Tahoe, princesa.

Y ahí llevábamos los tres últimos días. Escondidos del mundo. O escondiéndonos de nosotros mismos, más bien. Jugando a que el tiempo no había pasado. Jugando a que las cosas podían ser lo que no eran. Haciendo como si ese tiempo juntos no tuviera que acabar nunca.

Pasar de no saber nada el uno del otro a susurrar una y otra vez «te quiero» mientras hacíamos el amor fue tan fácil como llegar a la casa del lago. Algo que eres capaz de hacer con los ojos cerrados. Un camino que conoces con todo lujo de detalles. Y ni siquiera recordaba ya quién había dado el primer beso, probablemente porque fuimos los dos, buscándonos desesperadamente en cuanto Cam hubo encendido la chimenea y se volvió para mirarme, a punto de alardear de sus dotes de *boy scout*. No llegó a decir nada. Y yo tampoco. No hizo falta, en realidad.

Tres días después, ya era el día de Fin de Año. Y yo tenía claros mis propósitos para el Año Nuevo. El primero de ellos era no hacernos más daño. Así que tenía que irme. Alejarme. Esta vez de verdad. Sin deslices, sin que el príncipe acudiera al rescate, sin dejar de pensar. Porque si algo me habían enseñado los dos años anteriores era que Cam y yo funcionábamos como un reloj suizo cuando estábamos juntos, pero nos rompíamos con la distancia. Y no podía dejar que todo lo que habíamos tenido se convirtiera en un montón de malos recuerdos, de broncas telefónicas y lágrimas en los aviones. Yo iba a pasar en Chicago al menos cuatro años más, si conseguía mi beca de investigación. Y Cam no podía prometer que se vendría conmigo. No quería que lo hiciera. Así que era hora de pasar

página, de una vez por todas. Quería acabar el año con él. Pero tenía que empezar el próximo sola.

No giré la cabeza cuando lo oí bajar las escaleras, descalzo, lentamente, como si aún no hubiera conseguido despertarse del todo. Tuve que repetirme un par de veces eso de que era mejor así, y que teníamos que ponerle punto y final alguna vez y más valía que fuera pronto, cuando mi corazón se aceleró y mi cuerpo empezó a reaccionar a su presencia y la parte más rebelde de mi mente comenzó a imaginar situaciones bastante imposibles.

Se me acercó por la espalda, sin decir ni una palabra, y puso los brazos en torno a mi cintura. Me recosté levemente contra su pecho al instante. Me dejé envolver por su olor y el calor de su cuerpo. Si solo iba a poder ser así unas cuantas horas más, no podía desaprovechar ni un segundo.

—Estaba buscando mi jersey —dijo, con voz ronca, cerca de mi oído.

Me llevé la taza de café a los labios, sosteniéndola con las dos manos, y di un sorbo, antes de contestar:

—Es lo único que he encontrado. No quería despertarte.

—Si no querías despertarme, haberte quedado conmigo en la cama. Me cuesta dormir bien cuando tú no estás.

Me besó el hombro izquierdo, justo donde el cuello del jersey dejaba al descubierto la piel. Y eso era una declaración en toda regla, pero me tragué las palabras que podría perfectamente haber dicho en respuesta. Yo tampoco dormía igual sin él.

—Voy a hacerme un café —anunció, llenando mi silencio.

A mí se me contrajo el corazón, angustiado, en cuanto sus brazos empezaron a liberarme. Levanté la mano

izquierda para ofrecerle mi taza.

—Puedes tomarte el mío.

«Con tal de que no te vayas.» Menuda tontería, la cocina estaba a apenas diez pasos, pero mi parte más irracional había tomado el control y no quería alejarse de él ni por un solo segundo.

—Eso no se merece ser llamado café. Es leche y azúcar con un pelín de cafeína —se burló. Me besó la coronilla dulcemente—. No te preocupes, tardaré menos de un minuto y estaré de vuelta para abrazarte antes de que te des cuenta.

Lo dijo en un susurro levemente burlón, y yo casi di un respingo al escucharlo. A veces, Cam era capaz de leer mi mente. Sobre todo, cuando él estaba pensando exactamente lo mismo que yo.

—No...

—No hace falta que te hagas la dura conmigo, Ash —dijo, altivamente, mientras ya caminaba hacia la cocina.

Resoplé en respuesta y lo escuché reír.

Lo seguí y me apoyé en el marco de la puerta para observarlo mientras se preparaba el café con la máquina. Solo llevaba unos pantalones de deporte de color negro, y aproveché para darle un buen repaso a su cuerpo.

—¿Qué? —preguntó al fin, mientras yo ya apuraba mi café con la mirada centrada en sus abdominales.

Dejé la taza en la encimera y di dos pasos decididos para anclar los brazos a su cintura y recostar la cabeza sobre su pecho, totalmente pegada a él. Me envolvió con todo su cuerpo y yo hablé, con la voz amortiguada contra su pectoral.

—*Vodka* se lo está pasando en grande con la nieve. Esa sí que sabe vivir el momento. Deberíamos aprender de ella.

Me apartó suavemente y me puso una mano en la barbilla para obligarme a alzar la vista y encontrarme con sus ojos.

—¿Y por qué no lo haces? —sugirió.

Sonréí. Porque tenía razón. Así que me separé rápido de su abrazo y salí de la cocina decidida, sin decir ni una sola palabra más.

—¡Pero al menos ponte unos pantalones! —Oí el grito de Cameron a mi espalda.

Hice algo más que eso. Me equipé hasta con guantes y gorro y salí al jardín a jugar con *Vodka*. La perra se volvió loca en cuanto me vio llegar a su lado. Siempre es más divertido jugar con alguien que sola, ¿no? Me pareció ver a Cam enfocándonos con su móvil desde la cristalera, pero no paré de divertirme con mi amiga hasta que me quedé sin aliento.

—¡Ey! —grité justo a la espalda de Cam mientras él cargaba una bolsa llena de cosas, que su padre le había pedido que recogiera, en el coche.

Antes de que le diera tiempo a reaccionar colé una bola de nieve por la parte trasera del cuello de su abrigo, para que se deslizara por su espalda.

—Ah, ¡qué frío! ¡Mierda!

Mis carcajadas casi no me dejaban ni respirar y por eso no pude hacer nada para salvarme a mí misma cuando lo vi coger un puñado de nieve, mucho más grande que el mío, del techo del Honda. Me quitó el gorro de un solo tirón y me aplastó la bola congelada sobre el pelo, mojándome un

montón y dejando que pequeños pedacitos de hielo me resbalaran por la cara.

—¡Idiota! —grité entre las risas.

Me puso el gorro otra vez, encajándolo bien en la cabeza y calándolo sobre mis ojos. Lo aparté de un manotazo y me lo coloqué bien, para poder ver. Cam estaba totalmente en guardia, preparado para las represalias contra su ataque, así que decidí que no era el momento de intentar nada. Debía preparar una estrategia mejor.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije para distraer su atención. Clavó sus ojos verdes en mí con suspicacia, pero finalmente asintió—. Hace más de un año que le hice ese roce a tu coche querido... ¿por qué no lo has arreglado aún?

Se volvió un momento para mirar los desperfectos del Honda. Lo hizo rápido y enseguida sus pupilas volvieron a fijarse en mí, sin darme tiempo a preparar una emboscada.

—Te reirás de mí o dirás que soy un calzonazos...

Eso sí despertó mi curiosidad, y hasta me olvidé de que estaba intentando distraerle para poder meter un poco de nieve en su bragueta. Mi maldad no conocía límites, pero él era capaz de frenarme con solo una mirada como la que me estaba dedicando en ese momento.

—¿Por qué? —tuve que preguntar para animarle a hablar.

—Aún no lo he llevado a arreglar porque verlo me recuerda a ti.

Lo dijo sin apartar sus ojos de los míos, aunque me pareció notar cómo sus mejillas se teñían de rojo más de lo que ya lo estaban por el frío. ¿De verdad acababa de decir eso?

Di un paso adelante y lo besé. Con tanto ímpetu que él tuvo que dar un paso atrás para mantener el equilibrio. Puso una mano en mi nuca y profundizó el beso. En solo unos segundos, me levantó en el aire y se dejó caer, lanzándonos a los dos contra la fría nieve del suelo. Nos reímos cuando *Vodka* se acercó corriendo para oíslisquearnos y descubrir por qué demonios nos habíamos desplomado de golpe. Y Cam me abrazó con fuerza y tomó impulso para hacer rodar nuestros cuerpos sobre el manto blanco, haciéndome reír y quejarme al mismo tiempo, y riendo conmigo, mientras la perra ladraba dando vueltas a nuestro alrededor. Y, si en ese momento me hubieran dado la opción de pulsar el botón de pausa de mi vida y quedarme con un solo instante para siempre, creo que aún estaríamos los tres justo allí.

2

Cam

Doy grandes zancadas bordeando la orilla del lago, con *Vodka* correteando a mi alrededor. Estoy más que seguro de que ella no necesita este paseo después de pasarse el día jugando. Pero yo sí.

Alejarme unos cuantos metros. Y, luego, unos cuantos más. Tenía que haberme dado un poco de tiempo para pensar en dónde me estaba metiendo. Pero no necesité más de un segundo para decidir que quería meterme en este lío. Que tenía que intentarlo. Había prometido no llamar, no escribir, desaparecer por completo de su vida hasta que estuviéramos preparados para ser solo amigos. Había prometido no buscarla. Pero no pude dejar pasar la oportunidad. Y, lo peor ahora es que, si ella está aquí, debe de ser porque ya está preparada para ser solo amigos. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

Le doy una patada a una ramita que se interpone en mi camino y casi contengo el aliento para que a *Vodka* no le dé por pensar que es hora de ponerse a jugar con palos. Menos

mal que algún rastro de olor la tiene muy entretenida y no me estaba prestando atención.

Mierda, si es que Ash solo lleva aquí unas cinco horas y yo ya estoy seguro de que todo el mundo es perfectamente consciente de lo estúpidamente colgado que sigo de ella. Es palpable en el ambiente. Estaba como un flan cuando ha llegado. Y ella me ha dado un abrazo enseguida, como ha hecho con cualquiera de sus amigas. Como si al hacerlo no fuera a hacer tambalearse todos los malditos cimientos de su compostura. Como si no hubiera hecho tambalearse todos los malditos cimientos de la mía. Como si no le fuera a costar lo más mínimo apartarse después. Y no. No le ha costado. Estoy seguro de que ha notado perfectamente cómo de rápido me palpitaba a mí el corazón. Pero Ashley Bennet es todo empatía y buenas formas, así que simplemente hará como si no y me tratará como si fuera un colega más. Como a Scott. Como a Tyler.

—¿Qué pasa? —pregunto a mi perra cuando se da media vuelta y me mira ansiosa—. Va a seguir ahí cuando volvamos, colega. Se queda unos cuantos días. —La tranquilizo, como si pudiera entender perfectamente mis palabras. Me agacho y enseguida viene a meter el hocico entre mis manos para que le haga caricias—. Tú también la has echado mucho de menos, ¿verdad que sí?

Me lame la mano en respuesta y yo la aparto, para que deje de babearme, y veo la tinta de mi tatuaje iluminada por la luz de la luna. *Smile*.

Me levanto y empiezo a caminar de vuelta a la casa cuando mi mente empieza a rebuscar entre mis más

dolorosos recuerdos. Estar solo no me está sentando bien. No. Es todavía peor.

Vodka me abandona en cuanto las luces de la casa quedan a la vista. La muy traidora se va corriendo y estoy más que seguro de que va a buscarla a ella.

Una parte de mí quiere creer que a Ashley también se le remueve un poquito todo ese amor que se obligó a guardar en un rinconcito cuando nos dijimos adiós. Porque no tengo ninguna duda de que era mucho. Pero es que se me hace muy cuesta arriba creerlo después de ver cómo ha estado esta tarde, y en la cena. Tan tranquila. Tan calmada. Si no, no podría haber soltado cosas como las que ha estado diciendo sin que le afectara para nada. Hablando de *Salem*, de ver a mi madre. «La última vez que estuve aquí había mucha nieve.» La última vez que estuvo aquí la besé hasta que se me durmieron los labios, la toqué hasta que me dolieron los dedos, le hice el amor hasta vaciarle el alma. Y ella dice que «había nieve», y yo solo soy capaz de soltar una estúpida carcajada triste, para disfrazar el sonido de mi corazón haciéndose pedazos.

—Vaya, estaba a punto de organizar una partida de búsqueda para salir a por ti —dice Gina, con Mia muy pegada a ella en la puerta acristalada del salón, cuando me acerco—. Tu perra ha llegado hace un rato. Ni nos ha mirado, por cierto, a ver si la educas un poco mejor.

—Mi perra pasa de paseítos nocturnos, es una vaga. Pero apuesto a que no ha ido a la cocina a dormir.

—Yo la he visto subir las escaleras a toda velocidad —informa Mia, con una sonrisa.

Ella también sabe perfectamente dónde iba *Vodka*.

—Voy a mandarla a su cama y me voy a dormir yo también. ¿Ya se ha acostado todo el mundo?

—Eso parece. Emily se estaba quedando dormida encima de la mesa —acusó la rubia a su amiga—. Y Ash ha dicho que ella también estaba muy cansada. Por eso debe de ser que ya no viene nunca para este lado del país, le cuesta tres días recuperarse cada vez que monta en avión —bromea.

—Un *jet lag* de libro por una diferencia horaria de dos horas —se burla también Gina.

Intento sonreír como si realmente fuera gracioso, pero no sé si lo consigo o si se lo pueden llegar a creer. Paso por su lado sin decir nada más y voy hasta las escaleras para subir en busca de mi rebelde mascota. Que parece que no se acuerda de quién la pasea y juega con ella y la alimenta y paga sus cuidados. Ella siempre ha preferido estar con Ashley. Será porque no ha parado de malcriarla desde que tenía dos meses.

Avanzo por el pasillo y, con cada paso que doy hacia el último cuarto, más me pesa el corazón. Me llega el sonido de sus risas, cada vez un poco más claro. Vanessa y ella, parloteando sin descanso y riendo como cada vez que están juntas. No sé si fue una buena idea dejar que mi mejor amiga intimara tanto con la chica de la que me estaba enamorando. Acabaron siendo demasiado amigas para que ahora pueda tenerla completamente de mi parte.

Tengo que armarme de valor para dar dos toques en la puerta. Se callan al instante, como si estuvieran haciendo demasiado ruido más allá de su hora límite para estar despiertas y acabara de aparecer su madre para echarles la bronca. Enseguida Vanessa me da permiso para pasar, con

voz cantarina. Creo que sabe perfectamente que soy yo. Abro despacio y me asomo al hueco que deja la puerta entreabierta. Menuda escena. Mi perra está cómodamente tumbada sobre su espalda, con las patas hacia arriba y la barriga expuesta, ocupando una buena parte de la cama de Ashley, quien está tumbada de medio lado al borde del colchón, abrazando a esa bestia peluda y rascándose el vientre justo como a ella más le gusta. Me cruzo de brazos y suelto un suspiro paciente mientras trato de tragarme la sonrisa.

—Sabíamos que vendrías a por ella tarde o temprano — dramatiza Vanessa.

—Esperábamos que fuera tarde —aporta Ash, en tono de broma.

En cuanto me mira, a mí se me atascan las palabras en la garganta. La miro un poco más de lo que debería, eso seguro. Y luego hasta tengo que carraspear para ser capaz de decir algo y no quedar como un completo idiota. Otra vez.

—Lo siento, *Vodka* es muy joven para participar en vuestra fiesta de pijamas. No quiero que oiga algo que termine para siempre con su inocencia.

—Tarde —me pica Vanessa y, cuando la miro, me guiña un ojo.

—¡No! —suplica Ashley—. Déjala quedarse un poquito más. A mí no me molesta.

—Eso ya lo sé. Pero si la dejo aquí no se va a ir a su cama. Y si no duerme en su cama, luego estaré perdido, con ella subiéndose a la mía para siempre.

—¿Y quién puede decirle que no con esta carita?

Ash coge la cara de *Vodka* entre las manos para hacerla mirar hacia donde estoy, lo que le mueve las orejas hacia adelante y hace que se le entrecierren los ojos y arrugue el morro. Ella se deja hacer, claro, encantada con las atenciones.

—Yo puedo, y llevo tres años haciéndolo. —Me hago el duro.

Menos mal que no pregunta si puedo decirle que no a la carita que está poniendo ella ahora mismo. Estoy a punto de caer de rodillas y suplicarle que me mire así para siempre.

—Cam es muy malo contigo, ¿verdad, pequeña? —Habla con la perra en voz baja, como si yo no pudiera oírla perfectamente.

—Hay que ponerles límites si no quieres que acaben echando su vida a perder en las peleas clandestinas de perros callejeros —bromeo.

—Peleas clandestinas de *adorabilidad* —responde al instante, y besa a mi perra en el hocico varias veces—. Por favor. Mírala.

Vodka le lame la cara antes de reacomodar su postura y tumbarse de medio lado, con la espalda pegada a ella y estirando mucho las patas.

—*Vodka* —la llamo.

Estira el cuello para mirar a Ashley y no a mí. Qué cabrona.

—Venga, vamos.

Mueve la cola, pero ni levanta la cabeza. Vanessa se descojonaba de mí. Y me indigna un poco su falta de obediencia y lo mal que me está haciendo quedar. Pero es

que la entiendo perfectamente. Y están tan bonitas juntas. Desde luego que están en lo más alto del *ranking* de «adorabilidad».

—Creo que aquí tienes la batalla perdida —se burla de mí mi mejor amiga, que debería estar un poquito de mi parte. Pero, claro, eso sería salirse mucho de su comportamiento habitual.

—Se quiere quedar —dice Ashley—. Yo quiero que se quede. Mañana duerme en la cocina. Mañana y todos los días. —Se apresura a añadir cuando ve que frunzo el ceño.

—Deja que se quede, ¿cómo vas a separarlas ahora? ¿No ves cuánto se aman? —exagera Vanessa—. Estamos de vacaciones, señor gruñón, relájate un poquito y sácate el palo del culo.

—Yo no acostumbro a meterme nada en el culo. No generalices tan alegremente con tus prácticas sexuales —respondo, mordaz.

Las dos sueltan un bufido indignado a la vez, y tengo que reírme. Es que es inevitable. Tanto tiempo sin poder hacerla reaccionar así. Ya decía yo que sentía que me faltaba algo.

—Solo esta noche —advierto, muy serio, a Ashley.

Ella sonríe y asiente varias veces con la cabeza enseguida. Mi visión periférica me permite captar también la sonrisa de Vanessa, aunque no pueda apartar la vista de Ash. La de mi amiga es bastante diferente, y parece decir algo así como «qué blandito te pones cuando se trata de ella». Y tiene toda la razón. Pero tampoco quiero darle muchas vueltas. Siento como si una mano invisible me estuviera estrujando el corazón. Muy fuerte. Por la sonrisa de Ashley y por cómo le brillan los ojos y por cómo me mira.

Y también porque he dicho «solo esta noche», y me ha resonado su voz en la cabeza diciéndome exactamente lo mismo durante bastantes más noches que solo una el año pasado. Y eso escuece.

Doy las buenas noches y salgo de allí antes de sufrir un colapso. Necesito alejarme. Acuérdate de la máscara, gilipollas, que se te nota a la legua que estás loco por ella. Y ella es la última que debería saberlo.

—Buenas noches, Cameron.

Su tono es alegre, pero se me clava como un maldito puñal justo en el centro del pecho. Menos mal que ya estaba de espaldas. Termino de cerrar lentamente. Y me quedo un momento ahí plantado en el pasillo. Tratando de recuperarme. *Cameron*. ¿Por qué demonios me gusta tanto oírla decir mi nombre completo si lo he odiado siempre?

—Buenas noches, Cam. —Oigo entonces a Mia.

Levanto la vista y ahí está, con media sonrisa entre divertida y compasiva, en la puerta del cuarto que comparte con Gina. Me ha visto aquí plantado como si me acabaran de crecer raíces, delante de la puerta de mi exnovia. Como un auténtico pringado. Me pongo en marcha enseguida, para disimular, aunque ya no pueda salvarse la situación. Y le respondo en el tono más neutral que soy capaz de fingir.

Estoy a punto de meterme en mi cuarto, a darme de cabezazos contra la pared, cuando la puerta de la habitación que ocupa Tyler se abre de golpe y él sale al pasillo plantándose frente a mí.

—Tío, todos se han ido a dormir. Dime que nos vamos a tomar otra birra, tú y yo.

Esbozo media sonrisa y le doy una palmada en el hombro, como agradecimiento por salvarme de mí mismo, aunque eso no lo vaya a reconocer en voz alta.

Salimos al porche con nuestros botellines en la mano y nos sentamos en el escalón que baja al césped, uno al lado del otro. Tyler enseguida saca un paquete de tabaco del bolsillo trasero de sus vaqueros. Se enciende un cigarrillo y luego duda, mirándome por unos segundos con el paquete en la mano.

—Sigues sin fumar, ¿verdad?

—Verdad.

Doy un trago a mi cerveza mientras él da una larga calada a su colilla y deja el paquete a un lado. Suelta una risita antes de empezar a expulsar el humo, lentamente. Lo miro con el ceño fruncido, en espera de una explicación para su repentino ataque de humor.

—Hay cosas más perjudiciales que el tabaco, hermano —dice, en tono filosófico, con una sonrisa burlona.

—No sé de lo que me estás hablando —miento.

Uso un tono que él conoce bien. Lo conoce mejor que nadie. Es mi tono de decirle a Tyler «tú lo sabes y yo lo sé, pero de eso no se habla. No me toques los cojones». Sí, mi tono de «no me toques los cojones». Ni una sola persona en el mundo lo conoce mejor que Tyler Sparks.

—Vale, vale. Sé que es un tema tabú —me calma con las manos en alto. Luego coge su botellín de cerveza para beber un par de tragos—. Anda que no hay que tener cuidado con el principito y la princesa. Una palabra en falso y estás muerto —exagera, burlón.

Me giro hacia él de un solo movimiento brusco y le clavo la mirada.

—¿Qué has dicho? —le pido que ahonde un poco más en el tema, no que me lo repita.

Sonríe satisfecho. Qué pagado de sí mismo. Si lo que buscaba era despertar mi curiosidad, desde luego que lo ha conseguido.

—Ah, ahora quieres hablar. Ahora ya no es tan tabú. Iba a preguntarte si estabas bien, pero me ha dado la impresión de que no ibas a ser sincero, así que he optado por la solución drástica. —Sonríe orgulloso—. Tu reacción me ha dejado un par de cosas bastante claras.

—Has hablado con Ash —trato de aclarar.

Bueno, se ha pasado dos horas en un coche a solas con ella de camino a aquí. Se podría decir que son amigos, aunque no tengan la relación más estrecha dentro del grupo. Supongo que, si había algo que contar, puede que Ashley se lo haya contado a él.

—Ashley y yo no hablamos mucho, a decir verdad —deja caer despreocupadamente.

—¿Y por qué te haces el interesante entonces?

—Solo quería saber en qué punto estabas tú. —Me pone una mano en el hombro, como para darme su apoyo—. No es fácil olvidar a Ashley Bennet, ¿eh, tío? Hablo desde la experiencia.

Lo dice como si no le diera la más mínima importancia. Pero ese comentario me sienta como una puñalada en la espalda. Me aparto un poco, para librarme de su mano. No me gusta nada que me recuerde que él estuvo con Ash antes que yo. Aunque fuera una tontería, aunque fueran

cuatro besos, aunque no llegara a nada. No me gusta pensar que ella estuvo cuatro años enamorada de Tyler antes de enamorarse de mí. Y no me gusta pensar en lo loco que estaba él por ella. Durante un tiempo me sentí culpable por haberme enamorado de la chica a la que quería mi mejor amigo. Luego, empecé a pensar que el que sobraba en toda esta historia era él, porque, a ver, Ash y yo pasamos juntos casi tres años. Ellos no tuvieron nada. Y, aun así, me pone celoso verlos cerca al uno del otro. Qué tontería. Pero es el único tío por el que ella ha sentido algo de verdad, aparte de mí. Por lo menos lo era hasta hace seis meses. Ahora ya no lo sé.

—Estoy bien —digo, altivamente.

Tengo que buscar otro tema de conversación. Preferiblemente fútbol, o algo así. El tema de Ashley siempre ha sido algo delicado entre nosotros dos.

—Estás bien —repite él, con el cigarrillo entre los labios—. ¿Eso significa que ya te has olvidado de ella? Porque no lo parece.

—Bueno, es complicado. —Elijo las palabras para poder maquillar la realidad lo mejor posible—. No te olvidas en seis meses de los últimos cuatro años. Pero supongo que esto no me va a matar. Lo nuestro se acabó. Eso es lo que hay.

Intento que suene como si lo tuviera más que aceptado, más que asumido y más que superado.

—¿Se ha acabado del todo? ¿Del todo? ¿No queda nada entre vosotros dos?

—Se ha acabado, Tyler —corto de malos modos—. ¿Dónde quieres llegar con esto?

—Si se ha acabado y tú estás bien..., ¿eso significa que puedo ligármela yo?

Lo atravieso con la mirada y, si pudiera matar con ella, ahora mismo no quedaría ni rastro de Tyler en este porche. Él sonríe burlón. Creo que se está dando cuenta de cómo aprieto la mandíbula.

—No tienes ni una sola posibilidad, ya te conoce lo suficiente para saber lo capullo que eres.

Se ríe a carcajadas con mi insulto.

—Venga, Cam, ¿tú quieres volver con ella? ¿Lo harías si pudieras?

—No es un tema del que quiera hablar. ¿Y de qué vas? ¿A qué viene esto?

—Estoy intentando ser un buen amigo —dice, pero su tono dice lo contrario, que solo intenta burlarse de mí—. ¿Vas a contestar a la pregunta?

—No lo sé, Tyler —respondo, en un suspiro, aunque destilo falsedad por cada poro de mi piel—. No creo que las cosas fueran a funcionar. Por algo se acabó.

Es como un jarro de agua fría escuchar esas palabras saliendo de mi boca. No sé qué me pasa. He pensado esto muchas veces. Pero es que todas esas veces no la tenía tan cerca, claro. Tendría que poder hacerlo funcionar. Una vez le prometí a ella que lo conseguiría.

Tyler se queda en silencio también durante un rato bastante largo. Sumido en sus pensamientos y dejándome a mí con los míos. Pero, llegados a este punto, ya no aguento más, así que soy yo quien vuelve a hablar primero:

—¿Cómo estaba ella? ¿Cómo la has visto? ¿Te ha dicho algo, mientras veníais?

—No, no ha dicho nada —responde enseguida—. Estaba bien, tío. Como siempre, con sus cosas, ya sabes. Tampoco le he querido sacar el tema, ¿sabes? Pero me ha parecido que estaba bastante tranquila como para ir a volver a ver a su ex después de tanto tiempo. Parecía muy entera. No sé qué decirte.

Doy otro trago a mi cerveza, más largo todavía. Ash estaba bien. No le preocupaba nuestro encuentro. No estaba nerviosa ni siquiera. Bueno, tiene sentido. Es justo como la he visto yo cuando ha llegado. Estaba muy entera. Sí, supongo que esa es la palabra.

—Ya, bueno. Será que ha puesto el culo en el asiento de tu coche y ha caído rendida ante la potencia de tu máquina —me burlo para que no note lo que me ha afectado esa respuesta.

—No te preocupes. No iba en serio lo de que hemos parado a echar uno rapidito. No he tenido la suerte de echar un polvazo con Ashley Bennet. No hoy, al menos —bromea.

Le pego en el brazo con el puño cerrado y él ríe en respuesta y se deja caer hacia mí para empujarme con el hombro.

—¿Qué piensas de lo de Ryan con los Dolphins? —Cambio el tema de manera radical.

Eso de charlar sobre Ash se ha terminado. Tengo que terminarlo. No debería haberlo empezado. Ahora me siento mucho peor.

Y lo único que sé es que no me ha echado de menos como yo a ella.

A pesar de todas las promesas que los dos nos hicimos.

Dancing with our hands tied

Un año y tres meses antes...

Me dejé arrastrar por Vanessa, que me tiraba del brazo entusiasmada con la idea de celebrar mis recién estrenados veintiún años emborrachándonos en un bar.

—¡Chicos, vamos! ¡Que esta noche follamos todos! — metió prisa a mi hermano y mi cuñado que nos seguían los pasos de cerca.

Sacudí la cabeza con desaprobación cuando oí a Rob reírle la gracia. Ni siquiera me apetecía estar en Sacramento ese fin de semana. No, por culpa de una maldita ausencia que me desgarraba las entrañas y me consumía entero. Que dolía cada día un poco más fuerte y un poco más profundo. Aunque la gente decía que debería ser al revés. Que cada día tenía que doler un poco menos. En fin. Afortunados ignorantes. Qué sabrían ellos lo que era no tenerla. Y ya era bastante difícil en Eugene, donde había un puñado de recuerdos, de visitas esporádicas. Pero ¿Sacramento? Sacramento era el templo de Ashley y Cam. Y yo estaba empezando a odiar esa jodida religión.

Rob me dio una palmada en la espalda como manera de animarme, supongo, cuando Vanessa insistió por décima vez en que el sitio ideal para encontrar un ligue esta noche

era el local que teníamos delante. Un local con muchos recuerdos. Pero, en cualquier caso, tampoco habría muchas mejores opciones en toda esta maldita ciudad.

—¿Estás preparado? —preguntó mi hermano en voz baja, y yo lo miré con una ceja alzada.

¿Preparado para qué? Parecía un poco preocupado, a decir verdad. Pero no me dio tiempo a decir ni una palabra porque Vanessa se me colgó del brazo y tiró de mí con muchas ganas hacia el interior.

—¡Vamos de una vez! Dios, ¿qué tiene que hacer una chica para que la inviten a una cerveza?

Me guio al interior, con los otros dos pegados a nuestros talones. Casi daba la impresión de que estaban ahí para cortarme la retirada.

—¿Cerveza para todos? —consulté, y miré por encima del hombro para conectar la mirada con la de Zack.

Estaba dispuesto a ir hasta la barra para pedir la primera ronda, pero Vanessa no me soltó el brazo. En cambio, me empujó en la dirección opuesta, hacia las escaleras que llevaban a la planta inferior.

—¡Venga ya, Cam! Esta planta es como totalmente 2017 —dijo, burlonamente—. Vamos a la de abajo. Estás superdesfasado, te lo juro.

Me dediqué a hacerle burla, justo a su espalda, mientras bajábamos las escaleras. Ella iba dando saltitos, tirando de mi mano, que había agarrado firmemente, como si tuviera miedo de que me fuera a escapar.

—Deberías haber dejado que cogiera un botellín de cerveza en la barra de arriba. Necesito algo para no asesinarte en cualquier momento —la piqué.

—¡Vaya! Espero que esto te mejore el humor —respondió, divertida—. Fíjate en este sitio, está llenísimo.

Bajé el último escalón. Estaba muy oscuro como para ver si había gente o no la había. Y, entonces, se encendieron un montón de luces indirectas, lo justo para iluminar todos esos rostros conocidos, gritando:

—¡Sorpresa!

Pero ¿qué...?

—¡Eh! ¡Mira tu cara! ¡No te lo esperabas para nada! ¡Soy el mejor gancho de la historia! —Vanessa no paraba de exclamar tonterías, mientras daba saltitos a mi alrededor.

—Pero ¿qué es esto? —pregunté, como un idiota.

—Tu fiesta de cumpleaños, tonto —dijo mi hermano justo a mi espalda.

—Tíos...

Avancé hacia mis colegas del instituto, ahí, plantados en primera línea. Lucas, Ryan, Jeremy. Y Tyler Sparks. Habíamos estado mandándonos mensajes de audio durante horas esa misma tarde, diciendo tonterías, y no se le había ocurrido decirme que estaba en Sacramento. Fue el primero en acercarse y darme un abrazo, golpeándonos con fuerza las espaldas, hasta hacernos daño. Como siempre.

—¿Cómo habéis hecho esto? —seguí con mi incredulidad tras chocar la mano con Lucas.

Detrás de ellos vi a más gente que no podía faltar aquí: Gina, Mia, Emily... Scott. Qué ganas tenía de ver a Scott.

Pero él no hizo amago de acercárseme. Me dedicó una sonrisa y se hizo a un lado, al tiempo que gritaba:

—¡¿Dónde está la artífice de todo esto?! Ah, ahí estás...

Fue Emily la que tiró de su mano para acercarla a primera línea y hacerla colocarse prácticamente frente a mí. Me cortó el aliento. De cuajo y sin remedio. Estaba a menos de dos metros. Y estaba preciosa. Llevaba un vestido gris, ajustado al cuello y sin mangas, ceñido hasta la cintura y con ligero vuelo en la falda. El pelo recogido en un moño, pero con unos cuantos mechones sueltos, y el flequillo justo hasta el borde de las pestañas. Preciosa.

No fui consciente del tiempo que me quedé colgado de sus ojos, quizá demasiado, aunque no me dio la impresión de que la gente se estuviera impacientando o se mostrara incómoda. Y entonces ella me dedicó una sonrisa. Leve, un poco tímida, ruborizándose un pelín, como si aún tuviéramos diecisiete años y acabara de decirle en el parque que había querido verla esa noche porque ella me hacía sonreír.

—Feliz cumpleaños.

Fue lo único que dijo. Su voz me entró por los oídos, pero viajó directa a todos mis órganos vitales. A la mierda Cam. Ya me tenía. Completamente suyo, otra vez. Probablemente no había dejado de serlo. Aunque a ella no le gustaran los posesivos. Me había preparado una estúpida fiesta de cumpleaños. ¿Cómo habría conseguido reunir aquí a toda esta gente? ¿Y cómo...? Qué importaba. En un solo segundo, ya no había nadie más a nuestro alrededor.

Di dos pasos y me planté justo delante de su cuerpo, casi rozándola. Tan cerca... No estaba pensando. No podía pensar. Mis manos se acomodaron sobre sus mejillas, con las yemas de los dedos acariciando los mechones rebeldes de su pelo. Mis ojos se reflejaron en los suyos, que tampoco

parecían poder apartarse. Y, entonces, la besé. Con el corazón martilleando con más fuerza que un vecino cabrón un domingo a las ocho de la mañana. Con el estómago encogido y completamente del revés. Con la mente tan nublada que solo podía procesar la sed de ella que me consumía. La calidez de sus labios pegados a los míos fue como un bálsamo para mi dolor. No me había dado cuenta de cuánto dolía de verdad hasta que dejó de hacerlo. Aunque solo fuera un segundo. No me había dado cuenta de cuánto la había echado de menos hasta que sentí sus labios respondiendo a los míos. Porque ella me estaba besando también. Y pensé que debería echarse atrás, pegarme una bofetada, recordarme que llevábamos dos meses interpretando lo mejor que sabíamos nuestro papel de amigos y que no podíamos tirarlo a la basura. Pero la basura era precisamente el sitio donde tenía que estar eso. Sentí sus manos sobre mi pecho, quemándome la piel a través de la camisa, trepando por mi torso hasta acariciar la piel desnuda de mi cuello. ¿Podía acabarse ya la fiesta? ¿Podía largarse toda esa gente que aún debía de estar alrededor, mirando la escena? ¿No se daban cuenta de que sobraban?

Dio un paso atrás y rompió nuestro contacto. Tuve que separar las manos de su piel y abrir los ojos para buscarla. Ella aún los tenía cerrados cuando recorrió su rostro con la mirada. Dios, qué guapa. Quería besarla otra vez. Me picaban los labios de la impaciencia. Todavía sentía el calor viajando a cada rincón de mi cuerpo. Aún con su sabor en la punta de la lengua.

Volvió a clavarme la mirada y, por un solo segundo, fue como si el tiempo no hubiera pasado. Pero, entonces, vi la

sombra de la duda atravesarlos. La advertencia. Y, finalmente, una súplica: «No hagas esto».

—Eh, Casanova, echa el freno que ni siquiera has dicho «hola». —La voz de Mia cortó el vínculo entre nuestras miradas.

Y se metió entre los dos para apartarme de su amiga. Emily también distrajo mi atención enseguida, saludándome con un gran abrazo. Y, cuando intenté buscarla de nuevo, Ashley ya había desaparecido.

Scott se encargó de ponerme un botellín de cerveza en la mano. Y yo me dediqué a saludar y charlar con todo el mundo. Toda esa gente que estaba allí por mí. Y algunos venían de lejos para una simple fiesta de veintiún cumpleaños. Así que se merecían mi tiempo y mi mejor cara. Aunque no pudiera parar de buscar a Ash con la mirada cada diez segundos exactos.

—Ey, protagonista de la noche —me saludó Vanessa en el momento en que Tyler iba a coger un par de botellines más a la barra—. ¿Estás bien?

La miré y estuve tentado de mentirle, durante más o menos dos décimas de segundo, pero lo descarté al ver en sus ojos que ya sabía la verdad. Creo que era una pregunta retórica.

—¿Dónde está?

Tampoco pensaba andarme con rodeos.

—Ha salido para no eclipsar la fiesta, Cam. Oye, ya lo sé: es difícil estar tan cerca y tan lejos. Para ella también. Pero se ha pasado dos semanas enteras organizando esto, llamando a la gente, moviendo hilos y cuadrando agendas. Se lo ha currado para hacer esto. Tienes que disfrutar de

esta fiesta y de tus amigos, porque todos hemos venido hasta aquí por ti, y Ashley quiere que lo hagas.

—Necesito hablar con ella —protesté.

—Luego. Va a volver, solo relájate y disfruta hasta que esté preparada para hacerlo, ¿quieres?

Tyler volvió hasta nosotros, con Ryan al lado, bromeando entre ellos.

—He traído una cerveza también para ti, monada. —Le tendió un botellín a Vanessa, tras darme uno a mí—. ¿He oído que vas por ahí diciendo que esta noche follamos todos?

Le guiñó un ojo y Vanessa puso los suyos en blanco.

—¡Robbie, eres un chismoso! —le gritó a mi hermano cuando él pasó a unos metros de nuestra posición—. ¡Te dije que podías decírselo a cualquiera menos a Sparks!

Tyler soltó una carcajada, orgulloso de ser la última opción de nuestra amiga.

—Yo sé de alguien que sí que va a follar esta noche —canturreó Ryan—. ¿Qué? ¿No habéis visto a mi novio? Una máquina sexual. Apuntad esto que os voy a decir: algún día me casaré con ese tío.

—Haces bien. El sexo es como el noventa y cinco por ciento de una relación —aseguró Tyler con media sonrisa.

—¿Y el resto qué? —le siguió el juego Vanessa.

—El resto... el cigarrito de después —sentenció mi amigo—. ¿Fumas?

Vanessa soltó una carcajada, y sonaba casi indignada, pero igualmente se fue con él para fumar en la calle.

—Tío, sé que tú también quieras follar esta noche —dijo Ryan en cuanto nos quedamos solos—. Pero, si quieres

asegurarte esa conquista, por lo menos finge que aprecias el fiestón que te ha montado.

Asentí y di un trago largo a mi cerveza. Sí. Tenía que disfrutar al máximo de esa fiesta.

Unos cuarenta minutos después, por fin se dejó ver de nuevo. Y yo estaba con Scott, después de haber pasado de un grupito a otro durante media hora entera, intentando repartir mi tiempo con todos los que reclamaban mi atención. Casi me dolía la mandíbula de sonreír para las fotos. Iba a tener que empezar a cobrar derechos de imagen, al final. Scotty siguió el rumbo de mi mirada enseguida al notar cómo se me congelaba la risa tras su último chiste. Ella estaba hablando con Zack, con una sonrisa radiante y tocándole mucho el brazo, como si hubiera echado de menos a mi cuñado tanto como a mí. Esperaba que no. Que a mí me hubiese echado de menos mucho más.

—Anda, ve —me animó mi amigo—. ¡Y acuérdate de darle las gracias por la fiesta! —gritó a mi espalda, cuando ya me alejaba.

Zack me vio venir antes de que ella lo hiciera y se apartó, dejándonos intimidad enseguida, en cuanto yo llegué a su altura.

Ashley y yo nos miramos en silencio durante unos segundos. Me costó contenerme, pero conseguí resistir la tentación de besarla de nuevo y no dejarla marchar esta vez.

—Hola —saludé como debería haber hecho al llegar.
Me sonrió sin llegar a mostrar los dientes, en respuesta.

—¿Te está gustando la fiesta? —preguntó, y parecía un poco cortada a mi lado.

—Es una pasada, Ash. Gracias. No sé cómo has montado todo esto, pero es genial. Me encanta, en serio. No me puedo creer que esté aquí todo el mundo, y que tú... Es increíble. Tú eres increíble.

Apartó la mirada, cohibida al escuchar el entusiasmo de mi última afirmación. Pero es que tenía que saberlo. Si es que no lo sabía ya.

—Bueno, solo alquilé un local e hice unas cuantas llamadas. —Se quitó mérito—. Toda esta gente ha venido aquí por ti, no por mí. En fin, no se cumplen veintiuno todos los días, ¿no?

Intentó que su tono sonara muy animado, pero acabó decayendo cuando nuestras miradas se cruzaron y se quedaron enganchadas de nuevo.

—Siento lo de antes —dije, e intenté que no se notara a la legua lo mentira que era esa disculpa. Creo que no coló.

—No lo sientas —me cortó al instante—. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿vale?

Intenté estudiar sus ojos, para ver si esa petición era firme y sincera, o no. Pero ella escondió la mirada todo lo que pudo. Tuve que sujetar su barbilla con una mano para obligarla a mirarme de nuevo.

—No me digas que tú no te morías por besarme —acusé, jugándome a lo grande, con la seguridad de farol.

—Eso ahora no importa. —Se mantuvo firme, con la mirada clavada en mis ojos—. Pensaba que podíamos hacer esto, como amigos..., como adultos..., pero puede que sea demasiado pronto...

Menos mal que ya la conocía. Tan bien que no podía mentirme. Y ella eso lo sabía perfectamente.

—A lo mejor es la única puta cosa que importa ahora, Ash.

—Cam...

Tal y como dijo mi nombre, no podría asegurar si pretendía hacerme callar o me pedía que continuara.

Se apartó bruscamente de mí cuando llegó hasta nosotros el sonido del jaleo que se estaba montando en la entrada. Los dos miramos hacia allí para ver qué había conseguido despertar tanta expectación entre los antiguos jugadores del equipo del instituto. Se me formó una sonrisa al verlo. El mismísimo Troy Cruz.

—Disfruta de la fiesta, por favor —me dijo Ash al oído, y luego desapareció de mi lado, para dejarme el tiempo y el espacio para atender a los invitados.

Respiré hondo y me encaminé hacia el montón de tíos que rodeaban a Troy, para poder saludar a mi antiguo amigo. No es que nunca hubiéramos vuelto a ser íntimos desde que pasó todo lo que pasó, pero al menos lo consideraba un colega.

—Eh, tío —saludé al llegar a su altura.

Chocó su mano conmigo y me felicitó por mis veintiuno. Y entonces apareció Tyler para preguntar por el crío de Jessica y romper el buen rollo del ambiente. Muy en su línea.

Ya no había forma de pillarla a solas, o, por lo menos, con alguien que estuviera lo suficientemente de mi lado como para desaparecer en cuanto yo se lo indicara con la mirada. Cada vez que la veía estaba con una de sus más fieles amigas. Incluyendo a Vanessa en ese concepto, claro. Y

precisamente era con Vanessa con quien estaba cuando por fin vi el momento perfecto para intentarlo una vez más. Solo quería hablar con ella. No era para tanto. Ya había hablado con toda la maldita fiesta. Ya había brindado con todos. Ya me había hecho *selfies* hasta con mi hermano. Ya era hora de que ella dejara de intentar no eclipsar.

Fue Troy el que, sin querer, me dio mi mejor oportunidad. Se acercó a hablar con Vanessa. Y, en cuanto Ashley se apartó de ellos y se escabulló hacia el corto pasillo que llevaba a los baños, yo le di una palmadita a Lucas en el brazo para cortar nuestra conversación.

—Vuelvo en un minuto —aseguré, sin estar del todo seguro.

Pero él había visto lo que había visto yo.

—Había oído lo de tu fama de eyaculador precoz, pero, tío, ¿un minuto? Hay una cosa que se llama «preliminares».

Le levanté el dedo medio de mi mano izquierda mientras ya me alejaba y dejé atrás el eco de su risa.

Ashley estaba a punto de entrar en el baño de mujeres cuando me puse a su altura.

—Eh —llamé su atención.

Se volvió al instante con la mano sobre el corazón y cara de pocos amigos. Se me escapó la sonrisa sin querer al ver que la había asustado.

—Soy solo yo.

—Sí, ya. Solo tú. Menos mal —murmuró irónica.

—Vengo en son de paz —aseguré, y levanté las manos como demostración de mi inocencia y la pureza de mis intenciones—. He hablado con toda la gente de esta fiesta. Me he puesto al día hasta de la vida de los que

prácticamente no veía desde el instituto. Eres la única con la que no. Así que, dime, si podemos hablar y bromear a través de una pantalla de móvil, ¿no podemos hacerlo ahora que nos vemos en persona?

—No lo sé.

Sus palabras estaban muy cargadas de emoción mal contenida. Claro que todo era más fácil cuando había una pantalla y unos cuantos miles de kilómetros de por medio. Claro que era más fácil poder pensar en la mejor manera de decir las cosas, escribir los mensajes las veces necesarias para que no resultaran demasiado intensos. Eso era difícil poder filtrarlo estando frente a frente.

—Dijimos que intentaríamos ser amigos —le recordé—. Vamos a tomarnos una cerveza y a charlar de la vida y a meternos con el novio de Ryan y a reírnos de las tonterías de Tyler, anda. Por favor, Ash —supliqué al verla dudar.

Y eso que yo no estaba muy convencido de que pudiera soportar tenerla cerca y no poder tocarla. Pero era mejor eso que verla rehuirme durante toda la fiesta.

—No sé si puedo —confesó, con un hilo de voz.

Escondía la mirada.

—¿Por qué?

Dudó unos cuantos segundos, como si estuviera debatiendo consigo misma. Luego me miró a los ojos. Dejé de respirar al instante. Solo noté que no me estaba entrando aire en los pulmones cuando sus dedos recorrieron mis bíceps, deslizándose sobre la tela de mi camisa. Entonces me obligué a respirar de nuevo. Mi corazón podía reventar en cualquier momento, pero, si ella seguía tocándome, entonces eso era lo que menos importaba.

—Porque yo también me moría por besarte, Cam.

Suficiente para mí. No tenía que esperar una señal divina. Bastante claro me lo acababa de dejar ya. Así que di un paso hacia ella, que despegó sus manos de mí y dio un paso atrás en respuesta. Lo volví a intentar y ella retrocedió de nuevo, pero, en solo un intento más, la pared que separaba las puertas de los dos baños le cortó la retirada. Solo tuve que inclinarme un poco para poner mi cara a la altura de la suya. Esos tacones la tenían que estar matando, aunque no se quejara.

—Cam, por favor. —Se mordió el labio y bajó la mirada—. No podemos hacer esto.

—¿Por qué no?

—No quiero empezar de cero otra vez —reconoció, y sonaba bastante atormentada.

Mierda, yo tampoco quería. No quería tener que empezar de cero. No quería tener que acostumbrarme otra vez a no tenerla. Pero es que lo que yo quería era que ella no volviera a irse.

—No me beses si no quieres besarme, princesa —susurré, casi pegado a su boca, con mi nariz rozando la suya.

Dejé que lo decidiera ella. No le costó más de un segundo fundir sus labios con los míos. Mi oasis en medio del desierto. Suficiente para aliviarme por un momento, para luego dejarme con unas ganas horrorosas de más. Sus labios se sentían exactamente igual que siempre y, a lo mejor, por eso todo era tan intenso. Firmes, suaves, húmedos y hambrientos. Sabía un poco a cerveza. A cerveza y Ashley, que era una de mis combinaciones favoritas. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para contener

a mi animal interior y tragarme las ganas de morderle la boca y clavarle entre sus piernas allí de pie contra la pared del pasillo. Y fue ella la que metió la lengua en mi boca sin ningún cuidado. Sin pedir permiso. Mi lengua se unió a la suya sin darme tiempo a pensarlo. Se movían de manera perfectamente sincronizada, como ejecutando un baile muy bien ensayado. Si era por ensayar, podría decirse que nosotros lo habíamos hecho mucho, y con muchas ganas, durante los tres años que habían pasado desde que la besé por primera vez. Me lamió el labio superior, con mimo, pero con ansia. Y yo cerré los brazos en torno a su cintura, pegándola a mí de una manera dolorosamente íntima.

Me apartó poniendo las manos en mi pecho y empujándome hacia atrás. Me alejé solo un par de centímetros y busqué sus ojos.

—Tenemos que... No sé si deberíamos —suspiró, con un hilo de voz. Me esforcé para no perderme ni una sola de sus palabras—. ¿Qué va a pasar mañana? Yo me vuelvo a Chicago y tú...

Se quedó en silencio cuando sus pupilas conectaron con las mías. Se mordió el labio. Qué preciosa era. Y cómo me palpitaba la entrepierna, activada a la máxima potencia por el jugueteo de su lengua y el roce de sus caderas. No podía desearla más. Iba a reventar en cualquier momento.

—Ahora estás aquí —dije, con las palmas de las manos en la curva de sus caderas.

Le sobraba el vestido.

—No quiero que nos hagamos daño.

Yo tampoco quería. No quería salir aún más herido. No quería cargarme los endebles cimientos que me mantenían

en pie a duras penas. Pero la tenía delante, y la echaba tanto de menos, que todo lo demás dejaba de importar. Y, si tenía que morirme sin ella al día siguiente, al menos que mereciera la pena mi última noche en la Tierra.

—Entonces, no hace falta que juguemos con los látigos hoy —solté, y dibujé esa sonrisa que ella siempre llamaba «canalla». En el fondo, sabía que la volvía un poco loca, aunque no lo reconociera.

Su bufido fue uno de los potentes. Y yo solté una carcajada al instante. Cómo la había echado de menos. La vi intentando aguantarse la sonrisa, pero no con demasiado éxito.

—Eres un completo idiota.

Sonreí satisfecho con su respuesta. Habría sido mejor que me llamara capullo, pero no se puede tener todo, ¿no?

La sujeté por las muñecas y la obligué a poner las palmas de sus manos sobre mi pecho, para luego ir bajándolas, palpando los músculos de mi torso, clavando las yemas de los dedos en mis abdominales. Se mordió el labio, pero no opuso resistencia. Y, cuando la solté, no apartó las manos. Las deslizó hasta la cinturilla de mi pantalón y coló dos dedos dentro para tirar de mí y pegarme a sus caderas.

—Solo para que quede claro, mañana haremos como si esta noche no hubiera existido —intentó pactar.

Busqué sus ojos. Estaban tan cargados de deseo como yo y supe que poner unas malditas reglas y una barrera emocional era la única manera que encontraba de poder ceder a lo que le pedía su cuerpo y su corazón, sin tener que pensar en si mañana dolería el doble.

—Muy bien.

Habría dicho que sí a cualquier cosa, llegados a ese punto.

—Solo esta noche.

—Solo esta noche, princesa —repetí, en un tono mucho más cálido que el suyo.

Y, si me paraba a pensarlo un momento, no estaba de acuerdo en absoluto. Una noche no me bastaba. Para nada. Pero era mejor que nada y la necesitaba muy desesperadamente.

—Deja de llamarme princesa.

Gruñí en respuesta, porque odiaba que hubiera vuelto a utilizar esa coletilla con la que tenía que responderme siempre.

—Si quieras que deje de llamarte princesa, vas a tener que callarme tú —provoqué.

Tiró del cuello de mi camisa con fuerza hasta estampar mis labios en los suyos, sin que yo opusiera resistencia. Y esta vez ni siquiera intenté contenerme.

Necesitaba que Ashley Bennet durmiera en mi cama esa noche.

3

Ashley

Estoy en ropa interior en el cuarto que comparto con Vanessa, tras salir de la ducha, cuando la puerta se abre de golpe sin que a ese hecho lo haya precedido una llamada de cortesía. Me vuelvo sobresaltada para encontrarme a Emily justo frente a mí, parada en el umbral.

—¡Em! —regaña mientras me cubro con la camiseta que tengo en la mano—. ¿Qué ha sido de la intimidad y el espacio personal?

—Debieron de quedar allá con aquella manía tuya de contármelo todo —ironiza—. Tranquila, no me voy a asustar. Nada que no haya visto antes. Y, pensándolo bien, probablemente nada que la mayoría de gente en esta casa no haya visto antes.

—Qué ocurrente —murmuro. Me pongo la camiseta mientras cierra la puerta para restaurar mi intimidad perdida. Pero ella se queda dentro del cuarto, claro—. ¿Quéquieres? ¿Solo buscabas verme desnuda?

—No negaré que era un aliciente. Te he oído salir del baño y he decidido venir a ver siquieres bajar a desayunar

conmigo, como si fuéramos amigas, ya sabes.

—Somos amigas, no empieces a lloriquear y a hacerte la víctima, tía.

—Mi amiga me contaba cosas de su vida. Pero eso era antes, claro —sigue atacando, se pasea por la habitación, y yo doy saltitos para encajar los vaqueros cortos en mis caderas.

Antes de perderme. Antes de ahogarme y quebrarme. Antes de toda la oscuridad y de los demonios danzando en mi cabeza. Pero dejo que Em simplemente lo entienda como un «antes del después de Cam» y me callo todo lo demás.

—Sabes más que nadie en esta casa. —Es lo que digo en voz alta.

—¡En esta casa! —exclama, y vuelve a clavarme la mirada—. Para, que me estás matando, Ashley. Si lo estás intentando arreglar, lo llevas chungo. Odio a tus amigos de Chicago, ¿lo había dicho alguna vez?

—Como mil hasta el año pasado cuando ya perdí la cuenta.

La veo curiosear por mis objetos personales que hay sobre la mesilla. Está de espaldas a mí, pero noto perfectamente cómo se pone tensa un momento y sé a ciencia cierta lo que acaba de ver. Cierro los ojos por un segundo, echándome mentalmente la bronca por ser tan tonta y descuidada. Ella se vuelve para enfrentarse a mí y me enseña la cadena de plata con las dos placas, en la palma de la mano.

—Ash...

Me acerco hasta donde está y se la arrebato, sin decir nada. Seguro que Vanessa también la ha visto. Voy a tener

que hablar con ella para que tenga la boca cerrada. Saco mi maleta de debajo de la cama, de un tirón, y escondo el colgante en uno de los bolsillos interiores.

—Ya está —advierto a mi mejor amiga—. No quiero hablar del tema. Ayer... —Me giro para mirarla a los ojos y veo que ella me está mirando con la expresión más empática que sé que es capaz de poner—. Ayer fue complicado, y fueron demasiadas cosas de golpe. Pero hace tiempo que no os veo, Mia y Gina se van a Europa y no sabemos ni cuándo volverán, y quiero aprovechar estos días y pasarlo bien. No quiero ni un solo drama.

—¿Ayer la llevabas puesta?

Me quedo en silencio, sosteniéndole la mirada, tras su pregunta. Finalmente, suspiro y asiento levemente con la cabeza.

—La llevo todos los días.

—Mierda, Ash. Lo siento. —Se muerde el labio, como si ese gesto pudiera expresar lo arrepentida que está—. Siento la que te monté en la cocina. Yo pensaba... Venga, tía, llevas meses sin ni siquiera decir su nombre y yo...

—Da igual. Estoy bien —miento, todo sea por tranquilizarla—. Necesito que te olvides de esto, ¿vale? A partir de ahora mismo, esta semana voy a pasarlo bien, no voy a comerme la cabeza, y no quiero hablar de esto otra vez.

—Ya. Claro. Pero ¿qué pasa con...?

Le tapo la boca con la mano antes de que pueda seguir.

—Ni un maldito drama, Emily. ¿Vas a ayudarme con esto o vas a hacer de esta semana un infierno?

Me aparta de un manotazo y me mira con cara de pocos amigos.

—Voy a ayudarte —concede, aún con el ceño fruncido—. Aunque el infierno te lo has ganado tú solita, Ashley Bennet.

Me trago las emociones, como me obligo a hacer desde hace mucho más que solo los últimos seis meses. Y, así, entramos riendo en la cocina, porque la muy tonta por fin ha cedido a mis súplicas para abandonar todo tema serio y ya lleva unos cinco minutos dedicándose a enumerar todo lo que odia de Chicago y de mis amigos de allí, en plan amiga celosa, para picarme.

—Sí, es a la que más odio. Y odio mucho que la llames «Syd». Como «Oh, sí, Syd es mi mejor amiga»; «Syd es tan guay»; «Syd es pelirroja natural y su padre es australiano». ¡Qué original poniendo nombres!

Intento abrazarme a ella mientras río.

Me aparta de un empujón y las dos recuperamos la compostura cuando nos encontramos con las miradas de los tres chicos de la casa clavadas en nosotras. Scott está apoyado en la encimera, con los brazos cruzados, aparentemente esperando a que suba el café en la cafetera italiana que Cam se empeña en conservar, a pesar de que yo le regalé una máquina nuevísima y modernísima hace menos de dos años; Tyler está delante de la puerta abierta de la nevera, vertiendo leche en una taza y, al verme, sonríe levemente e inclina un poco más el cartón, y Cam está sentado sobre la mesa, con las piernas colgando y su taza de café en la mano, esa taza de café que... ¿es que hay algo en esta casa que no le haya regalado yo? No sé ni cómo demonios vivía antes de mí. Mi mirada se cruza con la

suya y entonces sí que se me corta la risa y casi hasta se me atraganta.

—Buenos días —digo, con voz menos firme de lo que esperaba, pero al menos no me quedo callada.

Tyler llama mi atención tendiéndome la taza que estaba preparando para él. Qué detalle. Ha echado más leche de la que suele echarse, solo para cedérmelo a mí. Le sonrío levemente, aceptando el café. Y me acerco más y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla, como agradecimiento. Creo que se me suben bastante los colores cuando, al despegarme de él, veo cómo nos está mirando Cam.

—¿Hoy vas a sentarte a la mesa como las personas normales? —Es el saludo que Mia me dedica en cuanto salgo al porche y aparto una silla para sentarme con ellas.

—De momento... —respondo en tono de broma.

—Acéptalo. Quiere más a la perra que a nosotras —suspira Vanessa dramáticamente.

—No es algo que me preocupe en exceso —se hace la digna la rubia.

Hago una mueca en respuesta a su comentario y revuelvo el café un par de veces con la cucharilla. Está a la temperatura perfecta tras el contraste del café hirviendo con la leche de la nevera y Tyler ha echado la cantidad justa para que quede exactamente como a mí me gusta. Ya lo había dicho, ¿no? Ni idea de cuándo Tyler Sparks se ha convertido en un hombre atento y considerado. Pero nadie se atrevería a decir que le disgusta la transformación.

—No os pongáis celosas, chicas. Os quiero casi igual que a la perra, y eso ya es más amor de Ashley del que podáis

soportar —me burlo.

—Mmmm, amor de Ashley. Suena pervertido. —Oigo la voz de Tyler justo detrás de mí—. ¿Qué hay de mí? ¿Podré soportar todo el amor de Ashley que me guardas?

—Necesitarías muchos viajes con mi culo en el asiento de tu deportivo para eso —respondo al instante, y echo la cabeza para atrás para poder ver la cara que pone ante mi comentario.

Sonríe de medio lado, como si estuviera sobradamente convencido de sus posibilidades. El tipo de sonrisa que se me contagiaría al instante... si los ojos verdes de Cam no acabaran de reclamar toda mi atención, justo detrás de su amigo.

Los dos traen una taza de café en una mano y un plato con algo de comer en la otra. Scott aparece solo un segundo después, con más comida que añadir al festín.

—Acepto el reto.

El rubio me deja el plato que llevaba justo delante, asegurándose de rozar mi brazo con su hombro al agacharse a mi lado. Me aparto casi como acto reflejo, al tiempo que chasqueo la lengua dejando clara mi desaprobación.

Aprovecho cuando todos están distraídos para darle un trocito de pan a *Vodka* por debajo de la mesa. Pero, al levantar la mirada, me encuentro los ojos de Cam muy centrados en los míos y tengo que poner cara de circunstancias al verme pillada. Menos mal que no me dio por el camino de la delincuencia, el disimulo no es lo mío. Él sonríe de medio lado, sin separar los labios y niega suavemente con la cabeza. Y yo sonrío levemente también,

contagiada por él y aliviada por haberme librado de la bronca que habitualmente siempre me caía por malcriar a su perra, y luego tengo que apartar la mirada, para que deje de subirme la sangre a las mejillas y no acabar ruborizándome como si aún tuviera diecisiete años y estuviéramos compartiendo sonrisas cómplices en la clase de biología. Porque las cosas ya no son así.

—Eh..., Ash..., ¿qué es eso? —Mia me devuelve a la realidad al estirarse sobre la mesa para agarrar mi muñeca repentinamente y tirar de mi brazo izquierdo hacia ella—. ¿Te has hecho otro tatuaje?

—¡Qué susto! —protesto mientras trato de recuperar mi brazo, pero ella me retiene sin soltarme la mano—. Pensaba que tenía un bicho o algo así.

—Mucho peor. ¿Tu madre aún no te ha desheredado? —bromea mi amiga.

Y justo entonces soy muy consciente de que mi pequeño tatuaje, el que llevo exactamente en ese punto de presión de la muñeca izquierda que la medicina china relaciona directamente con el corazón, está plenamente expuesto sobre la mesa para que lo vean todos. Para que lo vea él. Mierda.

Miro de reojo, porque no me atrevo a hacerlo directamente. Y él tiene la vista fija en mi muñeca. Sin pestañear ni nada. Me quedo un segundo de más observándolo, justo el que él necesita para encontrar mis ojos. Y yo los aparto tan rápidamente como si acabaran de pillar me mirando con fascinación una escena erótica. Qué pena das, Ash.

—Oye, ese no lo había visto —dice Gina, y pasa la yema de su dedo índice sobre la tinta, sin respetar mi espacio personal y el de mi tatuaje especial. Demasiado especial. Uf —. ¿Qué es? ¿La mitad de un corazón y la mitad de un infinito? ¿No podías decidirte por una pastelada o la otra?

Retiro la mano de un tirón. Demasiado brusca, seguramente. Veo que Mia frunce el ceño mirándome con sospecha.

—Sí, justo eso es lo que es —respondo a Gina al tiempo que giro la muñeca para que el tatuaje quede hacia abajo, libre de miradas indiscretas.

Como si no lo hubieran visto todos ya. Como si no lo hubiera visto justo la única persona que yo no quería que lo viera. Debería habérmelo hecho en un sitio más discreto. Menos visible. O no hacérmelo. Pero no. Eso no. Necesitaba llevarlo conmigo. En mi piel. Un símbolo de infinito que no termina de cerrarse en uno de sus extremos y, a cambio, la línea se curva hacia abajo dibujando la mitad de un corazón. Un símbolo que él me había dibujado en la piel hasta la saciedad cada vez que uno de los dos tenía que marcharse después de visitar al otro. Un símbolo que le había dibujado yo un millón de veces, en la espalda, en el pecho, en el abdomen, en el brazo, cada vez que nos volvíamos a encontrar. El que él dibujaba en mi piel tenía la mitad del corazón al lado derecho y el infinito al izquierdo, como mi tatuaje, y, el que marcaba yo sobre él, al contrario. De manera que, si superponías los dos, ambas figuras quedaban completas. Amor. Infinito. Sí. Muy pasteloso. Eso seguro. Ñoño, pero nuestro. Y estoy bastante segura de que

él no se ha olvidado de todo eso todavía. Así que no debe de tener ninguna duda sobre lo que significa.

—¿Cuándo te lo has hecho? ¿Cómo puede ser que yo no lo haya visto antes? —pregunta Mia, sin percatarse de las miraditas de advertencia que le estoy dedicando para que aparque el tema. O pasando de mí completamente.

—Hace unos meses.

Dejo la imprecisión en el aire. Tampoco hace falta entrar en detalles.

—¡Unos meses! —exclama mi pequeña amiga, indignada.

—Creo que ya hemos dejado claro que soy una amiga horrible, que no os cuento nada de mi vida, que hace eones que no me veis, y que soy lo peor y la oveja negra descarriada de este grupo, desbancando a Tyler con todo mi mérito. ¿Podemos superarlo ya? —Y casi estoy a punto de pedirlo por favor.

Mia alza una ceja, pero su mirada me deja más que claro que no. Que no podemos superarlo. Que no vamos a dejarlo. Que esto no ha hecho más que empezar. A veces la odio un poquito. Aunque la quiera. Y me gustaría matarla. No literalmente. Pero en fin.

—¿Algún ultraje más a la piel que yo desconozca? —inquiere, utilizando el ya famoso término de mi madre.

No digo nada. Me muerdo el labio, y solo eso ya les está diciendo a mis amigas lo que yo no pronuncio con palabras.

—¡Madre mía, Ash! Dentro de poco vas a acabar igual que Tyler —exagera Emily, metida en su papel de reina del drama.

—Dentro de poco... —repite el aludido con una risita—. Dentro de nada, más bien. Ya tiene el mismo número de

tatuajes que yo. Otra cosa es que los suyos sean ridículamente minúsculos.

Lo miro con los ojos entornados. Y él se lleva la mano a la boca como si se le acabara de escapar y se arrepintiera de decirlo. Sí, claro. Cómo finge. Muy mal.

—Eso es mentira porque yo tengo...

No acabo la frase al caer en la cuenta de que tiene razón. Si es que tengo el mismo número de tatuajes que Tyler Sparks. Y él es casi un *graffiti* andante.

—¿Cinco? —completa él por mí en forma de pregunta y con una sonrisita divertida.

—Cinco tatuajes —suspira Emily—. Estás matando a tu madre, Ash —exagera.

—Yo no me voy a hacer la sorprendida porque ya los he visto —admite Vanessa—. Ah, pero solo porque tuve que registrarla en busca de evidencias el día que se presentó en mi casa de San Francisco con un chupetón en el cuello —acusa.

Esto no puede estar pasando. No puede ser que haya dicho eso como si nada delante de todo el mundo. ¿He dicho delante de todo el mundo? Sí, justo lo que quería decir, siempre que por «todo el mundo» se interprete a lo que me refiero. Delante de Cam. De Cam. De todo el maldito mundo.

Escondo la cara entre las manos lanzando un suspiro muy largo. De verdad que las odio. Y solo he venido a este puñetero encuentro de amigos por ellas, tragándome mis propios miedos y jugándomela a lo grande al volver a verlo a él sin estar segura de estar preparada. Así es como me lo pagan.

Cameron no dice nada. Claro que no. Tampoco me atrevo a mirarlo para ver si el comentario de Vanessa ha despertado algo en él o no. Intuyo la respuesta y prefiero no saberla.

—Perdón. —Vuelvo a oír la voz de mi amiga, la metepatas. Aunque por su tono de voz no parece que lo sienta mucho. O en absoluto—. Estamos entre amigos y yo tengo la boca muy grande. Y no me gusta tener que andarme con pies de plomo cuando debería estar relajada, de vacaciones, con mis mejores amigos en el mundo. Así que, en vista de que la semana es larga y vamos a estar mucho tiempo juntos, prefiero que aclaremos este punto antes de que alguien meta la pata hasta el fondo. ¿Está permitido hablar de estas cosas o deberíamos hacer como si ninguno de los dos tuviera vida amorosa? ¿Puede hacerse alusión a tiempos pasados en los que estabais juntos? ¿Podemos hablar de lo que nos dé la gana sin miedo a herir sensibilidades?

Y, cada cosa que dice, a mí me araña un poquito más las entrañas.

¿De qué va? Bueno, Vanessa nunca ha sido especialmente famosa por su tacto y su discreción en ciertos temas. Y no le gusta andarse con tonterías. Me imagino que el resto de los presentes estará agradeciendo que sea ella quien saque el tema para dejar las cosas claras. Probablemente todos hayan estado preocupados en algún momento por meter la pata. Yo lo estaría si fuera ellos. Sobre todo, porque no sé si Cam habrá hablado mucho o poco con nuestros amigos acerca de este tema, en los últimos seis meses, pero yo he estado desaparecida y

poco comunicativa, precisamente para que nadie me preguntara por ello.

—Apuesto a que no serías capaz de callarte ciertas cosas ni aunque dependiera de ello tu vida —acusó Cam a su mejor amiga—. No pasa nada, chicos. Ya no tenemos dieciocho años y me gusta pensar que hemos madurado al menos un poco. Ash y yo estuvimos juntos un tiempo, después lo dejamos y ahora espero que podamos ser amigos. Es normal, es natural y no es algo sobre lo que no se pueda hablar. Asumo que ella ha seguido con su vida, igual que yo con la mía. Así que nadie tiene que medir sus palabras, ni andar con secretismos, ni morderse la lengua. No vaya a ser que alguna se envenene —añade, irónicamente, claramente en alusión a Vanessa—. ¿No, Ash?

Su pregunta, y de pronto toda la atención que se centra en mí, me pilla totalmente de sorpresa. Apenas me había dado cuenta de que había vuelto aemerger, desde detrás de mis manos, para centrarme en él y su discurso como si no existiera nada más en mi mundo. Un mundo que se iba quedando más y más pequeño con cada palabra que él pronunciaba. Está tan serio, tan entero y tan maduro, que casi me cuesta reconocer a mi capullo adorable en el hombre que ahora mismo tengo delante. Me cuesta, porque ese Cam que me dibujaba corazones infinitos en la espalda cuando me tenía desnuda en su cama, nunca habría sido capaz de hablar así sobre nosotros. Como si no importara. Como si sobre algo tan especial, lo más correcto fuera ser racional. Quitarle importancia. Mi capullo adorable nunca diría «Ash y yo estuvimos juntos un tiempo». No puedo creerme que sea justamente eso lo que acaba de salir de su

boca. Lo que acabo de escuchar de esa voz. La frase me resuena en la cabeza. ¡Un tiempo! Como si no supiera exactamente cuál fue el instante en que empezamos a sentirlo. Como si no recordara el momento exacto en que yo dije «tampoco entraba en mis putos planes enamorarme de ti». Como si no recordara cuándo lo dijo él. Como si no se le hubiera parado el reloj a la hora exacta en la que nos dijimos el último adiós. Como si no hubieran sido mil vidas completas condensadas en lo que nos pareció un periodo mucho más que insuficiente.

—Eh, sí, claro. —Me obligo a contestar con mi mejor cara de póker—. No pasa nada, ya somos mayores —añado en tono de broma—. No hagamos un drama.

—Nada de dramas —se muestra de acuerdo Emily—. Y ahora, enséñame los tatuajes que me muero aquí mismo. Me muero. Del todo. Te lo juro. Acabarás conmigo cualquier día de estos.

—Eso, nada de dramas —repite Mia, burlándose de nuestra amiga—. Muy bien, señores. *Fearless* en el costado —empieza a recontar mis tatuajes—, todo el mundo sabe de dónde salió ese. Unas huellitas en el pie derecho, que demuestran que quiere más a los animales que a las personas.

Sonrío un poco al oírla. Hace ya cerca de tres años desde que me hice ese. Después de que Cam adoptara a *Vodka*. Dos huellas de perro y dos de gato, que pasean entrelazadas por el empeine de mi pie derecho, desde el tobillo hacia los dedos. Y, junto a ese, me hice otro más. Por eso de aprovechar el precio de apertura de las agujas, que no sale rentable si lo que vas a tatuarte es demasiado

pequeño. El tatuaje que me hice para llevar a mis padres en mi piel, una representación de lo que soy y de dónde vengo, en el fondo. Se trata de un avión de papel. Tan sencillo como eso. Solo unas líneas discontinuas que dibujan una trayectoria curvilínea y un avioncito de papel. Es muy pequeño. Pero representa cosas muy grandes.

Y hasta ahí lo que todo el mundo conocía. Lo que conocía él. Las marcas en mi piel que ha mimado, acariciado, y besado cientos de veces. Y luego están mis dos nuevos tatuajes. De nuevo dos de una vez para aprovechar la sesión. Pero ya ha visto el más comprometido de los dos. Así que lo demás ya no importa. Especialmente después del discurso que acaba de soltar.

—¿Dónde está el quinto? —pregunta Mia.

Están bastante pendientes de mí. Así que me giro en la silla y me aparto el pelo para mostrar el tatuaje que llevo en la nuca. Tres símbolos japoneses.

—¿Qué significa? —pregunta Scott, y ya sé que está a punto de burlarse sin piedad. Lo conozco como si llevara saliendo siete años con mi mejor amiga. Precisamente—. ¿Arroz tres delicias?

—Es japonés, idiota —rebato al instante, y los tres chicos se ríen al escucharme.

—Ah. Sushi y sashimi —prueba entonces el muy tonto.

—Significa algo así como «amor propio» —explico.

—Me gusta el mensaje —me apoya Emily—. ¿Ya has cubierto el cupo o piensas pintarrajearte más la piel?

—No lo sé. De momento, no.

Alguien interviene antes de que puedan interrogarme más:

—Pero si lo que queréis ver es arte verdadero sobre un lienzo escandalosamente bien pulido, no os perdáis esto.

El exhibicionista de Tyler se quita la camiseta, sacándola por su cabeza de un solo tirón y dejando los colores que le impregnán la piel a la vista. Lo ha hecho en el momento justo para evitar que alguna listilla me pregunte por el significado del tatuaje de mi muñeca, que ha quedado en el aire anteriormente. Y creo que tendré que darle las gracias por ello. Últimamente no para de salvarme de momentos complicados como ese. El caballero Sparks y su reluciente armadura. Que en este caso es de tinta, parece.

—Tú no necesitas ni una sola razón para quitarte la camiseta —suspira Vanessa, que pone los ojos en blanco.

—Por suerte para ti —responde el rubio al instante.

Y empieza a alardear de sus tatuajes, especificando cuántas horas de trabajo le costó a su tatuador realizar cada uno de ellos.

—Anda, tápate, no vaya a ser que no pueda contenerme y me lance a tus brazos —ironiza Vanessa—. ¿Nadie más tiene tatuajes que mostrar? Cam, ¿no has aumentado tu colección últimamente? —pregunta, en tono burlón.

Él hace una mueca y se pasa la mano izquierda suavemente por el antebrazo contrario, sobre el tatuaje. Y mi vista se va sola hacia allí, sin pedir permiso al cerebro ni nada, porque ¿para qué? Admiro ese *Smile* escrito con mi letra y mi corazón pega dos saltitos en lo que debería haber sido un único latido relajado, demostrando que no, que, tras seis meses y tres días, aún no estaba preparada para esto.

—Olvídate del tema —dice, tan tranquilo, con media sonrisa asomando a un lado de su cara—, no volveré a

hacerme uno nunca.

—¿Eso significa que te arrepientes? —Vanessa aprieta un poco más, que para eso ha conseguido hace unos minutos que le demos carta blanca para hablar de cualquier tema espinoso que le apetezca.

—He dicho que no volveré a hacerlo; no que no volvería a hacerlo —corrige el moreno y me mira de reojo, durante solo una milésima de segundo, tras sus palabras.

Gina ha desaparecido en el interior de la casa y, cuando vuelve a aparecer, trae un balón de fútbol en la mano derecha, y una sonrisa traviesa pegada a los labios.

—¡Eh! ¿Qué tal un partidito?

Lanza el balón hacia donde está Mia, que está distraída con las últimas migajas de su desayuno. Y no le da en la cara, provocando una pequeña tragedia, y probablemente una ruptura amorosa, porque Cam lo intercepta con su mano derecha, a escasos centímetros de la cara de mi amiga.

—Debo admitir que la recepción de ese pase ha sido buena —admite Tyler, al tiempo que le da una palmada en el hombro—. A lo mejor es algo de eso lo que vieron los Patriots en ti para hacerte esa oferta que nadie podría rechazar y tú aún te estás pensando.

Veo que Cameron se tensa al oír mencionar lo de esa oferta. Y yo frunzo ligeramente el ceño, aunque no deba extrañarme no saber nada. Lo que realmente me sorprende es eso de que «aún se lo está pensando», porque la última vez que hablé con él seguía teniendo muy claro lo que quería hacer al acabar la universidad. Y no era seguir jugando al fútbol. Eso seguro.

Tengo que dejar de pensar en eso cuando todos mis amigos empiezan a ponerse en marcha para jugar un partido. Yo me hago la tonta. Porque ni me apetece, ni me parece que pueda aguantarlo. Y ya deben de saber todos que odio el maldito fútbol americano. No es ningún secreto. Lo odio profundamente desde hace bastante tiempo.

Emily también se queda a un lado, asegurando que ella es alérgica a cualquier tipo de ejercicio físico.

Las chicas insisten en que necesitan una más porque quieren jugar chicas contra chicos y en el equipo contrario hay un exjugador y un jugador de la NCAA... y, luego, el pringado de Scotty. Emily se libra, porque Emily siempre se libra de todo. Pero yo tengo que terminar cediendo y me dejo arrastrar. No tengo fuerzas para discutir.

Tyler nos advierte que seamos cuidadosas con él, en tono de broma, porque su lesión le obligó a dejar el deporte y es prácticamente un novato, ahora ya.

Pero es precisamente él el que no tiene cuidado consigo mismo, mientras juega como si de verdad estuviera disputando la *Super Bowl*, pasándole la pelota a Cam cada vez que tiene ocasión y dejándonos bastante en ridículo al equipo contrario.

—Tyler, de verdad, no quiero hacerte daño —advierto, con la pelota entre mis brazos, y trato de esquivarlo.

Y él se limita a partirse de risa, como si que yo pudiera hacerle daño a él fuera la cosa más graciosa que ha oído en todo lo que va de día. Me coge por la cintura cuando trato de evitar su bloqueo, y pega mi espalda a su pecho levantándome en el aire.

—Suelta ese balón o será peor, muñeca —dice en mi oído.

Y yo solo puedo pensar en que Cam está en algún sitio, demasiado cerca de nosotros. Y no es algo que quiera que él vea. De repente, me siento muy incómoda estando tan cerca de Tyler y tiro el balón al suelo y le pego un codazo suave, para que me suelte y poder alejarme tan rápido como me sea posible.

Las chicas protestan en voz bien alta, al ver que me rindo tan pronto. Incluso Emily se está metiendo conmigo, sentada al borde de nuestro improvisado campo, desde donde sujet a *Vodka* para que no irrumpa en el terreno de juego.

—Seguimos la jugada. —Vanessa toma el control, se hace con el ovoide y señala a Mia la posición en la que debería colocarse.

Iniciamos el juego de nuevo y el balón pasa de Vanessa a Mia y de esta a Gina, que no tiene más remedio que lanzarlo en mi dirección cuando Scott se abalanza sobre ella, dispuesto a placarla.

El vuelo de la pelota se acompaña de la exclamación de Gina, que rompe el silencio que lo precedía y deja bien claro que ninguna me considera el eslabón fuerte del equipo:

—¡Y no me jodas, Ash!

Pues no es para nada mi intención, así que doy dos pasos atrás y me concentro en la curvatura que el balón describe por el aire, casi rezando para ser capaz de atraparlo.

Aterriza justamente en mis brazos y yo lo sujeto con fuerza, porque se supone que es lo que debo hacer. Vanessa y Mia están gritando, animándome a ir hacia la zona de *touchdown*. Tengo que obedecer o se burlarán todavía más de mí, así que giro sobre mis talones y echo a correr. No he

avanzado probablemente ni dos metros antes de que alguien se plante justo en medio de mi camino. Ni lo he visto aparecer, de manera que me es imposible frenar a tiempo, ni siquiera reducir un poco la velocidad, antes de chocar contra un torso demasiado trabajado como para que el contacto sea delicado. El golpe me hace rebotar y me impulsa hacia atrás, acabando con mi ya de por sí inestable equilibrio. Suelto el balón y me agarro a lo primero que encuentro a mi alcance, para no caer. No sirve de mucho. Lo único que consigo es arrastrarlo conmigo en mi camino hacia el duro suelo.

Quedo tendida sobre la espalda y cierro los ojos con fuerza, preparada para soportar el peso de un jugador de fútbol americano aterrizando sobre mi cuerpo. Pero eso no llega a pasar y separo los párpados muy despacio, prudente, al sentirlo parar en seco a muy pocos centímetros. Cameron ha detenido la caída apoyando las manos a mis dos lados, con los codos flexionados y dejando nuestros pechos y nuestras caras tan cerca que soy capaz de sentir a la perfección los latidos desbocados de su corazón. Laten en perfecta sintonía con los míos. Y de él emana un calor casi sofocante y sus ojos verdes se me clavan de una manera que me hacen dudar que haya suficiente oxígeno entre nosotros como para poder abastecer a mi aparato respiratorio. Tengo que contener el impulso de levantar la cabeza para recortar la ridícula distancia que separa su boca de la mía. Se para el tiempo, en lo que solo han debido de ser unos escasos segundos, hasta que él habla:

—¿Te has hecho daño, Ash?

Parece preocupado, habla muy bajito, y no aparta ni una décima de segundo sus pupilas de las mías.

—Estoy bien —consigo murmurar.

Se impulsa solo con los brazos para ponerse de pie de un salto y me tiende la mano para ayudarme a incorporarme.

Suelto su mano tan rápido como puedo, en cuanto estoy en pie y un cosquilleo muy bien conocido y bastante perturbador empieza a recorrerme el brazo desde el punto justo de su contacto. Me sacudo los vaqueros cortos antes de apartarme de allí, y camino hacia el límite del terreno de juego, donde Emily ejerce de árbitro.

—Abandono —anuncio, sin volver la vista atrás—. Suficiente fútbol por hoy. Odio este maldito deporte.

The archer

Un año y ocho meses antes...

Mis pasos resonaban por el pasillo vacío de paredes blancas que me llevaba hasta la habitación en la que él estaba. Era vagamente consciente de que prácticamente corría y me estaba quedando sin aliento, después de subir las escaleras a toda prisa cuando me pudo la impaciencia esperando el ascensor.

En cuanto estuve un poco más cerca, vi un rostro conocido y mi corazón latió aún más deprisa, mientras entornaba los ojos para tratar de adivinar su expresión. Parecía relajado. Pero eso tampoco consiguió calmarme.

El viaje en avión me había parecido el más largo de mi vida, como si hubiese tenido que atravesar todo un océano en vez de solo gran parte del país. Nunca había estado en Phoenix, pero, sin ni siquiera haberlo visto, ya me juré a mí misma no volver jamás.

—Ash.

El hermano de Cam me dedicó media sonrisa tranquilizadora, cuando llegué a su altura.

—¿Cómo está? —pregunté, con las palabras arañándose una garganta ya bastante irritada a causa de sostener el nudo que traía desde Chicago.

—Está bien. En serio, no hacía falta que vinieras hasta aquí tú también.

Ignoré las palabras de Rob y di unos pasos decididos para entrar en la habitación sin llamar. La puerta estaba entornada, no cerrada del todo, así que supongo que tampoco fue de tan mala educación, dentro de lo que cabe.

Primero, vi a su madre. Estaba de pie junto a la ventana y se volvió y me dedicó una sonrisa cálida que no tuve tiempo de devolverle. Mis ojos se centraron en él, sentado en esa cama de hospital, apoyado en el cabecero, como si estuviera dispuesto a levantarse de un momento a otro. A nuestras miradas les dio tiempo a encontrarse y reconocerse durante solo unas décimas de segundo, porque prácticamente corrí hacia él y me senté a su lado, al borde de la cama, me abracé a su torso y escondí la cara en su pecho.

—Eh, princesa —saludó en un murmullo.

Me estrechó entre sus brazos y me acarició el pelo suavemente, mientras mis ojos ya empezaban a llenarse de lágrimas. Me aparté para mirarlo a la cara. Puse una mano en su mejilla y la acaricié despacio, recorriendo sus facciones al detalle con la mirada, para asegurarme de que estaba como siempre. Tenía una marca oscura en el pómulo, como si le hubieran pegado un puñetazo, pero nada más fuera de lo normal.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —confirmó, y sonrió de medio lado—. De verdad, estoy bien. Mierda, no tenías que venir hasta aquí, no hacía falta...

Y yo no contesté. Pero solo porque tuve que aferrarme de nuevo a su cuerpo y enterrar la cara en su cuello mientras me echaba a llorar.

Me pareció oír a su madre decir que nos dejaba solos un momento. Ninguno de los dos respondimos. Cam me apretó contra él, me acarició la espalda de manera rítmica y me besó el pelo con ternura.

—No llores, Ash. Vamos, estoy bien, en serio. No me ha pasado nada.

—¿Nada? —repliqué. Me aparté de golpe, sin molestarme siquiera en intentar enjugarme las lágrimas. Lo miré a los ojos con el ceño fruncido y un chispazo de rabia prendiendo en mi estómago—. ¿En serio? Estás en el maldito hospital, Cameron.

Trató de acercar la mano a mi mejilla, pero yo me aparté a un lado en el último momento y desvié su mano con la mía, obligándolo a apoyarla sobre el colchón.

—Estoy bien.

Lo volvió a repetir y a mí me dieron ganas de gritar. De verdad. Porque había visto las imágenes. Y ese placaje y quedarse inconsciente en pleno campo, y que se lo tuvieran que llevar directo al hospital, no era estar bien. Claro que no.

—No, no estás bien. Y yo tampoco estoy bien. Y esto tampoco lo está —gruñí, y me enjugué las lágrimas con rabia con las mangas del abrigo—. Estoy harta. ¿Por qué no lo dejas de una vez?

Suspiró. Como si fuera él quien tenía derecho a estar cansado, o como si yo no tuviera razón en decir por fin en voz alta lo que llevaba meses pensando.

—No soy solo yo, Ash. Estoy en un equipo. No se trata solo de mí. Y estamos en plena temporada, no quiero ser de los que dejan las cosas a medias...

—Ah, ¿no? Pero eso solo se aplica al fútbol, entonces, ¿verdad?

Me arrepentí de haber soltado esa frase venenosa en cuanto la dije. Justo en cuanto se me escapó de los labios. Me mordí la lengua cuando ya era demasiado tarde. Y la mirada de Cam se ensombreció y entonces todavía me arrepentí más.

—No... no quería decir eso —intenté disculparme con un hilo de voz.

Pero seguro que ya era tarde. No se puede echar el tiempo atrás, ni borrar las palabras que ya han sido pronunciadas. Y ni me importaba que él estudiara una carrera u otra, me daba igual que cambiara de opinión mil veces, si era lo que necesitaba para encontrar su camino. Y estaba muy orgullosa de él por estar esforzándose en el nuevo camino que había elegido. Así que no llegué a saber por qué había dicho lo que dije. Probablemente solo porque estaba enfadada. Y ya está.

—¿Y qué querías decir? —me retó, con los labios apretados y sin mirarme a los ojos.

—¿Por qué no dejas el fútbol? —Fui clara por completo, como no me había atrevido a serlo nunca, quizás solo para alejar el otro tema de conversación—. Ni siquiera es lo que quieras hacer.

—No me digas lo que quiero o lo que no quiero hacer, Ashley —dijo, con un tono mucho más duro del que podría haberme esperado—. ¿Tú qué sabes?

Me levanté de la cama. Y lo miré dolida, pero no dejó que sus pupilas se tropezaran con las mías.

—Lo que sé es que ya no puedo más con tus partidos. Que estoy harta de tener que amoldarme al calendario de tu equipo. Y que no quiero tener que ver cómo recibes golpes en el campo y acabas en el hospital. No puedo más, Cam — sollocé—. ¿Es que no lo ves?

Me miró a la cara, pero no se dejó ablandar por mis lágrimas.

—¿Vas a pedirme que elija entre el fútbol o tú, princesa?

Ese apodo cariñoso casi sonó como un insulto por el tono en que lo dijo.

—Claro que no —respondí, indignada—. Al final, vas a tener que elegir entre el fútbol o tú. Y no me llames princesa ahora.

Me di media vuelta dispuesta a salir de la habitación. No quería ponerme a llorar desconsoladamente. Como si no llevara llorando ya desde el mismo momento en que había sentido su abrazo. Pero aún quería mantener un poco de orgullo.

—Eh, espera —me llamó a mi espalda—. ¿Adónde vas? ¡Vuelve aquí, Ashley, maldita sea! —exclamó al ver que no le hacía caso, y lo oí venir detrás de mí.

Me giré al instante y volví sobre mis pasos para poner las manos en su pecho y empujarlo de vuelta a la cama.

—¿Qué haces? No te levantes, vas a hacerte daño.

—Estoy bien —insistió con un gruñido.

Se sentó en la cama, pero enredó los brazos en torno a mi cintura y me hizo caer en su regazo, reteniéndome contra

su cuerpo y escondiendo la cara entre mi cuello y mi hombro.

—Te quiero. —Me sorprendió su voz queda—. Siento haberte preocupado.

Enterré los dedos entre los mechones de su pelo y cerré los ojos. Últimamente no parábamos de discutir, ya casi daba igual hasta el porqué. De hecho, ya había oído a varias personas comentar que ese placaje podría no haber sido para tanto si Cam no hubiese estado tan distraído durante todo el partido. Al parecer no estaba jugando todo lo bien que él solía jugar. Y yo lo asocié inmediatamente a nuestra discusión de la noche anterior. Intenté apartar la sensación de culpabilidad de mi mente y besé su sien, aún con los ojos cerrados.

—Yo también te quiero —susurré.

Y me mordí la lengua para no añadir algo como «pero no sé muy bien hasta cuándo».

4

Cam

—¡Venga, vámonos! —grita Scott, al pie de la escalera, antes de girarse hacia mí y poner los ojos en blanco.

Sonrío, en respuesta a su gesto.

Tyler sale de la cocina, con un botellín de agua en una mano y colocándose el pelo tras la oreja con la otra, ya preparado para irnos de fiesta de una vez.

Es la víspera del cuatro de julio y nosotros tres ya estamos vestidos y esperando que las chicas bajen. Si no se dan prisa acabaremos llegando tarde al restaurante donde he reservado para cenar.

La única que responde a nuestras llamadas es *Vodka*, que baja las escaleras apresuradamente, meneando la cola, y da un par de vueltas a mi alrededor para hacerse notar. Lleva toda la cabeza llena de marcas de besos, desde el color más borgoña al más rosado, por toda la superficie que antes era perfectamente blanca.

—Pero ¿qué te han hecho? —me lamento, sin poder evitar que se me escape una sonrisita divertida.

A veces, me gustaría ser mi perra. Aunque fuera solo por un rato.

—¡Ha sido Ashley! —Oigo el grito de Vanessa, procedente del piso superior, en respuesta a mi pregunta.

Como si no pudiera ver tres tonos de pintalabios perfectamente diferenciados.

Emily es la primera en bajar. Por su color de labios no parece culpable. Sonríe de medio lado al ver a la perra al tiempo que niega levemente con la cabeza.

—Yo conduzco si queréis —se ofrece, y rodea la cintura de Scott con un brazo—. No voy a beber, así que no me importa.

—Tendremos que llevar dos coches, no cabemos todos —apunta Tyler, que jueguea distraídamente con *Vodka*.

—A mí no me importa no beber —dice Scott entonces.

—Es la víspera del cuatro de julio —interrumpo, y le doy una palmada en el hombro—. Llamamos a un par de taxis y ya está. Así nadie tiene que estar pendiente de llevar y traer a la gente. Creo que tengo el número de un taxista que conduce una furgoneta. Cabemos todos y sale bien de precio. Voy a ver si guardé la tarjeta arriba.

Subo los escalones de dos en dos. *Vodka* no me sigue, está demasiado entretenida mordisqueando el plástico de la botella vacía de Tyler, mientras mi amigo tira de ella en la otra dirección, invitándola al juego. Entro en mi habitación y me acerco a la mesilla de mi lado de la cama para buscar entre todas las cosas inútiles que tengo allí acumuladas. Solo pensar eso de «mi lado de la cama» me provoca un incómodo pinchazo justo en el centro del pecho. Ahora no tengo lado de la cama. Ahora toda esa cama es mía.

Oigo pasos a mi espalda y siento su presencia antes de que pronuncie ni una sola palabra. Se toma su tiempo antes de hacerlo, de todas maneras. El clic de la puerta al cerrarse precede al sonido de su voz.

—Hola.

Suena tímida, como si no estuviera muy segura de si debería estar aquí. Me vuelvo hacia ella despacio, con la dichosa tarjeta del servicio de taxi en la mano. Sonríe levemente, cortada, cuando mis ojos recorren sus facciones. Está preciosa. Se ha puesto un vestido de lo más corto y de lo más sexy y tengo que controlar el impulso de dar dos zancadas y pegar mi cuerpo al suyo como si pudiéramos llegar a fundirnos. ¿Qué demonios me pasa? Esto ya debería estar superado.

—Hola —respondo, sin añadir nada más, expectante ante sus intenciones.

Da un paso corto hacia mí y luego detiene su marcha, dudosa.

—¿Podemos hablar un segundo?

La invito a acercarse con un simple gesto de mi mano y me siento en el borde de la cama, esperando que ella haga lo mismo a mi lado. Me arrepiento en el momento en que lo hace, porque una ráfaga de su olor inunda sin previo aviso todos mis sentidos, dejándome levemente mareado. Qué bien huele. Tanto, que me dan ganas de enterrar mi nariz en su pelo y lamerle el cuello lentamente...

—Creo que solo vengo a hablar contigo a solas porque sería mucho más raro e incómodo no hacerlo en ningún momento, ¿no?

Ni siquiera me mira mientras habla. Mantiene los ojos pegados a sus manos entrelazadas sobre su regazo, que retuercen nerviosamente los dedos de la contraria. Seguir el curso de su mirada solo me lleva a echar un buen vistazo a sus piernas y tengo que obligarme a volver a su cara antes de que mis neuronas supervivientes terminen de fundirse.

Por lo menos esta tarde tenía el agua fría del lago a mi disposición, para poder disimular lo que la visión de Ashley en bikini produce en todo mi organismo. Ahora tengo que tener más cuidado. Solo espero que no haya venido a hablarme de ese tío con el que sale, según Vanessa. Mi mejor amiga se ha pasado todo el día preguntándole cosas sobre un tal «John», y yo solo tenía ganas de destrozar un tronco con los puños... o de ir hasta Ashley y meterme entre sus piernas hasta que se olvidara del nombre de ese tío y solo pudiera gritar el mío entre gemidos. Odio sentir esto. Sé que no está bien. Y lo cierto es que Ash no ha respondido apenas a Vanessa y parecía tan incómoda como yo con el tema de su supuesto amante. Pero eso no termina de ser consuelo para mí.

—Yo no estoy incómodo contigo, Ash. —Suelto una mentira piadosa. Al fin y al cabo, se trata de hacer esto lo menos raro posible, ¿verdad?

Alza la vista y clava sus ojos en los míos, cortándose el aliento. Trago saliva como puedo, intentando controlar los latidos de mi corazón que deben de escucharse por toda la maldita casa, a estas alturas.

—Ya. ¿Cómo estás, Cam?

Se muerde la parte interna de la mejilla con muy poco disimulo mientras espera mi respuesta.

—Estoy bien —miento—. Sigo con la carrera, sigo viviendo con mi hermano, ya sabes. ¿Qué tal te va en el departamento?

Sonríe levemente, cuando le pregunto por la investigación. Hace ya cerca de dos años que empezó a meter la cabeza en ese Departamento de Inteligencia Emocional, y no tengo ninguna duda de que aún le sigue encantando lo que hace.

—Bien. He pedido la beca para el doctorado, se resuelve a finales de mes.

—Genial. No tengo ninguna duda de que te la darán —aseguro, totalmente convencido de mis palabras.

—¿Qué tal tu hermano?

Cambia radicalmente de tema y estudio su expresión por unos segundos, antes de hablar.

—Mejor —me limito a decir—. Gracias por acogerlo unos días en Chicago, realmente necesitaba salir de Eugene.

Asiente, quitándole importancia a su gesto. Importancia que sí tiene, debo decir. Ella y yo ya hacía un par de meses que ni hablábamos ni sabíamos nada del otro y supongo que no ver a mi hermano entraba dentro de ese plan suyo de no saber nada de mí para poder olvidarme. Pero el caso es que no dudó en hacerle un hueco en su casa durante unos días cuando él la llamó. Necesitaba irse lo más lejos posible después de romper con Zack, mientras yo ayudaba a su ex y a su perra a mudarse de nuestro piso, y no se le ocurrió nada mejor que largarse con Ashley como si de repente se hubiera olvidado de que ella ya no formaba parte de nuestras vidas.

—No me merezco un «gracias» por eso. Me gustó verlo — dice, en voz un poco más baja.

—Aun así. Estamos bien. *Vodka* echa un poco de menos a *Noa*, me temo, pero nos apañamos.

—Oye, Cam..., eso que ha dicho Tyler sobre una oferta de los Patriots...

Vuelve a cambiar el tema, como si temiera no poder llegar a tratarlos todos, porque disponemos de poco tiempo antes de que alguien aparezca para reclamar nuestra presencia e irnos a cenar de una vez.

—Sí, me han hecho una oferta —admito, sin intención de añadir nada más.

—¿Una buena oferta?

Ni siquiera quiero decírselo porque sé perfectamente lo que ella va a opinar. Hace mucho tiempo que odia el fútbol. Y puede que no vaya a decirlo claramente jamás, pero que yo no dejara el equipo fue una de las razones de nuestra ruptura y de eso no tengo duda. Una forma bastante fea de ponerme entre la espada y la pared, a decir verdad, porque siempre dije que no permitiría que dejara el equipo por ella, y, al final, ella terminó dejándose a mí por el equipo.

Saco el móvil y busco entre mis mensajes de correo antes de tendérselo. Es mejor que lo lea ella misma.

Veo cómo se le van abriendo cada vez un poco más los ojos a medida que lee, y luego los levanta hasta encontrar los míos.

—Esto es muchísimo dinero, Cam —murmura, con mi móvil aún en la mano.

—Ajá —digo, sin mucho interés.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te lo estás pensando?

—¿Qué harías tú?

Casi ni me doy cuenta de lo que estoy haciendo al buscar así su opinión, como llevo haciendo los últimos cuatro años.

—Da igual lo que haría yo. —Sonríe de medio lado—. La decisión es tuya. Aunque creo que los dos sabemos muy bien lo que vas a hacer.

Me tiende el teléfono y, al cogerlo, rozó sus dedos con los míos, sin querer. La corriente eléctrica empieza a circular entre los dos como si el tiempo no hubiera pasado y sé que tengo que apartarme de ella antes de que sea demasiado tarde, pero es que a lo mejor se ha hecho tan tarde que con solo un maldito roce le hemos dado doce vueltas al reloj. Y no sé ni cómo mi mirada ha decidido sin consultárselo a nadie que el mejor lugar para clavarse es su boca. Estoy tan hipnotizado con sus labios teñidos de color borgoña, que seguro que mi ensimismamiento es lo único que me salva de estar besándola hasta que le borre todo el color. Ella está igual de quieta que yo, como si actuar como si estuviéramos congelados fuera la única manera de no cometer una estupidez, pero noto cómo se ha acelerado ligeramente su respiración y sus labios se entreabren para facilitar el intercambio de oxígeno. Y yo me voy a dar solo un segundo más y, como ella no se aparte, voy a atrapar ese labio inferior con los míos. Voy a apagar esta sed. Voy a dejarla sin aliento hasta que se olvide de que una vez se juró a sí misma olvidarse de mí. Voy a...

—¡Cam!

Es la voz de Vanessa, llamándome a gritos por el pasillo.

Ashley se levanta inmediatamente y se estira un poco la falda del vestido. Tiene las mejillas mucho más sonrojadas

de lo que ya las tenía por efecto del colorete y hasta carraspea un poco, escondiendo muy bien su mirada de la mía.

—Mejor nos vamos ya —opina, y da dos pasos hacia la puerta.

La sigo, intentando devolver mi organismo al estado normal de las cosas y frenar la taquicardia absurda que me genera solo el tenerla tan cerca, y, en cuanto pisamos el pasillo, nos encontramos con Vanessa, que ahora no me cae precisamente bien. Ella nos mira a los dos con suspicacia, pero Ash se da mucha prisa en bajar las escaleras dejándonos atrás.

—¿Qué pasa con vosotros? —murmura mi mejor amiga.

Lleva un pintalabios rosado, que me deja bastante claro que no solo Ashley ha participado en hacer de mi perra una obra de arte moderno.

—Hazme un favor —le pido, también en voz baja—. No dejes que me acerque a Ashley esta noche.

El restaurante está hasta los topes y me alegra de haber hecho una reserva con el suficiente tiempo. Parece que todo el mundo quiere pasar el cuatro de julio en el lago Tahoe. No los culpo. Es un sitio perfecto para hacer barbacoas, pasar el día en familia o con los amigos y ver los fuegos artificiales en cuanto haya caído el sol.

Procuro sentarme lo suficientemente alejado de Ashley. No sé ni de qué me sorprendo, si ya sabía perfectamente, desde mucho antes de viajar hasta aquí, que no me iba a

resultar para nada fácil tenerla cerca. Me siento en un extremo de la mesa, junto a Tyler y frente a Scott.

Todo va bien mientras las chicas hablan entre ellas, y nosotros hacemos lo propio, ajenos a su conversación. Pero, entonces, me veo metido en pleno centro de cotilleo sin haberlo esperado siquiera.

—¡Cam! —grita Vanessa.

Me vuelvo hacia ella, sorprendido, y espero que no todos los ojos del maldito restaurante estén posados en mí ahora mismo.

—En serio, tío, deja de acostarte con mis amigas.

Alzo las cejas al encontrar sus ojos azules. Parece cabreada de verdad. Pero ¿en serio acaba de decir «deja de acostarte con mis amigas»? ¿En serio? ¿Aquí? ¿Y delante de Ash?

—¿Perdona? —Es lo único que mi cerebro consigue enviar hasta mis cuerdas vocales.

Tiene el móvil en la mano derecha y lo alza un poco para que yo pueda verlo.

—A lo mejor te cuesta un poquito saber a quién me refiero porque te follas a una diferente cada vez que pones un pie en San Francisco, pero estoy harta de tener a estas idiotas lloriqueándome al teléfono porque no te has dignado a llamarlas. Así que, tengamos la fiesta en paz y dedícate a buscar polvos en otro sitio que no sea mi grupo social, ¿qué te parece?

Me parece un poco injusta la bronca que me está soltando. Y aún me parece menos adecuado que lo esté haciendo delante de Ashley. Tuve algo sin importancia con una de sus amigas de la universidad hace un par de meses,

una vez, y poco más. Estoy seguro de que es plenamente consciente de lo que está haciendo. De que no es casualidad que se haya pasado todo el día insinuando cosas sobre el «John» de Ashley y ahora se dedique a airear mis intimidades delante de todos nuestros amigos.

—No sé de lo que me estás hablando —aseguro, pero acompaña mis palabras de media sonrisa engreída, solo para molestarla.

—No sé cuándo te has vuelto tan idiota —sigue una enfadada Vanessa—. Por lo menos, no les digas que las vas a llamar, no hace falta que seas tan capullo.

—¿De quién me estás hablando?

En realidad, sé de quién habla, porque solo he estado con tres chicas en los últimos meses, y ella no conoce a las demás. Y estoy bastante seguro de que nunca he dicho esas palabras. No, porque nunca he tenido la intención de llamar a ninguna de ellas.

—Stacy.

Claro que sí. Stacy. Me dejé llevar por completo mientras estábamos de fiesta en un bar. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza tener sexo esa noche. Echamos un polvo rápido en un sofá, tras una cortina, y con la música a todo volumen disimulando sus gritos de placer. Como para no acordarme de Stacy. Pero también creo recordar que yo hablé bastante poco. Seguro que le dije alguna guarra al oído, pero nada de llamarla. De eso no tengo duda.

—Stacy... Stacy... —Finjo estar haciendo memoria, solo para molestar a Vanessa, mientras mis dos amigos se parten de risa y el pobre Scott se lleva una colleja de lo más inmerecida por parte de su novia.

Si Vanessa tiene un plan con todo esto, puede que quiera participar y ver cómo reacciona Ashley.

—Eres lo peor —bufa la morena.

—Me acuerdo de Stacy —afirmo, con una sonrisa de medio lado.

—¿Puedes dejar de ser tan arrogante? —Mi amiga me lanza un trozo de pan con toda su mala leche, por encima de la mesa.

Lo esquivo justo a tiempo y eso solo consigue irritarla más.

Mis ojos no paran de escaparse sin que yo pueda controlarlos, buscando la mirada de Ashley, con disimulo. Pero ella lleva toda la discusión con la vista clavada en su plato, sin mostrar ninguna señal de lo que piensa respecto a todo esto.

—Yo nunca le digo a una chica que la llamaré si no pienso hacerlo —aclaro, serio, y centro toda mi atención en los ojos azules que me miran con rencor—. No necesito hacer eso para echar un polvo.

—Desde luego que no. Mira esta carita de tío guapo. — Tyler pone una mano enmarcando mis mejillas y aprieta los dedos hasta hacerme daño. Lo aparto de un manotazo y él suelta un par de carcajadas—. Vámonos a tomar una copa, Casanova, las tías están haciendo cola para que no las llamemos.

Se levanta, al tiempo que me da una palmada en el hombro, y yo lo imito, sonriendo con sus tonterías. Tyler lleva toda la vida soltando cosas como esa, y lo único que no me gusta de que lo haga es que probablemente yo soy el único que sabe lo poco en serio que las dice.

Ashley se levanta casi a la vez. Está muy seria y diría que parece bastante molesta.

—Sois los dos un par de engreídos —ladra.

Recoge su móvil de encima de la mesa y sale airada del local.

Tyler sale detrás de ella, apretando un poco el paso.

Vanessa se me planta delante, antes de que yo pueda hacer lo mismo.

—Te portas como un idiota —me acusa.

—¿Estás celosa? —me burlo, con mi tono más irónico, para ocultar lo que estoy sintiendo en realidad—. ¿O es que lo que estás buscando es poner celoso a alguien en especial? No necesito saber si Ash está con alguien o no. Y no creo que ella necesite saber con quién me acuesto yo o me dejo de acostar. Me parece bien todo ese rollo de no hacer esto incómodo para vosotros, pero hazme un favor y deja de hacerlo incómodo para nosotros también.

Mi amiga se cruza de brazos y sus ojos escrutan mi expresión, como si esperara poder leerme igual que un manual de instrucciones.

—Ni siquiera sé qué pensáis ninguno de los dos a estas alturas. Solo sé que ella lleva seis meses hecha una mierda, y de ti no vamos ni a hablar...

—No te pongas en plan casamentera, por favor. Ya tuvimos bastante de eso en el instituto y me parece que la cosa no acabó en boda, precisamente.

—Seguís siendo perfectos el uno para el otro.

Me duele el corazón cuando la oigo soltar esas palabras. De verdad. Me duele tanto que hasta se me corta la respiración por unos segundos muy largos.

—Ashley y yo solo somos amigos ahora.

Vanessa hace una mueca. La tristeza está muy presente en su mirada cuando se enfrenta a la dureza de la mía. Hasta aprieto la mandíbula esperando que ceda y deje el tema de una vez.

—Genial. Hemos vuelto al principio. Y todavía hay gente que dice que el amor no ha muerto.

Me deja solo en medio del restaurante. Todos mis amigos han salido a la calle, pero yo tengo que tomarme un momento para ser capaz de ponerme otra vez la máscara y salir a su encuentro. ¿Quién se atreve a decir que el amor no ha muerto? Hace mucho tiempo ya que yo acudí a ese funeral.

Death by a thousand cuts

Cuatro meses antes...

Me dolía la cabeza. Mucho. Mierda, ¿cuánto había bebido la noche anterior? Hacía un calor asfixiante en mi cama. Ni siquiera podía abrir los ojos y, cada vez que lo intentaba, la luz que se filtraba a través de las cortinas me taladraba el cerebro. Hacía mucho que no sufría una resaca como esa.

Gruñí cuando sentí un cuerpo caliente moverse a mi lado bajo las sábanas. Estábamos desnudos, así que me aparté para que la sábana impidiera que siguiéramos rozándonos. Y lo peor de todo: ni siquiera me acordaba de su nombre. Hostia, Cameron, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Buenos días.

Ni reconocía su voz. Supongo que no sonaba igual nada más despertar en la cama que en medio de un bar entre litros de alcohol.

—Tienes que irte —gruñí de nuevo.

Me incorporé, con el dolor martilleándose las sienes sin piedad, y miré alrededor, con los ojos entornados, para intentar localizar su ropa. Sujetador rojo de encaje y tanga a juego. Un vestido minúsculo de color negro.

¿Qué demonios había hecho? ¿Y por qué? Recordaba que mis colegas me sacaron por ahí. Seguro que se habían

hartado ya de que pasara de ellos y fuera de los entrenamientos a casa y de que apenas fuera a clase. No estaba pasando por mi mejor momento. Eso era bastante obvio. Pero cuando me convencieron para salir de fiesta por ahí con ellos ni se me pasó por la cabeza que el día siguiente sería... eso. Joder, no. Yo no era así. No quería serlo. Aunque hacía bastante tiempo que ya no me reconocía, de todas maneras.

La desconocida no pareció sentirse molesta por mi brusquedad. Soltó una risita coqueta y se deslizó hasta el borde de la cama, dispuesta a levantarse. Cuando lo hizo me fijé en el envoltorio vacío y en el preservativo usado que había en el suelo.

—Se me ha hecho tarde.

Me sorprendió que hablara, y más que dijera algo como eso, como si la idea de irse hubiese sido suya. La miré bien por un momento y entonces sufrí una especie de *flashbacks* difusos de la noche anterior. Mi colega Steve presentándomela, ella bailando muy pegada a mí, yo bebiendo un chupito más mientras ella me pasaba la lengua por el cuello. Y un pensamiento fugaz que lo cambió todo: «A la mierda». Sí, a la mierda. Esa fue la gran idea de la noche. Que le den a todo. Una búsqueda más que desesperada de un punto de inflexión. Como si algo pudiera cambiar, ¿no?

Me pareció oír voces en la entrada de la casa. Me estiré, recuperé mis calzoncillos y me los puse sin levantarme del colchón. La chica sin nombre ya estaba completamente vestida y se puso los zapatos de tacón como si a ella la resaca no la estuviera matando lentamente, como a mí. Yo

solo quería que se largara de una vez. Que desapareciera de mi vista. Porque esa no era la cara que yo quería ver.

—Lo de anoche estuvo muy bien —dijo, y se pasó la lengua por los labios mientras me miraba seductora desde los pies de la cama—. Voy a dejarte mi número por si alguna vez te apetece repetir.

Justo al grano. Sin rodeos.

—No te molestes —respondí, de malos modos—. No voy a llamarte.

Me puse en pie y cogí unos pantalones de deporte para ponérmelos sobre la ropa interior. Tenía que salir de la habitación, porque ahora estaba seguro de que había alguien hablando dentro de la casa y... ¿esa era mi madre?

—Vaya, me gustan los tíos sinceros —ironizó.

La evité y abrí la puerta del cuarto de un tirón.

—Vete —pedí, sin ni siquiera mirarla.

Era un capullo... Uno de verdad. No uno adorable. No, eso ya no iba a volver a serlo. Me dolió el corazón, como si no tuviera ya bastante con la cabeza.

Ella salió sin decir nada más, caminando con dignidad sobre sus tacones.

Cerré al salir de la habitación, con una camiseta en la mano, porque lo único que quería hacer con lo que quedaba dentro era prenderle fuego. Olía a sudor, a sexo y a alcohol. Una combinación que solo consiguió provocarme ganas de vomitar.

La desconocida dio los buenos días al cruzar hasta la puerta y se fue. Y, cuando me asomé a la entrada, pude ver exactamente a quién. Mi hermano y mi madre estaban de pie frente a mí, mirándome con una expresión que

mezclaba la pena con el cabreo. A lo mejor hasta con un poco de asco. Me puse la camiseta y clavé la vista en el suelo.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —pregunté, con la boca seca.

—¿Eso es lo primero que se te ocurre decir?

Estaba un poco enfadada, creo. Pero me pareció más preocupada que otra cosa cuando mis ojos se cruzaron tímidamente con los suyos.

—¿Qué pasa contigo? —gruñó mi hermano, de malos modos—. Zack acaba de llevarse a *Vodka*, ¿cuántas horas llevaba sin salir?

Cerré los ojos y me mordí la parte interna de la mejilla, hasta que me hice daño de verdad.

—La saqué antes de irme.

—Son más de las doce —bufó él.

Ellos no tenían que estar allí. Se suponía que pasaban fuera el fin de semana con *Noa*, tomándose unos días juntos y solos para solucionar sus problemas. Pero no, tenían que aparecer para disfrutar de mis horas bajas. Y llevar con ellos a mi madre.

—Rob —lo calló ella al tiempo que ponía una mano en su hombro—. Déjanos, anda.

Me dio un poco de envidia que a él nunca lo llamara Robert y a mí siempre me llamara Cameron.

Mi hermano lanzó un suspiro, pero obedeció. Se perdió rápido por el pasillo camino del cuarto que compartía con Zack.

—Ve al baño y lávate. Voy a prepararte un café. —Mi madre volvió a hablar, esta vez conmigo, y no parecía nada contenta. En absoluto.

Le hice caso. Porque era mi madre y daba igual la edad que yo tuviera ya. La autoridad la seguía ostentando ella.

Cuando me dejé caer en una silla de la cocina, frente a ella y una taza de café bien cargado, apuesto a que no tenía mucho mejor aspecto que minutos antes. Mi madre me tendió un analgésico con el gesto serio.

—Me estás preocupando, Cameron —habló por fin, cuando yo ya me había tragado la pastilla y dado un sorbo largo al café.

Negué con la cabeza, pero no me atreví a mirarla a la cara. Se podría decir que no estaba demasiado orgulloso de mí mismo aquella mañana.

—Es que has venido justo el único día que pasa esto, mamá —protesté, como modo de justificarme—. ¿No te ha dicho Robbie que esto no pasa nunca? —Busqué el clavo al que agarrar mi reputación en la lealtad de mi hermano mayor.

—Precisamente por lo que me cuenta Robbie es por lo que estoy preocupada.

Me sorprendió que dijera eso. No había hecho ninguna tontería últimamente. Iba a entrenar, volvía, sacaba a *Vodka* a pasear y a correr conmigo, y, a ratos, intentaba estudiar, aunque no consiguiera concentrarme en absoluto. Ni siquiera había salido de fiesta en meses. Ni siquiera me había emborrachado desde... Bueno, desde que ellos habían empezado a observarme con lupa en busca de algo por lo que preocuparse. En realidad, daba igual lo que hubiera hecho o dejado de hacer en esos meses, ellos habrían encontrado motivo de preocupación hasta en oírme suspirar una sola vez.

—Estoy bien. No tenías que venir hasta aquí a montarme una intervención en plan dramático —bromeé, con solo media sonrisa falsa.

—¿Estás seguro?

—Nadie se muere de dolor de corazón, mamá.

Ella se cambió de silla para sentarse a mi lado. Me abrazó. Y a mí se me escaparon las lágrimas como cuando era pequeño y me hacía daño jugando a lo bruto y me aguantaba hasta que ella me acunaba entre sus brazos y su ternura conseguía sacarme todas las emociones a flote.

No dijo nada. Ni una palabra de consuelo. Solo me dejó llorar.

5

Ashley

Me alejo dando zancadas todo lo amplias que me permite el vestido, con ganas de quitarme los zapatos y lanzarlos bien lejos, aunque solo acabe de empezar la noche. Llego hasta la barandilla que bordea la bajada al lago y apoyo los brazos en ella, y me dedico a contemplar la tranquilidad de las aguas que reflejan la luz de la luna.

Menudo par de idiotas. Pero peor aún que ellos soy yo, que ya no debería dejar que me afectara tanto cualquier pequeña cosa que Cameron Parker diga o haga. Sé perfectamente lo que está intentando Vanessa. Y lo está consiguiendo. Porque solo imaginarme a Cam con otra chica me ha cerrado el estómago, me ha revuelto la cena y ahora tengo un nudo en la garganta. Como si yo no lo hiciera, ¿no? Como si yo no me hubiera acostado con nadie desde que no estoy con él. Y encima yo...

Tyler llega hasta donde estoy y para la marcha justo a mi lado. Apoya los brazos sobre la barra más alta de la madera, justo como yo, dejando unos centímetros bastante escasos entre nuestros cuerpos.

—Eh —dice, sin ni siquiera mirarme—, no nos tomes en serio. ¿No ves que somos un par de tontos que nos retroalimentamos cuando estamos juntos? Parece mentira que no nos conozcas.

Respondo con un gruñido y nada más, porque no tengo ganas de hablar de esto con él. Y lo cierto es que mi amigo se ha vuelto muy atento y muy intuitivo e increíblemente perspicaz en los últimos tiempos, pero sé perfectamente que, si él se ha dado cuenta de cómo me estoy sintiendo exactamente, es difícil que Cam no lo haya notado también.

Tyler se calla y respeta mi silencio. Se mueve para sacar el paquete de tabaco del bolsillo trasero de los pantalones y se enciende uno con rapidez. Da una calada y dibuja oes con el humo al expulsarlo lentamente. Me giro hacia él y le arranco la colilla de entre los dedos, para llevármela yo a la boca y dar una calada larga y profunda, como si supiera lo que estoy haciendo.

—No me gusta que fumes —me advierte, y se da prisa en recuperar su cigarrillo.

Hago un mohín con los labios.

—A mí tampoco me gusta que fumes tú —rebato, al tiempo que giro el cuerpo hacia él—. ¿Por qué tú lo haces y yo no puedo?

—Porque yo soy imbécil, pero tú no —responde, con una sonrisa ladeada—. No te hace falta.

Miro atentamente el gesto de su cara por un momento. Sé por qué fuma él. Es el único vicio que le queda, en cierto modo. Le ayuda con la ansiedad. La nicotina calma el hambre de sus demonios, supongo.

Y eso es lo que me esfuerzo tanto porque nadie sepa, inútilmente. Yo también tengo los míos.

—Ahora sí que me hace falta.

Esta vez le toca a él estudiar mis facciones. Y lo hace durante unos segundos lo suficientemente largos como para que yo empiece a ponerme nerviosa. Finalmente estira la mano hacia mí y me tiende la colilla a medio consumir. La cojo, un poco insegura, porque no esperaba que fuera tan fácil.

—¿Todo este drama es por él? ¿O es por mí? —pregunta, a media voz, con un tono muy burlón.

Expulso el humo de golpe, en sustitución al bufido con el que debería estar respondiéndole. Se ríe quedamente.

—No te preocupes, Ashley. Ninguno de los dos va a follar esta noche —sigue, con su tono engreído—. A no ser que me lo pidas por favor...

Se acerca a mi oído para soltar las últimas palabras. Lo empujo con el hombro y me río un poco cuando él también lo hace, suave.

—Deja de ser así de arrogante.

—Lástima —suspira, y se mueve hasta colocar el cuerpo justo a mi espalda—, es lo que mejor se me da.

Me rodea el torso con los brazos y me obliga a apoyarme en su pecho, mientras yo doy una calada más.

—No me consuele —advierto.

Suelta una especie de gruñido contra mi pelo.

—No te lo mereces, y él tampoco. Pero prefiero darte un abrazo a ti que dárselo a él.

—Tú y yo no somos de demostraciones de afecto, Tyler.

—No. Claro que no lo somos.

Pero solo me suelta cuando Gina lanza un silbido para llamar nuestra atención y que volvamos de una vez hasta donde están, para poner rumbo al bar donde vamos a tomar unas copas. Y, cuando pierdo su contacto, siento un poco de frío.

No se me pasa por alto la mirada que nos está dedicando Cameron cuando volvemos hacia ellos, uno junto al otro.

Acabo de terminarme mi segunda cerveza cuando Emily se acerca para decirme que Scott y ella se van ya de vuelta a la cabaña. Frunzo el ceño y, al mirar tras ella, veo que su novio está hablando con Cam, imagino que diciéndole lo mismo.

—¿Qué? —exagojo la desolación en mi voz para hacer un poquito de chantaje emocional—. No, tía, ¿por qué? Es muy pronto —argumento, aun sin estar muy segura de la hora que es en realidad.

—No, ya no es pronto. Y Scott y yo somos personas decentes que no pretendemos pasarse toda la semana de borrachera en el lago Tahoe —responde, en tono de broma—. En cuanto tú te bebas la tercera cerveza y Mia se pase al *gin-tonic* no me va a apetecer ser la sobria de la fiesta. Al final, os tendré que hacer de niñera y prefiero no sufrir viendo vuestras horas bajas.

Hago pucheros y ella sonríe y me clava un dedo en la mejilla, para que deje de hacerlo.

Me siento culpable. Mucho. Porque hacía como un millón de años que no estaba con mi mejor amiga y apenas le he prestado atención esta noche. En todo el rato que llevamos

aquí he estado charlando con ella de vez en cuando, sí, pero no estaba muy centrada y me he dedicado más a revolotear de un lado a otro intentado alejarme de Cam cada vez que mi subconsciente me traicionaba y me veía a una distancia demasiado escasa. Hasta he salido a fumar con Tyler hace un rato. Se puede decir que no soy del todo yo esta noche.

—Si te quedas me paso al agua y hasta podemos descargar de internet algún catálogo de muebles para terminar de elegir tu nuevo salón. —La tiento.

Sonríe, pero niega con la cabeza.

—Tu gusto en decoración de interiores deja bastante que desear, Ash.

Que rechace una oportunidad como esta para contarme cosas sobre la casa que Scott y ella han alquilado en Sacramento y a la que se mudan en cuanto volvamos de estas vacaciones ya es grave. No para de hablar de eso desde hace tiempo.

—Anda, pasadlo bien. Y cuidado con lo que haces mientras yo no te vigilo, ¿vale? —advierte luego, bajando la voz, cuando Scott aparece tras ella y le pone una mano en la cintura—. Pórtate bien.

Su tono es burlón, pero ambas sabemos que lo dice muy en serio. Que es su manera de decir «No vuelvas a romperle el corazón a Cam». El mío no le preocupa, claro. No. En toda esta historia la mala soy yo.

A pesar de todo, abrazo a mi mejor amiga y los dejo marchar. Y luego me acerco a la barra para pedir, ahora que no tengo que pasarme al agua para que Emily no se preocupe por tener que hacerme de niñera. Aunque tal vez debería moderarme un poco porque Tyler acaba de empezar

su segundo botellín, así que mi intención de mantenerme a su ritmo y ceñirme a su norma de las tres cervezas ya ha caído en el olvido.

Me río cuando noto cómo alguien se pega a mi espalda y me pone las manos en las caderas, moviéndose al ritmo de la música de una manera muy sensual y obligándome a hacerlo también.

—Este vestido te lo has puesto para provocar, ¿eh, Bennet? —murmura Mia en mi oído.

La empujo y ella se parte de risa antes de acercar una banqueta y sentarse a mi lado.

—¿Este trapo viejo? Es lo primero que he encontrado...

—Se nota que no te has esforzado mucho en tu aspecto hoy. Total, has cogido un top y te lo has puesto de vestido.

—Tampoco es tan corto.

Mia alza una ceja y sonríe de medio lado antes de estirarse sobre la barra para llamar la atención del camarero cuando se acerca para ponerme mi botellín delante.

—¿Me pones un tequila con limón?

Vale. Emily tenía razón. Al final iba a acabar haciéndonos de niñera. Seguro. Más que seguro porque, justo ahora que oigo a mi amiga pedir tequila, pienso en cuánto tiempo hace desde que no me tomo unos chupitos con Vanessa, que es una de nuestras tradiciones más respetadas de todos los tiempos.

—Oye, Ash —me llama Mia. Doy un sorbo a mi cerveza mientras la miro interesada—. ¿No te parece que Em está muy rara?

Me sorprende la pregunta. Jugueteo con la etiqueta de mi bebida mientras lo pienso, pero no sé exactamente a qué se

refiere.

—¿Rara? ¿Por qué?

—No lo sé. Está como más... ¿distante? No, no sé, quizá no sea exactamente eso. ¿No te ha parecido que no está como siempre?

Parece tan convencida de sus palabras que me hace dudar. Yo no me he dado cuenta de nada. Pero seguro que es porque soy una mierda de amiga. No tengo ni idea de lo que ha visto Mia y yo no he sido capaz de ver, de verdad, pero está claro que ella tendrá razón y que, si yo no he sido consciente de que a mi mejor amiga le pasa algo, es porque no paro de mirarme el ombligo desde hace mucho tiempo ya.

—Yo no he notado nada.

—¿Por qué no intentas hablar con ella mañana a ver si te dice algo? —propone la rubia—. Yo lo he hecho esta tarde y nada. No quiero hacerte sentir mal, Ash, pero creo que a lo mejor es solo porque tú la tienes muy abandonada últimamente. Ya sabes cómo es Em contigo, y tú llevas meses pasando de todo el mundo.

—Eso no es muy justo.

—No es una crítica, tía —aclara, aunque noto que miente—. Oye, cada uno hace las cosas como puede, ¿vale? Y al principio entendía que estuvieras desaparecida, pero el tiempo sigue pasando y no cambia nada contigo. Me parece muy bien que quieras seguir adelante y dejar cosas atrás, pero nosotras no somos Cam.

Me duele que diga eso, de verdad que sí. Me duele escucharla pronunciar el nombre de Cam, para empezar. Me duele que me recuerde que no llevo bien eso de vivir sin él.

Pero, sobre todo, me duele que me acuse de tenerlas abandonadas y de ser tan mala amiga. Y me duele tanto porque es verdad.

Estoy a punto de decir algo cuando el camarero aparece con la copa de Mia y distrae su atención por un momento. Mi amiga remueve el contenido con la pajita y luego la deja a un lado sobre la barra y da un sorbo directamente del vaso. Se vuelve hacia mí otra vez y no me da la oportunidad de hablar antes de volver a hacerlo ella:

—Eh, te quiero. Eso no va a cambiar, siempre voy a estar aquí. Pero tienes que volver con nosotras de una vez, ¿vale?

Aún estoy pensando en cómo contestar a eso cuando deja de prestarme atención y sonríe a alguien detrás de mí. En menos de dos segundos, tiene a Gina diciéndole algo al oído y se disculpa conmigo y me guiña un ojo antes de irse con ella.

Suspiro y vuelvo a inclinar mi botellín. Tiene razón. Tengo que hacer algo con mi vida de una maldita vez y dejar de esconderme en mi caparazón y de mantenerme alejada de la gente que más quiero solo porque me recuerdan a él. Ya debería haber superado eso. Y supongo que refugiarme precisamente en lo que lo hago, para aliviar mi dolor de la única forma eficaz que he sido capaz de encontrar, lo único que consigue es alejarme más.

—Oye, guapo, ¿nos pones dos chupitos de tequila a mi amiga y a mí?

Vanessa me pasa un brazo por los hombros y me achucha un poco junto a ella. Sonrío. Me hace sentir bien. Ellas hacen eso por mí. Debería haberme dado cuenta antes de que apoyarme en mis amigas era la mejor solución. Casi me dan

ganas de llorar al pensar en que ellas están dispuestas a seguir a mi lado pase lo que pase, aunque yo las haya tenido abandonadas desde hace cerca de seis meses. Y más en los últimos tres, más o menos. Pero es que, claro, también había cosas de las que no quería que se enterasen. *Hay* cosas de las que sigo queriendo que no se enteren. Aunque no todas viven en la ignorancia.

Beso a mi amiga en la mejilla ruidosamente y ella se ríe y me achucha un poco más y luego coquetea con el camarero mientras nos sirve nuestros chupitos y nos pone delante un plato con unas rodajas de limón. Ay, Vanessa, nunca cambiará. Y menos mal porque no sabría qué hacer sin alguien como ella. Siempre me pareció que era todo lo opuesto a mí, durante los años del instituto, y puede que seamos completamente diferentes en muchas cosas, pero se ha convertido en una de mis imprescindibles.

Me coge la mano bruscamente para echarme sal en el dorso y luego hace lo mismo en la suya. Nos miramos, como dándonos ánimos la una a la otra. Y luego lamemos la sal, brindamos y bebemos. El alcohol me quema la garganta y tengo que darme prisa en morder el limón, aunque eso no lo alivie para nada. Y luego nos reímos.

—¡Eh, guapo! —llamo yo esta vez, imitando a mi amiga que se parte de risa sin indignarse por mi burda actuación —. Ponnos dos más.

Repetimos la operación. Y seguimos riendo.

Vanessa me echa los brazos al cuello y me abraza sin cuidado, casi haciéndome perder el equilibrio.

—Te he echado de menos, Ashley.

—Yo también.

—¿A mí? ¿O a ti misma?

La miro y me está dirigiendo una mirada muy significativa. Asiento una sola vez, dándole la razón de manera sutil. Sí, creo que nos echo mucho de menos a las dos.

Otros dos chupitos y un botellín de cerveza después, estoy bailando con mi amiga, en medio del local, con la vergüenza ya olvidada casi por completo y con un par de chicos desconocidos revoloteando a nuestro alrededor mientras intentan incansablemente establecer conversación con nosotras. Pero me parece que ninguna de las dos queremos charla. Queremos pasarlo bien. Así que a ratos los ignoramos y a ratos bailamos con ellos. Y luego los dejamos definitivamente de lado cuando Mia y Gina aparecen para bailar con nosotras.

—Eh, voy a salir a fumarme un cigarro —me avisa Vanessa, pasado un rato.

—Te acompaño —me ofrezco, para que no salga sola.

—No, qué va. Quédate bailando, ya me llevo a Tyler.

Asiento, porque es más que seguro que Tyler también querrá salir a fumar. Me quedo con mis otras dos amigas. El único problema es que ellas bailan muy pegadas y me da cosa interrumpir. De todas formas, mi baile en solitario no dura mucho, porque un chico aparece a mi lado y hasta se atreve a ponerme una mano en la cintura mientras se mueve a mi ritmo. Y yo estoy bastante borracha, no vamos a engañarnos, y solo me estoy divirtiendo, así que bailo con él, sin contenerme.

Ni siquiera ha llegado a acabar la canción cuando noto que él se queda parado, a mi espalda, y despega la mano

de mi cintura. Me giro para descubrir qué ha pasado. Y ahí está. Cameron está plantado junto a mi pareja de baile, diciéndole algo que yo no alcanzo a oír. Y el desconocido enseguida da media vuelta y se va.

Doy un paso hacia Cam, y eso es lo único que necesito para quedar demasiado cerca. Sus ojos verdes se encuentran con los míos y yo intento ignorar el vuelco en mi estómago y me estiro para hablarle al oído y que pueda oírme a pesar del volumen de la música.

—Cam, ¿qué haces? ¿Qué le has dicho?

—Le he preguntado si le importaba prestarme a su pareja de baile para la próxima canción —responde, tan tranquilo.

Pero es bastante obvio que las palabras no han sido esas, precisamente.

Frunzo el ceño. Y quiero estar enfadada, de verdad. Porque él no tiene ningún derecho a hacer esto, y ahora aún menos que nunca. Pero es que el corazón me late tan rápido que a lo mejor me da un síncope de un momento a otro. Y estoy más mareada por tenerlo tan cerca y por lo bien que huele que por el alcohol que recorre mis venas.

—Dime, por favor, que no has venido a espantar a un tío porque bailaba contigo —pido, mientras me esfuerzo por mantener un pelín de dignidad.

Él tiene una expresión inocente y sonríe de medio lado.

—He venido a bailar —corrige.

—Cam...

Pone las manos en mis caderas y a mí me arde la piel bajo el vestido. Hace que me gire hasta quedar de espaldas a él, bruscamente, y se pega a mi cuerpo. Me habla justo al oído, provocándome un escalofrío.

—Baila, Ash.

Es él quien marca el ritmo, moviéndose como corresponde a la música que suena, y yo pierdo casi la totalidad de mi escasa fuerza de voluntad y dejo que mi cuerpo se mueva con el suyo, rozándonos.

—No puedes hacer esto —le advierto, pero creo que ni me llega a oír porque no lo digo muy alto. Ni muy convencida.

Me giro hacia él. Me acerca a su cuerpo y mete una pierna entre las mías. Su muslo me roza y yo tengo que contener las enormes ganas de frotarme contra él. Quiero besarlo, más de lo que he deseado nada en toda mi vida. Besarlo por todas partes. Sentirlo por todas partes.

—Sabes que odio eso —insisto, en referencia al numerito de celos.

—No he hecho nada —miente, en su propia defensa—. ¿Por qué iba a hacerlo? No soy tu novio.

Me duele el corazón cuando lo oigo decir eso.

—Ni aunque lo fueras.

Tiro de principios y dignidad para apartar las estúpidas sensaciones que está consiguiendo despertar en todo mi cuerpo.

—Tienes razón —concede—. No tengo derecho a decirte nada.

Me muerdo el labio. Pero eso no impide que se me escapen las palabras, aunque haga el máximo esfuerzo por contenerlas:

—Y, si lo tuvieras, ¿qué dirías?

Se queda quieto. Su cuerpo aún está pegado al mío, pero ya no nos mecenmos al ritmo de la música. Gana altura al

quedarse parado y yo tengo que levantar un poco más la vista para seguir indagando en el verde de sus ojos.

—Diría que estás muy sexy esta noche, Ashley Bennet —dice, sin despegarme la mirada—; diría que no pienso dejar que se te acerque ningún tío porque no quiero que te toque absolutamente nadie excepto yo; diría que, por favor, te portes bien conmigo y no hagas que se me coman los celos...

Tengo mucho calor. No puedo ni pensar y los latidos están ahora entre mis piernas. ¿Cómo puede hacer esto conmigo?

—Menos mal que no tienes derecho, entonces —consigo decir.

—No he acabado —me calla, con las pupilas dilatadas y clavadas en mis labios—. También diría que dejes de ver de una vez y para siempre a ese tío con el que sales según Vanessa.

Sufro una arritmia que seguro que hasta es preocupante a nivel médico. De nuevo, las palabras salen sin pedirme permiso antes:

—No estoy saliendo con nadie —corrijo, y alzo un poco la barbilla, como si me ofendiera el término.

Pero que haya dicho eso me devuelve de golpe a la realidad. Y doy un paso atrás con las mejillas encendidas.

—Es igual. Tampoco puedo decirlo, de todas maneras —recuerda, y aparta las manos de mi cuerpo lentamente.

—Cam...

No me da tiempo a decir nada. Vanessa y Tyler aparecen de repente y se plantan justo a nuestro lado, oliendo a tabaco.

—Eh, ¿a que me invitas a un chupito? —Ella coge a Cam del brazo y lo arrastra hacia la barra, lejos de mí.

Aparto la mirada a un lado cuando me encuentro con los ojos de Tyler llenos de curiosidad. Parece que se contiene para no preguntar qué estaba pasando aquí. Me imagino su tono burlón.

De todas maneras, estoy bastante segura de que mi aspecto en este momento tiene que decir lo que no digo con palabras. No sé si voy a conseguir calmarme, y de verdad que lo necesito. ¿Cómo puede alguien provocar esto en otra persona? No estoy segura ni de que sea bueno para la salud. Cam consigue encenderme solo con mirarme. Y eso no me parecía para nada mal cuando estábamos juntos. Y no me parecía para nada raro cuando yo era una adolescente inocente con las hormonas muy revolucionadas y evidente falta de vida sexual. Pero es que ahora no estoy falta de vida sexual. No, qué va. Para nada. He tenido bastante sexo últimamente, gracias. Y mucho más que satisfactorio, además. ¿Cuál es mi problema con Cameron Parker entonces?

—Anda, vamos a que te dé un poco el aire.

Tyler me deja muy claro lo que yo ya sospechaba. Que se nota bastante lo que le está pasando a mi cuerpo. Vale, sí, a lo mejor necesito que me dé un poco el aire. Mi amigo me coge de la mano y tira de mí entre la gente mientras abre camino hacia la salida.

—¿Estás bien? —pregunta, cuando hemos dado un par de pasos en el exterior.

Me suelto de su mano y retrocedo para apoyar la espalda en la pared del local. Mi corazón aún va a mil. Cierro los ojos

y respiro hondo.

—Estoy bien —miento, pero apenas me sale la voz.

Lo miro y él pasea sus ojos avellana por mi rostro. Parece un poco preocupado, pero no sé si es por mí o por su mejor amigo.

—Al final vas a conseguir ponerme celoso, muñeca —dice, burlón.

Eso me relaja y me devuelve al momento presente. No es momento para chistes, pero tengo que agradecerlo.

Solo llevo cerca de Cam unas treinta horas y ya estoy en este punto. Eso no es bueno. Nada bueno. Me recupero poco a poco de la escena de la pista de baile. De su cuerpo pegado al mío. De sentirnos de esa manera. Si dijera que había conseguido dejar de echar de menos esto en algún momento en estos seis meses, mentiría. La atracción entre nuestros cuerpos siempre ha sido más fuerte que cualquier otra fuerza física explicable o inexplicable que yo haya sentido jamás. Mucho más que la gravedad. Sí, porque su cercanía siempre consiguió hacerme flotar. Él dijo una vez que lo único en todo el universo que tendía a fundirse con una intensidad mayor que nuestros cuerpos eran nuestras almas.

Tengo ganas de llorar.

Lo echo de menos aún mucho más ahora que estamos tan cerca.

Mierda, necesitaría un poco de eso que me apaga el dolor un ratito, aunque sea fugaz. Me vendría bien ahora mismo. Necesitaría un poquito de ese que me deja la mente en blanco.

Emily tiene razón: el infierno me lo he ganado yo solita.

I did something bad

Un mes y medio antes...

El cabecero chocaba contra la pared una y otra vez, haciendo demasiado ruido como para que los vecinos no pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando en mi habitación aquella tarde.

—Voy a ser un poco más duro ahora, Ash —me advirtió esa voz ronca y sexi, hablando directo a mi oído derecho—. No te muevas. No quiero hacerte daño.

Enredó su mano izquierda en mi pelo y tiró hacia atrás, sin ninguna delicadeza, haciéndome arquear la espalda hacia su cuerpo, prácticamente pegado a mí por detrás. Solté un jadeo por la sorpresa e, inmediatamente después, un gemido. Me avergonzaba un poco que aquello me gustara tanto. Sabía que, cuando acabara, no podría evitar reprocharme a mí misma el que me excitara tantísimo que un tío me tratara con esa rudeza. Pero lo hacía. Estaba tan excitada que habría dejado que me hiciera cualquier cosa que quisiera. Cualquier cosa. De verdad. Sabía que él me respetaba, fuera de la dureza con la que nos manejáramos entre las sábanas o los comentarios de contenido altamente sexual, al borde de lo ofensivo, que me decía al oído cuando

estábamos así de cachondos. Sabía que él nunca me haría daño. Eso seguro. Así que me dejé llevar, una vez más.

Solté un jadeo, incapaz de decir nada ni de parar el temblor dentro de mis entrañas.

—¿Estás bien? —Hice un sonido afirmativo en respuesta, y creo que sonó como un lloriqueo extremadamente erótico, como si suplicara más. Y eso era justo lo que quería decir—. Bien. Porque quiero que disfrutes esto tanto como yo. Quiero que me dejes bien claro lo mucho que te gusta. —Y esto último lo susurró, con los labios pegados a mi oreja, provocándome un escalofrío—. Quiero que todo el edificio te oiga.

Volví a gemir, prácticamente fuera de control, y me moví hacia atrás para clavarlo un poco más en mí si era posible.

—He dicho «quieta» —me repitió, con ese tono de reproche por desobedecer. Y ya sabía que no le gustaba la desobediencia. En la cama no—. No tienes por qué hacer eso. Ya lo sabes. Solo dime lo que quieras y yo te lo daré. ¿Qué quieres, Ashley?

—Por favor...

Me embistió una vez más, con fuerza, cortándose la respiración por un segundo. Intenté volver la cabeza para mirarlo a la cara, pero su mano me sujetaba el pelo y restringía bastante mis movimientos. Me concentré en el tatuaje de su brazo derecho. Me encantaba cómo le decoraba la piel. Me ponía muchísimo mirarlo cuando estábamos en esta postura. Su favorita. Y probablemente la mía también. Eso también me avergonzaba un poco. ¿Dónde quedaba la Ashley romántica que quería mirar a los ojos mientras hacía el amor? Sustituida por la Ashley

pervertida a la que le gustaba estar a cuatro patas en el colchón con un hombre encima. Como malditos animales.

—¿Por favor qué?

—Por favor, fóllame.

No tuve que decir más. Y no sabía ni siquiera cómo era capaz de decir eso. Si le dijeron a cualquiera de las personas que me conocía que yo era así en la cama, estaba segura de que se reirían. Bien alto. ¿Ashley Bennet la inocente? Bueno, quizá habría alguna persona a la que no le sorprendería del todo. Tal vez solo una. Pero tampoco era el momento para pensar en eso.

Mi amante se dejó llevar, apartando el tatuaje de mi vista, y me soltó el pelo para agarrar mis caderas firmemente con las dos manos y sujetar todo mi peso mientras a mí las piernas me flaqueaban. No sabía si podía aguantar un orgasmo más como el que estaba por venir, en ese día. Pero si tenía que desmayarme o morir por ello, que así fuera.

—Vamos, Ash. Dámelo —dijo después de unos minutos extremadamente intensos, cuando notó que empezaba a estremecerse todo mi cuerpo.

Exploté a su alrededor y mi mente se quedó en blanco. Justo como yo necesitaba. Justo como buscaba cada vez que hacíamos esto. Tuvo que usar mucho más la fuerza de sus brazos para que no me desplomara sobre el colchón y poder terminar él también. Y yo ya casi no podía sentir nada más.

Dejó mi cuerpo prácticamente inerte sobre el colchón con mucho cuidado. Muy delicado. Salió de mi interior y me besó el omoplato, una sola vez. Agradecí el tacto de las sábanas contra la piel desnuda de mi pecho y mi abdomen

porque estaban frescas. O a lo mejor mi cuerpo estaba ardiendo, en comparación. No podía moverme. No tenía fuerzas y dejé que él me apartara el pelo de la cara y lo extendiera por la almohada. Cerré los ojos. Quería dormir.

Lo sentí apartarse de mí en la cama y me dio la impresión de que estaba arrodillado a los pies de la misma, pero no pude mirar. Luego oí cómo se quitaba el preservativo y hacía un nudo en el extremo. Lo tiró al suelo. Y se levantó. El colchón se elevó ligeramente cuando se liberó de su peso. Quise decir algo, pero era incapaz. Lo oí vestirse. La fricción de los vaqueros; el golpeteo de sus botas al calzarse; la camiseta, el jersey; la cazadora.

Me obligué a abrir los ojos para mirarlo cuando sus pisadas llegaron a la puerta de mi cuarto. Me sonrió, casi burlón, cuando nuestros ojos se encontraron.

—Tranquila, ya me sé el camino a la puerta.

—¿Por qué no te quedas? —pedí, sin haberlo planeado, y a pesar del esfuerzo que me supuso hablar.

Ensanchó la sonrisa, sin perder ese aire irónico. Como si él supiera algo que yo no.

—Aún no estás preparada —dijo, y su tono de voz fue mucho más dulce de lo que me esperaba.

—¿Preparada para qué?

—Para mí.

Y salió, cerrando la puerta tras él y dejándome desnuda y sola sobre las sábanas azules de mi cama.

En solo dos segundos, escuché la puerta del piso.

Cerré los ojos. Y dormí.

6

Cam

El sol apenas ha empezado a salir cuando abro la puerta de la cocina y llamo a *Vodka* en voz baja. Se levanta inmediatamente de su cama, a pesar de que sé que la he pillado dormida.

Le dejo un par de minutos para olisquear y elegir el mejor lugar para hacer pis, mientras yo hago unos cuantos estiramientos antes de empezar la carrera.

Ayer volvimos tarde y he dormido poco más de cuatro horas, pero ya no podía más. Llevaba ya un rato dando vueltas en la cama, rememorando sin parar cada palabra y acto de anoche y ya no podía seguir haciendo eso sin volverme loco, así que he decidido que lo único que iba a ayudarme ahora mismo es salir a correr.

A *Vodka* le cuesta un poco empezar a seguirme el ritmo, pero me adelanta en la carrera cuando nos adentramos en la zona más boscosa de los alrededores de la casa.

La culpa es mía. Debería tener un poco más de autocontrol en todo lo que respecta a mi exnovia. Debería ser ese tío cabal, racional, confiado y muy seguro de sí

mismo que siempre le hice creer a ella que era, y no dejarme llevar por el demonio de los celos en cuanto un imbécil cualquiera se le acerca más de la cuenta. Ya debería darme igual que ella se divierta bailando con quien le dé la gana, incluso aunque lleve un vestido muy corto que a mí me esté haciendo la noche complicada. Debería haber superado eso. Es lo que pasa cuando alguien pasa de ser tu novia a ser tu exnovia, ¿no? Eso se tiene que acabar. Debería ser más fácil. A mí me da exactamente lo mismo que Vanessa coquetee con todos los tíos del local, o de todo el estado de California, si hay que ir más lejos. Espantaría a cualquier gilipollas al que le vea malas intenciones, claro que sí. Porque es mi amiga, porque no quiero que nadie le haga daño. Pero no me pondría ni un poquito celoso. Para nada. No lo hago. ¿Por qué con Ashley no puede ser igual? ¿Por qué no pude apagar estas emociones absurdas, como si tuviera un maldito interruptor, en el momento en que ella dijo «se acabó»? Todo sería mucho más fácil. Pero qué va, mi organismo entra en estado de alerta absoluta y se me enciende el instinto más protector y tengo ganas de ir a reclamar lo que es mío como un hombre de las cavernas. A ver, ella no es mía. No lo ha sido nunca. Y siempre lo he tenido muy claro. Pero me gustaba eso de que ella quisiera estar solo conmigo. Me encantaba cuando ponía los ojos en blanco si me oía gruñir en tono de broma algún comentario sobre si otros chicos la miraban o lo que fuera. Me encantaba cuando decía eso de «para mí solo existes tú», con ese tono tan dramático, burlándose de mí. Siempre decía que, si alguno de los dos tenía que ser el celoso de la relación, debería ser ella porque las chicas hacían cola en el

campo solo para verme jugar un partido. Pero nosotros nunca fuimos de esos. Ella nunca fue celosa y menos cuando empezó a quererse un poco más a sí misma y a dejar de lado las inseguridades de la adolescencia. Y yo tampoco sentí celos de verdad, de esos que duelen, en ningún momento de nuestra relación, si dejamos de lado lo de Tyler. Siempre estuve seguro del todo de que ella me quería a mí de la forma en que yo la quería a ella. No había lugar para los celos.

Pero es que ahora...

Me doy cuenta de que he ralentizado el paso, por ir pensando en lo que no debo, e intento dejar la mente en blanco y centrarme solo en la carrera. Concentrarme en la respiración, en el sonido de mis zapatillas golpeando en el suelo, en la sensación de cortar el aire con el avance de mi cuerpo.

Ni siquiera puedo echarle la culpa al alcohol de lo de anoche. Solo bebí cerveza. Puede que una de más, vale. Pero eso no justifica que perdiera así mi fuerza de voluntad.

«Te diría que dejes a ese tío.»

Aprieto la mandíbula y aumento la velocidad. No tendría que haber dicho eso. Pero es que no quiero que ella esté con otro. Joder, *no quiero*. Me he pasado seis meses luchando contra su recuerdo y buscando algo parecido en otras camas y no he conseguido nada. ¿Y ella está con alguien? ¿Ha conocido a alguien y le ha gustado? ¿Lo suficiente como para verlo más de una vez? ¿Lo suficiente como para empezar algo con él? ¿Para sustituirme? Ve a alguien habitualmente. Y eso significa que ha encontrado algo de lo que buscaba, ¿no? Aunque sea solo sexo. Me

hierve la sangre solo de pensar en ella en la cama con otro. El sexo era solo nuestro. Algo solo entre ella y yo. Íntimo, único y especial.

Ahora todo eso se ha ido a la mierda.

Freno en seco y apoyo las manos en las rodillas, flexionándolas, cuando esa realidad se me hace dolorosamente patente, de golpe. Todo se ha ido a la mierda. Se ha acabado. Del todo.

No. Pensar que mi historia con Ashley ya vivió el punto y final, me hace olvidarme de golpe de cómo se respira. Cada punto anterior había terminado por no serlo, y, en el fondo, inconscientemente, creo que estaba convencido de que esta vez pasaría lo mismo. De que el final no estaba ya escrito porque siempre estuve plenamente convencido de que ella y yo no tendríamos final. Sigo esténdolo, en cierto modo. El problema es que yo seguiría queriéndola a mi lado pase lo que pase. Aunque pasen mil años o aunque pasen mil cosas. Por muy lejos que ella se vaya. Pero nunca tuve realmente en cuenta que puede que a ella no le pasara lo mismo. Y yo siempre seguiré queriendo estar a su lado por encima de cualquier cosa. Pero ella no. Ella ha encontrado a alguien. Y eso me deja fuera del todo. Solo.

Mierda.

Solo es como estoy, desde luego, porque no sé dónde se ha metido *Vodka*. Respiro de nuevo y doy una vuelta sobre mí mismo para mirar a mi alrededor. Tengo que llamarla unas cinco veces, a gritos, hasta que aparece corriendo, con la lengua colgando a un lado y cara de inocente, como si no supiera perfectamente que no me gusta nada que se aleje tanto de mí cuando salimos a correr. Hace lo que le da la

gana. Y si es una malcriada es culpa de Ashley, no tengo dudas. Así que me ha dejado solo y con una perra maleducada.

Mi perra da un par de vueltas a mi alrededor y termina por ponerme las patas en el pecho, sosteniéndose sobre las traseras, para intentar lamerme la cara, al ver que respiro pesadamente y que no parece que tenga mucha intención de continuar la carrera. Cojo sus patas y me agacho para bajarla al suelo. Le rasco tras la oreja y ella menea la cola, golpeándome en la pierna.

—¿Qué se supone que tengo que hacer, chica? —consulto con ella—. ¿Me alejo o lo intento? ¿Eh? ¿Tú qué crees? ¿Debería decirle que aún la quiero? ¿O será peor para los dos?

Vodka no contesta, claro. Aunque, si pudiera hacerlo, creo que sé lo que diría.

¿Será peor para los dos? En realidad, yo nunca he pensado en eso. Cuando se trataba de Ash y sus dudas y sus lágrimas y nuestra relación a distancia rompiéndonos a ambos el corazón, yo nunca pensé en lo que sería mejor o peor para mí. Yo solo pensé en ella.

Y así me ha ido.

Vuelvo a casa trotando a un ritmo más moderado. A lo mejor he reducido la velocidad porque no tengo muchas ganas de volver. No quiero enfrentarme a la mirada huidiza de Ash cuando recuerde lo que pasó anoche. Ella estaba bastante más borracha que yo, así que estoy más que seguro de que se avergonzará y se mantendrá bien lejos de mí. Todo lo que pueda. Y tampoco quiero pullitas de Vanessa. Que mi mejor amiga empiece a soltar comentarios

fueras de lugar no es lo que necesito ahora, ni mucho menos. Anoche se portó como una amiga de verdad. Para variar. No me echó la bronca, ni me dio la charlita, ni tan siquiera se burló de mí. Simplemente apareció, me apartó de Ashley y se dedicó a distraer mi atención con otros temas, mientras se pagaba unos chupitos con mi dinero. Y Tyler se encargó de mantener lejos a Ashley.

Cuando llego al jardín que se extiende tras la cabaña, delante del lago, veo que ya hay una figura sentada en los escalones del porche. *Vodka* me adelanta corriendo hacia allí y a mí me cuesta solo unos pocos metros más descubrir que es Emily. Tiene una taza entre las manos y acaricia a la perra cuando esta la saluda, alegre, meneando la cola. Es muy temprano. No esperaba encontrarme a nadie despierto aún.

—Ey —saludo, al llegar a su altura—. ¿Qué haces ya levantada? Es muy pronto.

Me sonríe hasta terminar torciendo esa sonrisa en una mueca burlona.

—Sí. Podría preguntarte lo mismo. O a lo mejor a ti no hace falta preguntártelo.

No quiero hablar de esto, y menos con ella, así que decido cambiar el tema y me siento a su lado, en el escalón.

—¿Estás bien?

Ella asiente, con la vista perdida en el lago, y yo giro la cabeza para ver a *Vodka* beber a grandes lengüetadas del bebedero que tiene a un lado del porche.

—No he pasado muy buena noche —dice, simplemente.

—¿Scott estaba roncando?

—Sabes que sí —confirma, con una risita—. ¿Crees que me estoy equivocando con todo esto de construir una vida a su lado? —bromea.

Yo suelto una carcajada ante su tono.

—Bueno, no sé, la casa que habéis alquilado no es muy bonita...

Me pega con el puño cerrado en el brazo, suave.

—¿Qué pasó anoche después de que nos fuéramos? Y no digas que nada —advierte, antes de que yo pueda abrir la boca—. Cam, sé que ninguno de los dos queréis hablar de esto con nadie y he intentado respetarlo, pero... Estoy preocupada por ti. Y por ella también —se apresura a añadir después, como si así pudiera hacerme sentir un poquito mejor. Pero no se me ha pasado por alto que ha dicho que está preocupada por mí. *Por mí*. No por los dos. No por su mejor amiga. No. Por mí—. A lo mejor no fue muy buena idea lo de volver a veros tan pronto, ¿no?

Bajo la mirada y niego con la cabeza, a punto de decir que estoy bien y que no se ponga tan dramática. A Emily siempre le ha perdido un buen cotilleo y mi historia con Ashley es una de sus favoritas. Pero debería decirle que eso ya se ha acabado. Que ya no hay más razones para «morirse del todo» con nada de lo que tenga que ver con nosotros dos.

—No es tan pronto —gruño, cabreado—. Han pasado seis meses. Ha pasado mucho más de un año desde que lo dejamos. Ya no debería ser demasiado pronto.

Me arrepiento de mis palabras, y de sonar tan amargo al decirlas. Emily no es la confidente que necesito. No quiero que vaya a contarle nada de esto a Ashley.

—Cada uno lleva su propio ritmo —me consuela, al tiempo que me pasa una mano por la espalda suavemente —. Dicen que el tiempo lo cura todo.

—¿Sí? Pues quien inventara esa mierda de dicho no tenía ni idea —digo entre dientes.

Emily da un sorbo a su taza, pensativa. Que Emily se quede callada es mucho peor que si se dedicara a hablar sin parar sobre cosas que me retuerzan el corazón. Si Emily se calla, cuando ella no se calla nunca, debe de ser porque hay algo que tiene en la punta de la lengua, pero no quiere decir. Y supongo que será mejor no saberlo.

—¿Está enamorada de él?

Me oigo a mí mismo preguntando la cosa más absurda y más estúpida que se le podría ocurrir preguntar a alguien en mi situación. ¿En serio acabo de mostrar toda mi vulnerabilidad delante de la mejor amiga de mi exnovia? Y ella va a ir corriendo a contárselo en cuanto la vea. Soy imbécil. Pero necesito que me diga lo que yo quiero oír. Eso es lo que me hace falta ahora.

—¿De quién? —pregunta, como si de verdad estuviera un poco desorientada.

Emily nunca ha sabido disimular. Es increíble lo que es capaz de hacer por su mejor amiga. Hasta pone su mejor cara de póker.

—Del tío con el que está saliendo.

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No está saliendo con nadie.

Justo lo que Ash dijo anoche. Que no estaba saliendo con nadie. Pero algo hay, ¿no? Vanessa no para de insinuarlo y

nadie se ha molestado en desmentirlo. Ni siquiera la propia Ashley.

—Em...

A lo mejor es que nadie quiere hacerme daño y todo el mundo sabe lo que hay menos yo, ¿no? A lo mejor soy el único que no sabe que Ashley ya me ha encontrado un sustituto. Alguien mejor que yo. Alguien que la hace más feliz. A lo mejor han hecho un pacto para no joderme la semana de vacaciones.

—No es eso lo que pasa, Cam —dice, y se muerde el labio como si así evitara decir algo más.

—¿Está enamorada de él o no?

Busco presionarla un poco. Porque me dan completamente igual los tecnicismos. Es que no importa si son novios, o amigos con derechos, o si solo folla con alguien esporádicamente. Es que eso me da igual. Yo lo que necesito saber es lo que siente ella. Eso es lo importante. Eso es lo único que puede marcar la diferencia.

—No lo sé —suspira mi interlocutora.

La miro sorprendido. Tiene cara de culpabilidad. Como si se estuviera yendo mucho de la lengua. Pero no sé si es porque piensa que no debería estar revelando los secretos de su amiga o porque no quiere decir nada que a mí pueda hacerme daño. ¿Cómo no va a saberlo? Em siempre lo sabe todo sobre Ash. Sabe cómo se siente mejor que ella misma. Siempre ha sido así. Y, por un largo periodo de tiempo, yo tuve la suerte de compartir ese superpoder.

—Vamos, Emily —suspiro—, ¿cómo no vas a saberlo? Si no quieres decírmelo ya me estás dando una respuesta.

Si no quiere decirlo es porque la respuesta va a romperme el corazón.

—Te lo digo en serio. No lo sé —insiste—. Ashley no habla mucho conmigo últimamente.

Me quedo en silencio tras escuchar esas palabras. Parece muy triste. Ahora entiendo por qué lleva tan apagada desde que llegamos al lago. Y a lo mejor es por eso que resonaba su melancolía por cada rincón, cuando la he encontrado aquí sentada tan temprano. No he parado de oír decir a las chicas que Ashley está muy distante, en su propio mundo y que hace mucho tiempo que pasa de ellas. Pero la verdad es que pensaba que estaban exagerando para meterse con ella, como siempre suelen hacer.

—¿Puedo hablar por ella un momento? —pregunta, de pronto, y yo clavo los ojos en los suyos, en espera de lo que tenga que decir—. Hace meses que no tiene tanta confianza conmigo, supongo, pero sigue siendo mi mejor amiga. Y sé que ella no va a decir unas cuantas cosas que tú deberías saber. Así que déjame que lo haga yo por ella, porque estoy bastante segura de que tú necesitas oírlas y a ella le gustaría que las tuvieras claras, si supiera que tienes dudas al respecto.

Trago saliva y me preparo para lo que sea que vaya a decir, nervioso.

—Tienes que saber —continúa— que nunca nada le ha costado más en su vida que alejarse de ti. Que te quería mucho más que a nadie en el mundo y que si decidió acabar con eso es porque no vio otra opción posible. Tú no hiciste nada mal, Cam. Nunca fue culpa tuya, aunque os peleaseis un montón. No sigas dándole vueltas a si deberías

haber hecho algo de forma distinta o dicho algo o haberlo callado. Ella tampoco te hubiera permitido cambiar nada, de todas formas. Scott me contó lo que hablasteis después de fin de año. Pero nada fue por ti, Cam. Fue por ella, fue por los dos. Y no fue por el fútbol.

Vuelvo la cara para poder enjugarme una lágrima de forma disimulada y que ella no se dé cuenta. No puede decir todo eso y simplemente esperar que me lo crea. Porque tiene que haber una explicación mejor. Tiene que haber algo en lo que yo fallara, porque eso significaría que habría algo que pueda intentar arreglar.

—El fútbol fue lo que hacía que no nos viéramos tanto —le llevo la contraria—. Eso es lo que ella pensaba, lo que siempre decía. Siempre lo ha odiado.

—Si Ash odia el fútbol es solo porque no soporta ver cómo te hacen daño —replica Emily y, cuando la miro, tiene media sonrisa tierna dibujada en la cara—. A ti no te duelen los golpes ni los placajes, pero a ella sí. Y lo que hacía que no os vieraís tanto era que vivís a tres mil malditos kilómetros de distancia, Cam. Era muy difícil que funcionara.

He oído eso como un millón de veces en estos cuatro años. Las relaciones a distancia no funcionan. Estoy bastante seguro de que eso es mentira. De que no se puede generalizar. De que hay relaciones que funcionan y relaciones que no, haya distancia o no la haya. Hay relaciones que funcionan a distancia y se rompen cuando ya no la hay. Y hay relaciones que funcionan a la perfección y terminan por romperse con la distancia. Cada una es diferente.

—No hiciste nada mal.

Vuelve a repetirlo y yo aprieto la mandíbula y hago como que no me afecta escuchar eso. Supongo que ella piensa que me hará sentir mejor. Pero no es así.

—Ella tampoco —murmuro quedamente.

Emily me abraza por el cuello por un momento fugaz y luego se pone en pie y me da un apretón en el hombro.

—La gente va a empezar a levantarse de un momento a otro. Ve a darte una ducha y yo voy preparando algo para desayunar —sugiere.

Asiento, pero no me muevo enseguida cuando ella entra en la casa.

No entiendo nada, y no entender hace que sea todavía más difícil aceptar las cosas y seguir adelante. ¿Cómo puede deteriorarse algo cuando no haces nada mal? ¿Cómo se consigue entonces?

A lo mejor hay que terminar por aceptar que las mejores cosas de la vida nunca están al alcance de nuestro control.

Exile

Dos años y tres meses antes...

Cogí el vaso que me tendió Jayce y murmuré un agradecimiento con muy poco entusiasmo. Él no dijo nada, si es que pudo notar que yo no estaba del mejor humor. O, a lo mejor, estaba al corriente de cómo estaban las cosas porque Ashley ya se lo había contado. Y no es que estuviera celoso de él, no en el sentido romántico de los celos, pero me sacaba un poco de quicio que ella últimamente hablara mucho más con su amigo el cerebrito que conmigo.

Y ahí estaba yo, plantado en medio de un fiestón de universitarios, al que Ash no había mencionado que tuviera intención de ir, además. Y del peor humor posible. Di un trago largo a mi bebida, para ver si eso conseguía animarme y meterme en la dinámica en la que uno debería meterse de lleno en una fiesta como aquella. Pero me iba a resultar complicado. Quién me había visto y quién me veía. Yo. Que había sido uno de los mayores fiesteros durante el instituto.

—Ey, Cam. —Oí una voz que resultaba familiar a mi lado, y me volví para descubrir de quién se trataba. Era Violet, la vecina de habitación de Ashley en la residencia—. No sabía que venías este fin de semana, qué sorpresa.

—Ya —respondí, e intenté dedicarle una sonrisa que no pareciera lo más falso de la fiesta—. Es que no iba a venir, ha sido una decisión de última hora, y quería darle una sorpresa a Ash.

—Ooooh —exageró lo mucho que le enterneían mis actos—. Eres un cielo. Seguro que Ashley se ha puesto como loca de contenta. ¿Dónde está?

Sí. Eso. Era una buena pregunta. Justo la pregunta del millón. Bueno, una de las dos preguntas del millón. Dónde estaba Ashley y por qué la tal Violet hablaba como una abuela.

—Sydney tenía una especie de emergencia supersecreta de tinte romántico. Ashley me ha dicho que iba a quitarle los pájaros de la cabeza y volvía enseguida —respondió Jayce por mí.

Y ahora había otra pregunta importante que hacer, a la luz de la nueva información, ¿por qué Ashley le decía a su amigo que iba a marcharse un rato, pero no a mí? Cada vez estaba más cabreado. Y no era una sensación que me gustara en absoluto eso de estar enfadado con Ash. Pero es que acababa de cruzarme prácticamente el país. Había recorrido tres mil kilómetros metido en un avión durante cuatro largas horas. Y eso después de haber conducido dos desde Eugene hasta el aeropuerto de Portland. Había perdido el día entero viajando para poder llegar hasta ella. Para pasar con ella menos de veinticuatro horas y hacerme todo el camino de vuelta. Para acabar llegando a mi casa el domingo pasadas las once de la noche y levantarme a las cinco para estar corriendo a las seis por órdenes estrictas de mi entrenador. Sí, debía de estar loco por esperar que

ella quisiera aprovechar esas escasas horas conmigo después del esfuerzo que yo había hecho solo para poder verla.

Todo ello era el resultado de un par de semanas malas, claro. Desde que le dije que no podíamos vernos en Eugene el fin de semana pasado como estaba planeado. No había sido mi culpa que las circunstancias obligaran a cambiar un partido y, en vez de jugar en Eugene, tuviéramos que ir a jugar al maldito Austin. Eso escapaba totalmente a mi control. Era muy tarde para cambiar los billetes, así que pasó el fin de semana con Emily en Portland. Pero, a pesar de sus nuevos planes y de que estaba más que seguro de que lo había pasado bien con su amiga, llevábamos de uñas dos semanas ya. Y no parecía ir a mejorar.

Así que quería compensárselo, quería ser el novio encantador que se presenta en su puerta con unas flores y pide perdón, aunque no tenga la culpa (insisto). Y el problema era que ella había tirado las flores a un rincón. Ni siquiera las había puesto en agua. Me había besado, sí, pero no con muchas ganas. Y luego me había dicho que debería haberla avisado y que, a esas alturas, no podía cambiar sus planes. Decir que eso me sentó mal sería quedarse muy corto. Pero me lo tragué para no empeorar las cosas y casi hasta me disculpé por haber estado viajando más de ocho horas de mi día en total, solo para ir a verla.

Probablemente ella tampoco habría reaccionado así si tan solo se tratara de lo de la última semana, para ser justos. Llevábamos demasiadas cosas arrastrando desde hacía demasiadas semanas ya.

Y, como resultado final, yo estaba en una fiesta en la que no quería estar, con Jayce Allen plantado a mi lado como un pasmarote, seguramente encargado de entretenarme hasta que a mi novia le apeteciera volver, y con la sensación de que el problema entre Ash y yo era mucho más grave de lo que había querido ver hasta ese momento. Y necesitaba hablarlo con ella con urgencia.

—Eh, ¿qué tal el partido del domingo, al final? —me preguntó Jayce cuando Violet se marchó a revolotear con su vocabulario de anciana por ahí, de nuevo—. ¿Ganasteis al menos?

Tuve que contenerme, porque a Ash no le habría gustado que noqueara a su amigo de un solo golpe. Seguro que no. Pero él se estaba regodeando de la cagada del fin de semana pasado. Y bastante mal lo llevaba yo sin necesidad de que el confidente de mi novia me recordara que ella estaba cabreada por ello.

—Pues sí. Sí que ganamos —respondí, como si no acabara de clavarme un cuchillo y retorcerlo.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga —recitó, burlonamente.

Y, entonces, vi el tono borgoña del vestido de Ashley, que le quedaba tan espectacularmente bien y lucía a juego con su pintalabios.

—Hola —saludó al llegar a nuestra altura, sola. Sonrió levemente, más para Jayce que para mí, y eso me apretó el nudo de mala leche de la garganta un cuarto de vuelta más —. Lo siento. Sydney tiene graves problemas mentales.

Él le rio la gracia.

—Ash, necesito hablar contigo. —Me escuché decir a mí mismo. Casi me sorprendió, pero era eso o insultar a su amigo delante de sus narices y mi subconsciente parecía haber elegido la opción correcta.

Ella se giró hacia mí y alzó las cejas, demostrando que le venía francamente mal mi propuesta.

—¿Ahora?

Como si fuera de lo más inoportuno. Pero eran las once de la maldita noche y llevaba demasiadas horas sufriendo su indiferencia. Me estaba matando. Y, si esperaba un poco más, ya sería la hora de volver al aeropuerto y yo no podía irme dejando las cosas así. El tono de su voz había sido tan altivo, que por un momento tuve que preguntarme si la Ashley que yo conocía y amaba aún estaba ahí. Últimamente parecíamos un par de desconocidos.

—Sí, ahora.

Seguro que sonó mucho más rudo de lo que planeaba y, para colmo, no se me ocurrió nada mejor que cogerla por la cintura con un solo brazo y arrastrarla conmigo hasta un lugar lejos del entrometido ese que iba de colega. A él lo oí protestar a mi espalda, pero lo ignoré y no se atrevió a seguirnos. Y Ashley, por su parte, se dedicó a forcejear conmigo y me golpeó el pecho y el hombro con los puños, hasta que, intentando frenarla, derramé parte de mi vodka con naranja sobre su bonito vestido.

—¡Cam! —me gritó, aún más cabreada. Intentó secar el líquido con el borde inferior de mi camiseta en cuanto la solté—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo siento... —traté de disculparme, pero ella me apartó de un manotazo cuando intenté ayudar.

—¡Estate quieto! —me ordenó—. Sabes que odio que hagas eso. No puedes llevarme a los sitios por la fuerza.

—¡Lo siento! —La callé usando su mismo tono—. Joder, si es que parece que últimamente lo hago todo mal. ¿Lo hago todo mal, Ash?

Nos quedamos los dos en silencio, sosteniéndonos la mirada, con mi pregunta flotando en el aire.

—Yo no he dicho eso —murmuró por fin.

—Siento lo que pasó el fin de semana pasado. Lo siento —repetí una vez más, suplicante—. Yo no quería irme a Austin. Yo no quería jugar ese partido ni me importaba la postemporada. Yo me moría de ganas de verte —confesé, y le acaricié la mejilla muy despacio, prudente, sin estar muy seguro de si iba a apartarme de un manotazo otra vez. No lo hizo, pero dio un paso atrás para que dejara de tocarla—. Yo quería quedarme en Eugene y estar contigo y solo salir de la cama para pasear juntos a *Vodka*. Y siento que las cosas no salieran así, pero eso no significa que no quisiera pasar tres días enteros contigo... En realidad, yo quiero pasar contigo tres millones de años.

Ella negó con la cabeza lentamente. Parecía muy triste tras mis palabras.

—Estoy harta de tus partidos. —Fue lo que dijo en respuesta a toda mi confesión de amor.

Y me dio la impresión de que estaba a punto de decir algo más, pero no llegó a hacerlo.

—Ahora estoy aquí. Me voy mañana. ¿No podemos aprovechar las horas que tenemos? Te he echado mucho de menos.

Ella frunció el ceño, como si no se estuviera creyendo ni una sola de mis palabras.

—Eres increíble —bufó. Y no, no sonó tan bien como en otras ocasiones en que había utilizado esa misma expresión —. No puedes plantarte aquí sin avisar y esperar que pare toda mi vida porque, de repente, decidás que quieres pasar dieciocho horas conmigo.

—Eso no es justo, princesa.

—Lo que no es justo es que no pares de cambiarme los planes y esperes que me adapte a lo que a ti te va bien sin poner mala cara, Cam. Y no se trata solo de nosotros. Porque te presentas aquí a las seis de la tarde y dejas tu mochila encima de mi cama como si Sydney no viviera en esa misma habitación.

—No pretendo echar a Sydney de su cuarto —me defendí.

—Sí, qué cómodo para ella tener a un tío invadiéndole el espacio —ironizó.

Me quedé callado. Porque no sabía muy bien qué decir. O quizá sí. Podría haber contestado una decena de cosas diferentes, pero en ese mismo instante supe que, dijera lo que dijera, nada iba a ser bien recibido desde el otro lado.

—Deberías haberme consultado esto antes de presentarte aquí —suspiró, tras unos segundos de silencio.

—Pensé que te alegrarías de verme —dije, en un murmullo, y tuve mis dudas de si realmente habría podido oírme—. Pensé que te daría una sorpresa y que, por lo menos, podríamos hablar de una maldita vez y solucionar lo que ha estado pasando estas últimas semanas. Y quería haber podido venir más tiempo, pero ayer tuve esa práctica por la tarde y el lunes... Pensé que si te lo decía me dirías

que era una tontería hacer tanto viaje para tan poco tiempo —confesé por fin—. Y yo necesitaba verte.

—Podrías haberme preguntado qué necesitaba yo.

Fue como si acabara de cerrar el puño bien fuerte, con mi corazón justo en el centro de su palma. Y me lo estrujó y lo sentí ahogarse en mi pecho. Porque ese suspiro triste solo podía querer decir que ella necesitaba justo lo contrario que yo. No verme.

—No vas en serio, Ash.

—Dieciocho horas son una mierda.

—¡Pues es mejor que nada! —elevé la voz probablemente más de lo que debería, irritado—. Y son una mierda porque ya has perdido cinco castigándome por algo que no fue culpa mía.

—¡Ahora voy a tener yo la culpa de que no nos veamos! —gritó ella también, con los ojos marrones soltando chispas.

—Ah, ¿es que la tengo yo?

—No pienso discutir más contigo. —Lo decidió en un segundo y bajó varios tonos el volumen de su voz—. Necesito una cerveza y diez minutos sin verte.

Lo soltó como si nada. Y yo estaba medio convencido de que necesitaba exactamente lo mismo para mí. Tenía claro por qué lo decía. En el fondo, no quería empeorar aún más las cosas aumentando el tono de la discusión hasta llegar a decir algo de lo que nos arrepintiéramos al instante. Ashley siempre había estado convencida de que arrepentirse de lo dicho no funcionaba, cuando el daño ya se había infligido. Pero escuchar eso de «necesito diez minutos sin verte» me partió el alma en dos. Y yo no podía perder ni diez minutos más. No me sobraba el tiempo, precisamente.

Ella estaba pasando por mi lado, para volver hacia el lugar desde el que la había arrastrado, y yo vi una puerta abrirse justo a su espalda y a una chica salir por ella. Era el baño y tomé una decisión no meditada. Quizá debí haber pensado que no era buena idea, quizás debí haberle dado sus diez minutos, que por algo los estaba pidiendo, y debí haber pensado que solo iba a conseguir cabrearla más. Y no me convenía en absoluto. Pero no lo pensé. La cogí del brazo y la arrastré conmigo hacia el interior del aseo. Justo como acababa de decirme que no volviera a hacer nunca más. Pero, eh, ella siempre me recordaba que era un capullo, ¿no? Y necesitaba tenerla a solas. Aunque fueran solo cinco segundos. Porque estaba convencido de que, si estábamos a solas por fin y me miraba a los ojos, se daría cuenta de una vez de que era yo. De quiénes éramos, de cómo éramos. De que seguíamos siendo nosotros.

—¡Suéltame! —gritó, tan alto que casi me hizo daño en los oídos.

Sacudió el brazo con rabia para librarse de mi mano, pero, para cuando lo logró, yo acababa de echar el pestillo a la puerta y la música de la fiesta se había amortiguado. Clavó sus ojos en los míos y estaba absolutamente furiosa. Pero de verdad. Su pecho subía y bajaba a más velocidad de lo normal, como efecto de la rabia. Pero no dijo nada más. Tuve mis cinco segundos de clavarnos los ojos, bien profundo. Y yo me enamoré de su cara de mal genio como me había enamorado de todas y cada una de sus expresiones antes.

Me sorprendió cuando dio un paso al frente, acercándose, y puso las manos en mi cuello para tirar de mí hacia su

boca. Dejó caer su bolso al suelo sin contemplaciones. Mi parte refleja fue más rápida que la consciente y, antes de darme cuenta, mi mano estaba en su nuca y mi boca estaba saboreando la suya, con ansia. No sé si fui yo quien la levantó o si ella saltó sobre mí, o tal vez fuimos los dos moviéndonos en sincronía, como siempre, pero en un momento tenía sus piernas rodeando mis caderas, y mis manos estaban en su culo y ella estaba gimiendo en mi boca de la manera más sensual posible.

—Te quiero —murmuré, con los labios pegados a su cuello mientras ella tiraba suavemente del pelo de mi nuca.

—Yo también te quiero, capullo —respondió al instante, y a mí me aleteó el corazón—. Pero cállate y fóllame.

Lo dijo con un tono ronco, tan erótico, que obedecerla era lo único que yo ya podía hacer en el mundo.

Poco después, los dos respirábamos entrecortadamente, recuperando el aliento. Besé su hombro con dulzura y ella se colocó bien la parte superior de vestido empujándome ligeramente. Luego, me apartó un poco más y se bajó del lavabo colocándose bien la ropa interior y estirándose la falda.

—Eres un imbécil —gruñó.

Me empujó con su hombro, con muy mala leche, al pasar por mi lado. Aunque seguro que se tuvo que hacer más daño ella que yo, pero no se quejó. No me dio tiempo a decir ni una palabra antes de que descorriera el pestillo y abriera la puerta de un tirón, con su bolso en la mano. Me dejó abrochándome los pantalones a toda prisa. Y menos mal que había tenido un orgasmo. No quería ni imaginarme

lo cabreada que hubiera estado si encima se hubiera quedado a medias.

No me costó más de tres minutos volver a encontrarla entre la gente. Por lo menos estaba sola y no con ese idiota de Jayce. El tipo nunca me había caído mal en realidad, hasta aquella maldita noche. Esa noche estaba sacándome completamente de quicio. Ash estaba rebuscando algo sobre una mesa, con un botellín de cerveza en la mano. Estaba cerrado, así que supuse que buscaba un abridor. Le quité el botellín de entre las manos y apoyé la chapa en el borde de la mesa para luego dar un golpe seco y hacerla saltar. Le tendí su bebida sin decir una palabra y ella la cogió. Pero la mirada que me dedicó no decía que se alegrara de verme. En absoluto.

—Menos mal que estás tú aquí para demostrar tu fuerza y salvarme el culo —escupió.

—De nada —respondí en el mismo tono, y la miré significativamente. Tenía que darse cuenta ya de que se estaba pasando.

—Bueno, ¿ahora qué? —siguió, sin captar mi advertencia —. Ya hemos echado el polvo de rigor, ¿no? Hasta el mes que viene ya nada.

Noté en sus últimas palabras que, debajo de todo ese mal carácter que estaba demostrando tener, estaba dolida. Probablemente igual que yo. Dolidos, cansados, hastiados. Pero no sabía qué podía hacer para solucionarlo. No tenía ni idea de qué decir o qué hacer para volver a conectar con ella.

—¿Qué quieres que haga, Ash? —Me desesperé extendiendo los brazos a los lados, derrotado—. ¿Qué hago?

¿Dejo el equipo? ¿Es eso lo que quieres?

Me miró a los ojos por unos segundos y la tensión podría haberse cortado con un cuchillo. Luego apartó la vista a un lado y suspiró tristemente.

—No. No quiero que dejes el equipo. —Lo dijo con un hilo de voz, y negó con la cabeza como si yo no pudiese entenderla para nada—. Pero quiero que respetes mi tiempo como yo tengo que respetar el tuyo.

Podría haberme dado una bofetada y me habría dolido menos.

—Siento haberte hecho perder tu tiempo —gruñí, entre dientes.

Me di media vuelta para alejarme de ella, porque tenía razón en lo de que era mejor alejarse y respirar hondo antes de que las palabras ya se hubieran clavado como dardos. Me cogió del brazo y me volví a mirarla, en espera de que dijera algo más. Aún tardó en volver a hablar, con el ceño fruncido y sin parecer demasiado culpable.

—No me hagas quedar como la mala de la película ahora, Cameron —advirtió—. No me hagas sentirme culpable por intentar tener una vida aparte de ti. No te he dicho que no quisiera verte, pero me gustaría que hubieras tenido la gentileza de haber preguntado primero si este fin de semana me venía bien.

Hablaban mucho más calmada, y me di cuenta de que se estaba esforzando para plantear su punto de vista sin atacar, como siempre me decía que debería hacerse en las discusiones.

—El año pasado no te habría molestado que me presentara aquí sin avisar —comparé—. Habrías estado feliz

de verme y habríamos pasado las mejores dieciocho horas del mes, aunque no pudiéramos tener más. Pero ya no es el año pasado.

—Pues no. Ya no es el año pasado. Y dieciocho horas no me valen.

—¿Sabes qué? Está claro que esto no ha sido una buena idea —concedí, finalmente—. No tenía que haber venido.

—Tenías que haber avisado —corrigió al instante.

—Quiero irme a casa, Ash.

Estaba a punto de ponerme a llorar. En serio. Como un niño pequeño, en medio de una fiesta. Me esforcé por mantener el tipo y me tragué el nudo de la garganta sosteniéndole la mirada.

—De verdad que no quiero ceder en esto —dijo, en tono firme—. Mañana estaré muy decepcionada conmigo misma si ahora nos vamos de la fiesta solo porque estás cabreado —suspiró—. ¿Puedes esperar media hora más y nos vamos? No voy a dejar a Sydney aquí sola.

Negué con la cabeza para cortar sus explicaciones.

—No estoy hablando de volver a tu residencia, Ash. Quiero irme a mi casa, a Eugene, con mi maldita perra, porque está claro que venir hasta aquí ha sido una cagada —me lamenté.

—Tienes que estar de broma. No serías capaz de largarte ahora y dejar las cosas así... Ten. —Buscó entre su bolso y me puso en la mano la llave de su habitación—. Vete a mi residencia y yo vuelvo luego con Sydney. Vamos a darnos un par de horas antes de hablar esto.

Cerré el puño en torno a la llave y di un paso atrás.

—Pásalo bien en tu fiesta, princesa.

Eso fue lo último que le dije antes de largarme de allí sin mirar atrás. Ella no pronunció ni una palabra más.

Hacía frío en Chicago. Y no debería haberme sorprendido. Pero estuve a punto de perder los dedos de la mano izquierda por ir trasteando con mi móvil en el camino hasta la residencia de Ashley. Tenía prisa por saber algo. Internet me dio toda la información que necesitaba, claro.

No me paré demasiado tiempo a mirar las malditas flores que se marchitaban abandonadas en un rincón. Cogí mi mochila sin deshacer y comprobé que tenía el billete del día siguiente. Esperaba que no hubiera ningún problema para cambiarlo. Saqué la llave de la puerta del cuarto del llavero y dejé el resto sobre la cama. Luego me colgué la mochila al hombro, salí y cerré antes de colarla por debajo de la puerta.

Llamé a un taxi en mi camino de vuelta a la calle. Por suerte, no tardó demasiado en venir. Le pedí al conductor que me llevara al aeropuerto y dejé perder mi vista por la ventanilla. Estaba más que claro que Ashley no me quería allí. Y yo necesitaba distancia y tiempo para poder pensar.

Porque lo más importante de mi vida empezaba a desmoronarse, pedazo a pedazo, y yo no tenía ni idea de qué hacer.

Ashley

Me duele la cabeza. He tomado un analgésico con el desayuno, pero he tenido que tomarme otro más con la comida. Tyler no para de burlarse de mí y de decirme que no me preocupe, que lo mejor para una resaca es tomarse otra cerveza y que, en cuanto se encienda la barbacoa, se abre la veda del alcohol. Claro, él ya no se acuerda de lo que es tener una resaca. Él y su regla de las tres cervezas y eso de ir por la vida como si siempre hubiera odiado las drogas. Es un hombre nuevo. Pero que no vaya de moralista a estas alturas, por favor. Me dan ganas de matarlo cuando vuelve a recordarme que lo del tequila con Vanessa siempre se nos va de las manos y que nunca aprenderemos. Creo que Vanessa también tiene ganas de matarlo, escondida tras sus gafas de cristales oscuros. Pero olvida cualquier instinto asesino cuando Tyler la rodea con un brazo y la obliga a recostarse sobre su pecho. Ella se acomoda y parece dispuesta a echarse una siestecita.

Y yo me levanto, me aparto de ellos y acaricio a *Vodka* cuando viene a mi encuentro y trotta a mi lado, alejándonos

hacia el borde del jardín, donde las vistas del lago son mejores. No voy hacia allí por las vistas, en realidad. Voy porque ya es hora de que me siente a hablar con Emily en serio después de haberlo estado posponiendo desde que me he levantado. Me acuerdo perfectamente de lo que me dijo Mia anoche, y me he estado fijando mucho más gracias a eso. Y creo que tiene razón. Em está rara.

Llego a su altura y carraspeo, para llamar su atención y la de Scott, que están hablando entre ellos, sentados en el césped, justo delante de la valla.

—Venga, Scott, lárgate —exijo, en tono de broma, y le dedico una mueca de superioridad burlona.

Empieza a protestar en respuesta, pero Emily le pone una mano en la boca para callarlo.

—Cariño, ¿no has oído a Ash? Venga, fuera, que tenemos que hablar de nuestras cosas. —Lo despacha empujándolo, juguetona.

—Me voy, pero solo porque yo quiero. —Se hace el digno
—. Voy a ver si Cam necesita ayuda con eso de limpiar la barbacoa.

Besa a mi amiga en la frente y luego finge mirarme mal a mí, arrancándose una sonrisa.

Me siento en el suelo junto a Emily en cuanto nos quedamos solas. Pobre Scott. Tiene mucha paciencia con nosotras. No solo tiene que aguantar a su novia, sino también a toda su panda de amigas. Sobre todo, a mí. Este chico tiene ganado el cielo.

Mi amiga y yo dejamos transcurrir un par de minutos en silencio, sentadas una junto a la otra y mirando hacia el lago. Emily siempre ha sido mi amiga más ruidosa y

revolucionaria, pero también la que me da los mejores momentos de calma con solo sentarse en silencio a mi lado. Siempre he querido ser capaz de hacer lo mismo por ella, pero creo que no doy tanto como lo que recibo. Y menos últimamente.

—¿Estás bien? —pregunto por fin, en voz baja.

Me mira y sonríe.

—Sí, claro. Estoy muy bien. ¿Y tú? ¿Vas a hablar de una vez de lo que pasó anoche o no?

Suspiro.

—Me he encontrado a Cam cuando él volvía de correr a las siete de la mañana —sigue, sin darme opción a explicar nada—. Diría que hay algo que le ha perturbado un poco el sueño hoy.

He procurado no cruzar ni una mirada con Cameron en todo el día. Y no me ha sido tan difícil como me temía porque él no parecía tener ninguna intención de cruzarla conmigo, tampoco. Ha estado evitándome exactamente igual que yo lo he estado evitando a él. Supongo que es normal. Lo de anoche no tenía que haber pasado. Culpo por completo al alcohol. Es mejor eso que asumir mi parte de responsabilidad.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto, con un hilo de voz.

—No ha dicho nada. Pero vaya, que hay veces que sobran las palabras, Ash.

Cruzamos una mirada y la suya es muy intensa. De reproche.

—En mi defensa debo decir que yo estaba procurando mantenerme bien lejos de él, pero fue él el que apareció de pronto para espantar a un tío en plan idiota celoso.

—¿Querías ponerlo celoso? —pregunta Em.

—¿Qué? ¡Claro que no! —Elevo un poco la voz, indignada.

Aunque no puedo decir que no me gustara saber que aún puedo provocar algún tipo de reacción en él. Empezaba a pensar que se había olvidado de mí del todo y para siempre en solo seis meses. Quizá debería desear que así fuera, ¿no? Que él siguiera con su vida, que pudiera ser feliz sin mí. Eso sería de buena persona de verdad y no de la persona horrible en la que parece que me he estado convirtiendo desde hace tiempo.

—Lo siento, Em. Siento haberme portado como una idiota estos últimos meses.

Se acerca a mí, arrastrando el culo por el césped, y pega su costado al mío.

—La amiga descarrizada volviendo a mí.... —dice, en tono burlón—. Sabía que lo harías tarde o temprano.

Suelto una risita y ella se ríe conmigo. No lo puedo evitar. De verdad, no sé por qué siempre tiene tanta paciencia conmigo.

No me la merezco.

De nuevo se me forma ese nudo asfixiante en el pecho y siento que me cuesta respirar cuando lo veo tan claro. No me los merezco. A ninguno de ellos.

—Voy en serio —me obligo a seguir hablando para no perderme en la zona oscura—. Creo que no he sabido procesar muy bien lo que estaba pasando y lo que estaba sintiendo. He intentado poner tierra de por medio con todo lo que me recordara justo lo que yo quería olvidar, ¿sabes? Pero, en realidad, he sido una imbécil, porque creo que te

he necesitado más que nunca y, aun así, he intentado hacerlo todo sola...

—Sola del todo no —me recuerda en tono irónico.

Suelto una especie de bufido ante la insinuación. Se me revuelve el estómago al pensar en ello.

—Eres la única con la que he hablado de eso y quiero que siga siendo así, ¿vale?

—Me indignaría muchísimo que fuera de otra manera —exagera—. Aunque esa tal Sydney seguro que sabe más que yo.

—Solo lo que es inevitable que sepa porque vive conmigo. ¿Puedo dejar de ser una idiota que nunca llama y que hace como si pudiera vivir sin su mejor amiga, y decirte que te echo de menos y que quiero que eso cambie?

Se aparta para mirarme a la cara.

—Claro que puedes. Aunque a lo mejor te hago suplicar un poquito —bromea.

Me abrazo a ella, apoyando la cabeza en su hombro. Me devuelve el abrazo y me frota la espalda, despacio.

—Te quiero, tía. Aún te necesito tanto como siempre y no hay nadie en el mundo que pueda sustituirte. Ni siquiera esa tal Syd —imito su forma de hablar.

—Deja de hacerme la pelota, nunca he estado enfadada contigo. Ahora, ¿qué tal si retrocedemos en el tiempo y me cuentas todos los detalles de lo que ha pasado últimamente?

Casi es ya la hora de cenar cuando por fin nos levantamos del borde del jardín y volvemos con todos los demás. Scott ha venido un par de veces hasta nosotras, primero para traernos agua, por si, en sus propias palabras,

se nos estaba quedando la boca seca de tanto cuchichear, y luego para traernos algo de comer por si necesitábamos reponer fuerzas con tanto cotilleo. Casi ni le hemos dado las gracias al pobre.

Los chicos están discutiendo alrededor de la barbacoa cuando llegamos al porche. Parece que cada uno de ellos se cree el mayor experto en barbacoas del lugar.

Mia aparece de pronto, con un gorro de cocinera en la cabeza, y se mete entre ellos, empujando a Scott a un lado con un golpe de cadera.

—Anda, quitad de en medio, que no tenéis ni idea. Aquí la única que sabe cómo hacer unas buenas brasas soy yo.

Ellos se burlan y se meten con ella. Y yo sonrío mientras veo a mi grupito de mejores amigos bromear y reír los unos con los otros. Los he echado de menos.

El problema es que también lo he echado mucho de menos a él. Más que a nadie, en realidad. Y eso me hace más difícil poder disfrutar de la situación. Me acuerdo de la última vez que lo vi frente a esa barbacoa, justo como ahora, haciéndose el entendido. Fue mientras pasábamos aquí unos días con su hermano y Zack y con las perras, el verano pasado. Cuando ya ni estábamos juntos. No oficialmente, quiero decir. Ni Rob ni Zack llegaron a preguntar qué era lo que estábamos haciendo y por qué nos veníamos juntos a pasar unos días al lago si hacía ya siete meses desde que habíamos cortado. Al menos a mí no me lo preguntaron. Íbamos de que éramos amigos y punto. Bueno, amigos que se acostaban de vez en cuando. De hecho, durante aquel fin de semana dormí todas las noches en su cama. Fue entonces cuando me di cuenta de que no

iba funcionar nunca lo de seguir cada uno con su vida si no dejábamos de entrelazarlas cada vez que nos volvíamos a encontrar. Y por eso, cuando llegó septiembre y cada uno tuvimos que volver a nuestras respectivas universidades, le pedí que dejáramos de tener contacto. Que nos tomáramos un tiempo sin hablar, sin escribirnos. Y, sobre todo, sin asegurar que solo pasaríamos juntos una noche más cuando volviéramos a coincidir en Sacramento. Cam estuvo de acuerdo. Bueno, lo estuvo y no lo estuvo, como siempre. Dijo que lo entendía y que le parecía bien, pero en realidad yo ya sabía que era un poco mentira. Como siempre que cedía a lo que yo le pedía para no ponerme las cosas difíciles. Como cuando dijo que él también pensaba que dejarlo era lo mejor. Como cuando dijo que podíamos ser solo amigos. Como cuando prometió no volver a aparecer en mi vida hasta que yo estuviera preparada.

La realidad es que él siempre estuvo mucho más dispuesto a luchar por nosotros que yo. A ver, tampoco es eso. No es que esa afirmación sea muy justa. Él estaba más dispuesto a luchar por mantenernos juntos, saliera como saliera y acabáramos como acabáramos. Yo estaba mucho más dispuesta a luchar por mantener lo que teníamos, juntos o separados: el amor, el respeto, los buenos recuerdos. Él quería luchar por nosotros a su manera y yo a la mía. El problema es que, después de todo lo que he hecho en los últimos meses, me temo que eso también me lo he cargado ya.

—Ashley, échame una mano en la cocina y vamos a preparar una ensalada, anda.

Vanessa me saca de mis pensamientos. Y ya sé que no quiere apartarme de nuestros amigos para preparar una ensalada, pero le viene bien como excusa. Debe de haberse dado cuenta de que estoy demasiado metida en mi propio mundo, rescatando recuerdos que duelen, desde que me he sentado a la mesa. De todas formas, me levanto obediente, sin decir ni una sola palabra, y la sigo.

Cierra la puerta. Empieza a parecer que más que una cocina esto se ha convertido en la sala de echarle la charlita a Ashley, estos días. Porque Vanessa tiene más o menos la misma cara que tenía Emily la primera noche que pasé aquí. Pero mi amiga no habla enseguida. Saca un par de ensaladeras y abre la nevera para buscar ingredientes que añadir a la preparación.

Yo tampoco digo nada. Las dos nos ponemos a trabajar en silencio, durante unos minutos. La tensión me está poniendo nerviosa porque sé que en cualquier momento va a echarme la bronca por lo de ayer, y solo está posponiéndolo para torturarme un poco más. Vanessa siempre está más del lado de Cam que del mío, aunque intente hacernos creer que ella es neutral. Sé que piensa que debería haber hecho las cosas de otra manera y no hacerle tanto daño a Cam. Pero la verdad es que yo me limité a hacer las cosas lo mejor que pude. Aunque eso no fuera mucho.

—No soy idiota, ¿sabes, Ash?

Doy un respingo cuando habla de repente. Lo dice tan tranquila, como si no estuviera a punto de pegarme una buena bronca. A pesar de la suavidad en su tono de voz, las palabras me suenan muy ásperas.

—Admito que lo pensé durante mucho tiempo en el instituto, pero ya hace años que me di cuenta de que no —respondo, en tono burlón.

Ni se ríe. Eso es que la cosa va a ser seria.

—Lo de anoche no puede volver a pasar —suelta, directa al grano.

—No, está claro que no.

Empiezo a cortar una cebolla para añadir a la ensalada.

Mi amiga deja todo lo que tiene entre las manos y se apoya en la encimera, con el cuerpo vuelto hacia mí y prestándose toda su atención.

—Mira, no quiero tener que escoger un lado y, si esto sigue así, al final me vais a obligar a hacerlo. Y ya me he dado cuenta perfectamente de lo que hay, aunque tú vayas por ahí de indiferente y misteriosa, así que siento tener que decirte que el lado que elegiría no sería el tuyo.

Me duele oír eso. Suelto el cuchillo y me vuelvo hacia ella para mirarla a los ojos, cosa que no he hecho desde que ha empezado esta conversación. El azul de su mirada me revela mucho más de lo que lo están haciendo sus palabras y me imagino que es porque aquí las paredes pueden tener oídos y no quiere decirme cuatro cosas demasiado claras, como estoy segura de que haría si no hubiera nadie más en la casa. Con lo que veo en sus ojos, la verdad es que prefiero que no hable claro.

—Me gustaría poder hacerme la indignada, pero lo entiendo —me limito a decir, a media voz, al tiempo que aparto la mirada.

Ella ni se mueve y siento sus ojos estudiando mi rostro con detenimiento.

—Está claro que hay muchas cosas que no han cambiado. Y, ¿sabes?, yo siempre había creído que Cam y tú estabais hechos el uno para el otro, de verdad. Hasta ayer lo seguía pensando, a pesar de que había algunas cosas que hacías últimamente que no me estaban gustando mucho. Pero él y tú sois..., erais como mi ideal de pareja. Lo que yo quería encontrar. Ahora ya no lo tengo tan claro. Así que, como amigas que considero que somos, quiero darte un consejo y espero que tú lo tengas en cuenta: contrólate estos días, mantente alejada de él todo lo que puedas, y luego vete y ya está. Cam no necesita saberlo. Sea lo que sea lo que sientes, guárdatelo, porque lo único que vas a conseguir es partirle el corazón. Es mejor que no se entere de esto.

Me muerdo el labio, sin saber qué decir. Es que no sé ni qué sentir porque me gustaría estar dolida, se supone que Vanessa es una de mis mejores amigas, pero entiendo su postura.

—Lo último que quiero es romperle el corazón a Cam, te lo prometo —digo por fin, con un hilo de voz.

—Otra vez,quieres decir.

Es como si me clavara un puñal cuando la oigo decir eso con ese tono tan irónico.

Me vuelvo para ponerme de frente a la encimera y recojo el cuchillo para terminar con la cebolla. Si voy a ponerme a llorar, por lo menos debería tener una buena excusa para ello.

—Anda, hazme caso, por favor. No vuelvas a acercarte a él así. Y después, cuando te vuelvas a Chicago, ya te follas a quien quieras.

Es lo último que dice como colofón final de su bronca, y luego da media vuelta y se va, dejándome sola en la cocina.

Tardo más tiempo del que realmente necesito para terminar mi cometido, antes de salir al exterior de nuevo con dos ensaladeras. Las dejo una a cada lado de la mesa. Nadie me presta demasiada atención porque las brasas ya están listas.

Me siento en silencio, en el mismo sitio que ocupaba antes y me mantengo sumida en mis propios pensamientos. Después de lo de Vanessa ya no estoy muy de humor para barbacoas.

Siento vibrar el móvil y lo saco para consultar mis mensajes. Son mis mejores amigas de Chicago y compañeras de piso en los últimos dos años, Sydney y Leslie, que escriben en el grupo que compartimos y mandan fotos de sus propias celebraciones del cuatro de julio. Pero no me apetece contestar.

—¿Qué pasa, Ash? ¿Estás hablando con tu amante misterioso? —pregunta Gina, en tono de broma.

Pero a mí me sienta como si acabara de insultarme sin venir a cuento o algo parecido. Porque es que encima lo ha dicho bien alto. Para que se entere todo el mundo.

—Déjala en paz. Aquí cada uno es muy libre de hablar con quien le dé la gana —dice Vanessa. Luego clava su mirada en mí y sé que lo que va a decir a continuación seguro que ya no me gusta tanto—. Aparte de follar, ¿también habláis?

—Que te den —mascullo entre dientes.

Se hace un silencio sepulcral a nuestro alrededor mientras nosotras nos sostenemos la mirada, una a cada lado de la mesa.

—Eh, ¿qué os pasa a vosotras dos? —interviene Mia.

—Lo siento —dice Vanessa.

—Pues en vez de sentirlo tanto, mejor cállate —escupo.

Pone cara de enfado en cuanto oye mi réplica, pero me imagino que mi expresión no se queda atrás. Soy vagamente consciente de que a lo mejor estoy dejando que esto se me vaya de las manos, pero es que estoy harta de que vaya por ahí hablando de lo que le da la gana, sin tener en cuenta si puede hacerle daño a alguien con eso, y luego venga a darme a mí lecciones de moral sobre el corazón de Cam.

—No te pongas chula, Ashley. Ahora mismo no tienes la integridad de conciencia de tu lado —responde, en mi mismo tono.

—Vale, vale, vale. —Emily pide calma extendiendo las manos sobre la mesa con cada una de sus palmas vuelta hacia una de nosotras—. ¿Se puede saber qué pasa aquí?

Hasta los chicos están pendientes de nosotras. No me molesto ni en mirarlos. Prefiero no hacerlo.

—No tienes ni idea de lo que hablas. Ni de lo que pienso. Ni de lo que siento —dejo claro, ignorando a mi mejor amiga—. Y tampoco creo que seas la más adecuada para juzgar, de todas maneras.

Vanessa sonríe de medio lado, con ironía.

—Si no tengo ni idea de todo eso a lo mejor es porque llevas meses sin dignarte a cogerme el teléfono o a llamar a tú, ¿no, Ash? Pero ¿sabes qué? Que lo entiendo. Y, total, para lo que tenías que decir prefiero mil veces que no llamas.

—Perdona. Aquí la sincera. —Se la devuelvo, en tono burlón—. A lo mejor no era yo la única que tenía algo que contar cuando estuve en San Francisco, ¿no? Aunque tú no tuvieras una marca en el cuello.

Frunce el ceño y se queda callada por unos cuantos segundos, estudiándome con la mirada. La verdad es que no quería decirle nada y quería esperar a que ella quisiera contármelo. Entendía que yo no había sido demasiado buena amiga en los últimos meses como para que ella quisiera hablarme de todo a la primera de cambio, así que no le he preguntado nada. Pero ahora me está tocando las narices.

—¿De qué hablas?

Y sé que esas son las palabras, pero el verdadero significado es «¿cómo lo sabes?».

—No fuiste la única persona a la que vi en San Francisco ese fin de semana. Y tampoco entiendo a qué viene tanto secretismo, si estoy más que segura de que la mitad de los presentes ya lo saben.

Vanessa se cruza de brazos y se recuesta en su silla.

—¿Estás cabreada porque no te lo haya contado yo?

Niego con la cabeza, una sola vez. Y luego recupero un tono mucho más tranquilo y más cálido:

—Me alegro por ti.

—Yo no me alegro por ti —responde ella, pero su tono es muy parecido al mío.

—Ya lo sé —suspiro.

Y me muerdo la lengua para no soltar un «yo tampoco me alegro por mí». Pero la verdad es que es justo eso lo que siento.

—¿Me lo podéis explicar? —pide Mia—. ¿Soy la única que no sabe lo que pasa?

—Estoy conociendo a alguien —admite Vanessa—. Y si no quería decírselo a todo el mundo es porque es muy pronto y tampoco sé si nos va a llevar a algo o no, ¿vale? Pero como Ashley es una cotorra, y él es aún peor, pues ya está, os lo digo.

—No lo culpes, llevaba toda la vida soñando con poder decir que salía contigo sin que fuera en sus fantasías. Lo que me extraña es que no lo haya twitteado ya —se burla Scott, con una risita.

—¿Qué? ¿Quién es? —sigue la pobre Mia con sus preguntas.

—Es Jeff —dice Vanessa, y se le escapa una especie de sonrisa tonta que me hace sonreír a mí también, aunque esté aún un poco molesta con ella.

—¿Jeff? ¿Jeff... Jeff? ¿Friki-Jeff? ¿El que nos contó en Point Reyes una vez que llevaba toda la vida enamorado de Vanessa Miller? ¿Ese? ¿El informático? —La pobre Mia casi está hiperventilando. Se gira para mirar a Emily, que está tan tranquila a su lado—. ¿Y tú qué haces que no te estás muriendo del todo? ¡Emily! ¿Lo sabíais todos menos yo? —se lamenta al ver a nuestra amiga sonreír divertida.

Tyler da un par de pasos y se deja caer en una silla al lado de Vanessa. Le pasa un brazo por los hombros y hace un mohín con los labios antes de hablar:

—Yo tampoco lo sabía. Y quiero decirte, preciosa, que, aunque me acabes de romper el corazón, no soy celoso.

Vanessa se ríe y lo empuja con el hombro, pero no consigue despegárselo, aun así.

—¿Y tú qué, Tyler? —Vuelve a hablar Mia, solo medio recuperada del *shock*. ¿Alguna amante secreta que confesar? ¿O una diferente cada noche, tal vez?

Él estira los brazos por encima de la cabeza, con una sonrisa engreída en los labios. Niega lentamente, haciéndose el interesante.

—Soy un hombre nuevo. Últimamente me siento mucho más tendente hacia la exclusividad. Aunque parece que mi amada no piensa para nada lo mismo. —Pone hasta cara de pena, mirando a Vanessa. Luego pasea los ojitos por el resto de chicas de la mesa hasta que terminan en los míos—. ¿Te apetece a ti ser mi exclusiva, muñeca?

Pero yo ya no estoy para bromas. De verdad. No tenía que haber venido. Estaría mucho más tranquila en Chicago.

—Anda, dejadme en paz un rato.

Vale, no voy a ganarme una medalla a la simpática del grupo en esta semana. Pero ya me siento demasiado mal conmigo misma como para tener que pensar que mis amigos también me juzgan.

Oigo que alguien viene detrás de mí, y me imagino que será Emily. No me apetece hablar. Me meto en la cocina para coger un vaso de agua y refrescarme un poco. Llego a beber solo dos sorbos porque cuando me giro y miro hacia la puerta veo a la persona que ha venido detrás de mí hasta aquí. Es Cam. Está con los brazos cruzados, apoyado en el marco de la puerta, con los ojos fijos en mí.

Dejo el vaso y doy unos pasos hacia él esperando que se aparte y me deje salir de aquí sin ponerse en plan encantador y preocupado y sin preguntar qué me pasa con Vanessa y si estoy bien. Bueno, es bastante obvio que no lo

estoy. Pero él no se mueve. Su cuerpo ocupa casi todo el espacio que deja la puerta abierta, así que no tengo opción a esquivarlo y marcharme dignamente.

—Déjame salir, Cam, por favor.

No lo hace. Sigue ahí plantado, de brazos cruzados, mirándome.

—Esto es absurdo, Ashley —habla, como si estuviera intentando calmar a una fiera—. Actúas como si todo el mundo estuviera contra ti, cuando es justo lo contrario.

Lo que me faltaba. Que Cam también venga a soltarme un discurso sobre lo mala persona que soy.

—Déjame salir —pido otra vez.

—Sé que a lo mejor aún no querías verme. O a lo mejor no querías volver a verme nunca, no lo sé. Pero deberías saber que puedes contar conmigo si alguna vez necesitas algo. Estaré aquí. Tómate todo el tiempo que necesites.

Despega el hombro del marco y se incorpora, dispuesto a marcharse.

—No lo sé —digo, sorprendiéndome hasta a mí misma.

Nuestros ojos se encuentran y a mí se me revuelve el estómago con el batir de un montón de alas.

—¿Qué? —pregunta, sin apenas elevar la voz.

—No sé si necesito más tiempo —digo, como puedo, con un nudo en la garganta—. Si te pedí esto fue porque necesitaba ver si podía olvidarme de ti...

Me muerdo el labio, con la mirada clavada en el suelo. Pasan un par de segundos en silencio y juraría que puedo oír los latidos de los dos, a un volumen muy similar y para nada normal.

—¿Y lo has hecho? —pregunta, bajito. Levanto la vista y siento cómo me desgarro por dentro, al ver el brillo en sus ojos—. ¿Te has olvidado de mí?

Lo he intentado todo. Todo, ¿no? Estoy bastante segura de que ya no me quedan más parches que utilizar, ni más ases en la manga. Y a lo mejor ese es el problema: que lo he intentado todo. Hasta lo que pensé que me obligaría a seguir adelante porque después de ello ya nunca habría vuelta atrás.

Pero adelante no hay nada. Es atrás donde yo quiero estar.

Estoy a punto de decir algo, aún no sé muy bien el qué, cuando oigo pasos aproximándose a nosotros, cruzando el salón.

—Eh, tío, se te van a quemar las costillas esas que iban a ser tu responsabilidad.

Es Tyler. Le da una palmada en el hombro a Cam y el moreno se gira a mirarlo, como si le sorprendiera que haya alguien más que nosotros en el mundo.

—¿Qué pasa? —pregunta el recién llegado ante nuestro silencio. Me mira a mí, directamente a los ojos, antes de hacer la siguiente pregunta, con un tono de lo más burlón—: ¿Interrumpo algo?

Y yo avanzo y paso entre los cuerpos de los dos, para irme directa a las escaleras y subir al piso de arriba, buscando alejarme de todo, aunque sea solo por unos minutos.

Mierda.

Atrás es donde quiero estar. Donde he querido estar siempre. He sido una completa idiota.

¿Y si ya no puedo volver nunca más?

Last kiss

Un año y cinco meses antes...

Llevaba ya quince minutos en ese autobús cuando por fin me decidí a escribir un mensaje. Si esperaba a ser capaz de reunir coraje, llegaría a destino sin haberlo hecho y eso iba a ser todavía peor. Tuve que escribir y borrar como unas diez veces, hasta conseguir un resultado bastante insatisfactorio. Pero era mejor que nada. O eso me pareció en aquel momento. Me temblaban los dedos cuando pulsé la tecla de enviar.

Estoy en el autobús desde Portland. ¿Puedes
recogerme en la estación sobre
las 16.30?

Me mordí el labio en cuanto vi el tic que confirmaba que se había enviado, y temblé un poco por dentro en cuanto apareció el segundo tic. Había llegado a su destino. Menuda mierda de mensaje. Podía haber pensado algo mejor. Por lo menos había borrado el «Tenemos que hablar» que había llegado a escribir al final. Eso era lo peor que podía decir, ¿no?

En solo unos veinte segundos mi móvil estaba vibrando. Era una llamada. Y me apretó fuerte el corazón y me cerró la boca del estómago ver el nombre de Cam en la pantalla.

El símbolo de contestar la llamada, moviéndose, me instaba a descolgar. Y la foto con la que yo tenía guardado su contacto. Él, en las aguas del lago Tahoe, mojado, con el pelo goteando sobre sus ojos verdes, mirando a mi cámara directamente. Y con esa sonrisa. *Esa*. La que siempre era para mí. Me costó un par de intentos pulsar el botón de rechazar, porque mi cuerpo casi ni respondía y mi pulso era aún menos firme que segundos antes.

Era una cobarde. Ni siquiera era capaz de hablar con él por teléfono. ¿Cómo iba a ser capaz de mirarlo a los ojos cuando pisara Eugene y decirle todo aquello que tenía que decir?

Creo que hasta di un respingo cuando el aparato emitió una nueva vibración, larga, en mi mano.

Un mensaje.

Ok.

Nada más. Y supe perfectamente que, fuera lo que fuera lo que nos quedaba por decirnos, íbamos a tener que hacerlo cara a cara, porque él no iba a intentar llamarme otra vez.

Había llegado a un límite. Yo lo sabía y estaba bastante segura de que él también. Llevaba casi veinticuatro horas dándole vueltas y hablándolo con Emily. Apenas habíamos dormido. Y, al final, lo único que podía hacer era ir hasta allí y enfrentarme a esto de una vez.

Tenía los billetes de Chicago a Portland y los de vuelta del mismo trayecto desde hacía mucho tiempo. Claro que cuando los compré no estaba pensando precisamente en ir a Portland. Portland era solamente una pequeña escala en mi viaje. El lugar en el que él me recogía con su coche para

llevarme a casa. Tenía que empezar a dejar de pensar en su casa de Eugene como «casa». De todas maneras, cada vez lo sentía menos como un hogar.

Había sido justo esa misma semana cuando decidí decirle a mi novio que no me recogiera el viernes en el aeropuerto, porque necesitaba quedarme a pasar el fin de semana con mi mejor amiga. No di más explicaciones y él tampoco las pidió. Creo que los dos teníamos miedo de pronunciar ciertas palabras en voz alta. No terminaba de entender cómo habíamos podido llegar a ese punto. El verano había sido perfecto, como si lo nuestro nunca fuera a deteriorarse. Llegué a creer que era imposible que acabara. Y ahí estaba yo, viajando hasta Eugene en autobús para decirle a la persona que más quería en el mundo que ya no podíamos estar juntos. No tenía ningún sentido. Y, sin embargo, tenía claro que era lo único que podía hacer. Por los dos. Porque, sí, el verano había sido perfecto, pero en cuanto empezó el curso y cada uno estuvimos casi en una punta del país, volvimos al estado previo a ese paréntesis veraniego. A los malentendidos telefónicos, a las broncas por tonterías, a las lágrimas en los aviones. Nos pasábamos los días rumiando resentimiento, hasta que volvíamos a estar juntos y todo quedaba olvidado y la vida era perfecta durante dos días, para luego volver justo a lo mismo otra vez. Al fútbol ocupando todo su tiempo, cuando ni siquiera era eso a lo que él quería dedicar su vida; a mi colaboración en el Departamento de Inteligencia Emocional ocupando todo mi tiempo y haciéndome sentir culpable porque que aquello me gustara tanto implicaba que la posibilidad de quedarme en Chicago al acabar la carrera ganaba puntos en mis

planes de futuro. Él no decía nada al respecto, pero lo veía poner esa cara cada vez que yo hablaba entusiasmada del tema. Lo había visto en Navidad, comiendo en casa de su madre, mientras yo le hablaba a Sandra de lo que se hacía en el departamento. Justo esa expresión. Supongo que parecida a la que ponía yo cuando él hablaba de su equipo. Esa de «debería estar alegrándome por ti, pero en realidad odio esto porque sé que nos aleja». Me dolía que no fuera capaz de alegrarse porque yo hubiera encontrado algo que me apasionaba. Odiaba todas y cada una de las veces que tenía que jugar un partido, sobre todo desde que uno de sus partidos había acabado con él en el hospital. Y me irritaba muchísimo cada vez que me hablaba de sus entrenamientos, de los viajes, del maldito fútbol americano. Lo cierto era que, desde hacía un tiempo ya, parecía molestarme cada pequeña cosa que él hacía o decía. Y a él le pasaba lo mismo conmigo. Por eso no parábamos de discutir. Por eso cada vez nuestras conversaciones telefónicas eran más cortas y nuestros mensajes de texto se habían reducido prácticamente a dar los buenos días y las buenas noches. Cuanto menos habláramos estando lejos, menos probabilidad de crear malentendidos absurdos que desembocaran en una nueva discusión.

Me había pasado cuatro meses aferrándome desesperadamente al hecho de que, cada vez que estábamos juntos, las cosas parecían encajar de manera totalmente natural, y dejaba de importar cualquier estupidez que no fuéramos él y yo y lo mucho que nos queríamos. Estar juntos en la misma ciudad, en la misma casa, en la misma cama... simplemente era perfecto. Era

como siempre. Nos entendíamos, nos compenetrábamos, nos completábamos. Y nos hacíamos reír. Mucho. Cualquier cosa se solucionaba con una sonrisa canalla, con un bufido que le hiciera soltar una carcajada, con un abrazo apretado o con un beso tierno.

Pero es que tenía miedo de que eso también lo hubiéramos perdido ya. Porque en Navidad eso no pasó. Las cosas no se solucionaron mágicamente. No habíamos conseguido dejar de lado las malas caras, ni se había borrado de un plumazo el resentimiento tras nuestra última discusión. Ya ni estando juntos habíamos podido con ello. Y yo ya llevaba un mes muy preocupada precisamente por eso. Y estaba casi segura de que él también. Durante el tiempo que habíamos estado los dos en Sacramento no nos habíamos reído demasiado.

Había seguido aguantando, pensando que superaríamos el bache de alguna manera. Y entonces, quince días antes, cuando se suponía que él tenía que venir a verme a Chicago para la presentación de mi primer pequeño trabajo de investigación en un congreso sin demasiado renombre, pero que para mí suponía muchísimo, Cam me llamó y me dijo que no iba a poder acudir porque un compañero se había lesionado y le tocaba a él ocupar su sitio en un partido del que, en principio, ya lo habían excusado. Intenté entenderlo. Intenté apartar esa sensación de que siempre parecían ser más importantes sus cosas que las mías. Traté de ser racional y no pensar que a él le daba absolutamente lo mismo perderse mi presentación, que, vale, era una cosa pequeña, pero para mí era muy importante. Respiré hondo y me calmé, y lloré sola y en silencio, y no le eché nada en

cara. Pero es que entonces me mandó unos billetes para que fuera yo a verlo a él. Lo llamé para preguntar qué significaba eso y si ya no se acordaba de que yo tenía una presentación que hacer. Y lo mejor que se le ocurrió decir fue que le pidiera a Jayce que hiciera la presentación por mí, que últimamente daba la impresión de que cualquier cosa era para mí más importante que él y que el trabajo en el departamento me tenía absorbida y estaba harto de oírme hablar de ello.

De ahí vino toda nuestra gran discusión. La peor que habíamos tenido jamás. La peor, eso seguro. Porque nunca antes habíamos llegado a decirnos algo solo con la clara intención de hacernos daño, y jamás habíamos llegado a faltarnos al respeto. Nunca. Hasta entonces. Podría hacerme la víctima y decir que él se comportó como un auténtico capullo —porque lo hizo—, pero lo cierto era que yo tampoco me había quedado atrás. Y después de eso, nos habíamos pedido perdón un montón de veces. Claro que sí. Yo en el fondo sabía que él no sentía todas las barbaridades que había llegado a decirme. Él sabía que yo tampoco sentía todo lo horrible que había llegado a salir por mi boca. Pero es que habíamos traspasado un límite. Y los dos lo sabíamos ya.

Si había algo que yo no quería perder por nada en el mundo era el respeto mutuo que siempre nos habíamos tenido. Lo había hablado con Emily hasta quedarme sin voz, la noche anterior. No soportaría acabar hablando de él como algunas de mis amigas hablaban de sus exnovios. Lo nuestro era demasiado especial para que acabara reducido con el tiempo a un «ah, sí, ¿te acuerdas del gilipollas de mi

exnovio?», o a un «mi exnovia estaba como una cabra». Ese tipo de cosas que yo oía a la gente de mi alrededor comentar tan a menudo. No, nosotros no podíamos acabar así.

No quería que Cam me odiara, al final. No quería que dejara de quererme. Pero nos estábamos desgastando cada vez más y no encontraba la manera de volver atrás.

Los latidos de mi corazón se hicieron indescriptiblemente más pesados y se me cerró un nudo muy apretado en el estómago cuando el autobús entró en la estación de Eugene y lo vi apoyado en la pared, justo frente a la dársena donde debíamos parar. Llevaba el abrigo abierto sobre una sudadera, pantalones negros y unas botas que le había regalado mi madre por Navidad. Se apartó el pelo de la frente y se guardó el móvil en el bolsillo.

Me temblaban las piernas cuando bajé la escalera y salí por la puerta trasera. Nuestros ojos se encontraron y los dos dimos unos cuantos pasos hacia el otro hasta quedar de frente.

—¿No traes maleta? —preguntó, sin que nos llegáramos a saludar siquiera, al ver que yo no hacía amago de acercarme al maletero ya abierto.

—No.

Apartó la mirada en cuanto escuchó mi respuesta. No llegó a asentir con la cabeza para demostrar que había entendido perfectamente lo que significaba eso, pero tampoco hizo falta. Era palpable en el ambiente que los dos sabíamos a lo que yo había venido.

Se inclinó y me besó los labios muy brevemente. Un pico carente de la emoción que siempre prevalecía en todos

nuestros encuentros, por muy enfadados que hubiéramos llegado a estar. Fue como un beso por compromiso.

—Vamos.

Su voz sonó amortiguada por el ruido ambiente de los pasajeros que se movían a nuestro alrededor. Me cogió la mano y tiró suavemente de mí hacia la salida de la estación. Lo seguí dócil, sin estar muy segura de dónde debíamos ir para hacer esto, o si deberíamos simplemente hablar delante de un café en la misma estación para que luego pudiera coger el autobús de vuelta y ya está. Pero él parecía tener sus propias ideas al respecto porque me guio hasta su coche, aparcado en la puerta, y abrió con la llave a distancia y soltó mi mano para dirigirse al asiento del conductor, dejando como única opción montarme a su lado y dejarme llevar.

Hicimos todo el camino hasta su casa en silencio. Cameron subió el volumen de la radio hasta tres veces, como si no pudiera soportar la tensión y necesitara llenar con algún sonido todo ese hueco de las cosas que no decíamos.

Aparcó en el garaje, apagó el motor y se soltó el cinturón de seguridad, antes de girar la cara para mirarme, aún sin salir del coche.

—¿Podemos hablar en la azotea? ¿Te parece bien? —Me adelanté a lo que fuera a decir, porque no necesitaba pasar por su casa y saludar a su hermano y a Zack y hacer esto todavía más trágico.

—Claro.

Iba a ser muy difícil. Mucho. Y yo perdía cada vez una pizca más de todo ese convencimiento que traía conmigo de

que estaba a punto de hacer lo mejor para los dos. Lo mejor para *nosotros*. Quería verme reflejada en esos ojos verdes para siempre. Era la imagen de mí que más me gustaba.

Nos soltamos la mano al salir al aire libre de la parte más alta del edificio. Cameron caminó hasta la barandilla y apoyó los brazos sobre ella, mirando la calle. Me acerqué despacio y me apoyé a su lado, nerviosa, insegura.

—Dilo de una vez, Ash.

Me sobresaltó el sonido de su voz, grave. Sonaba afectado. Giré el cuerpo hacia él y puse una mano en su mejilla, para que me mirara a la cara.

—No podemos seguir así.

Puso una mano sobre la mía para apretarla contra su piel y cerró los ojos por un segundo antes de volver a abrirlas y clavarlos en los míos.

—Lo siento —dijo—. Lo siento. Me porté como un imbécil. Sé que la presentación era importante para ti, y lo entiendo, y a mí también me importa, de verdad. Estaba cabreado porque... porque últimamente no paras de hablar de ese departamento y de ese profesor y de Jayce y de lo mucho que os gusta a los dos trabajar allí y... Siento que eso te aleja de mí. Un doctorado son cuatro años más en Chicago, Ash. No quiero sumar cuatro años al tiempo que vas a estar lejos de mí. Y parece que a ti eso te da igual.

—No empieces —advertí, en vista de adónde se dirigía la conversación. Siempre era lo mismo. Yo lo acusaba de poner el fútbol por delante de nosotros. Él me acusaba de poner mi carrera por delante de nosotros. Siempre igual—. Entiendo cómo te sientes. Yo me siento igual, Cam. Y yo también siento lo que pasó, y todo lo que dije. Sé que no

pensabas de verdad todo eso... y yo tampoco. Pero el caso es que lo dijimos. Y los dos sabemos que si seguimos así volverá a pasar. ¿De verdad quieres que esto sea así?

Negó con la cabeza. Dio un par de pasos atrás.

—Claro que no quiero que sea así —admitió, mientras se paseaba de un lado a otro—. Pero quiero que sea.

Me acerqué y cogí sus manos con las mías, para frenar su movimiento y que volviera a mirarme.

—¿Crees de verdad que va a mejorar?

Vi la respuesta en sus ojos, pero no lo dijo con palabras. En el fondo, él también sabía lo que sabía yo.

—Te quiero, Ash. Lo arreglamos y ya está —opinó, soltando justo lo contrario a lo que decía su mirada.

—Y yo también te quiero —correspondí, con mucha intensidad, con mis sentimientos justo al alcance de su mano—, pero es que quiero seguir queriéndote, Cameron. Quiero que esto no se vaya a la mierda. Quiero que no llegue un punto en el que nos odiemos y ni siquiera sepamos por qué.

—Yo nunca voy a odiarte —prometió, indignado por mi insinuación.

—Pero últimamente no te caigo muy bien —le recordé.

Eso consiguió callarlo y hasta apartó la mirada. Sí, eso. Una de tantas cosas que nos habíamos gritado por teléfono. Una de las suaves, en realidad. Y sabía que eso era verdad. Que en las pasadas semanas había momentos en los que yo lo irritaba muchísimo, justo igual que él a mí.

Soltó mis manos y caminó hasta la pared para sentarse allí, con la espalda apoyada en ella. Y yo lo seguí y me arrodillé delante, para mirarlo de frente.

—¿Te acuerdas cuando te prometí aquí mismo que no iba a dejar de quererte? —preguntó.

Asentí, y se me empañaron los ojos al instante en respuesta a su mirada triste y su tono de voz.

—Aún mantengo la promesa, Ashley. Dime qué es lo que necesitas y qué es lo que quieras hacer. Digas lo que digas y hagas lo que hagas no voy a dejar de quererte.

Me arrastré sobre mis rodillas hasta poder abrazarme a su torso y esconder la cara en su cuello. Me rodeó con los brazos al instante, apretándome contra él.

—Quiero poder pensar en ti siempre de la forma en la que lo hago cuando estamos juntos. Quiero pensar en nosotros y acordarme de los batidos de chocolate en la azotea y no de las broncas por teléfono. Quiero contarle a la gente que eres el chico más increíble que he conocido en la vida; no decirles que eres un capullo egoísta con el que ya ni me hablo. No quiero eso para nosotros, Cam. Quiero que ese *nosotros* siga siendo especial. Nos lo estamos cargando. No quiero destrozarnos —dije, con mis lágrimas empezando a empapar su ropa.

Sentí sus dedos jugando delicadamente con los mechones de mi pelo.

—No puedes meter las cosas bonitas en una urna para que no se estropeen —respondió, sorprendiéndome—. Si haces eso no las vives. Hay que cuidarlas y, si se estropean, haces todo lo que puedas para arreglarlas.

Me aparté para mirarlo a la cara.

—¿Y cómo arreglamos esto?

—No lo sé.

Su suspiro fue muy triste. Y, aunque yo venía preparada para hacer precisamente esto, me rompió el corazón. Cam siempre buscaba soluciones para todo. Si yo le planteaba un problema, él proponía un montón de posibles soluciones, aunque fueran de lo más absurdo. Pero esta vez no tenía nada que proponer.

—Ahora mismo no está funcionando. A lo mejor deberíamos darle un descanso a esto —solté por fin, con las mejillas húmedas y la vista clavada en las letras de su sudadera.

—Si vamos a hacerlo, por favor, llama a las cosas por su nombre —pidió, a media voz.

Levanté la vista y me encontré sus ojos verdes inundados de lágrimas, también. Pensaba que iba preparada para que doliera, porque estaba muy segura de que iba a hacerlo. Pero es que dolía mucho más de lo que nunca podría haberme imaginado. Y sentir su tristeza sumándose a la mía lo hacía todo aún más difícil. Tuve que recordarme a mí misma que llevaba todo un mes llegando a la conclusión de que esto era lo mejor para los dos, cada vez que pensaba en ello. Tenía que hacerlo.

—Quiero que lo dejemos —dije en un hilo de voz. Cameron bajó la cabeza, como si así yo no fuera a ser consciente de sus lágrimas, pero lo oí sollozar bajito, una sola vez—. Te quiero, aún te quiero, te quiero como siempre, pero si seguimos así los dos vamos a acabar haciéndonos mucho más daño. No quiero hacerte daño. No quiero que acabemos peor, o que no queramos ni siquiera volver a vernos. Creo que es lo mejor para los dos. No quiero

perderte, podemos intentar ser amigos, de momento, ver qué pasa... A lo mejor con el tiempo...

Intentaba inútilmente explicarme, pero no creo que sonara muy convencida porque no podía dejar de sollozar entre frase y frase, con el corazón pesándome como una losa en medio del pecho.

Cam se irguió y me cogió la cara entre las manos, cuando no pude seguir hablando más. Me secó las lágrimas con los pulgares, lentamente, y miró mi cara, con sus mejillas mojadas también. Asintió un par de veces, como si estuviera de acuerdo conmigo. Pero yo sabía que no era así del todo.

—Está bien —dijo, en un susurro—. Está bien, princesa. Tienes razón. Puede que sea lo mejor, tal y como están las cosas ahora.

—Lo siento... —sollocé de nuevo.

—Estoy bien. Voy a estar bien —aseguró. Asentí, pero no me creí ni una palabra. Sabía muy bien cuándo Cam era sincero y cuándo no lo era. Lo conocía mejor que a nadie—. Voy a echarte de menos.

Acarició mi pelo con la mano derecha, despejándose la cara. Y sus palabras sonaron tan tristes que llegaron a hacer eco en mi interior.

—Yo también voy a echarte de menos. ¿Crees que podría... esperar unos días y luego... escribirte para ver cómo estás?

—Claro que sí —concedió.

Tenía que irme. No podíamos alargarlo más. Iba a ser peor para los dos si nos quedábamos a discutir los pormenores de cómo serían las cosas a partir de ese momento. Estaba

hecho. Había hecho lo que tenía que hacer. Hasta Emily había estado de acuerdo en que era la mejor decisión, en la situación en la que estábamos. Ya no era mi novio. Yo ya no iba a ser su princesa. Ahora tendríamos que encontrar la manera de ser amigos.

—Es mejor que me vaya.

Asintió una sola vez. Me aparté de él y estaba a punto de levantarme cuando sentí que me cogía de la mano.

—Ash...

Giré la cara de nuevo hacia la suya. Se puso de rodillas, justo como yo, y quedamos frente a frente. Me apartó el pelo del cuello con las dos manos, despacio, y el contacto de las yemas de sus dedos en esa zona me puso la piel de gallina. No dijo nada más. Se inclinó para unir sus labios a los míos y me besó suave, lento, transmitiéndome con ese beso lo que no iba a llegar a decir con palabras. Abrí los ojos despacio cuando perdí su contacto. Conecté con su verde por última vez. Luego me levanté y salí de allí.

Cam

Puto Tyler Sparks. De verdad, hace que tenga ganas de matarlo como mínimo dos o tres veces por semana, por muy amigo mío que sea. Y esta semana está batiendo su propio récord. Siempre tiene que estar donde no debe. Siempre en el momento menos oportuno.

Ahí estaba yo, jugándomelo todo. Poniendo mi corazón justo entre nosotros dos. Haciendo la única pregunta que importa por encima de cualquier otra. ¿A quién le importa cuál es el sentido de la vida? Si Ash llega a contestar a la pregunta que le he hecho como yo estaba rezando por que lo hiciera, habría tenido respuestas a todas esas preguntas tan trascendentales también. Ese sería el sentido de mi vida.

Pero resulta que Ashley no ha contestado. No. Ella se ha largado y ya está. No es la primera vez que nos interrumpen en un momento tan importante en esa cocina. Y lo peor es que el maldito culpable es el mismo una vez más.

Creo que hasta le he gruñido a Tyler, sin llegar a decir nada con sentido, y luego me he largado para volver a

encargarme de la barbacoa, como si así pudiera distraer mi mente. Qué iluso.

—¿Esas ya están? —pregunta Scott, ajeno a mi desasosiego.

—No, espera. Voy a dejar que se hagan un poco más, para Em —respondo.

Asiente y se aparta a un lado para preparar la siguiente tanda de comida que poner sobre las brasas.

—Vamos a hacer ahora unas cuantas verduritas más para la herbívora —bromea, metiéndose con Mia—. Y yo creo que deberíamos acabar con esta. Al final nos va a sobrar un montón de comida...

Me giro para decirle que es igual, porque siempre podemos calentar lo que sobre para comer mañana. Veo a Emily y a Ashley salir de vuelta al jardín y no llego a decir nada. Los ojos de mi exnovia se cruzan con los míos por un par de segundos, pero los aparta muy rápido.

No sé muy bien lo que le pasa, pero me está doliendo más de lo que debería el verla así. Es demasiado evidente que no está bien. Tenía por completo asumido que si está incómoda debía de ser por mí, pero ahora no tengo para nada claro que pueda ser solo por eso. Su relación con las chicas tampoco pasa por el mejor momento, supongo. Y me gustaría poder ayudarla con eso, saber lo que siente, como me pasaba antes. Saber qué es lo que le pasa para estar continuamente a la defensiva y pelear así con Vanessa.

Pero eso no va a hablarlo conmigo. Lo tengo bastante claro.

—¡Venga, gente! ¡Vamos a cenar! —llama Scott para que se sienten alrededor de la mesa, mientras acerca una

bandeja enorme llena de carne y otra con hortalizas a la brasa.

—Banquete del cuatro de julio. Es mi día favorito del año. Eh, guapa, ¿te quieres sentar en mis rodillas? —bromea Tyler con Vanessa, y se da un par de golpecitos en los muslos, como si eso fuera a tentarla.

Ella pone los ojos en blanco y pasa de largo su sitio, pegándole en las manos y riendo cuando él hace amago de agarrarla.

—¿Quién necesita otra cerveza? —Oigo a Mia, sentada junto a su novia—. Em, Ash, Cam... ¿Traigo cuatro? ¿O alguien más?

—No te preocupes, ya voy yo —se ofrece Emily.

La freno con un gesto de la mano.

—Ya voy yo.

Y le guiño un ojo, para que se siente tranquila.

Me encargo de las bebidas durante todo lo que da de sí la cena, porque es mi casa y soy un gran anfitrión. O eso es lo que digo. Me viene bien el movimiento y poder largarme de la mesa durante un par de minutos de tanto en tanto. Es eso o terminar volviéndome loco cada vez que Ash esconde la mirada y se sonroja en cuanto nuestros ojos se encuentran. Mierda. No tenía que haberla seguido, ni haber intentado hablar con ella, ni muchísimo menos haber preguntado lo que he preguntado. Porque ahora esto es incluso más incómodo y está más que claro que ella no quería darme una respuesta. Nunca ha querido hacerme daño. Lo tengo claro. Siempre intentaba suavizar las cosas dolorosas para mí.

Solo lleva aquí dos días. Creo que esto va a ser aún más duro de lo que pensaba.

Saco la última ronda de cervezas cuando todos están ya protestando por haber comido demasiado. Tyler y Gina han sacado todas las botellas de alcohol disponibles en la casa y están ideando cócteles sobre la mesa. No sé por qué son precisamente ellos dos los que siempre hacen cosas como esa, si son los que menos beben de todo el grupo.

Paso por al lado de Ashley para dejar un botellín en manos de Emily, que me sonríe agradecida. Las dos están ahí con Mia cotilleando sobre no sé qué historia de Grace. Ash ni me mira, claro. Y yo intento ignorar el puño que me aprieta en el pecho y me alejo en cuanto puedo, caminando hacia el borde del jardín para unirme a Vanessa, que está sola mirando las aguas del lago. Sé lo que le pasa. Está afectada por su conato de bronca con Ashley. Se nota de lejos. Es su mejor amiga, sea lo que sea que haya pasado entre ellas. Y a lo mejor es un buen momento para que yo lo averigüe.

—Ey —saludo al llegar a su altura.

Le tiendo uno de los dos botellines que llevo entre las manos y ella lo coge pagándomelo con una sonrisa triste.

—Hola —responde.

Doy un trago a mi botellín y me apoyo en la valla de madera, a su lado. Si en realidad está medio enfadada con Ash porque hace tiempo que no le cuenta cosas de lo que pasa en su vida, entonces también debe de estar un poco enfadada conmigo. Hace mucho que no le cuento cómo me siento de verdad. Aunque creo que tampoco hace falta que se lo explique para que lo sepa.

—Oye, ¿qué ha pasado antes con Ash? —pregunto, yendo directo al grano, como a ella le gusta.

Niega con la cabeza como si no tuviera importancia o como si no quisiera contármelo, no lo tengo demasiado claro.

—Nada. Está cada vez más insopportable, pero me imagino que ya se le pasará —suspira—. Pensaba que... Bueno, da igual. Estarás mejor sin ella a la larga, Cam, ya verás.

La miro, muy sorprendido por sus palabras. ¿Que estaré mejor sin Ash? ¿Y eso lo ha dicho Vanessa Miller? ¿La de «seguís siendo perfectos el uno para el otro» de ayer mismo?

—¿Qué? ¿A qué viene eso? Anoche estabas haciendo de embajadora del amor... —le recuerdo, en tono amargo.

—Ya. Pues he cambiado de idea —asegura, y se gira hacia mí para mirarme a los ojos—. Anoche... si no llego a aparecer para hacerte de niñera, la cosa no habría acabado bien.

Aparto la mirada y niego con la cabeza, antes de darle otro sorbo a mi cerveza.

—Solo bailamos como cinco minutos —me defiendo.

—Y una mierda. Estabais prácticamente follando con la ropa puesta —exagera—. Y eso me parece muy bien, tío, me da igual. Si echáis un polvo, pues genial, enhorabuena a los dos. Pero es que el problema viene después...

—¿Después de qué? —pido más explicaciones.

—Después del orgasmo, cuando tú le pongas ojitos y le pidas que se quede para siempre y ella te diga que estáis mejor separados y que lo hace por el bien de los dos. Es una historia que siempre se repite.

Me jode oírlo. Me jode, sobre todo, porque Vanessa no ha tenido más razón que ahora en toda su vida. Es verdad. Nos pasamos casi un año así, jurándonos que solo pasaríamos juntos una noche más, y dejándonos el corazón un poquito más desgarrado en cada mañana siguiente. Pero la cosa no era unilateral. Mi amiga no está siendo muy justa. Estoy más que seguro de que a Ashley también le dolía. Y tampoco es que yo suplicara ni nada. Al menos, no todas las veces.

—Lo dices como si ella fuera la mala en todo esto. La cosa no es así.

—¡No, Cam! —exclama, al tiempo que me clava sus ojos azules—. La cosa es precisamente así. ¿Cuántas veces has dicho tú que es mejor que no os veáis más? ¿Cuántas? Ni una vez desde que lo dejasteis... desde antes —añade, como con amargura—. ¿Y cuántas veces te ha pedido ella que te quedaras a la mañana siguiente?

Ya. A esa pregunta no contesta, pero la respuesta la conocemos los dos. Ninguna. Bueno, es verdad. Pero que no lo dijera no significa que no lo sintiera. Eso lo tengo claro. La conozco. O, al menos, la conocía muy bien. Yo lo he pasado mal, pero ella lo ha pasado mal también, al otro lado. Y tenía razón. Cada día que pasábamos separados estando juntos, la relación se resentía más. Odiaría estar ahora mismo hablando mal de ella por haber terminado odiándonos a base de peleas y malentendidos. En el fondo, sé que Emily tiene razón: que Ash hizo lo que le pareció la única opción posible para nosotros. Para no destruir todo lo que un día tuvimos.

—A veces duele más callarse que hablar —murmuro—. Por eso yo nunca soy capaz de hacerlo.

Mi amiga se gira de nuevo hacia las aguas del lago, visiblemente exasperada, y hasta me parece que pone los ojos en blanco.

—Te da igual darte mil cabezazos contra la misma pared —masculla, de mala gana—. Para ti ella es perfecta.

Vuelvo a apoyarme en la valla y niego con la cabeza con media sonrisa irónica.

—No. Claro que no es perfecta —le llevo la contraria—. No tiene que serlo. Tiene un montón de defectos y muchas cosas que me sacan de quicio —admito—. Pero forman parte de ella y la hacen ser quien es. Y sabes perfectamente que ha dicho y ha hecho cosas que he odiado, muchas veces. Pero eso no la convierte en la mala. Ni a mí en el bueno. Ninguno de los dos hemos querido hacernos daño, supongo.

Vanessa me está mirando como si acabara de bajar en un haz de luz desde mi nave extraterrestre. Niega con la cabeza y bebe, antes de volver a hablar:

—Pero os lo habéis hecho. No quiero ponerla como la mala, ni meterme con ella, Cam. Pero eres mi mejor amigo, te quiero y no quiero que sufras más. Y ahora mismo el que tiene más probabilidad de eso eres tú.

Doy un par de vueltas al botellín que tengo en la mano, mientras veo cómo el líquido se mueve de un lado a otro en su interior, e intento pensar en lo que me está diciendo mi amiga. Yo tampoco quiero sufrir más. El problema es que, sin Ash, las cosas también duelen.

Vanessa habla de nuevo antes de que me dé tiempo a contradecir sus palabras:

—Sé que llevas tiempo sin querer hablar de esto. Pero te conozco. Puedes decirlo o no decirlo, pero eso no cambia el hecho de que aún la quieras. Y estoy bastante segura de que ella no habrá dejado de quererte del todo a ti. El problema es que, a la hora de la verdad, todo eso da igual, porque el resto de las cosas tampoco han cambiado. Ella se va a volver a Chicago en una semana, en un mes, o en el tiempo que sea. Y tú te irás a Eugene y terminarás la carrera. ¿Qué vais a hacer? ¿De qué sirve nada de esto si después del verano va a volver a pasar lo mismo? No vas a irte a Chicago, Cam —dice, con una sonrisa triste, adivinando mis pensamientos—. Ella no va a dejar que lo hagas. Y lo sabes. Ella está convencida de que cada uno tiene que hacer lo que tiene que hacer y ya está. Y, en parte, creo que tiene toda la razón en eso. No quiero que, por estos días aquí juntos, pierdas los seis meses que ya has pasado. Puede que creas que no has avanzado mucho, pero piensa en tener que pasarlos otra vez. Y añadirles los seis siguientes. Y los siguientes... Quiero pedirte que tengas cuidado y que pienses en ti y en tu corazón, ¿vale?

Suena lógico. Duele, pero tiene razón. Si miroatrás, a todo lo que he pasado, veo que no es cierto que no haya avanzado nada de nada, aunque yo tenga esa impresión. Sí que lo he hecho. Sí que he estado mejor. Muy poco a poco, vale. Pero mejor. Y, por muy poco que haya podido avanzar, estoy bastante seguro de que no quiero volver a repetir estos seis meses por nada del mundo.

—Te agradezco tu preocupación —digo por fin, antes de que Vanessa piense que soy aún más tonto de lo que aparento.

Le rodeo los hombros con un brazo y la abrazo contra mi costado.

—Te agradezco tu preocupación, pero no voy a hacerte ni caso —continúa ella la frase por mí, resignada.

—Yo no he dicho eso —corrijo—. Sé que tienes razón. Y no te creas que me gusta sufrir. Tendré cuidado, ¿vale?

Vanessa suelta una especie de gruñido, pero apoya la cabeza contra mi pecho.

—No lo tendrás. Pero por lo menos te lo he advertido. Lo mejor que puedes hacer es mantenerte lejos de ella y después, cuando acaben estos días, largarte y seguir sin tener contacto. Siento decirlo, sabes que siempre he sido una entusiasta del amor, pero es lo que creo.

Vuelvo a beber un trago largo. Y se me pasa por la cabeza la imagen de ese pequeño tatuaje que Ashley lleva ahora en la muñeca. Soy yo. Somos nosotros. Es el símbolo de nuestro amor infinito, ¿no? Y lo lleva tatuado. Lo que significa que ella también piensa, o pensaba hasta hace poco, que lo nuestro nunca iba a acabarse del todo.

—Ha sido muy mala idea lo de esta reunión de amigos —suspiro—. Pero sobreviviré, no te preocupes.

—Ya. Tú sí, y espero que todos podamos decir lo mismo. —Se aparta de mí y da otro sorbo a la cerveza—. Anda, vamos con los demás, que ya van a empezar los fuegos.

Caminamos juntos de vuelta al centro del jardín, con el resto de la pandilla. Alguien se ha encargado de extender unas mantas en el suelo para que podamos sentarnos a ver

el espectáculo, y estoy seguro de que ha sido Ashley porque no creo que ninguno de los otros supiera dónde encontrarlas. Scott y Emily están en una, sentados juntos, hablando entre ellos y besándose como un par de adolescentes. Están pasando un muy buen momento esos dos, y me alegra mucho por ellos. Mia y Gina están sirviendo copas desde una botella que prefiero no preguntar qué lleva mezclado en su interior. Y Ash... Ash está tumbada en la otra manta, con *Vodka*, haciendo carantoñas. Siempre pensé en *Vodka* como la perra de los dos, aunque viviera conmigo. Y creo que el pobre animal pensaba lo mismo. Menuda mierda para ella toda esta situación.

—¿Quién quiere una chispita de Tyler? —ofrece mi amigo el imbécil, agitando una coctelera mientras se pasea por el jardín. Se nos acerca con una sonrisa traviesa—. ¿Vanessa? ¿Chispa de Tyler? ¿Te apetece? ¿Sí? Aquí tienes...

Se da unos toquecitos en los labios con un dedo mientras acerca su cara a la de nuestra amiga. Suelta una carcajada cuando ella pone cara de disgusto.

—Nunca me ha gustado demasiado ese cóctel. Y ahora menos. No le ofrezcas alcohol barato a alguien que está acostumbrado a beber champán —se burla, altiva.

Mia y Gina se parten de risa. Y Scott se mete en la conversación para aportar que conoce a Jeff de toda la vida y que champán... tampoco es. Tengo que reírme con ellos. Y, si no miro hacia donde ella está, a lo mejor hasta termino por pasármelo bien esta noche.

Me siento muy lejos de Ash. Lo más lejos que puedo. Al lado de Vanessa que sé que ahora ya no me va a insistir para que confiese lo que siento, ni va a lanzar insinuaciones

para intentar ponernos celosos. Un cambio radical. Pero, en el fondo, creo que ha sido a mejor.

Charlamos de cosas sin importancia, haciéndonos bromas y diciendo idioteces durante un rato largo.

Y luego disfrutamos de los fuegos artificiales.

Disfrutamos, pero también sufro un poco. Porque mi manera favorita de ver los fuegos artificiales del cuatro de julio siempre había sido con Ashley entre los brazos. Me pregunto si ella estará pensando lo mismo. Y cuando giro la cara para mirarla con disimulo, me encuentro con sus ojos marrones clavados en mí. Esta vez no los aparta. Y veo todos los colores del cielo reflejados en sus pupilas y pienso que eso sí que es un espectáculo de verdad. No sé cuánto tiempo pasamos así, con los ojos clavados justo en el centro de los del otro, viendo los fuegos a nuestra propia e íntima manera. Creo que nadie se da cuenta, porque nadie nos presta atención.

—¡Feliz cuatro de julio! —grita Tyler, poniéndose en pie y arrastrando a Mia con él, llevándola de la mano—. ¡Vamos a bañarnos!

Temo que haya roto por completo este momento, como siempre suele hacer. Pero es que Ash sigue mirándome a mí. Y hasta me pregunta con la mirada si me atrevo a darme un baño, con los ojos brillándole traviesos. Capto perfectamente el mensaje. Y se me escapa media sonrisa que se refleja en su cara al instante, copiándome el gesto.

—¡Vamos, Ash!

Emily la coge del brazo y tira de ella para correr juntas hacia la bajada que lleva al lago. Y yo voy detrás, más

despacio, con el estruendo de las explosiones justo sobre nuestras cabezas.

Ash hunde la cabeza y bucea hastaemerger justo ante mí, muy cerca de mi cuerpo. Está preciosa, así, mojada. No en el sentido guarro, pero, joder, ojalá que también en ese sentido. Me mira a los ojos y yo siento que no voy a ser capaz de reaccionar. Me muero por besarla, pero mi cuerpo no me responde. Y, además, está la presión por hacer algo ya, de una maldita vez, antes de que alguien nos interrumpa.

Esta vez quien lo fastidia soy yo. Porque me doy cuenta de que me falta una interrupción que se vuelve loca cuando la gente se mete en el agua y tiene un poco de complejo de socorrista. Ni un chapoteo. Ni un ladrido.

Miro alrededor, pero nada.

—¿Dónde está *Vodka*?

Ash da una vuelta sobre sí misma en cuanto oye mi pregunta. Me da la impresión de que está pensando exactamente lo mismo que yo. Lo de los ladridos y el complejo de socorrista.

—*Vodka!* —llama, ella primero.

Yo repito la llamada, pero tampoco obtengo respuesta.

—Se habrá asustado con el ruido —opina Emily.

Camino hacia la orilla, dispuesto a ir hacia la casa a buscarla.

—No suele tener miedo. —Oigo la voz de Ashley detrás de mí, respondiendo a su amiga.

Salgo del agua y camino de vuelta hasta el jardín, llamando a la perra de nuevo.

—Estará metida en el hueco de la leña.

Es Ash otra vez, hablando alto, a mi espalda, para que me llegue su voz. No sé si me está siguiendo o si se ha quedado a la orilla del lago, pero es posible que tenga razón. Si *Vodka* se ha asustado, se habrá escondido allí. Es uno de los lugares que más le gustan para desaparecer.

Es justo ahí donde me la encuentro. Aunque tampoco parece muy asustada. Menea un poco la cola cuando me asomo y acomoda la cabeza entre sus patas delanteras.

—Eh, ¿de qué vas? —la regaño—. ¿No nos oyes llamarte? Venga, vamos, sal de ahí.

La cojo por el collar y tiro un poco de ella. Sale de mala gana, pero, aun así, menea la cola y sacude el cuerpo y trota a mi lado cuando la suelto.

No he dado ni dos pasos de vuelta hacia el lago cuando la veo. Ashley está frente a mí, completamente mojada, con la ropa pegada al cuerpo. Justo como yo. Y los dos nos quedamos inmóviles mirándonos, como si se hubiera congelado el instante. Ella ni siquiera hace caso a *Vodka* cuando la perra se acerca y frota el hocico contra su mano y le pega un lengüetazo en la pierna. No. Ash sigue mirándome a mí.

Estoy a punto de decir algo, aunque no tengo muy claro el qué, cuando ella se mueve y da dos pasos decididos hasta quedar a unos ridículos diez centímetros de mi cuerpo. Nuestros ojos se encuentran y yo ya no sé si respiro... ¿Eso cómo se hacía?

Niega con la cabeza lentamente, antes de hablar.

—No.

No dice nada más. Enreda sus dedos en los mechones de pelo de mi nuca, poniendo los brazos en torno a mi cuello, y

tira de mí para hacerme inclinar la cabeza hacia la suya. Nuestros labios se encuentran, ansiosos, y yo pongo inmediatamente una mano en su cintura y otra en su cuello. Acaricio lentamente la línea de su mandíbula con el pulgar, mientras la beso. Mientras ella me besa. Y sé que volvería a repetir los seis meses pasados, una y otra vez, solo por un beso como este. Atrapo su labio inferior entre los míos, dulcemente, y ella se estira para ganar altura y volver a cubrir mi boca por completo con la suya, un poco más profundo.

Sus manos resbalan lentamente por mi pecho cuando sepáramos nuestros labios unos milímetros. Siento su respiración agitada en mi barbilla. Acaricio su mejilla con mucha ternura. Abrimos los ojos a la vez y nos perdemos en los del otro.

No quiero hablar. No quiero que ella diga nada. Siempre lo complicamos todo con las palabras. Siempre lo estropeamos cuando nos paramos a pensar demasiado.

Quiero quedarme en sus ojos. Y en sus labios.

—¡Ashley! ¿La habéis encontrado?

Es la voz de Mia, llamando a su amiga a gritos, desde la parte trasera de la casa.

Ash da un paso atrás, mordiéndose el labio. Desconecta su mirada de la mía. Y luego da media vuelta. Se va corriendo.

Y *Vodka* la sigue, abandonándome también.

Feliz cuatro de julio, Cameron. Tus nuevos seis meses están a punto de empezar.

Paper rings

Tres años y un mes antes...

—Asegúrate de poner cara de buena y no mearte sobre ella y todo irá bien, ¿vale? ¿Me estás escuchando, pequeña bestia? —hablaba en voz baja a esa bolita de pelo que podía sostener solo con una mano—. Es importante que le causes una buena impresión a esta chica, *Vodka*, nos estamos jugando mucho tú y yo.

La alcé con mi mano en su barriga para hacer que me mirara de frente. Meneó todo el cuerpo torpemente en consonancia con el movimiento alegre de su cola y me mordió la mejilla, juguetona, antes de darme un lametazo en la nariz con su lengua diminuta.

—Vale. No importa. Le vas a encantar.

Era una apuesta segura. A Ashley le encantaban todos los perros del mundo y mi recién adoptada mascota era una monada, lo miraras por donde lo miraras. De hecho, aún no la conocía y Ash ya hablaba de ella como si fuera la criatura más adorable del mundo. Había protestado un poco e intentado convencerme de que le cambiara el nombre, pero, por lo demás, para ella la perra era perfecta. Sus mensajes llenos de corazones enormes —muchos más de los que solía dedicarme a mí— cuando le mandaba fotos de ella lo decían

todo. Ahora la perra llevaba dos semanas conmigo, una y media en Eugene y ya cuatro días desde que habíamos vuelto a Sacramento para las vacaciones de verano, y Ashley estaba a punto de aterrizar y había llegado el momento de que se conocieran en condiciones.

Hacía tiempo que quería adoptar un perro. Lo había pensado mucho durante todo el primer curso de la universidad. Y no había podido hacerlo antes porque no se permitía tener animales en el edificio de la fraternidad. Pero, más o menos un mes antes, había conocido a una pequeña cachorra, blanca, canija y adorable, a la que sus hermanos de camada casi no dejaban alimentarse, y que era hija de la perra de un amigo de Zack. La madre era una bulldog americana, con pinta de bonachona, y sospechaban que el padre era un golden retriever, vecino de la casa de campo de los padres de los dueños, pero tampoco estaba del todo claro. Era la única, de los cinco de la camada, a la que aún no habían conseguido encontrarle un hogar. Se puede decir que lo nuestro fue amor a primera vista, y Rob y Zack se encargaron de intentar convencerme. Aunque el empujón definitivo lo dio Ashley cuando mi hermano la llamó para que me dijera que me daba permiso para tener un perro, como si yo lo necesitara, y ella dijo algo así como «si tienes un Perrito aún te querré más». Creo que lo que mi hermano pretendía, también, era conseguir una buena excusa para que la propuesta de irme a vivir con ellos y con *Noa* me tentara. Querían mudarse a un piso más grande, pero no podían pagarlo los dos solos, así que ya llevaban meses haciéndome la pelota para que me fuera a vivir con ellos. Y decían que en esa casa sí podría tener una mascota y que

así *Noa* tendría compañía. Supongo que tampoco hacía falta demasiado para convencerme. Como digo, *Vodka* y yo nos gustamos desde el primer momento en que nos vimos.

Y en ese momento la perrita tenía dos meses y medio y estaba lista para conocer a la persona más importante de nuestras vidas. Así que la había llevado conmigo para recoger a *Ash* en el aeropuerto. Yo ya estaba impaciente por verla. En el último mes no habíamos podido volar para visitar al otro, entre los exámenes y preparar la vuelta a casa y cuidar de la pequeña *Vodka*, así que ya me moría de ganas de que estuviéramos en la misma ciudad y de poder pasar todo el verano juntos. De verdad. Me hacía muchísima falta. Lo de pasar el curso separados había sido duro, por mucho que dijéramos que nada podría con nosotros y que todo seguía igual que el verano pasado.

La sonrisa se me formó sola, muy amplia, cuando la vi salir por la puerta de la terminal de llegadas, arrastrando una maleta enorme y con una mochila colgada de los hombros. Tardó solo unos segundos en localizarnos y me copió el gesto, echando a andar hacia nosotros bastante deprisa.

—¡Hola! —saludó, con esa vocecilla que ella ponía para hablar con perros y gatos adorables y no conmigo. Mierda, debería haberme pensado mejor, yo no era el protagonista de este reencuentro—. Hola, cosita. Eres muy adorable, tú. Mira qué pequeña eres...

La cachorra estaba superemocionada, retorciéndose en mis brazos y meneando la cola con efusividad, mientras intentaba saltar hacia ella para lamerle la cara. Vale, no había duda: se habían caído bien. *Ashley* enseguida

abandonó el asa de su maleta para coger a la perra de entre mis brazos y poder achucharla ella, riendo mientras *Vodka* le lanzaba ataques de lametones a la nariz.

—Tú también eres adorable, cosita. Y muy pequeña —me burlé con media sonrisa traviesa—. Veo que te alegras de verme, por cierto.

Clavó sus ojos en los míos y sonrió tanto que casi tengo que sacar las gafas de sol para protegerme ante el brillo. Estiró la mano y me cogió por el cuello de la camiseta para tirar de mí hacia ella, atrapando el cuerpecillo de la perra entre los pechos de los dos.

—No sabes bien cuánto me alegro de verte —dijo, sin despegar sus ojos de los míos.

Unimos nuestros labios suavemente al principio, pero ganando intensidad tras el primer roce, y tuvimos que reacomodar nuestra postura, pero sin separarnos, un par de veces, mientras *Vodka* se removía y trataba de meterse entre nuestras caras.

—Hola, cariño —susurró Ash cuando por fin nos separamos un par de centímetros.

La besé de nuevo, rápidamente esta vez, y la vi sonreír en cuanto me aparté.

—Hola, princesa. —Acaricié a la perra cuando intentó trepar para alcanzar de nuevo su cara—. Eh, creo que le has caído bien.

—Claro que le he caído bien —aseguró, en tono engreído.

—Ya. Hablaba con la perra —bromeé, y me aparté para coger su maleta y cargarla en el maletero de mi coche.

—A mí también me ha caído bien —siguió ella—. Es lo más bonito que he visto nunca. Hola —habló con ella, sin

parar de hacerle carantoñas—, eres mi perra favorita del mundo entero...

—Si llego a saber que era tan fácil conquistarte, habría ladrado la primera vez que tuve ganas de besarte —la piqué.

Hizo una mueca y se cambió el cuerpecillo de la perra de un brazo a otro cuando me acerqué para quitarle la mochila con cuidado y poder cargarla en el coche también.

—No. Solo tenías que regalarme un Perrito —rebatió, burlona—. Ahora me caes mejor.

—Eh, eh, la perra es mía —advertí, con una sonrisa divertida.

Alzó las cejas al encontrar mis ojos, y me dedicó una sonrisa inocente.

—Es de los dos, Cameron.

Solté una carcajada y negué con la cabeza ante ese tonito de niña buena que estaba utilizando para engatusarme.

—Bueno, es de los dos, pero va a vivir conmigo —le recordé, una vez hube cerrado el portón del maletero.

Puso una mano en mi nuca y se estiró para besarme con ganas, por un par de segundos.

—Me encanta que me hayas regalado un perro —me picó de nuevo, en un susurro juguetón.

Le hice cosquillas, clavando un dedo en su costado y se rio, apartándose un poco.

—Ahora trae a ese bicho, que tengo que meterla en su trasportín para poder llevarte a casa.

—¿Por qué la quieres encerrar? —protestó, y la achuchó un poco más contra su pecho.

—Porque es capaz de meterse debajo de los pedales, por eso —razoné.

—No, yo la llevo.

No me dio ni opción a protestar y se montó en el asiento del copiloto, con *Vodka* en los brazos. Intenté tragarme la sonrisa al montarme tras el volante. Iba a decir algo sobre ella empezando a malcriar a mi perra desde el primer día, pero no me dio tiempo. Ashley se estiró para recortar la distancia que nos separaba y me besó otra vez, lentamente, con mucho sentimiento, y transmitiéndome la idea de que no iba a querer dejar de besarme jamás. Acomodé mi postura para rodearla con un brazo y atraerla hacia mi pecho y le devolví el beso de la misma manera, hasta que tuvimos que separarnos de mala gana para poder volver a respirar.

—No quiero llevarte a tu casa, quiero secuestrarte y tenerte para mí solo todo el verano —murmuré, muy cerca de su boca.

—Mis padres sospecharían de ti enseguida —bromeó—. Aunque ya sabes que el síndrome de Estocolmo es mi trastorno más acentuado.

—Te he echado mucho de menos —confesé, mientras hundía los labios en su cuello—. ¿Crees que a tus padres les importará mucho si nos encerramos en tu cuarto y echamos un polvo antes de la cena?

Se apartó y me pegó en el brazo con la mano abierta, haciéndome reír.

—¿Sabes qué? Que yo me muero ahora mismo porque me hagas el amor durante toda la tarde, Cam —dijo de una

forma muy sexi—. Pero creo que vamos a tener que esperar un poco para eso... *Vodka* es muy joven para ver algo así.

Le tapó los ojos a la perra, haciendo el tonto. Y el pequeño animal se revolvió, tomándose como un juego, y le mordió la mano suavemente, sin dejar de menear la cola.

—Entonces voy a tener que devolverla —amenacé.

Pero ella solo se rio, sin tomarme en serio.

—Ya. No harías eso ni de broma —adivinó.

Negué con la cabeza, con una sonrisita, y volvió a lanzarse sobre mí para atrapar mis labios con los suyos como si le costara trabajo mantenerse alejada. A mí también me estaba costando lo mío no pegarla a mi cuerpo sin dejar ni un milímetro de aire entre los dos.

—Tengo que llevarte a casa antes de que tu padre consiga una orden de busca y captura contra mí —dije, de mala gana.

Asintió y se abrochó el cinturón, controlando que *Vodka* no saltara de sus rodillas y se pusiera a dar vueltas por el coche.

—¿Qué tal se lleva con *Salem*? —preguntó, rascándole la barriga suavemente, mientras la bola de pelo intentaba morderle las manos.

Sonreí, porque a eso ya le había contestado. Pero había historias que ella siempre quería que le contara miles de veces. Así que decidí hacerla feliz, que no me costaba nada, y volver a explicarle cómo la pequeña perra no paraba de intentar jugar con el gato de mi madre, pero él al principio huía y le bufaba. Sin embargo, esa misma mañana, había pillado a *Salem* lamiéndole la cabeza a la perrita mientras

ella se dejaba hacer... Estaba seguro de que todo eso iba a acabar en una bonita amistad.

Ash me contó cómo había ido su vuelo mientras hacíamos el camino hasta su casa. La había echado tanto de menos que hasta me costaba mantener mi atención en la carretera, porque solo quería mirarla y quedarme colgado de sus ojos y escucharla hablar durante horas.

Julia Bennet salió de la casa para recibir a su hija, en cuanto aparqué el coche frente a la entrada. Seguro que ya llevaba un rato vigilando por la ventana, para no perderse nuestra llegada. Ash saltó del coche, con *Vodka* aún entre los brazos.

—¡Mira, mamá! ¡Cam me ha regalado un perrito!

Me eché a reír a carcajadas, tras oírla, mientras me bajaba del coche con más calma que ella.

—Anda, no me lo pongas en la cara —protestó su madre
—. ¿Es que quieres matarme?

—¡Te puedes morir de amor con ella! ¡Mira qué bonita es!

Peter salió también para recibirnos y besó a su hija y acarició a la perra antes de acercarse a darme a mí un abrazo y unas palmaditas en la espalda y ayudarme con el equipaje de Ashley.

—Cam, te quedarás a cenar, ¿verdad, cariño? Pero la perra tiene que quedarse en el jardín.

Sonréí a la madre de mi novia y dije que «por supuesto» antes de besarla en la mejilla.

Un rato después estaba con todos los Bennet en el jardín y Ashley respondía a un interrogatorio de sus padres sobre los exámenes y los últimos días de curso, mientras Eric y yo jugábamos con la perra y un balón de playa.

—Ey.

Sentí los brazos de Ashley rodeándome la cintura por detrás, al tiempo que escuchaba su saludo. Le acaricié las manos con ternura antes de volverme para mirarla. Sonrió, traviesa, y sacó un rotulador del bolsillo de atrás de su pantalón para marcarme algo sobre el bíceps izquierdo. Nuestra marca. Nuestro corazón infinito. La abracé contra mí y besé su pelo, meciéndola un poco hacia los lados.

—No pienso soltarte hasta septiembre —advertí contra su oído.

Soltó una risa baja y echó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—No pienso protestar ni un poquito —aseguró—. Lo hemos conseguido, ¿eh? ¿Podemos ya darles en las narices a todos esos que decían que no íbamos a aguantar la distancia?

—Ya lo hemos hecho —aseguré, y le besé la nariz dulcemente—. Y te prometo que volveremos a hacerlo al año que viene y al siguiente...

—Ahora tenemos una hija, Cameron —bromeó—, debemos mantenernos juntos por *Vodka*.

—Debemos mantenernos juntos porque sin ti mi vida sería aburridísima —rebati—. Y porque te quiero muchísimo, princesa.

—Y yo te quiero muchísimo a ti. Más desde que me has regalado un Perrito...

La callé presionando mis labios contra los suyos, mientras ella reía ante mi reacción a sus tonterías. Y en ese momento, mi vida era absolutamente perfecta. No hubiera cambiado nada de nada. Estaba justo donde quería estar. Y,

sobre todo, con quien quería estar. Y si me hubieran concedido un solo deseo, habría deseado mantener aquello justamente así. Habría deseado tener justamente *eso* durante el resto de mi vida.

—Menos besarse y más poner la mesa. —Oí decir a Peter y sonreí, divertido, antes incluso de separar nuestros labios.

Ashley puso los ojos en blanco ante la interrupción de su padre y me hizo reír, una vez más.

—Vamos —la animé, y tiré suavemente de su mano hacia la puerta trasera de la casa.

—¡Vamos, *Vodka*! —llamó ella.

Y la perrita trotó torpemente detrás de nuestros pies, uniéndose a nuestra marcha.

Sí, no podía desear absolutamente nada más.

Nunca desearía nada más.

Solo eso.

Con ella.

9

Ashley

Me levanto la última, a pesar de que la mayoría de mis amigos alargaron la noche bastante más que yo. Llevo despierta muchísimo rato, pero no me atrevía a levantarme de la cama y a enfrentarme con el nuevo día. Con la realidad.

Me he hecho la dormida cuando Vanessa se ha levantado. He preferido fingir, para que no tengamos que hablar. No estoy muy segura de cómo están las cosas entre nosotras ahora mismo, porque no hemos vuelto a dirigirnos la palabra desde el cruce de acusaciones de ayer antes de la cena.

Me han estado atormentando unas cuantas cosas. Esas que ahora me impiden salir del cuarto. Aquí estoy protegida. Así los demás están protegidos *de mí*.

Es que anoche besé a Cam. Le dije que no había conseguido olvidarlo y lo besé. ¿Y ahora qué? Vanessa tiene buenas razones para estar enfadada conmigo. No sé cómo he llegado a convertirme en lo que soy ahora mismo. La he cagado, pero bien. Y es que, además, después de besarlo,

me fui corriendo. Me fui corriendo y luego hice como que ni lo veía en toda la noche cuando él no paraba de intentar encontrarse con mi mirada. No dijo nada. No me persiguió, ni me acorraló, ni me pidió explicaciones. Pero no sé si eso es mejor o peor, la verdad.

Me he pasado toda la noche luchando contra la tentación de ir hasta su cuarto y acurrucarme con él bajo sus sábanas. Eso es lo que realmente quiero hacer. Quiero ir y besarlo y decirle cuánto lo he echado de menos. Que aún le quiero. Que no he dejado de hacerlo ni un segundo. Que a la mierda el mundo, que yo me quedo solo con él. Que me voy a Eugene, o a Sacramento, o a donde él quiera estar. Que elija. Y podría ser así de sencillo si no lo hubiera hecho complicado. Pero Vanessa tiene toda la maldita razón: Cam no puede enterarse de esto. Voy a partirle el corazón. Ya no hay vuelta atrás.

Me obligo a levantarme cuando oigo a alguien entrando en el baño, al otro lado del pasillo. Tengo que esperar un poco, hasta que mi mente encuentra la fuerza para mover mi cuerpo a través de esa puerta que me separa del mundo y hacia el exterior. La del baño es Emily, que sale justo cuando yo estoy poniendo un pie fuera de la habitación. No tiene muy buena cara, tampoco.

—¿Estás bien? —le pregunto, sin ni siquiera dar los buenos días.

—Sí, creo que un poco revuelta —se excusa—. Las juergas no me sientan bien. ¿Y tú? ¿Qué te pasa? Tienes cara de muerta viviente.

—Gracias —respondo entre dientes—. Tú también estás muy mona.

Paso por su lado para meterme en el baño y darme una ducha rápida antes de bajar y encontrarme con el resto de la gente.

Cuando bajo y salgo al exterior, todos están ya allí. Vanessa y su prima están tendidas en dos hamacas, charlando entre ellas mientras toman el sol. Tyler está jugando con *Vodka*, con el mordedor favorito de la perra, que, por cierto, le regalé yo. Mia y Emily están de pie frente a los dos chicos, que están sentados en el escalón de bajada del porche, y los cuatro hablan sobre algo. Cam se ríe. Pero no suena a su risa de verdad, sino más bien a una risa por compromiso. Un poco forzada. Como cuando se obliga a reír a pesar de estar triste. ¿He sido yo? ¿Ya? ¿Le he hecho daño solo con esto? Me merezco que me odie. De verdad.

Se queda completamente serio cuando repara en mi presencia. Enseguida aparta la mirada y me ignora, sin ni siquiera dar los buenos días, como sí hacen Mia y Scott. Vale, parece enfadado conmigo. Está bien. Mejor así. Mientras se quiera mantener alejado no tendrá su corazón en mis manos para estrujarlo y romperlo sin querer. Es más seguro así.

—No, voy a ir dando un paseo —sigue Mia con la conversación que mi llegada ha interrumpido—. Estoy bien, solo quiero comprarme la pomada antes de que vaya a peor.

Oh. Eso me suena a esos episodios de reacción cutánea al sol que le dan algunas veces en verano. No son graves para nada, solo algunas pequeñas ronchas que le pican, pero resulta molesto.

—Ve por la sombra, mejor —se burla Emily.

—Llévate una sombrillita y ponte un vestido de época, por favor —la pica también Scott.

—¿Quieres que te preste un paraguas? —aporta Cam.

Y los tres ríen con cada nueva ocurrencia.

—Me voy —declara ella, indignada—. Vuelvo en un rato. Ash, voy a la farmacia del pueblo, ¿necesitas que te traiga algo?

—No, pero te acompañó —decido, de repente.

No sé ni de dónde me ha surgido la idea, pero es una de las buenas. No necesito quedarme aquí atrapada con las malas caras y mi mala conciencia.

—No hace falta.

—Ya lo sé. Pero me apetece ir contigo y dar un paseo. —Mia asiente, conforme—. Voy a coger mi bolso y nos vamos.

Corro escaleras arriba y escaleras abajo otra vez, porque *necesito* salir de esta casa.

La farmacia del pueblo está a unos veinticinco minutos andando. Pero a mí me viene bien que esté lejos. Sería mejor si tuviéramos que pasarnos todo el día de excursión para buscar la pomada de Mia, pero espero que con este tiempo ya me valga.

—¿Y cómo llevas el italiano? —pregunto, para sacar tema de conversación mientras caminamos la una junto a la otra.

—*Bene...* Qué va. Se me da fatal —reconoce, y las dos nos reímos tras la confesión—. A mi lado Gina parece nativa. Pero he pensado que ya aprenderé allí sobre la marcha. Tampoco me queda otra.

Sonrío al escuchar su tono divertido. Mia es una valiente. Y hasta le da igual irse al otro lado del mundo sin conocer el

idioma de su lugar de destino, por amor. Eso es luchar por una relación. Eso es ser realmente valiente y apostarlo todo. No como yo. Yo he sido una cobarde.

Tampoco es que se vaya detrás de Gina sin tener nada que hacer por allí excepto seguirle los pasos. Fue Gina la primera que encontró algo, cuando le ofrecieron una beca para su doctorado en Historia del Arte. No negaré que Italia parece el lugar ideal para algo así. Y Mia se buscó un máster acerca de volcanes y otros potenciales desastres naturales.

—Me das un poco de envidia. Me encantaría poder pasar un tiempo por allí para recorrer Europa —admito.

—¿Para hacer turismo porque te encanta viajar, o para estar lejos de aquí?

Creo que hago una mueca en respuesta a su pregunta, aun sin quererlo. No sé por qué todo el mundo tiene que sacarme el dichoso tema, de verdad.

—Para las dos cosas. —Me veo obligada a confesar.

Y ella asiente. Como si lo entendiera.

Luego nos ponemos a hablar de sus planes mientras estén allí, de todos los sitios que quieren visitar y de todos los lugares que me gustaría conocer a mí en el viejo continente. Mia me asegura más de una vez que estoy cordialmente invitada a quedarme con ellas si alguna vez me apetece coger un avión y largarme por una temporada, larga o corta.

Después de comprar su pomada, paramos en la terraza de un local a tomar un café. La idea ha sido mía, porque aún no quería volver a la casa. Pero a Mia le ha parecido bien. Creo.

—¿Cómo te van las cosas con Gina?

Tengo que preguntarlo porque, con esto de ser tan mala amiga, hace tiempo que no presto atención a la relación entre esas dos. Y es verdad que ya llevan un año juntas sin rupturas, pero lo han dejado y han vuelto tanto en los últimos cuatro años que no puedo presuponer que esta vez vaya a durar para siempre. Ojalá que sí, pero hace mucho que dejé de creer en eso de que el amor es eterno. A pesar de lo que lleve tatuado en la muñeca. Emily y Scott son solo la excepción que confirma la regla.

—Bien —responde, pero no la veo sonreír embobada como correspondería a una persona locamente enamorada —. Esta vez creo que vamos a estar bien de verdad, Ash. Ella y yo..., ya sabes que siempre hemos tenido una relación un poco complicada. Pero esta vez es la buena.

—Seguro que sí. —Intento darle ánimos tras dar un sorbo a mi café. Pero la verdad es que me gustaría escucharla mucho más convencida de lo que suena—. Creo que eres muy valiente por elegir luchar por lo vuestro e irte con ella.

Mia sonríe de medio lado. Remueve su café con la cucharilla una vez más, mientras parece pensar en lo que va a decir a continuación.

—Yo no sé si va a salir bien, Ash. No sé si va a merecer la pena o si voy a arrepentirme. No sé si Gina es la mujer de mi vida... ¿Cómo se puede estar segura de eso? Es imposible, ¿no? Pero sé que ahora mismo la quiero. Y que en este momento quiero estar con ella. Así que da igual lo que pase después. Eso ya vendrá. Eso ya lo veremos. Si te pasas el día preocupada por lo que pasará mañana no vives el ahora —dice, filosófica.

Tiene razón. Claro que la tiene. Aunque hay algo en lo que no termino de estar de acuerdo. En eso de que es imposible estar segura de si alguien es el amor de tu vida. Yo lo sé. Tengo perfectamente claro quién es el amor de mi vida. Sé que eso no va a cambiar. Nunca. Pase lo que pase y venga quien venga después. Si es que alguna vez puede haber alguien más.

—Ojalá le hubieras soltado ese discursito a la Ashley del año pasado —digo, en tono levemente burlón.

—Lo hice —asegura, y me mira como si le diera un poco de lástima—. Pero esa Ashley no era capaz de pensar de otra manera que no fuera a largo plazo. Supongo que es más maduro, o más racional, o lo que sea. Lo del *carpe diem* está muy bien para cuando tienes dieciocho, pero nos hacemos mayores y hay que pensar en el futuro.

—Qué mierda. No quiero ser mayor —suspiro.

Acerco mi silla a la suya y apoyo la cabeza en su hombro. Mi amiga suelta una risita.

—Ya. Estoy de acuerdo. Pero, oye, aunque tengamos que hacernos mayores y tomar decisiones maduras, y todo eso... ¿intentarás acordarte de que solo tenemos una vida para ser felices? A veces, cuando un camino tiene muchas piedras, puede que sea porque no es el camino correcto.

—No te pongas en plan galleta de la suerte, tía.

Suelta una carcajada.

—Voy en serio, Ash. ¿Te preguntas alguna vez cómo serían las cosas si hubieras tomado decisiones diferentes?

—Claro que sí. Supongo que todo el mundo lo hace.

Me lo pregunto. Me lo pregunto muchísimo. Todos los días, de hecho. Pero resulta un ejercicio bastante inútil. Me

parece que no estoy a tiempo de cambiar nada.

—Supongo que sí.

—¿Te preguntas cómo podría haber sido tu vida si hubieras elegido salir con Blair Wells, alias la bruja? —pregunto, en tono de broma.

Pero Mia no se ríe. Y no contesta enseguida. Me aparto para mirarla, con cara de circunstancias. Sonríe de medio lado, al ver que me escandalizo.

—Me lo he preguntado alguna vez, no creas que no —confiesa—. A veces me gustaría estar en una de esas pelis en las que la protagonista un día se despierta y de repente su vida es justo lo que sería si hubiera elegido otro camino. ¿Sabes de qué te hablo? —Hago un sonido afirmativo—. Solo para saber lo que habría pasado... Imagínate, ¿qué sería de nosotras si yo me hubiera quedado con Blair y tú con Tyler en el último año de instituto?

—Que nunca haríamos una cena de parejitas —bromeo.

Se ríe, divertida, y me contagia la risa.

—¿No te gustaría a veces haber escogido ese otro camino?

Niego con la cabeza, con media sonrisa triste.

—No. Te aseguro que eso no lo cambiaría por nada del mundo.

—¿Y qué cambiarías? —presiona—. ¿El año pasado?

Me encojo de hombros, sin llegar a contestar en voz alta.

—Pensé que cuando terminara la carrera tendría las cosas un poco más claras, la verdad —suspiro.

—Bienvenida a nuestra generación. No sabremos lo que queremos hasta los treinta, y eso con suerte, y no encontraremos nuestro lugar en el mundo hasta... no lo sé,

quizá nunca. Y, ah, ve congelando tus óvulos, ahora están en buen momento —exagera.

Me río.

—¿Ves? Aún ni pienso en eso.

—Tampoco hace falta. Tenemos veintidós años, Ash. No hace falta que sepas ya dónde quieras estar cuando tengas cincuenta. Lo único que necesitas saber es dónde quieres estar ahora.

Ya. Buena pregunta.

Y después de la cena lo que quiero es estar sola y tranquila. Así que me ofrezco para llevarme a *Vodka* a dar una vuelta por los alrededores del lago. Cam solo se dedica a gruñirme, como lleva haciendo toda la tarde. Así que me lo tomo como un sí.

Mia y yo hemos vuelto del pueblo cuando ya era la hora de comer y después hemos pasado la tarde todos jugando a un par de juegos de mesa que ha traído Scott. Cam y yo hemos ido siempre en equipos opuestos, claro. Y no hemos tenido que interactuar mucho, es mejor así.

No he llegado ni siquiera a bajar hasta la orilla del lago, siguiendo a *Vodka*, cuando alguien ya aparece detrás de mí, sin respetar mi deseo de soledad ni por un par de minutos.

—¿Dónde vas sola a estas horas y por la oscuridad? ¿Dónde crees que vives? ¿En Chupilandia?

Es Tyler y viene refunfuñando. Como si le resultara muy molesta. Como si se creyera que es mi guardaespaldas.

—¿En serio acabas de decir «Chupilandia»? ¿Qué es eso?

—No puedo evitar que se me escape una risita.

—El país de piruleta en el que te crees que vives tú — responde, y se ríe él también—. Sé que me vas a acusar de machista, pero te acompañaré para asegurarme de que vuelves a casa sana y salva, ¿vale?

Suelto un suspiro. Estoy bastante segura de que puedo alejarme unos cuantos metros de la casa sin que nadie me secuestre o me asesine. Bastante. Tampoco las tengo todas conmigo, si hay que ponerse estrictos.

Tyler camina a mi paso y parece dispuesto a hacerlo en silencio. Cosa que es de agradecer.

—*Vodka* me protegería con su vida —medio bromeo.

—No tengo duda de ello, pero más protección son dos vidas que una.

—¿Me protegerías con tu vida? —pregunto, en tono burlón—. Mira que ya has gastado como unas tres de las siete que creías tener.

—Me ofende que lo dudes, muñeca.

Me quedo callada después de eso. Acaricio a *Vodka* cuando pasa por mi lado y me toca la mano con su nariz húmeda. Me encanta cuando hace eso. La había echado mucho de menos.

—Oye, Ash —dice mi acompañante humano de nuevo, rompiendo el silencio—, es bastante obvio que no estás bien. No voy a preguntar. Creo que prefiero no hacerlo, de todas maneras. Pero quiero que sepas que, si lo necesitas, puedes hablar conmigo, ¿lo sabes?

Freno la marcha y me giro hacia él. Está muy serio cuando clava sus ojos avellana en los míos. Parece un poco preocupado, incluso.

—Estoy bien —miento, una vez más.

—Vale, no quieres hablar. Muy bien, caminaré en silencio a tu lado. Pero, si cambias de idea, recuerda que hay algo más que un recipiente bello y sensual, aquí donde me ves —bromea, y yo suelto un bufido, aparto la mirada y me trago la sonrisa para no darle esa satisfacción—. Sé escuchar.

—Ya lo sé —admito, bastante enterneceda.

—Ah, y si quieres largarte quemando rueda en algún momento solo tienes que decirlo. Puedo hacerte de chófer... o darte las llaves del coche.

Estiro el brazo para acariciarle la mejilla suavemente, a modo de agradecimiento. No creo que pueda expresarme muy bien con palabras ahora mismo.

—No necesito explicaciones —añade, con sus ojos en los míos, en cuanto dejo de tocarle.

No digo nada. Me aparto de él y sigo caminando, con *Vodka* a mi lado. Parece que ella también se ha dado cuenta de cómo estoy yo ahora mismo. Apenas explora los alrededores o se adelanta a mi paso, como suele hacer habitualmente, sino que se mantiene cerca, casi pegada a mi pierna.

Tyler se pone en movimiento también, a mi otro lado. Así que paseo acompañada, protegida y en silencio.

Y me siento un poquito mejor.

Me voy a la cama en cuanto volvemos a la casa. La gente parece estar cansada de la juerga de ayer, así que dudo que mis amigos vayan a tardar mucho en hacerlo también. Emily ya se ha ido a dormir, de hecho. Y luego me acusan a mí de ser la perezosa del grupo. Me temo que en estas vacaciones está durmiendo ella bastante más que yo.

Me mantengo en silencio, con los ojos clavados en el techo, cuando Vanessa entra en la habitación para meterse en la cama. Se nota que intenta hacer el menor ruido posible, para no despertarme, y casi me dan ganas de decirle que no se preocupe, que no puedo dormir. Pero no digo nada. Porque ya llevamos más de veinticuatro horas sin hablarnos. Y sería hasta un poco raro. Oigo cómo se quita la ropa y se pone el pijama. Toquetea el móvil y luego apaga la pantalla y se mete entre las sábanas, acomodándose en el colchón.

Yo que venía a este viaje por mis amigas, para redimirme un poco por mis pecados y mi indiferencia en los últimos seis meses. Y al final, la cosa ha ido a peor. Tal vez debería haberlo imaginado, dada la espiral de caos y autodestrucción en la que llevo tiempo inmersa. Mierda, ¿qué estoy haciendo? No quiero estropear mi amistad con Vanessa. Y no quiero hacerle daño a Cam. Claro que no.

Cam. Lleva todo el día cabreado, y se le nota. Tampoco creo que lo haya querido disimular. Me lo merezco. Me merezco que me gruña en vez de hablar cada vez que tiene que dirigirse a mí para algo. Me merezco que ni me mire y que tenga ganas de que me largue de su casa de una maldita vez. Lo entiendo. Pero es que, aparte de cabreado, sé que está dolido. De hecho, solo está cabreado porque está dolido. Y eso me mata. A saber lo que estará pensando. Que anoche me estaba riendo de él. Que me apeteció jugar un rato y luego ignorarlo solo para demostrarme a mí misma que aún podía hacerlo, que aún podría tenerlo si quería. No soporto pensar que él pueda estar dando vueltas en la cama, atormentado con esto, igual que yo. Separados

solo por unos cuantos metros y sufriendo esa distancia como si fuera infinita. Son peores estos metros que los tres mil kilómetros entre Chicago y Eugene. Mucho peor.

Me levanto de la cama, sin ser capaz de obligarme a mí misma a ser racional y quedarme donde estoy. Es tarde. Hace ya mucho rato que he oído cómo los últimos en acostarse daban las buenas noches, y estoy prácticamente segura de que todos duermen. Así que me deslizo silenciosa hacia la puerta del cuarto.

—Ashley. —Oigo a Vanessa, en un siseo furioso, cuando ya he abierto y tengo la mitad del cuerpo en el pasillo—. ¿Dónde vas? Es muy mala idea... ¡Ash!

Eleva un poco la voz cuando salgo y ya estoy cerrando la puerta. La ignoro igual. Camino por el pasillo, descalza y procurando no hacer ruido. El volumen de mis latidos se eleva de forma bastante desconsiderada para con los que duermen, cuando me planto frente a la puerta de su cuarto. Intento pararme a pensar durante tal vez tres o cuatro segundos, pero siento su presencia al otro lado y solo eso ya tira de mí con la fuerza de tres caballos percherones. A la mierda. Entro y cierro. Su silueta se gira en la cama, volviéndose hacia mí. Y yo no le doy ni tiempo a decir nada antes de colarme entre sus sábanas.

—Soy yo —susurro.

Como si me hiciera falta decirlo.

—Ash... —suspira, en un tono entre molesto y anhelante.

Pego mi boca a la suya de inmediato, para evitar que pueda decir algo más. No llega ni a unas décimas de segundo el tiempo que le cuesta sucumbir a mis labios y devolverme el beso con ganas, desbocando a mi ejército de

mariposas. Sus brazos envuelven mi cuerpo y me siento muy pequeña en comparación con él. Me acerca hasta que nuestros cuerpos quedan completamente pegados. Está en calzoncillos y su piel está muy caliente. Y yo acaricio su espalda con las dos manos siguiendo mi mapa mental de en qué punto exacto está cada uno de sus lunares.

Se separa unos escasos milímetros de mi boca y puedo sentir su aliento cálido sobre mis labios humedecidos. Creo que va a frenarme. Creo que va a decir que esto no puede pasar otra vez. Que es un error. Pero lo que él hace es subir la mano lentamente, desde mi cadera hasta mi mejilla, acariciando toda la piel que queda al descubierto por el camino, con la camiseta de mi pijama arremolinada justo bajo mi pecho, con solo la yema de sus dedos, poniéndome toda la piel de gallina. Me aparta el pelo hacia la nuca y me acaricia la mejilla, la línea de la mandíbula y la barbilla, antes de volver a unir nuestros labios. Y ya casi no queda ni rastro de Ashley porque acabo de derretirme, dejando fuera de juego cualquier cosa que se aleje de ese «nosotros» que nunca deberíamos haber dejado escapar.

Tira del borde de mi camiseta muy levemente. Y yo me aparto y me incorporo para sacarla por mi cabeza de un tirón. Volvemos a besarnos y me pongo poco a poco sobre él, con nuestros torsos desnudos completamente pegados. Está muy excitado y eso puedo notarlo a la perfección, pero no parece tener ninguna prisa. Se toma mucho tiempo en besarme y acariciarme despacio, muy tiernamente. Enreda una mano en mi pelo antes de dejar resbalar los labios por mi cuello, mordiéndome suavemente, pasando la lengua después justo por ese punto y expulsando el aire de su

respiración sobre la humedad de mi piel, provocándome escalofríos. Pongo las manos en sus mejillas para frenarlo y buscar sus labios con los míos, una vez más. Esta vez el beso es más intenso y busco su lengua con la mía de una manera casi desesperada. Gimo en su boca y el gruñe en la mía, a la vez, enredados en deseo. Sus dedos me hacen cosquillas en la espalda mientras la recorren, lentamente, hasta acabar justo debajo de mi culo, clavando las yemas en mis muslos, donde acaba la tela del pantalón de pijama. Mueve las caderas y me aprieta contra él, dejándose sentir su erección justo sobre el centro de mi placer. Jadeo y se me escapa una exclamación ahogada, quizá demasiado alta. Él se incorpora, conmigo encima, para quedar sentado, abrazado a mi cuerpo. Y yo me aferro a sus hombros y juego con el pelo de su nuca, dejando que me muerda suavemente el hombro antes de hablarle al oído.

—Ssh, están todos durmiendo —advierte, en un susurro juguetón.

Me aparto y vuelvo a buscar su boca para callarlo. No parece que eso le moleste mucho. Hace girar mi cuerpo para volver a colocarse encima, tendidos sobre el colchón. Y esta vez su boca va directa a mis pechos, y se pone a jugar con mis pezones hasta que creo que ya no puedo estar más excitada y me siento a punto de explotar. Justo entonces decide seguir su camino, y su lengua recorre mi línea alba, en dirección a mi ombligo. Levanto las caderas para invitarle a bajarme el pantalón. Lo hace despacio, como si le gustara torturarme, y luego me acaricia las piernas y besa el hueso de mi cadera izquierda, una sola vez.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta muy bajito. Siento vibrar su voz contra la piel de mi ingle—. ¿Quieres que siga?

Mierda. No quiero pensar. No quiero que piense. No quiero que pregunte si estoy segura al cien por cien. No quiero que nos planteemos si después vamos a tener que arrepentirnos de esto.

—No... Sí —digo, en una especie de gemido.

—Vas a tener que ser más específica, princesa —me pica, con ese tonito burlón tan irresistiblemente irritante.

Princesa. Mi corazón se funde en mi pecho, en un solo segundo, y el nudo de emoción de mi garganta me impide hablar, aunque tenga ganas de decir mil cosas que me he obligado a callarme durante demasiado tiempo.

Pongo las manos en su pelo y empujo su cabeza un poco más al sur de mi cuerpo, respondiendo sin palabras a la pregunta.

—Suficientemente específica para mí —murmura, en una risita, antes de pegar su boca a mi cuerpo, justo donde más lo necesito.

Sus labios presionan en los lugares exactos y su lengua conoce perfectamente el camino más adecuado hacia mi éxtasis. No el más corto, sino el más placentero. No tiene prisa. Me permite sentir a la máxima potencia durante el suficiente tiempo como para que yo necesite liberarme de una vez. Cuando llego al orgasmo tengo que cubrirme la boca con la mano y hasta morder la sábana, para no despertar a toda la maldita casa.

Sus besos recorren el camino inverso al que han hecho un ratito antes, subiendo por toda mi piel hasta alcanzar mi

cuello.

—Es una pasada sentirte —susurra con los labios pegados a mi yugular—. Me encanta cómo te estremeces cuando te corres —sigue, me besa tras la oreja y yo ya estoy empezando a excitarme otra vez. Habla justo en mi oído y me da un escalofrío—: Tus orgasmos son mi espectáculo favorito.

Me abraza contra su cuerpo, firmemente. Me dejo envolver en su calor y en su olor y en el tacto exquisito de su piel. Quiero quedarme aquí. Justo aquí y justo ahora. Que se pare el tiempo. Por favor, que se pare el mundo. Ahora. Ya.

Vuelve a besarme en la boca, muy suave pero intenso. Quiero pedirle que vaya despacio, suave, que lo hagamos sin prisa, sintiéndonos sin miedo. Pero no hace falta. Está haciendo justo lo que yo necesito. Me besa la frente y luego la nariz, tierno, y yo cierro los ojos. Creo que se me escapa una lágrima. Me siento por completo llena de amor. Del bueno. Del de verdad.

Cuando volvemos a unir nuestros labios, lo tengo más claro que nunca. No es dónde, ni cuándo, ni siquiera cómo...; es con quién.

Y yo ya hace tiempo que encontré mi lugar en el mundo. Ojalá nunca se me hubiera olvidado.

Lover

Dos años antes...

Di dos pasos hacia atrás para poder apreciar nuestro trabajo con un poco de perspectiva. Incliné la cabeza a un lado y traté de centrarme en el conjunto del mueble con el nuevo color de pared que habíamos elegido, pero lo cierto es que mi atención se distrajo bastante con las líneas perfectamente definidas de los músculos de su espalda y sus hombros. Me mordí el labio estudiándolo bien, cada centímetro de piel desnuda desde la nuca hasta la cintura de sus pantalones de deporte.

—¿Te gusta? —preguntó, y se giró hacia mí.

Alcé la vista rápidamente a sus ojos, intentando disimular lo mucho que quería tenerlo entre mis piernas a todas horas, después del horrible final de curso que habíamos pasado los dos. Por fin era verano y ya llevábamos casi tres semanas juntos en Sacramento y lo nuestro había vuelto a ser perfecto de una manera increíblemente fácil y natural. Como si nunca hubiéramos discutido, ni nos hubiéramos gritado, ni nos hubiéramos hecho llorar. Cam tenía toda la razón al decirme que todo había acabado por írseños de las manos pero que, en cuanto estuviéramos juntos en la misma ciudad para el verano, lo arreglaríamos. Me lo había

prometido. Y yo confiaba en sus promesas más que en cualquier otra cosa en el mundo.

—Sí, sí que me gusta.

Hacía unos cinco meses que su padre le había anunciado que se mudaba a San Francisco del todo y para siempre, aunque ya llevaba todo el año anterior sin prácticamente pisar Sacramento, y que iba poner la casa a su nombre. Así que la casa era ahora toda suya y me había pedido que lo ayudara a redecorarla de una manera que le gustara más. Lo que no dijo era que también quería que me encantara a mí, pero eso resultaba más que obvio por las innumerables consultas que no paraba de hacerme y lo en cuenta que tenía todas y cada una de mis preferencias. El nuevo mueble del salón lo habíamos elegido juntos, sin ir más lejos. El dormitorio principal ya estaba del todo renovado. En eso yo también había tenido voz y voto, pero no me había tocado trabajar. Y el día anterior, Tyler le había ayudado a traer el nuevo sofá y a lijár y pintar una mesa de comedor que había reciclado de casa de sus abuelos. La verdad era que estaba quedando genial.

Me senté en el borde del sofá, observando todo a mi alrededor con atención. Parecía una casa completamente diferente, y eso era lo que más me gustaba, porque no me apetecía para nada tener la constante sensación de que dormía en casa de Robert Parker cada vez que me quisiera quedar con Cam a partir de entonces. El sofá era muy cómodo, y estaba segurísima de que a *Vodka* también se lo iba a parecer. Habíamos tenido que dejarla en casa de la madre de Cam esa tarde, para que no nos entorpeciera en nuestra tarea de montar el mueble.

—La mesa ha quedado genial —alabé—. ¿Con qué pagaste a Tyler para conseguir que hiciera todo esto por ti?

Se acercó hasta quedar de pie justo delante de mí, con una sonrisita traviesa.

—Le ofrecí alcohol y sexo y no se pudo resistir —bromeó.

Hice una mueca en respuesta a sus palabras y eso solo consiguió hacerle ensanchar su sonrisa.

—No es mi fantasía sexual más recurrente imaginaros a Tyler y a ti juntos en la cama.

—¿Quién ha dicho nada de la cama? —rebatió, pícaro—. Lo del sexo y el alcohol era también lo que pensaba ofrecerte a ti..., ¿quieres una cerveza?

Me tendió la mano, con su sonrisa canalla buscando contagiar la mía, y negué con la cabeza desaprobando su actitud, pero, aun así, dejé que tirara de mí para ponerme de pie y guiarme hasta la cocina.

Sacó dos botellines de cerveza de la nevera y los abrió antes de tenderme uno. Lo apartó de mi alcance justo cuando yo iba a cogerlo, sentada sobre el mármol de la encimera.

—Esta cerveza a cambio de tu fantasía sexual más recurrente, Ash —intentó pactar.

—Tú eres mi fantasía sexual más recurrente —susurré.

Acerqué mi boca a la suya y me aparté sin llegar a besarlo cuando conseguí quitarle mi cerveza de la mano.

Se inclinó hacia mí para pegar nuestros labios brevemente.

—Si te gusto mucho yo, y te está gustando mucho la casa... ¿eso significa que podríamos vivir aquí los dos juntos en el futuro? —preguntó, como quien no quiere la cosa.

Mi corazón dio un salto. Solo imaginarme un futuro con él, viviendo juntos, hacía revolotear las mariposas en mi estómago. Vaya, que si podríamos... Ojalá pudiéramos hacerlo ya.

—Viviría contigo en cualquier sitio, pero este me gusta bastante, sí —concedí, y traté de tragarme la sonrisa.

—¿Bastante? ¿Qué crees que necesita para que sea tu lugar favorito en el mundo, aparte de que yo me quite los pantalones?

Solté una risita y di un sorbo a mi botellín sin dejar de mirarle a los ojos mientras paseaba la yema del dedo índice por su cuello.

—¿Sabes qué es lo que necesita esta casa? —Alzó las cejas, instándome a responder mi propia pregunta—. Montar la otra habitación para tu hermano y Zack.

Se quedó perdido en mis ojos por un par de segundos, en silencio, mirándome como si yo fuera una criatura desconocida hasta el momento y extremadamente especial.

—Eres perfecta, princesa —murmuró, muy serio—. No vuelvas a preguntar nunca por qué te quiero... Es bastante obvio el porqué.

Acaricié su nariz con la mía y después me aparté un poco escondiendo la mirada. Seguro que hasta estaba un poco roja por la intensidad de su declaración.

—¿Tú dónde vivirías conmigo, Cameron? —pregunté para rebajar la tensión romántica y poder terminar nuestras cervezas sin abalanzarme sobre él y comérmelo a besos.

—En cualquier lugar del mundo, donde tú quisieras —aseguró al instante, entrando en mi juego.

—¿En Alaska? —Probé con lo primero que se me ocurrió.

—Le compraría a *Vodka* un abrigo de piel de Malamute y la entrenaría para las carreras de trineos —planeó, en tono de guasa—. ¿Qué te parecería que me ganara la vida como *musher*?

Fingí pensar en ello, dándome unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice.

—Ganarías bastantes puntos para ser el hombre de mi vida.

—Ya lo soy —alardeó.

Me aparté a un lado, jugando, cuando se inclinó para besarme de nuevo.

—No aguantarías el frío de Alaska, de todas maneras, eres demasiado friolera, te pasarías los días leyendo envuelta en una manta junto a la chimenea, llorando porque se te están congelando los deditos al pasar las páginas —se burló de mí.

—Leer al lado de la chimenea, ¿eh? ¿Cuándo dices que nos mudamos?

Sonrió de medio lado ante mi tono entusiasmado.

—Para eso está la casa del lago... —me recordó.

—Podríamos vivir en el lago Tahoe.

—Perfecto. Me montaría un negocio de actividades de escalada —planeó.

—¿Vas a decir que te parece perfecto cualquier sitio que te proponga? —adiviné, con solo una ceja alzada.

Se encogió de hombros, con una sonrisa traviesa.

—Dime, propongas el lugar que propongas, ¿estaríais *Vodka* y tú allí conmigo? —Trató de asegurarse. Asentí un par de veces con la cabeza mientras daba un nuevo sorbo a

la cerveza—. Entonces sí. Cualquier sitio va a parecerme perfecto.

Dejé que me besara, esa vez. Y dejé mi botellín de cerveza a un lado para poder enredar los brazos en torno a su cuello y retenerlo cerca.

—Nepal —murmuré, con los labios aún pegados a los suyos.

—Escalaremos juntos el Everest —respondió, contagiándose la sonrisa, muy cerca de mi boca.

—Vale, mejor no —decidí entonces—. Riviera Maya.

—Montaremos un chiringuito en la playa.

—Japón.

—Estarías sexy con kimono...

—Eres imposible.

—¿Dónde te gustaría vivir, Ash? En serio. Cualquier lugar en el mundo.

Los dos habíamos abandonado ya nuestras cervezas a un lado y sus manos estaban sobre mis caderas y las mías acariciando sus hombros, con su cuerpo de pie entre mis piernas, que colgaban por el borde de la encimera. Muy pegados. Justo como más nos gustaba estar. Como no podíamos evitar estar cada vez que estábamos juntos.

—¿Sabes? Va a sonar muy cursi y muy a frase hecha, pero la verdad es que mi casa está en cualquier sitio en el que estés tú —murmuré.

Clavó ese maravilloso verde en mis pupilas de una manera muy intensa durante un par de segundos, antes de hablar.

—Qué ñoña eres, Ash —se burló, y tiró de mis caderas para acercarme aún más a su cuerpo—. Pero resulta que yo

también lo soy, porque mi casa eres tú.

—Qué suerte la nuestra, entonces —susurré, con mi nariz rozando la suya.

—Sí... —Me levantó de la encimera y cargó con el peso de mi cuerpo, haciendo que tuviera que rodear su cintura con las piernas para asegurar mi postura—. ¿Sabes lo que significa esto, princesa? Que tú y yo, juntos, somos un maldito caracol.

Solté una carcajada muy alta. Justo como solía hacer él a menudo. Qué idiota era. Y cómo me encantaba lo idiota que era. De verdad. Se rio conmigo y el sonido de nuestras risas entremezcladas llenó la estancia por completo.

Lo supe justo en ese momento: quería que fuera así el resto de mi vida. Lo tuve más claro que nunca: no importaba en absoluto dónde, cualquier lugar donde sonara la risa de Cam sería el lugar perfecto.

10

Cam

Fuerzo mi resistencia aún un poco más mientras oigo el golpeteo rítmico de mis zapatillas contra el suelo, sin perder de vista a *Vodka*, que corre un par de metros por delante de mí. Me duele respirar y sé que estoy sobrecargando mis músculos más de lo que debería, pero ahora eso es lo único que quiero. Que me duela el cuerpo para olvidarme de otro tipo de dolor menos físico.

He tenido que salir a correr. Me habría hecho falta muchísima fuerza de voluntad para evitar lo que pasó anoche, y tengo claro que, cuando se trata de ella, a mí de eso no me sobra. Solo quería que ella se quedara conmigo, entre mis brazos, y no volviera a irse nunca. Creo que intenté decir algo, pero ella replicó con un «No digas nada, por favor. Solo abrázame». Así que lo hice. Porque soy un calzonazos. Bueno, por eso y porque echaba de menos tenerla a mi lado, piel con piel. Porque me moría porque se quedara a dormir conmigo. Porque en ese momento ya fui plenamente consciente de lo que creía no haber avanzado en los seis meses pasados: pensaba que no la había

olvidado ni un poquito, pensaba que no me había desenamorado de ella para nada... Pero es que anoche perdiéndome en su cuerpo y en sus ojos, sucedió: me enamoré otra vez.

Y ahora corro cada vez más deprisa y me intento convencer de que es por mantenerme en forma, cuando en realidad estoy huyendo. He huido de despertar envuelto en su olor y tardar unos cuantos segundos en recordar que eso ya no me pertenece. He huido de su cuerpo caliente buscándome bajo las sábanas para pegarse más a mí, en cuanto yo me he movido. He huido de su imagen, dormida en mi cama, con el pelo invadiéndome la almohada y su piel en contacto con mi piel. Pero, en realidad, no he huido de todo eso. He huido de lo que va a venir después. Del «esto no puede volver a pasar», del «no quiero que nos hagamos más daño», del «te quiero, pero...». *Pero*. Putos peros. Un «te quiero» nunca debería ir seguido por ellos. Jamás.

Voy atento a cualquier cosa menos a lo que estoy haciendo y por eso me tengo bien merecido el tropezar con una rama y caerme al suelo en medio del bosque.

—Mierda —mascullo, y me froto el arañazo que acabo de hacerme en la rodilla.

Muevo el cuerpo para quedar sentado y trato de recuperar el aliento. *Vodka* vuelve sobre sus pasos al ver que no la sigo y se acerca muy rápido a lamerme la cara, como si estuviera preocupada por verme en el suelo.

—Estoy bien —digo mientras la acaricio para calmarla—. Estoy bien, chica.

Creo que no está muy convencida de que eso sea verdad. Y tiene razón, claro, pero no es por la caída. *Vanessa* tenía

razón. Y he hecho justo lo contrario a lo que le prometí que haría. No he tenido cuidado. Ni un poquito. Y lo peor de todo es que me da igual. Que, si volviera al momento en que Ashley se metió en mi cama anoche, haría exactamente lo mismo. Lo malo siempre es la mañana siguiente. Y no sé por qué no paro de darle vueltas a lo que pensará Ash cuando se despierte sola en mi cama. Y me siento culpable... En serio. Me siento fatal por no estar ahí, rodeándola con mis brazos cuando despierte, diciéndole que lo de anoche fue especial, pidiéndole que se quede esta vez. Ya vale. He hecho lo que único que podía hacer. No quedarme esperando a que sea ella la que se largue corriendo una vez más. Porque esta historia ya me la sé.

Me pongo en pie de nuevo y cambio el rumbo para bajar hacia la orilla del lago y volver por allí a la cabaña. El sol empieza a calentar y la carrera me ha hecho sudar, así que me quito la camiseta y las zapatillas y me meto a darme un baño. Nado durante un rato mientras *Vodka* me ladra desde la orilla, metiéndose al agua y volviendo a tierra varias veces para instarme a salir, como si eso fuera a funcionar.

Cuando llego a casa ya llevo fuera unas dos horas, porque he alargado la vuelta, solo para intentar posponer esto lo máximo posible.

Emily y Vanessa están en el porche hablando, pero la morena pone su cara más seria y echa a andar hacia mí, en cuanto me ve, para interceptarme en mitad del jardín.

—¿Ha dormido contigo?

Hago una mueca e intento seguir andando, porque bastante tengo ya con lo mío como para tener que aguantar una bronca de una amiga que se mete donde nadie la

llama. Pero ella se mueve para plantarse de nuevo delante de mí, cuando trato de esquivarla.

—Buenos días, guapa —digo, irónico, antes de rendirme y mirarla a la cara.

—Ashley ha dormido contigo, ¿no? —insiste.

—¿Y dónde creías que estaba, si no? —gruño—. Gracias por el beneficio de la duda, de todas maneras.

Vanessa suspira y niega con la cabeza. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos están cargados de pena. Ya está pensando en el pobrecito Cameron, al que le van a dar calabazas una vez más. Al que van a volver a decirle eso de «No eres tú, soy yo». Sí, eso de «Es mejor para los dos».

—No, Cam. No tenía que haber pasado esto. No tenías que haber dejado que pasara. Ahora va a complicarse todo —habla muy rápido y visiblemente nerviosa—. Te dije que tuvieras cuidado. ¿Y qué has hecho tú? Tenías que mantenerte alejado, y largarte y no volver a tener contacto con ella. Era más fácil así. Ahora te vas a hacer daño.

Se muerde el labio, como si no quisiera hablar ni una palabra más de la cuenta. Es como si se creyera que yo ya no me acuerdo de qué va esto. Como si se considerara más experta en mi dolor que yo mismo.

—Oye, ya sé lo que hay, ¿vale? Y esto no es cosa tuya —le recuerdo, un poco cabreado—. Tampoco te creas que soy tan imbécil. Ya sé que las cosas siguen como siempre.

—No. —Mi amiga me corta a mitad de exposición, en un tono muy firme—. No, Cam, ese es el problema. Que esta vez no es como siempre. No es como siempre. Y estoy viendo el golpe que te vas a dar y no puedo hacer nada para frenarte.

Niego con la cabeza y doy un paso a un lado para poder esquivar su cuerpo y dirigir mis pasos hacia la casa de una vez.

—Déjame que libre yo mis propias batallas, ¿quieres? — pido, molesto.

Le doy los buenos días a Em, seco, cuando paso por su lado, y ella responde en un tono precavido, como si temiera despertar mi mal humor. Oigo voces en la cocina mientras atravieso el salón, pero no me acerco allí a saludar. Creo que son solo Tyler y Scott, por lo que puedo escuchar. Subo las escaleras corriendo. Necesito darme una ducha. La puerta de mi habitación está entornada, no cerrada. Cuando entro no queda ni rastro de Ashley por aquí. Es como si lo de anoche nunca hubiera ocurrido.

Me doy una ducha y me visto, antes de hacer la cama y arreglar un poco la habitación. Mejor que no quede ni una huella de lo que pasó aquí hace solo unas cuantas horas.

Pero lo que pasó aquí anoche está avanzando por el pasillo hacia las escaleras que bajan cuando salgo de la habitación. Y para su avance de golpe y me mira y se muerde el labio, mientras yo me siento incapaz de reaccionar, como congelado, ahora que estamos frente a frente.

Me está mirando con su cara de culpabilidad. Con esa expresión de «No sé muy bien cómo te va a sentar esto». Con la cara de «Tenemos que hablar, Cameron». Y a mí no me hace falta, de verdad. Ya me sé el discurso. Tengo ganas de decir que no se preocupe, que se lo puede ahorrar. Pero, en vez de eso, no digo absolutamente nada. Le doy la

espalda y me voy escaleras abajo. Por una vez, el orgulloso voy a ser yo.

—Cam. —La oigo llamarle a mi espalda, con la voz afectada, como si no tuviera fuerza para hablar con más firmeza.

Todos los demás ya están en el jardín cuando salgo. Alguien ha preparado un montón de cosas para desayunar y charlan sentados alrededor de la mesa, de buen humor y con sus tazas de café delante.

—Hay café y leche aquí, Cam —indica Scott.

Han sacado un par de tazas de más, para Ash y para mí.

Rodeo la mesa para sentarme en el sitio que queda libre a su lado y me sirvo un café antes de que ella aparezca en escena. Da los buenos días en voz baja, como si fuera una chica muy tímida en una reunión de desconocidos, en vez de estar con sus mejores amigos. El sitio que queda disponible está prácticamente frente a mí y puedo notar cómo sus ojos estudian mi rostro de tanto en tanto mientras da sorbos a su propia taza, callada. Yo pongo todo mi esfuerzo en hacer como que no me doy cuenta. En fingir que la ignoro. Las palabras de Vanessa se siguen repitiendo en mi mente, aunque sean lo último que me gustaría escuchar. Un parte de mí también me está advirtiendo del golpe que voy a pegarme. No va a ser bonito.

—Ayer en la puerta de la farmacia había un cartel que decía que esta noche hay monólogos en el bar del hotel. ¿Os apetece que vayamos? —propone Mia mientras se extiende mermelada en una rebanada de pan tostado—. Tenían buena pinta, ¿verdad, Ash?

—Eh, no sé. Sí, supongo —dice ella, distraídamente.

Mia la mira un momento con el ceño levemente fruncido, pero luego parece decidir que no merece la pena luchar contra sus rarezas desde principio del día, y sigue contándonos al resto lo que decía el cartel del espectáculo.

—A mí me parece bien —aseguro, más por demostrarle a Ashley que me importa muy poco lo que pasó ayer y que puedo seguir divirtiéndome y haciendo planes como si nada, que porque realmente me apetezca—. Pero hasta entonces, yo me voy a ir a escalar. No contéis conmigo para la comida. ¿Te quieres venir, tío? —pregunto a Scott, que es el único de los presentes al que le gusta la escalada.

—Claro.

—Eh, eh. ¿Dónde piensas llevarlo? —protesta Emily—. Mira que no me viene nada bien que se me mate ahora.

Yo suelto una carcajada. Una de verdad. Bueno, si aún soy capaz de reírme creo que es que sobreviviré a esto. Ha habido veces que no podía decir lo mismo después de una noche así con Ash.

—No te preocupes, Em. Pensaba ir a la pared más cercana. Es bastante facilita.

Mi mirada se cruza un solo segundo con la de Ashley y ya se me sube el nudo a la garganta. A ella también la llevé a hacer esa subida, una vez. Y la verdad es que no es tan fácil como quiero que Emily se crea. Espero que Ashley sepa mantener la boca cerrada. Ahora mismo no queremos preocupar en exceso a Em y tiene el umbral de la preocupación un poco distorsionado.

—Si no vuelve de una pieza, te haré responsable —me amenaza la novia de mi amigo.

—Tranquila. Si no vuelve de una pieza, ya me iré yo a vivir contigo —bromeo, y le guiño un ojo.

—Ah, sí, y... ya sabes —insinúa, como si se acabara de dar cuenta de lo que iba a soltar en voz alta.

—Sí —confirmo—. Si Scotty no vuelve, yo me encargo.

—Te tomo la palabra. —Sonríe, fingiendo coquetear—. Pues nada, cariño, ya te puedes ir —habla con Scott—, y tampoco hace falta que te esfuerces en agarrarte mucho, ¿eh?

Scott protesta y nosotros dos nos reímos de él.

Luego miro a Ashley, porque aún quiero demostrar que estoy perfectamente bien con todo esto. Que estoy mucho mejor de lo que realmente estoy. Mucho mejor de lo que ella se piensa.

—Ash, ¿te podrás encargar de darle de comer a *Vodka*?

Scott y yo no volvemos a casa hasta media tarde. Y ya me siento un poco más centrado, más conectado con mi parte racional, con las cosas más claras. He tenido que obligarme a ello, claro. Pero el caso es que esto es lo único que puedo hacer para proteger mi corazón. Ser yo esta vez quien diga que así es mejor para los dos es la única manera que tengo de amortiguar levemente la caída.

Nos encontramos a Tyler a punto de subir las escaleras, cuando nosotros entramos al salón.

—Eh —saluda—, voy a acercarme al pueblo un momento a comprar tabaco y cervezas para la cena, que ya empiezan a escasear. ¿Necesitáis algo?

Tanto Scott como yo negamos con la cabeza y él sigue su camino, supongo que a coger su cartera y las llaves del coche.

Y la siguiente persona a la que veo es a Ashley. Está de pie en la puerta de cristal que da al jardín, como si no terminara de decidir si es buena idea entrar. Scott me da una palmada en el hombro para llamar mi atención.

—Voy a decirle a Em que he vuelto con vida. No vaya a ser que esté empezando a hacerse ilusiones —bromea.

Sonríó de medio lado, pero no digo nada. Y, en cuanto él pasa por al lado de Ash y le da un apretón suave en el brazo, ella parece activarse con el contacto y camina hacia mí, decidida.

—¿Podemos hablar?

Intento evitar sus ojos, porque eso solo va a conseguir ponerme las cosas difíciles. Le doy la espalda y camino hacia la cocina, en busca de un vaso de agua que en realidad ni siquiera me apetece.

—Yo creo que no hace falta —le respondo, por encima del hombro.

Pero ella me sigue. Entra en la cocina detrás de mí y cierra la puerta y se apoya en ella, como si así fuera a conseguir retenerme en el caso de que yo quiera largarme.

—Cam... —dice mi nombre con la voz aterciopelada—. Oye, anoche...

—¿Anoche qué, Ash? —gruño, cortándola—. Creía que estas cosas nosotros las olvidábamos a la mañana siguiente, ¿no?

Aparta la mirada y la clava en el suelo, antes de volver a hablar:

—Lo siento.

Mierda, ya empieza.

—No lo sientas, tampoco estuvo tan mal —suelto, irónico. Estoy harto de ser siempre el que se arrastra de entre nosotros dos.

Se está mordiendo el labio cuando vuelve a mirarme. Y se tiene que estar haciendo daño, seguro, pero eso a mí ya no debería importarme.

—No. Claro que no estuvo tan mal —replica, molesta—. Cam..., yo... no quería hacer esto así, sé que no paro de cagarla contigo, pero es que..., no lo sé..., te he echado muchísimo de menos y a lo mejor...

¿A qué está jugando? Dice que me ha echado de menos y yo ya siento avispas asesinas agujereándome el estómago, haciendo un ruido ensordecedor. ¿Qué se supone que significa esto?

—No quiero repetir esto otra vez —le advierto, antes de que empiece con el rollo de «te quiero, pero...» que tanto le gusta. Como diga eso, me muero, de verdad.

Prefiero no volver a escuchar un «te quiero» si luego va a marcharse otra vez. Eso solo lo va a hacer más difícil.

Frunce el ceño, mientras estudia mis ojos. Parece muy triste. Dolida. Como siempre. Esta vez intento que eso no me ablande hasta deformarme. No me lo puedo permitir.

—¿Tú ya te has olvidado de mí? —Vuelve a hablar, y suena más como una afirmación que como una pregunta.

No digo nada, solo le sostengo la mirada. No hablo, porque sé que no seré capaz de mentir en voz alta, pero tampoco quiero decir la verdad. No quiero ser el que se arrastre, como siempre. No quiero ser el que se queda

llorando mientras ella sale por la puerta. Creo que me lo debo a mí mismo.

Me da la impresión de que está a punto de llorar. No me da tiempo a descubrir si es cierto. Se da media vuelta y sale apresuradamente de la cocina. Y a mí me da un pinchazo en el pecho y me siento todavía peor. Peor que si hubiera soltado lo de «mejor olvidar lo que ha pasado», «sigamos cada uno por nuestro lado», o cualquiera de esas cosas. Me duele mucho más pensar que ella puede llorar por mi culpa que ser yo el idiota que se queda llorando a su espalda.

Y ni me da tiempo a pensar. A la mierda el Cam racional. Sí que ha durado poco. Salgo tras ella y la sigo hasta la puerta de entrada principal de la casa.

—¡Ash! —la llamo, a su espalda mientras la veo salir.

Ni siquiera cierra la puerta y aprieta un poco más el paso. Cuando llego allí, la veo correr hacia Tyler, que ya se está montando en su deportivo.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta, pero no espera la respuesta antes de abrir la puerta del copiloto y montarse.

Tyler cruza una mirada conmigo, y yo le pido sin palabras que me dé dos minutos para poder hablar con Ash. Pero él se monta tras el volante y arranca, poniéndose de su lado esta vez. Se alejan rodando en el coche antes de que a mí me dé tiempo de hacer o decir nada más.

Puto Sparks. Tampoco podía esperarme mucha más lealtad por su parte cuando Ash está en medio de los dos.

It's nice to have a friend

Dos años y cinco meses antes...

Atravesé las puertas de cristal que daban acceso a la comisaría, un poco cabreado. No podía creer que tuviera que estar haciendo aquello. Yo no debería estar allí, no. Donde yo debería estar era en el maldito aeropuerto de Portland, esperando para coger un vuelo a Chicago para ir a visitar a mi novia. Allí era donde debería haber estado. Y donde quería estar. Y lo peor de todo era que ya era la segunda vez consecutiva que tenía que decirle que no podía ir a verla. Y la segunda vez que mentía respecto a las verdaderas razones de mi plantón. Y no me gustaba nada tener que hacerlo.

—Buenos días —saludé al agente uniformado que me miró con curiosidad desde el otro lado del mostrador—. Vengo a pagar la fianza de Tyler Sparks.

Me miró de arriba abajo por un momento. Luego estiró el brazo y cogió una carpeta abultada, para empezar a rebuscar entre los expedientes que contenía.

—Sparks... Aquí está. Carreras de coches ilegales. Parece que la policía es más rápida que esos coches trucados, ¿eh?

Me pareció que eso pretendía ser un chiste, pero no le dediqué ni una mísera sonrisa. Saqué el dinero que debía

entregarle y se lo tendí. Mientras lo contaba no pude evitar hacer una pregunta:

—¿Había bebido?

Me miró de nuevo y alzó una ceja. Luego regresó la vista a sus papeles y pasó la hoja de la que había leído antes el delito para poder ver algo más.

—Negativo en alcohol y drogas.

Respiré de nuevo, aliviado. Por lo menos el muy idiota no había roto su regla de las tres cervezas, ni había vuelto a esos viejos malos hábitos de cuando no se quería mucho a sí mismo. Últimamente había dejado de quererse bastante otra vez.

—Ahora mismo lo sacarán. Puede esperar ahí.

Señaló unas sillas de plástico que había ancladas a la pared, cuando hubo terminado de contar mi dinero. Retrocedí unos cuantos pasos y me retorcí las manos, nervioso. No sabía qué decirle a mi amigo. Porque yo estaba muy cabreado, pero a lo mejor echarle una buena bronca no era lo mejor, tal y como estaban las cosas en su vida. Me habría gustado poder pedir la opinión de Ash sobre esto. Seguro que ella habría sabido qué hacer, qué era lo mejor. Ella siempre sabía esas cosas mucho mejor que yo. Pero Tyler había pedido «No se lo digas a nadie, por favor», y yo había entendido perfectamente que eso significaba «a nadie, y a ella mucho menos», aunque eso no lo llegara a decir en voz alta. Y, aunque no quería reconocerlo ni ante mí mismo, yo tampoco quería decírselo, en realidad. No quería que ella estuviera preocupada por Tyler. No quería que ella pensara en él para nada. A lo mejor después de casi dos años juntos yo ya debería haber superado todo eso

de que ella una vez hubiera estado loca por mi mejor amigo, pero es que no. No conseguía superarlo. Odiaba que ella se preocupara tanto por él. Sí, era mejor para todos que no se enterara de nada de todo esto.

El problema era que eso me impedía contarle la verdad sobre lo que era tan importante como para dejar de ir a Chicago por segunda vez en lo que iba de mes. La vez anterior no tuve que ir a sacar a Tyler de la cárcel, pero también la dejé plantada a ella por ir a Los Ángeles a ver a mi amigo. Porque la señora Sparks me había llamado para decirme que estaba muy preocupada. Desde la muerte de su padre, apenas dos meses antes, él no estaba pasando un buen momento. Eso era normal, claro. Lo que no era normal era todo lo que podía llegar a hacer Tyler Sparks cuando no pasaba por un buen momento.

Lo vi salir por la puerta que quedaba justo frente a mí. Iba completamente vestido de negro, con la cazadora de cuero en la mano. Sonrió de medio lado al verme y terminó de acercarse al tiempo que yo me ponía de pie para recibirlo. Tenía ganas de matarlo, es verdad, pero también estaba preocupado por él.

—Eh, tío, gracias por venir.

Lo dijo con un tono de voz suave, como siempre que buscaba disculparse y le costaba encontrar las palabras. A pesar de su aspecto de tío duro, pude adivinar su grado de vulnerabilidad, muy elevado para lo que era normal en él. Solté una especie de gruñido, pero di un paso al frente y lo abracé, dándole una palmada fuerte en la espalda. Correspondió a mi abrazo inmediatamente, como si le hiciera falta un poco de afecto desde hacía días.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Estoy bien —aseguró, se separó y dio un paso atrás para mirarme a la cara.

—Eres ungilipollas.

—Este es mi Cam —soltó, burlón, con una sonrisita, y me dio una colleja suave empujándome hacia la salida—. Te invito a una birrita por las molestias.

—Déjate de tonterías y devuélveme mi dinero —bromeé.

Señalé el coche que había alquilado en el aeropuerto en cuanto salimos a la calle.

—Hasta los veintiuno no dispondré de todo lo que me dejó el viejo, ¿te importa esperar?

Me limité a hacer una mueca. Porque sabía que solo hacía referencias de ese tipo acerca de su padre porque le dolía demasiado hablar de él de cualquier otra manera. Puede que hubiera tenido sus más y sus menos con su padre adoptivo a lo largo de toda su vida, pero no tenía ninguna duda de que Tyler quería a ese hombre mucho más de lo que jamás reconocería. A lo mejor no haber llegado a decírselo nunca era gran parte de lo que lo atormentaba en los últimos dos meses.

—Antes de la birra creo que será mejor que pasemos por tu casa y te des una ducha.

Se acomodó en el asiento del copiloto y levantó el brazo para acercar la nariz a su axila.

—¿Por qué? ¿Huelo a cárcel? —siguió bromeando—. Tampoco he estado tan mal. Esto de la trena no es tan malo como lo pintan...

—Vale —corté, y apagué el motor que acababa de arrancar. Me giré hacia él en el asiento para mirarlo muy

serio—. No es gracioso, Tyler. No es algo sobre lo que hacer coñas. ¿Qué cojones se te pasa por la cabeza? ¿Te das cuenta de que con un historial delictivo no te van a dejar ni acercarte a los chavales con los que dices que quieras trabajar en el futuro? ¿Para qué estás estudiando, si no?

Apartó los ojos y se quedó serio, mirando por la ventanilla.

—Lo sé. Ya lo sé —reconoció, a media voz—. Me dejé liar, un colega había puesto mucha pasta y...

—¿Es que no has tenido bastante con lo del mes pasado?

La vez anterior, cuando estuve aquí, aún llevaba el brazo en cabestrillo. Su brazo bueno, el que todos alababan, ese con el que hacía sus mejores pases. Nos había vendido a todos que no podía jugar lo que quedaba de temporada con el equipo porque se había lesionado. Pero yo ya había terminado por descubrir que no fue así. No, qué va. Se lo partieron un par de tipos a los que acababa de ganar mucho dinero en una partida de póker. Y ahora esto. Yo estaba preocupado por el alcohol y por las drogas y ahora resultaba que por lo que iba a tener que preocuparme era porque mi amigo tuviera problemas con el juego. Y el pronóstico de ese brazo no era muy bueno. Las últimas recomendaciones del médico habían sido que no volviera al fútbol americano. Lo único que le faltaba ya para hundir un poco más su vida.

—Dame un respiro, tío —exigió de malos modos—. Sé lo que estoy haciendo. No va a volver a pasar. Tampoco soy tan gilipollas.

—Lo pareces —acusé, sin aflojar mi tono—. Sé que no lo estás pasando bien. Lo entiendo, es normal. Pero estás enfocando mal las cosas; hacer el capullo así no va a

conseguir que duela menos y vas a complicarte mucho la vida.

—Tú no tienes ni idea —escupió, y se encogió en el asiento, como si así pudiera protegerse de mis palabras.

—Pues no. Tienes razón, no la tengo. Pero está claro que tienes que encontrar otra manera de canalizar esto porque la que tienes ahora mismo no está funcionando demasiado bien.

—Si necesitara un psicólogo habría llamado a Ashley —gruñó entre dientes.

—Muy bien —repliqué en el mismo tono.

Arranqué el motor y conduje en silencio, poniendo rumbo a su casa.

Ninguno de los dos volvimos a abrir la boca hasta que estuvimos en su piso. Yo ni siquiera estaba enfadado. Estaba frustrado. No tenía ni idea de cómo ayudarle.

—Tío... —empezó, mientras se acercaba a mí con cara de circunstancias.

Pero yo no necesitaba una disculpa. No me hacía falta. Negué con la cabeza y le señalé el camino hacia el baño.

—Date una ducha —insistí—. Luego hablamos tranquilamente.

Pareció estar de acuerdo.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo y lo consulté en cuanto oí cómo cerraba la puerta del baño. Mierda. Tenía una llamada perdida de Ashley. Otra. Porque también había recibido un mensaje avisándome de que me había llamado mientras yo estaba en el avión. Además, me había mandado un par de mensajes. Preguntaba dónde me había metido y qué estaba haciendo.

Tuve que tomarme un momento para planear lo que debería decir. Si me ponía a mentir sobre lo que hacía y dónde y con quién, iba a pillarle enseguida. Pero es que tampoco le podía decir la verdad.

—Ey —contestó al segundo tono—, ¿qué pasa contigo? ¿Estás bien? Me estaba preocupando...

—Estoy bien —me apresuré a tranquilizarla—. Lo siento, he apagado el móvil en clase y luego iba a llamarte y me he encontrado a Steve y ya no me ha dado tiempo a hablar contigo antes del entrenamiento —solté de carrerilla, sin titubear ni un momento en mi mentira.

—Ya...

Me estrujó un poco el corazón oír el tono de su voz. Sonaba muy triste, como si pensara que el hecho de que no la hubiera llamado antes significara que no quería hablar con ella, o algo así.

—Eh, ¿estás bien? —Le devolví la pregunta—. Tú nunca me llamas por las mañanas... ¿Pasa algo?

—No —desmintió enseguida—. No, no pasa nada. Estoy bien. Es solo que me apetecía hablar contigo... Te echo de menos.

Cerré los ojos y asentí, a pesar de que ella no pudiera verme. Me dolía cada vez que la oía decirme algo así con ese tono que ella utilizaba para hacerlo. Me daban ganas de mandar todo lo demás a la mierda y largarme a Chicago con ella, para que no tuviera que echarme de menos nunca más. La distancia era horrible. Y yo no estaba ayudando mucho con eso de no ir a verla nunca últimamente por culpa de Tyler. Pero es que eso no lo podía decir, así que, para ella, en realidad era como si yo no fuera porque tenía

cosas mejores que hacer. Porque me importaba más una práctica estúpida o un entrenamiento. Entendía que ella pensara así, aunque no lo dijera. Y me mataba por dentro pensar en cómo estaría haciéndola sentir.

—Lo sé. Ya lo sé, princesa. Y yo también te echo de menos a ti. Muchísimo —respondí, siendo totalmente sincero—. Me moría de ganas de verte hoy, ¿lo sabes? Siento mucho todo esto. Te prometo que te compensaré.

—No importa —aseguró, pero seguía sonando triste—. No tienes la culpa de que te hayan cambiado la fecha del parcial —me excusó con mi propia mentira—. Pero más te vale estudiar este fin de semana, porque como suspendas voy a enfadarme un montón, ¿te queda claro?

—Sí, señora —me burlé, con una sonrisa idiota en la cara al oír su tono severo—. Te quiero mucho, Ash. No lo olvides, ¿vale?

—No lo olvido, tonto. Yo también te quiero. Te dejo que hagas lo que tengas que hacer, no quería molestarte.

—No digas eso, tú nunca me molestas —la regañé, porque necesitaba que lo tuviera claro—. ¿Qué vas a hacer hoy?

La oí decirle algo a alguien, tapando el micrófono del teléfono y luego enseguida volvió a hablar conmigo.

—Voy a tomar algo con Les, acaba de venir a buscarme a la biblioteca. Dice que no sabe para qué vengo a la biblioteca si, en vez de estudiar, me paso el rato en el pasillo hablando contigo por teléfono —bromeó y yo sonreí al escucharla sonar un poco más alegre. Aunque seguro que solo lo hacía para que su amiga no hiciera muchas preguntas después.

—Pásalo bien. Te llamo esta noche, ¿vale?

—Vale. Dale un beso a *Vodka*.

—Muy bien —concedí, y me levanté del sofá y caminé por la estancia cuando Tyler apareció en escena, con unos pantalones y nada más, secándose el pelo con una toalla, y me miró con una sonrisita pícara y una ceja alzada probablemente al verme sonreír al teléfono—. Y..., Ash... Te juro que la próxima vez que nos veamos haré que sean los mejores días de tu vida.

—Me lo apunto —me picó, al otro lado de la línea—. Hasta luego.

—Hasta luego, princesa.

Colgué el teléfono y suspiré. Mierda, es que ella no lo decía. Ella intentaba aparentar que estaba perfectamente bien y que entendía que le hubiera dado plantón otra vez, a menos de doce horas de viajar a verla. Pero, en el fondo, sabía que estaba dolida. Que estaba intentando tomárselo todo de la manera más racional posible y entenderlo, pero que emocionalmente no lo entendía. Sabía que la estaba cagando con ella. Pero ¿qué podía hacer?

—Lo siento —dijo Tyler a mi espalda. Me sobresalté un poco, casi me había olvidado ya de que estaba ahí—. No quería causarte problemas con Ash.

Me encogí de hombros y me acerqué a él.

—No tenemos ningún problema —dije, aun sin estar seguro del todo—. He tenido que inventarme algo porque tenía los billetes para ir a verla este fin de semana desde hace siglos, pero lo ha entendido.

—Tío, cuando una chica dice que lo ha entendido y que no pasa nada es porque está *muy enfadada* —me picó, con

una sonrisa burlona—. Lo siento, en serio —insistió al verme hacer una mueca—. No tenía a nadie más a quien llamar.

Intentó mantener su expresión de tipo duro, pero no le salió nada bien. Le pegué en el hombro con el puño, suave.

—No me jodas, Tyler, si te metes en un lío *tienes* que llamarle a mí. De lo contrario me ofenderé, te aviso.

Me dedicó una sonrisa ladeada y no necesitó más para que yo lo entendiera. Que me lo agradecía. Que era su hermano. Que me quería. Nosotros nunca decíamos eso con palabras, pero es que no nos hacía falta.

—Está bien. Y yo te aviso de que, si tú te metes en un lío con Ashley, pase lo que pase, yo siempre estaré de su parte.

Lo dijo en tono de broma, pero yo estaba casi seguro de que era verdad. Sabía lo que él había sentido por Ash en el pasado, lo sabía mejor que nadie. Lo que no tenía tan claro era lo que sentía por ella en ese momento. Porque cada vez que hacía una gilipollez, o pasaba algo, él siempre me pedía lo mismo: «Por favor, no le digas nada a Ashley». No a Vanessa, o a Ryan, o a cualquiera de nuestros amigos. Ni siquiera aquello tan socorrido en la adolescencia de «No le digas nada a mi madre». No, a él quien le preocupaba era mi novia. Que no se enterara de que él seguía siendo un imbécil muchas veces, que no la preocupáramos con sus malos momentos, que ella pudiera creer que ya había conseguido ser el hombre que siempre quiso ser. Y yo sabía que, todo eso que siempre había querido ser, lo había querido ser *por ella*. No sabía si eso había cambiado. El tema de Ashley era tabú entre nosotros dos. Era la única

manera de poder seguir manteniendo intacta nuestra amistad.

Y, si quería que siguiera siendo así, eso era lo que debía seguir haciendo.

—Vamos a dar una vuelta —animé—. Te recuerdo que me debes una cerveza.

11

Ashley

Me paso los dedos por debajo de los ojos para asegurarme de que no estoy derramando ni una sola lágrima. No quiero montar un espectáculo ahora. Pero es que duele. Y lo peor es que la culpa es mía. Que me lo tengo bien merecido.

Ha dolido despertar en su cama solo para encontrar su lado vacío. Anoche sentí tanto amor entre los dos que llegué a pensar que era imposible que no hubiera una forma, por retorcida que fuera, de arreglar esto. Tiene que haberla, ¿no? Tiene que existir. El amor puede con todo. Siempre me había gustado pensar eso. Que no importa lo que pase. Que no importa la distancia o el tiempo. Que si dos personas se quieren de verdad, están destinadas a estar juntas y volverán a encontrarse en algún punto, tarde o temprano. Pase lo que pase. Eso lo dijimos muchas veces. Yo siempre lo pensé.

Pero nadie te avisa de que los cuentos de hadas son eso... cuentos. Y nadie se atreve a decirte que las novelas o las películas solo terminan bien porque son ficción. Que, en la vida real, las personas crecen. Y que el hecho de que tú

sigas queriendo a alguien con toda tu alma, no quiere decir que a la otra persona vaya a pasarle lo mismo. Lo del tiempo lo cura todo no se aplica solo a ti. Cuando rompes con alguien hay dos lados de esa historia que buscan salir adelante como pueden. Y, en ese camino, te pierdes y tropiezas y, si no tienes cuidado, caes a lo más profundo. Si no buscas ayuda, te ahogas nadando en la dirección equivocada. Si te empeñas en que tienes que ser fuerte, acabas por partirte en dos. Si ignoras las señales y te escondes del mundo, corres el riesgo de no volver a encontrarte jamás.

Yo debería haber sabido todo eso. Y, sin embargo, he acabado haciendo daño a quien menos lo merece por convencerme a mí misma de que podía hacerlo sola.

Y ahora ya está. He sido yo la que ha dicho en decenas de ocasiones que esto se había acabado. Nunca él. Hasta ahora. Y, precisamente por eso, siempre pensé que, si alguna vez había un punto y final de verdad, lo pondría yo. Llevo mucho tiempo intentándolo. He buscado por todos los medios poder seguir adelante. Y, lo peor de todo, es que creo que siempre estuve segura de que no lo conseguiría.

Ni siquiera quería hablar conmigo. Y no me sorprende. Cam siempre ha intentado callarse las cosas que sabía que iban a dolerme.

Me lo tengo bien merecido. Hoy estaba dispuesta a abrir del todo mi corazón, como hace ya mucho tiempo que no me permito hacerlo. Iba a decir que sigo queriéndole como el primer día, que lo único que quiero es estar con él. Que estoy dispuesta a dejarlo todo si es lo que los dos necesitamos. Y también iba a confesarme. A decir toda la

verdad y a suplicar perdón. Y justo entonces el karma me devuelve lo acumulado en los últimos dos años. ¿Ahora sí, después de tanto decir no, Ashley Bennet? Pues ahora te jodes.

Me cuesta respirar. Me quema la garganta como si estuviera a punto de escupir fuego. Me escuecen los ojos, aunque esté tan bloqueada que no sea capaz de llorar ni una lágrima. La imagen de los árboles desfilando a los lados de la carretera está borrosa. Me zumban los oídos y creo que Tyler habla, pero no soy capaz de escuchar.

Me duele. Tanto, que creo que el dolor va a matarme. Nunca había dolido así. Si Cam ya no me quiere..., ¿qué queda de mí? Me siento vacía, como un recipiente roto del que ha escapado todo el contenido.

Necesito parar el dolor como sea.

—Métete por ahí, a la derecha —pido, con un hilo de voz, señalando el desvío que se adentra en el bosque.

—¿Qué?

—Tyler, por favor, ve por ahí.

Obedece. No dice nada más. Reduce la velocidad y sigue la carretera estrecha que yo he indicado, alejándonos de la principal.

Para el coche a un lado, cuando la vía se convierte en camino y la vegetación invade casi todo el espacio disponible. Supongo que no quiere arañar su deportivo con una rama. No dice nada. Desengancha el cierre del cinturón de seguridad, y luego hace lo mismo con el mío, quitándomelo delicadamente. Yo ni lo miro. Ya casi ni siquiera me siento viva.

—Ash —dice, suave, como si se dirigiera a una niña pequeña asustada—, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Qué pregunta tan absurda.

Claro que no estoy bien.

No queda ni un solo resquicio en mí que no esté desgarrado por el dolor, ahora mismo. Ni uno solo.

Necesito pararlo.

Y solo conozco una manera de hacerlo.

Me giro bruscamente hacia él y pego mi boca a la suya, con desesperación. Necesito que me haga olvidar, aunque sea solo por un ratito. Necesito que me deje la mente en blanco, como él consigue hacer.

Reacciona enseguida, poniéndome una mano en la nuca y adaptándose a mis labios. Es todo un profesional en esto de los besos húmedos. Sabe más que perfectamente ya cómo me gusta que lo haga.

Rodeo su cuello con los brazos y me aferro a él, agarrándome a los mechones largos de su pelo y tomando impulso para pasar una pierna sobre su cuerpo y sentarme a horcajadas encima, muy pegada. Toca inmediatamente la palanca que regula el asiento, para moverlo y darnos más espacio entre respaldo y volante. Y yo le muerdo la boca sin preocuparme de si le haré daño, más necesitada que nunca. Por favor, que lo apague. Que me deje en blanco. Que encuentre una vez más ese jodido interruptor.

—Ash —murmura, y me aparta solo un poco—, no sé si es buena idea. Dijimos que no íbamos a hacer esto más aquí, ¿te acuerdas?

Las palabras salen de su boca, pero no parece muy convencido. Es más bien como si me estuviera dando la

oportunidad de recapacitar para que no sea yo la que se arrepienta más tarde.

—No. Da igual. Lo necesito.

Soy consciente de mis palabras, pero ni siquiera reconozco esa voz como mía.

Mis manos van directas a la cintura de su pantalón, para empezar a desabrocharlo. Tyler no me frena, pero vuelve a hablar:

—Vamos, oye —protesta sin mucha convicción—, Vanessa ya sospecha, me vio salir detrás de ti del baño del bar el otro día, y me mira muy mal desde entonces. Ashley, ¿se lo has dicho? ¿Lo sabe alguien?

—No. Solo Em.

Vuelvo a besarlo en la boca, para que se calle de una vez. Y él mete las manos por debajo del vestido y lo levanta hasta mi cintura, permitiendo a sus dedos llegar hasta el sujetador. Luego los aparta y se separa de mis labios, como si le diera calambre.

—No puede enterarse. No quiero hacerle daño a Cam.

—No digas su nombre —advierto, en un tono muy agresivo, cuando siento cómo me desgarra un poquito más las entrañas.

—Ash...

—Cállate.

Me inclino sobre él para besar su cuello y meto la mano dentro de sus pantalones. Y parece que no todo su cuerpo está igual de convencido de que esto no es buena idea. Se deja hacer, pero no se mueve. Y no es eso lo que yo necesito. Quiero que pierda el control y que me toque por

todas partes hasta hacerme perder el sentido y ponerme la mente en blanco. Totalmente en blanco.

—Tyler, por favor —gimo en su oído—, necesito que me folles.

—Me pones muy cachondo cuando dices eso —gruñe en respuesta.

Mete una mano entre mis piernas y aparta la ropa interior a un lado para tocarme. Sus dedos se hunden en mí de golpe y yo doy un respingo antes de soltar un gemido excitado.

—¿Cómo loquieres? ¿Loquieres así? —pregunta, en ese tono pervertido suyo que sabe exactamente cuándo debe utilizar.

—Más duro —pido.

—Joder, Ash, vas a matarme.

Deja de tocarme para inclinarse hacia la guantera y sacar un condón de ahí. El tío lleva preservativos en todas las malditas partes. Se lo tiene muy creído. No pierde nada de tiempo antes de ponérselo. Y soy yo la que lo busca ansiosa y lo hunde en mí, empezando a moverme sobre él, impaciente, completamente fuera de control.

Ni siquiera me quejo cuando me pego un cabezazo con el techo del coche.

—Eh, ten cuidado —dice él, en tono tierno.

Pone una mano sobre mi cabeza y la mantiene ahí para evitar que pueda hacerme daño, pero no deja de embestirme con fuerza, aun así.

A mí no es eso lo que me duele. Y, mierda, no deja de doler. No lo consigo. Es distinto a otras veces. Siento cómo mi cuerpo reacciona, cómo busca más y cómo el placer

recorre mi sistema nervioso, pero, al mismo tiempo, no deja de dolerme el corazón. No paro de ver en mi mente los ojos verdes de Cam, conectados con los míos, anoche mientras él estaba justo encima de mí..., dentro. Esta vez no puedo parar de pensar en él. Y sigue doliendo cada segundo.

Mis propias emociones me desbordan justo después del orgasmo. No ha funcionado. Mi único recurso. Tyler no tarda nada en correrse después de que lo haya hecho yo y sale despacio de mi interior, jadeando bajo mi cuerpo.

Y yo me aparto de encima tan deprisa como puedo y ruedo hacia el asiento del copiloto, abro la puerta de un tirón y salto fuera para alejarme hacia el bosque. Las lágrimas, que antes estaban bloqueadas, corren ahora libres por mis mejillas. Sollozo con fuerza, tratando de volver a respirar.

No importa. No me lo merezco. ¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué no paro de hacer esto? Y ni siquiera sirve. Lo peor es que ya ni siquiera me sirve. Ya no hay nada que me salve. Mis dos mitades penden de un ridículo hilo que está a punto de sucumbir también.

Nunca voy a perdonarme esto.

—¡Ash!

Oigo a Tyler correr detrás de mí, y suena bastante preocupado. Me alcanza cuando yo freno la marcha entre dos árboles, justo en un punto desde donde se alcanzan a ver las aguas del lago. No puedo parar de llorar.

—Vamos —dice él, con mucha ternura—, ven aquí. Anda, ven.

Me rodea con los brazos y pega mi espalda a su pecho para envolverme casi por completo. Intento secarme las

lágrimas, pero esto no me hace sentir mejor, tampoco.

—Tú nunca abrazas después del sexo —le recuerdo lo que me ha dicho en muchas ocasiones, intentando darle un tono burlón.

Tyler baja la cabeza para pegar su mejilla a mi pelo y me aprieta un poco más contra él.

—No. Es verdad —reconoce en voz bajita—. Pero contigo puedo hacer una excepción.

I knew you were trouble

Tres meses antes...

Bebí un sorbo de agua a mitad de mi presentación. Se me estaba quedando la boca seca, y eso que ya no quedaba en mí ni un solo resquicio de los nervios que había sentido al empezar a hablar delante de todo aquel público.

—Si bien no existen dudas de la relación entre la inteligencia emocional y la felicidad en niños y adolescentes, no podemos olvidar que el campo de estudio es amplio y aún nos queda mucho por descubrir. Numerosos autores han destacado la importancia de enseñar a los niños a reconocer e interpretar sus emociones, pero la verdadera clave radica en cómo serán capaces de gestionarlas...

Tanto yo como la mayor parte de mi atenta audiencia tuvimos que echar un vistazo rápido a la puerta de la sala de conferencias cuando se abrió con un ruido seco. Yo me quedé sin habla. Se me disparó el corazón. Y me imagino que los hombres y mujeres trajeados y elegantes que abarrotaban la zona de las butacas se preguntaron por un momento quién era el macarra que buscaba asiento rápidamente en la última fila, como si tratara de librarse de toda la atención que acababa de atraer. Pantalones y

camiseta negros, botas, una cazadora de cuero que le sentaba como un guante. Ese aire de chico malo. Un aura de peligro. Y el pelo rubio más largo que nunca, sus mechones más largos casi lamiéndole los hombros, desordenado. Una sonrisa de medio lado. Un hoyuelo en la mejilla izquierda. Y, probablemente, yo también estaría sin aliento, con mi mente repitiendo en bucle «guau, ¿quién es ese tío?», si no lo supiera perfectamente ya. Tyler Sparks. Guiñándome un ojo.

Creo que hasta carraspeé antes de ser capaz de volver a hablar y retomar mi presentación. Puede que me hubiera puesto un poco roja, pero a la distancia a la que estaba, al menos esperaba que Tyler no pudiera notarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté cuando estuve frente a él, tras arrastrarlo de malas maneras para sacarlo de la sala de conferencias, donde mis colegas tenían que seguir con las presentaciones programadas para el día.

—Menudo recibimiento —respondió, burlón—. Esperaba un poquito más de emoción. Ya sabes, «cuánto tiempo sin verte, Tyler»; «no esperaba verte aquí»; «tienes razón, debería haberte avisado de que venía a Los Ángeles» —siguió dramatizando, con una mueca de reproche al decir la última frase—. Pero somos viejos amigos, así que puedo ahorrarme los formalismos, si es lo que túquieres.

Miré sus ojos avellana por un momento y me relajé enseguida. Si es que tenía razón. Debería haberle dicho que iba a estar en Los Ángeles para un congreso ese fin de semana. Pero había tratado de evitarlo. Como evitaba a Vanessa, o como evitaba a Scott. A cualquiera que yo supiera que hablaba con él habitualmente. Alejarme de

Cameron Parker había sido lo más duro que había tenido que hacer en mi vida. Y aún estaba acostumbrándome a eso de no saber absolutamente nada de él. Ya iban tres meses y medio desde aquella última noche, cuando salí corriendo de su casa del lago, pero aún me costaba morderme la lengua cuando hablaba con Vanessa para no preguntar cómo estaba él. Por eso era mejor evitarlo. Cortar de raíz requería precisamente eso. Y Tyler tenía demasiado que ver con él.

—Lo siento. Solo estoy aquí hasta el domingo y tengo el fin de semana completo con el congreso y...

—No me cuentes historias, Ash —me frenó y yo alcé las cejas, sorprendida por su tono severo—. He cotilleado el programa de tu congresillo en mi camino hacia aquí. Menos mal, casi me pierdo tu conferencia. Has estado genial y ese vestido es muy sexy, si tuviera una profesora como tú seguramente hasta iría a clase —bromeó. Le golpee el brazo con la palma abierta, pero solo conseguí hacerle reír—. Pero la verdad es que he venido a salvarte de tu mortalmente aburrido calendario de charlas. Haz como que me lo agradeces cuando empecemos de nuevo. Ey, Ash, cuánto tiempo —dijo como si acabáramos de cruzarnos por la calle por casualidad.

Se me escapó la sonrisa casi sin quererlo. Y mi cuerpo se movió sin mi permiso para estirarme sobre los tacones y darle un abrazo, colgándome de su cuello. Me estrujó entre sus brazos enseguida.

—Me alegro de verte, Tyler.

Y hasta a mí me sorprendió que mis palabras fueran tan sinceras.

—Esto está mucho mejor —murmuró, se separó de mi abrazo y buscó mis ojos, con una sonrisa traviesa—. Ahora voy a sacarte de aquí y te voy a enseñar lo que es divertirse en Los Ángeles, muñeca.

Y yo no opuse nada de resistencia cuando cogió firmemente mi mano para guiarme hasta la salida del edificio donde tenía planeado pasar todo mi fin de semana. Solo eran las cinco de la tarde del viernes.

Dos horas después estaba riéndome a carcajadas en el asiento del copiloto de su Mustang deportivo mientras él me contaba una anécdota de la última vez que estuvo por las calles que en ese momento transitábamos. No dejaba de alternar su mirada entre la carretera y mi cara, con los ojos escondidos tras sus gafas de sol. Y ya ni le hacían falta, porque era totalmente de noche, pero él decía que en Los Ángeles había que agarrarse al poste en cualquier circunstancia.

Lo primero que habíamos hecho, al escapar de mis responsabilidades como becaria de último año de carrera en el Departamento de Inteligencia Emocional, había sido ir a por un café y tomarlo en plena calle mientras el sol descendía. Luego, Tyler me había llevado al hotel para que me cambiara de ropa y me pusiera algo más cómodo y «más tú», según sus propias palabras. Así que ahora llevaba unos vaqueros rotos ajustados y unas Converse, un jersey gris y una cazadora de cuero granate. Mucho más yo, eso sin duda. Una vez hecho eso, él había preguntado qué me gustaría hacer. Y yo, solo por molestarle, había respondido que pasear en coche por Rodeo Drive, y luego visitar el

Paseo de la Fama. Pero esos eran justo los lugares a los que él me estaba llevando.

Tenía que agradecerle que no hubiera nombrado a Cam ni una sola vez en toda la tarde. Estaba más que segura de que él sabía perfectamente todo lo que había pasado entre nosotros en los últimos meses o, más bien, lo que ya no pasaba y por qué, pero era un detalle que no pidiera mi versión de los hechos. Sí. Todo un detalle.

Así que estaba muy relajada y pasándomelo de miedo con él. Estar al lado de Tyler Sparks era como un soplo de aire fresco en lo que estaba siendo mi vida en los últimos meses y, por un momento muy breve, mientras saltaba de una estrella a otra en el Paseo de la Fama como una niñita emocionada y él me seguía pacientemente, pensé en cómo podrían haber sido las cosas si no me hubiera enamorado de Cameron Parker a los diecisiete años. Si el plan que me propuso el chico de los ojos verdes en su coche un día al salir de clase hubiera salido realmente según lo planeado. Pero el Tyler que me acompañaba esa tarde en Los Ángeles no tenía nada que ver con el Tyler de último año de instituto. Para nada. Si lo hubiera sido entonces, tal vez nunca habría llegado a enamorarme de Cam.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tyler al volver a subir a su coche, ya sin las gafas de sol, con la sonrisa que llevaba pegada desde que me había oído gritar como una loca al creer ver a un famoso que finalmente resultó no serlo.

—Tú lo sabes, y yo lo sé —canturreé a tiempo que meneaba el torso, con una sonrisa traviesa.

—No pienso hacerlo. Ya vale de turismo típico por hoy, Ash.

—Tú has preguntado lo que quiero hacer —recordé, y me encogí de hombros—. ¿Sabes? Me alegro de que hayas venido a secuestrarme al congreso.

—Ya. Yo también me alegro.

Me clavó la mirada. Mierda. Qué guapo era, ¿no? No es que eso debiera sorprenderme. Siempre había sido muy guapo. Muchísimo. Y nunca había dejado de revolotearme un poco el estómago cuando lo tenía demasiado cerca. Solo que, al comparar, siempre había un ganador en cuanto a lo que me hacía sentir. Y, ahora que ese ganador ya no estaba, hasta me estaba resultando frustrante que la emoción que Tyler despertaba en mí no fuera suficiente. Porque no lo era. Y, además, resultaba ser el mejor amigo de mi exnovio. Territorio prohibido. Por mucho que fuera el primer chico que me había hecho pensar que, tal vez, no era tan mala idea seguir los consejos de mis amigas y borrar el pasado a base de polvos despreocupados y plenamente satisfactorios. No podía estar pensando eso de Tyler. De verdad que no. Aparté la mirada de sus ojos avellana rápidamente, pero noté que los suyos seguían fijos en mí, sentados en su coche, pero sin salir del aparcamiento.

—Ash...

—¿Cómo sabías que estaba aquí este fin de semana? —corté lo que fuera a decir, porque tuve miedo de que fuera algo demasiado serio para poder aguantarlo.

—Vanessa me llamó —me contó, y yo giré la cara para mirarlo de nuevo, y alcé una ceja—. Me dijo que le habías dicho que venías a un congreso y que le parecía que no te iría mal un poco de diversión.

—Ya.

Menuda cotilla. No quería hablar con ella de cómo me sentía, pero, de una u otra manera, ella siempre parecía saberlo mejor que yo. Y tenía que pedirle mil veces que no me dijera nada que no quisiera oír, porque estaba más que segura de que ella tenía toda la información muy actualizada de lo que ocurría al otro lado. Le había dicho que estaba perfectamente bien, pero ella iba y le decía a Tyler que me sacara por ahí a divertirme un poco. Aunque, probablemente, no le faltaba razón. Las últimas horas con él habían sido como un perfecto orden dentro de mi caos. Hasta me había olvidado, por un rato, de cómo dolía ser yo en ese momento de mi vida.

—Ash, ¿cómo estás? Quería distraerte y que te olvidaras de todo durante un rato, pero quiero que sepas que también sé escuchar si es eso lo que necesitas.

—Estoy bien —aclaré, demasiado rápido como para que sonara a verdad.

—Sí, me hace gracia cuando decís eso —habló en plural, y solo eso ya me araño el corazón y estuvo a punto de cerrarme la garganta con un nudo.

No. No quería saber cómo estaba Cam. No quería saber que estaba tan mal como yo, eso no iba a ayudar. No quería saber que estaba mejor, porque eso podría matarme. Y si estaba peor... Si estaba peor, entonces debía de ser él el que estaba al borde de la muerte y yo iba a tener que ir hasta Eugene para ayudarlo a sobrevivir. Y ninguna de las opciones era buena. Así que prefería no saberlo.

—Oye, Cam...

—No quiero hablar de Cam —gruñí, mucho más agresiva de lo que quería sonar en realidad, pero es que se me

llenaron los ojos de lágrimas solo con oír su nombre en voz alta y tenía que frenarlo como fuera.

Tyler se quedó en silencio solo un par de segundos. Esperaba que la poca luz no le permitiera ver mis ojos vidriosos.

—Si me dieran un dólar por cada vez que me has dicho eso... —bromeó.

Se me escapó una risa queda y debió de sonar un poco triste, pero Tyler se rio conmigo hasta que acabé por hacerlo de verdad.

—¿Sabes qué? —volvió a hablar, en un tono muy animado —. Que sí, que vale, que cumpliré tus deseos y voy a llevarte al maldito cartel de Hollywood. Pero luego haremos lo que yo quiera, ¿trato?

Me ofreció la mano y yo fingí necesitar pensármelo un poco antes de estrecharla.

—Trato.

Y tuve que agradecerle al maravilloso Tyler Sparks que estuviera dispuesto a distraer mi mente y a cuidar de mí durante un rato más. Aunque no se lo dijera en voz alta.

De camino hasta la colina me habló de cómo le iba la universidad y del trabajo de voluntariado que había empezado con los adolescentes de un centro de acogida de su barrio. Resultaba al final que el rebelde que traía de cabeza a sus padres adoptivos, no paraba de meterse en líos, y buscaba refugio en las drogas y las relaciones destructivas, ahora dedicaba su tiempo libre a acompañar, ayudar y aconsejar a niños y jóvenes como él, para que no cometieran sus mismos errores. Y, sin saber por qué, eso me hizo sentir orgullosa. Muy orgullosa del nuevo Tyler

Sparks. Justo el hombre que yo siempre pensé que podía llegar a ser. Solo me había equivocado en una pequeña cosa, y es que nunca me necesitó a mí para eso.

—Vaya, qué decepción, se ve mejor desde lejos que desde cerca —musité sin atreverme a entrar en el halo de luz que iluminaba las enormes letras del cartel.

Habíamos tenido que dejar el coche unos cuantos metros más abajo y subir iluminándonos con la linterna de nuestros teléfonos móviles. Y estaba un poco decepcionada, la verdad.

—La gracia de venir hasta aquí no es verlo, sino tocarlo, Ash —se burló Tyler, de pie, justo detrás de mí.

Me volví para intentar mirar su cara en la penumbra y hasta me sorprendí, una vez más, de lo alto que era. Tuve que doblar mucho el cuello para mirar sus ojos.

—¿Y eso no es como muy ilegal? —dudé.

—Claro que no —soltó con todo su descaro.

Me cogió la mano y a mí me cosquillearon las yemas de los dedos. Tuve el impulso de apartarla, pero me sostenía con demasiada firmeza para poder soltarme con disimulo y no como si me diera calambre, así que me aguanté. Me llevó hasta el pie de la hache y yo miré hacia todos los lados, nerviosa.

—Venga, empieza a trepar —ordenó.

—¿Estás loco?

—¿Qué? Creí que eras como cinturón negro de escalada a estas alturas —bromeó. Supe al instante que no lo había hecho con mala intención, pero, aun así, fue como recibir una patada en plena boca del estómago. Se dio cuenta a los

dos segundos y casi tartamudeó—: M-mierda. Lo siento, Ash. No quería... Yo no...

Negué con la cabeza y me di media vuelta hacia los hierros, con la decisión dando cuerda a mi lado más temerario. Y me puse a subir.

Me sentí bien en cuanto me di cuenta de lo fácil que era ir ganando altura. Nunca fui muy entusiasta de la escalada, pero tenía que reconocer que había aprendido unas cuantas cosas al respecto. Solo que mi euforia no duró mucho porque, a los veinte segundos, empecé a escuchar el sonido lejano de las hélices de un helicóptero. Cada vez más cerca.

—¡Mierda, Ash! ¡Baja! —me gritó Tyler desde el suelo—. Los del helicóptero dan vuelta para vigilar cada cierto tiempo y como nos pillen aquí vamos a tener un problema. ¡Baja!

—¡Estoy en ello! —le grité de vuelta, irritada por el estrés que me estaba causando.

¿Desde cuándo Tyler Sparks se preocupaba tanto por que le pillaran haciendo algo ilegal? Vivir para ver. Pero yo tampoco quería acabar en el calabozo esa noche. Ni mucho menos. Así que bajé lo más deprisa que pude. Tyler me ayudó con la última parte del descenso y me cogió por la cintura para poner de nuevo mis pies en el suelo.

—¡¿Ahora qué?! —grité para hacerme oír por encima del estruendo de las hélices.

—¿Que ahora qué? ¡Ahora corremos!

Tiró de mi mano y tuve que esforzarme al máximo para seguir su ritmo mientras esprintábamos colina abajo. Estábamos llegando al coche cuando Tyler deslizó algo en

mi mano. ¿Qué...? Las llaves de su maldito deportivo. ¿Es que se había vuelto loco?

—¡Vas a tener que conducir tú! —me gritó, y se dirigió directamente al asiento del copiloto—. Resulta que me he dejado el permiso de conducir en casa. Y ahora hay muchas posibilidades de que nos paren.

Lo dijo en tono de broma, pero a mí no me hizo ni pizca de gracia.

Así que me monté de un salto tras el volante y tuve que darme mucha prisa en ajustar el asiento y asegurarme de que sabía dónde estaba todo antes de arrancar y emprender el camino de bajada, a mucha más velocidad de la que me haría sentirme segura.

Me costó un buen rato darme cuenta de que el helicóptero no nos seguía. Para nada. Ni de broma. Seguro que ni nos habían visto en ningún momento. Y notaba los ojos de Tyler muy atentos a mi cara, así que reduje la velocidad considerablemente. Estaba un poco enfadada. Él parecía muy relajado y eso implicaba que no había estado tan estresado como yo en ningún momento. Sabía perfectamente que no nos perseguía la justicia para hacer caer sobre nosotros todo el peso de la ley. Seguro que se lo había pasado de miedo, disparando al límite mi nivel de adrenalina.

—Eres un capullo —lo insulté cuando hube parado el coche y apagado el motor—. Te juro que se me va a salir el corazón por la boca. ¿Sabes el peligro que puedo ser al volante de un coche como este? Hemos estado al borde de la muerte.

Tyler se rio. Como si tuviera gracia. La verdad era que yo no estaba bromeando. Para nada.

—Pues tengo que confesar que te he mentido —admitió
—. Llevo el permiso de conducir en la cartera.

Me giré hacia él y tuvo suerte de tener tantos reflejos, porque, de lo contrario, le habría golpeado en la cara y no en los brazos. Paró cada golpe mientras se partía de risa.

—Seguro que nunca te habías sentido tan viva. —Trató de hacerme ver el propósito de todas sus malas acciones.

Tenía que reconocer que, al menos, me había hecho olvidarme de todo por un momento. Y eso no era fácil de conseguir.

—Me siento viva, pero estábamos al cincuenta por ciento de posibilidades de esto o de sentirme muy muerta. Así que espero que no se te ocurra volver a buscar emociones fuertes.

Nos miramos en silencio por unos segundos, cada uno girado hacia el otro en su asiento. La penumbra no me dejaba ver si sus ojos querían decirme algo. Pero me sentía bien a su lado. Y, entonces, él rompió el silencio:

—Qué pena. Porque tenía muchas ganas de hacer algo aún más peligroso que dejarte conducir mi coche a toda velocidad colina abajo.

—¿Sí? ¿Más peligroso? Dudo que tal cosa exista —bromeé
—. ¿Y qué es?

No contestó con palabras. Se incorporó en su asiento y se inclinó hasta mí. Sus labios se unieron a los míos, suaves durante un segundo. Luego puso la mano derecha sobre mi mejilla y sus dedos rozaron la parte de atrás de mi cabeza para empujarme hacia él. Profundizó el beso y yo entreabré

los labios, dejándome llevar. No usó la lengua, pero tampoco hizo falta. Atrapó mi labio inferior entre los suyos, sensualmente, antes de separarse un par de centímetros y mirarme a los ojos.

Respiré. Intenté pensar, pero eso ya no pude hacerlo. Lo único que supe con certeza en ese momento, fue que ese beso me había dejado la mente totalmente en blanco. Que me había acallado por completo el dolor. Totalmente. Sin ningún resquicio, sin un foco latente, sin rastro de recuerdos por unos pocos segundos. Me había dejado totalmente en blanco. Y eso era lo que yo buscaba. Justo, exactamente, lo que yo buscaba.

Levanté el culo del asiento para lanzarme hacia él de nuevo, sin ningún atisbo de duda.

Tyler Sparks acababa de convertirse en mi puta morfina.

12

Cam

No sé si los monólogos no tienen gracia, o si soy yo el que no está de humor. Aunque tengo ciertas sospechas. Scott se ha estado riendo bastante, a mi lado. Y creo que las chicas también están disfrutando del espectáculo. Tyler está más o menos como yo, con un botellín de cerveza en la mano al que apenas ha dado dos sorbos.

Al final, hemos venido todos excepto Emily y Ashley. Em decía que le dolía un poco la cabeza y no le apetecía salir. Y Ash se ha dado mucha prisa en decirle a Scott que se fuera por ahí y lo pasara bien, que ya se quedaba ella con su amiga. Creo que lo ha hecho para mantenerse tan alejada de mí como pueda. Lleva así desde que se ha largado en el deportivo del traidor de Tyler. Han tardado muchísimo en volver. Y, cuando por fin lo han hecho, con las cervezas y el tabaco, Ash se ha ido directa a encerrarse arriba, sin ni siquiera cruzar una mirada conmigo. He intentado ir a hablar con ella, pero Vanessa me ha interceptado y me ha puesto las cosas bastante complicadas. He terminado por convencerme de que, si Ash piensa que ya me he olvidado

de ella y eso le duele, no pasará nada porque sufra un poquito más. Creo que primero necesito aclarar bien mis propias ideas para saber qué es exactamente lo que quiero decirle, y conseguir que no suene patético o desesperado. Será mejor que hablemos de esto mañana, cuando los dos hayamos tenido tiempo para dejar enfriar lo que pasó anoche. A veces es bueno reposar los sentimientos antes de soltarlos a bocajarro, ¿no?

Lo que sí he intentado hacer ha sido hablar con Tyler. Primero, para echarle la bronca por ser un pésimo amigo y no haberme dado ni dos minutos para hablar con Ash antes de arrancar su deportivo. Y, segundo, para descubrir si ella le ha dicho algo de todo lo que ha pasado entre nosotros, y si sabe cómo se siente. Pero me ha dado bastante la impresión de que el idiota de mi amigo me rehuía todo el tiempo.

En el descanso del espectáculo me acerco a la barra con Scott para pedir otra ronda de bebidas. Este tío sí que es un amigo de verdad. Me ha preguntado qué me pasaba y si estaba bien una sola vez mientras íbamos a escalar. Le he dicho que no me pasaba nada. Ha dicho «ok». Y luego me ha escuchado cuando por fin me ha dado por soltarle el rollo de lo que pasó anoche entre Ash y yo, y todo lo que se me estaba pasando por la cabeza. Ha dicho algo como que me asegurara de no arrepentirme por no haber hecho lo que realmente quería, o algo así de inexacto y filosófico, y luego me ha dejado meditar en silencio. Ya no ha vuelto a preguntar. Aunque ahora me mira como si estuviera esperando a que yo me decida a contárselo.

Cuando volvemos a la mesa y repartimos bebidas, veo que Tyler ya no está allí. Y mientras el resto hablan en voz muy alta y bromean entre ellos, yo me escabullo entre el gentío y salgo a la calle, a ver si lo encuentro.

No está muy lejos. Como yo sospechaba, tiene un cigarrillo entre los labios y mira hacia la orilla del lago, pensativo. Me acerco por su espalda y le doy una palmada en el hombro al llegar a su altura.

—Eh, tío.

Da un respingo y poco le falta para pegar un bote como si acabara de darle un susto de muerte.

—¿Qué te pasa? —pregunto, divertido.

Me mira con el ceño levemente fruncido, y da un paso a un lado para apartarse un poco de mí.

—Nada. Joder, me has asustado —masculla, de mala gana.

—Bien. Te lo mereces. Debería darte una hostia —apunto, solo medio en broma. Alza las cejas, con sus ojos estudiando los míos—. Por no darme ni dos minutos con Ash y ponerte de su lado tan rápido, haciéndote el héroe salvador con tu deportivo.

—Ah —dice, y esconde su mirada, volviéndola de nuevo hacia el lago—. Sí, supongo que deberías darme una hostia.

Lo dice con ironía, aunque suena un poco amargo, también.

—Sabes que odio hablar contigo de este tema, pero necesito saberlo, así que voy a preguntarlo una sola vez y luego puedes burlarte de mí todo lo que quieras, o mejor podemos hacer como si esta conversación no hubiera

existido: ¿Ash te ha dicho algo? ¿De mí? ¿De lo que ha pasado?

Me da la impresión de que tuerce el gesto, pero ni me mira, así que no tengo muy claro si su expresión dice algo que no quiera decir con palabras.

—La verdad es que Ashley no quería hablar.

Su tono de voz se torna un poco irónico hacia el final de la frase, y yo frunzo el ceño mientras lo observo, pero él no me devuelve la mirada. Sigue fumando en silencio con el gesto muy serio y sumido en sus propios pensamientos.

—¿Te pasa algo? —pregunto.

Se vuelve hacia mí y clava sus ojos en los míos, firme, como si estuviera dispuesto a decirme cuatro cosas bien dichas, a echarme una buena bronca por hacerle daño a Ash, o a pegarme, como he amenazado yo hace bien poco. Nos sostenemos la mirada por solo unas décimas de segundo y él parece deshincharse enseguida, como un perro que agacha las orejas cuando no quiere buscarse problemas con otro, y aparta la mirada unos milímetros escasos.

—Oye, tío... —empieza a hablar, pero es eso lo único que dice, como si tuviera que pensar bien las palabras antes de soltarlas.

Mierda. Eso es que Ash sí que ha dicho algo, ¿no? Algo que le cuesta decirme hasta a Tyler. No es que él sea muy delicado conmigo nunca. Jamás me ha suavizado ninguna mala noticia. Así que tengo miedo de lo que vaya a decir esta vez. Se me acelera el pulso. ¿Y si Ashley ha dicho que lo de anoche fue su peor error? ¿Y si le ha dicho que ya no me quiere? ¿Que nunca va a volver a quererme?

—Tyler, ¿qué...? ¿Qué pasa? Suéltalo de una maldita vez.

Vuelve a mirarme, con cara de muy malas noticias. Con cara de «No sé cómo decirte que he matado a tu gato» o algo similar. Algo chungo.

—Mira, Ashley y...

—¡Qué poco avisáis de que hay cigarrito en el descanso!

Vanessa se nos acerca caminando muy deprisa encima de sus tacones. Tengo ganas de matarla. De matarla o de darle un abrazo, no lo sé muy bien. Porque no estoy muy seguro de querer oír las malas noticias de Tyler. Que Ash le haya dicho algo lo suficientemente malo como para que él ponga esa cara al mirarme es mucho más chungo que si hubiese matado a mi gato. Se me están pasando un millón de ideas por la mente. ¿Y si le ha dicho que está enamorada del tío ese que ha estado viendo últimamente? Es que no sé si quiero saberlo...

Mi mejor amiga se mete en medio de los dos, empuja a Tyler a un lado y le pide un cigarrillo con un tono de mala leche un poco exagerado para una bronca por haber salido a fumar sin ella. Está muy rara. Y Tyler le ofrece tabaco y se lo enciende con su propio mechero, muy servicial, en vez de contestarle con alguna gilipollez, como siempre suele hacer él. Vanessa da una calada y se gira hacia mí. Me echa todo el humo a la cara y yo toso y doy un paso atrás.

—Si no fumas, por favor, no invadas las zonas de fumadores con tus asquerosos pulmones sanos, ¿vale? Scott te estaba buscando.

Me sostiene la mirada unos dos segundos antes de alzar las cejas, instándome a largarme de una vez.

Scott pone cara de ni haberse enterado de que me hubiera ido en ningún momento, cuando le pregunto para qué me buscaba. Vaya con Vanessa. Al final, voy a tener que ponerme serio.

Ella vuelve sola, justo cuando el monologuista está retomando su espectáculo. Tyler tarda bastante más. Cuando llega ni me mira. A Vanessa tampoco. Se sienta en su rincón, a un lado de la mesa y da unos cuantos tragos a su cerveza, mucho más largos que todos los anteriores. No tengo ni idea de lo que acaba de pasar entre mis dos mejores amigos, pero tiene pinta de que no ha sido bonito. Se puede cortar la tensión con un cuchillo, aunque no crucen miradas ni una sola vez.

No me entero de nada en todo el resto del monólogo. Tampoco me importa. Quería dejar enfriar esto, para poder tener las cosas más claras, para poder hablarlo con más tranquilidad y con madurez, para saber exactamente qué es lo más adecuado y lo que necesito decir y cómo debería expresarlo. Pero ahora ya estoy a punto de mandar a la mierda todo eso. Ahora quiero salir de aquí y largarme a casa y plantarme delante de Ash y mirarla directamente a los ojos cuando le pregunte qué es lo que tiene con el *comosellame* ese; cuando le pregunte si está enamorada de él o qué; cuando le pregunte si sigue enamorada de mí y le pida que volvamos a intentarlo una vez más. Porque eso es lo que yo quiero. Eso es lo que no dejo de querer por mucho que me esfuerce. Quiero intentarlo otra vez con Ash. Tantas veces como haga falta. Hasta que salga bien.

No sé qué estoy haciendo aquí. Tengo que volver a casa y hablar con ella de una vez.

Y estoy dispuesto a escaquearme sin decirle nada a nadie, pero Vanessa me intercepta antes de que me dé tiempo a alcanzar la puerta.

—Eh —dice, al plantarse delante de mí cortándome el paso—, mi prima quiere que vayamos a bailar al bar del otro día, ¿no te parece buena idea?

Parece que está leyéndome el pensamiento, y tiene media sonrisa irónica pegada a la cara. Me encojo de hombros, sin mucho entusiasmo.

—Sabes que soy un gran bailarín, pero estoy un poco cansado esta noche.

—A lo mejor estás cansado porque no has dormido mucho hoy, ¿no? —insinúa, con una mueca de desaprobación—. No sé por qué te empeñas tanto en subirte a ese tren, cuando sabes que está a punto de descarrilar.

Ella y sus metáforas. No estoy para esto.

—Mira, sé que estás haciendo todo esto porque estás preocupada por mí, pero quiero que dejes de hacerlo, por favor. Esto no es asunto tuyo.

—No. Puede que no sea asunto mío. Pero como alguien que te quiere y se preocupa por ti, me veo en la obligación de decirte que lo mejor es que dejes las cosas como están, Cam. A nadie le va a venir bien hurgar en la mierda a estas alturas.

Pongo los ojos en blanco. Empieza a agotarme la paciencia.

—Vanessa, ya vale, de verdad. Mira, si tienes algo que decirme, dilo claro. Y, si no, simplemente apártate de mi camino y cierra la boca de una vez.

Hace un mohín con los labios y pone cara de cabreo. Por un momento pienso que va a soltarme cuatro cosas y a dejarme con cara de gilipollas, pero parece arrepentirse enseguida y aparta la mirada, negando con la cabeza.

—Estoy intentado protegerte —dice, en un tono más bajo e inseguro.

—¿Protegerme de qué? No eres mi madre. Y lo siento, pero no tienes ni idea de lo que pasa o no pasa entre Ashley y yo, ni de lo que siento yo, ni, al parecer, de lo que piensa ella. Así que déjame en paz de una vez y, si tengo que estamparme contra un muro, prefiero hacerlo y saber lo que hay antes que irme de aquí a pasar otros seis meses como los últimos, ¿vale?

—Eres un imbécil. Luego no vengas a decirme que no te lo advertí. Ella no se lo merece.

Me jode muchísimo oír eso. Y no sé ni por qué se habrá peleado con Ashley, pero eso no justifica que venga a decirme algo como eso a mí. Ella no tiene ni idea de todo lo que vale la pena Ash, no tiene ni idea de cómo ha sido ella conmigo siempre, de cómo éramos juntos... No tiene nada que decir en esto.

—Vete a la mierda —digo, cabreado.

Paso por su lado y salgo a la calle, sin molestarme en despedirme de nadie. Estoy harto de esto. No sé por qué todo el mundo piensa que tiene derecho a meterse en nuestra relación y a dar consejos y lecciones sobre lo que deberíamos o no deberíamos hacer.

Oigo pasos detrás de mí y me vuelvo, dispuesto a seguir discutiendo, si es lo que hace falta. Pero es Scott y me relajo enseguida al verlo.

—Oye, tío, ¿te vas sin mí? —dice, en tono de broma. Me da una palmada en el brazo—. Dime que te vuelves ya, porque ya te he dicho al salir que quería volverme pronto y no sé si puedo permitirme pagar solo el taxi con todos los gastos que se me avecinan...

Sonríó ante su tono jocoso y sus tonterías.

—Sí, yo te invito al taxi. Venga, vámonos.

—¿Estás bien?

Lo miro y asiento. Pero enseguida digo, sin poder contenerme:

—¿Tú lo sabes? —El pobre pone cara de circunstancias, como si no entendiera para nada la pregunta—. ¿Sabes qué es lo que pasa en la vida de Ash en los últimos meses? ¿Si está saliendo con alguien?

Sonríe de medio lado, como si le divirtiera un poco verme con un ataque de celos.

—No creo que esté saliendo con nadie, Cam —responde—. Em no me ha dicho nada. Y ya sabes lo cotilla que es. Si tiene un rollo, como insinúan las chicas, no creo que sea nada serio. Pero a lo mejor deberías preguntárselo a ella, si tanto interés tienes en saberlo, ¿no?

Me da un codazo suave en las costillas, burlándose de mí. Tiene razón. Ash y yo llevamos estos cuatro días actuando como un par de críos. Lanzándonos miradas y haciéndonos los orgullosos, sin ser capaces de sentarnos frente a frente y hablar claro.

Y me parece que ya ha llegado la hora de hacerlo de una vez.

Voy armándome de valor para enfrentarme a ella y pedirle que seamos sinceros, cuando llegamos a la cabaña.

Pero cuando entramos en el salón, donde se escucha el sonido de una película en la tele, nos encontramos a las dos chicas en pijama y dormidas en el sofá. Están cada una hacia un lado, acurrucadas, y entre los pies de ambas, *Vodka* está hecha un ovillo con el hocico apoyado en la pierna de Ash. La perra levanta las orejas y mueve la cola lentamente cuando me ve, pero no se mueve. Me acerco al ventanal, procurando no hacer ruido, mientras Scott se acerca y se agacha delante de Emily, dispuesto a despertarla para que suba a la cama. Yo abro la puerta corredera y llamo a *Vodka* en voz baja, para que salga a hacer pis antes de mandarla a dormir.

Ashley está preciosa, ahí dormida. Con cara de no haber roto un plato en su vida. No quiero despertarla.

Oigo a Emily protestar débilmente, estirándose, cuando Scott le habla cariñoso, justo delante de ella. *Vodka* sale corriendo y hace un pis rápido antes de volver al interior y seguir mis indicaciones cuando le señalo el camino a la cocina. La encierro allí en cuanto se acomoda en su colchoneta y yo vuelvo a acercarme al sofá. Em ya está sentada, con cara de sueño, y me mira y mira a Ashley, que sigue dormida, sin enterarse de nada.

—Yo no la despierto, que se pone de muy mal genio —advierte—. Mejor la dejamos aquí esta noche.

Se levanta, apoyándose en el hombro de Scott, y se va hacia las escaleras, tan tranquila.

—Sí, claro, tú pasa a otro la patata caliente... —se burla su novio, y luego me mira a mí, con media sonrisa divertida.

—Buenas noches, mañana me contáis qué tal los monólogos —se despide Emily.

Despertar a Ash cuando se queda dormida así es una tarea difícil. Eso no es nada nuevo. Da igual. Tampoco es que quiera despertarla. Parece muy tranquila. Así que ni me lo pienso antes de acercarme y pasar los brazos con cuidado bajo su cuerpo, para cargar con ella y llevarla hasta la cama. He hecho esto muchas veces ya. No me importa tener que hacerlo una vez más.

Enseguida se acomoda y apoya la cabeza en mi hombro, y yo intento mantener mis emociones a raya y no ponerme a olerle el pelo o besarla en la frente, o cualquier cosa parecida de exnovio acosador psicópata. Pero es que lo tengo complicado. Y noto que Scott me vigila a cada paso que doy, y me sigue mientras camino hacia el pie de la escalera.

—¿Vas a llevarla a su cama... o a la tuya? —pregunta, en un susurro burlón.

Lo ignoro. Me adelanta en la subida, dándose mucha prisa.

—Buenas noches, voy a desaparecer de escena, para no coaccionar tu decisión final —decide, en tono de broma.

Y yo estaba dispuesto a llevar a Ash hasta el final del pasillo y dejarla allí, como debería hacer, y luego irme a mi cama. Pero mi cuerpo no me responde y no es eso exactamente lo que hace. Lo que hace es entrar en mi habitación y apartar las sábanas de su lado de la cama, para dejarla allí. La tapo con cuidado y le acaricio el pelo y se lo aparto de la cara, para que no le haga cosquillas y le moleste. Y ella se mueve un poco y murmura algo ininteligible que me suena bastante parecido a mi nombre, pero no se despierta.

Me acomodo junto a ella en el colchón y la abrazo por la espalda, pegándola a mi cuerpo. Se mueve hasta encajar perfectamente con mi pecho, como si ese fuera el orden natural de las cosas. Justo como deberíamos estar. Somos un maldito puzzle perfecto.

Y ya sé que no tengo remedio. Sé que lo he echado todo a perder. Sé perfectamente que he mandado a la mierda de un plumazo los últimos seis meses o, ya puestos, el último año y medio de mi vida. Nunca pensé que pudiera llegar a desenamorarme ni un poquito de Ashley Bennet. Nada en absoluto. Siempre estuve más que seguro de que iba a sentir exactamente lo mismo por ella para siempre, cada minuto de mi vida. Pero es que ahora, en estos días, he vuelto a enamorarme. Del todo. Desde el principio. Y eso significa que las cosas habían llegado a cambiar en este tiempo. No había podido olvidarla del todo. Y a lo mejor es por eso que tengo que volver a intentarlo otra vez. Me siento como si estuviera en uno de esos videojuegos que no guardan tu progreso pantalla a pantalla. Esos en los que, si no consigues derrotar al monstruo final, tienes que volver a repetirlo todo desde el principio. Pero, es que, tratándose de ella, creo que no me importa repetirlo todo una y otra vez. Creo que jugaría todas las partidas que hiciera falta, y que, en la pantalla final, voy a volver a fracasar a propósito, para poder empezar desde el principio y vivirlo todo de nuevo.

Me siento como si la tuviera a mi lado en esta cama por primera vez. Como aquella noche en que ella se coló entre mis sábanas y me preguntó si podía quedarse a dormir conmigo. Con el pulso acelerado. Con el corazón encogido. Con las mariposas aleteando fuerte. Plenamente convencido

de que nunca viviré un momento tan perfecto como tenerla dormida entre mis brazos.

Acaricio suavemente su cuello con la nariz y acerco los labios a su oreja, rozándola con ternura. La siento estremecerse un poco, aún dormida, y cambia el ritmo de su respiración.

No creo que pueda sentir nada como esto por nadie más. Nunca.

Susurro en su oído:

—¿Qué voy a hacer contigo?

The other side of the door

Un año y nueve meses antes...

—¿Qué voy a hacer contigo, Ashley? —gruñí al teléfono, con mi voz probablemente un par de tonos por encima de lo que debería—. No me puedo creer esto, de verdad. Es la boda de mi madre.

—¡Ya sé que es la boda de tu madre! —Su grito me llegó muy claro desde el otro lado, más o menos en el mismo estado de ánimo que yo—. ¿Y qué quieres que haga? Yo no tengo la culpa de que me hayan cancelado el vuelo... ¿O sí? A lo mejor he sido yo la que ha decidido que haya niebla en Chicago hoy —ironizó.

Me paseé de un lado a otro del jardín de la casa de mi madre en Sacramento mientras *Vodka* y *Noa* me seguían con la mirada, tumbadas en el porche. Intenté controlar mi mala leche y mi tono de voz, para que mi madre no me oyera desde el interior de la casa. Iba a disgustarse mucho si se enteraba de que era muy probable que Ashley no llegara a su boda. Y todavía más si oía que estábamos discutiendo por culpa de eso.

—Te dije que cogieras el avión ayer. Deberías haber cogido el vuelo para ayer y no para hoy —recordé, porque habíamos discutido sobre eso unas cuantas veces ya.

Eran las ocho de la tarde. Mi madre se casaba en menos de dieciséis horas y a ella le habían cancelado el último vuelo del día. No iba a llegar. Es que era imposible que llegara ya.

—No podía coger el vuelo ayer —insistió una vez más, como si aún se creyera sus propias mentiras.

—No querías coger el vuelo ayer —corregí, cabreado.

—No voy a discutir contigo otra vez —se plantó, bajando el tono de voz—. Bastante estresada estoy ya como para esto.

—Muy bien.

Le colgué el teléfono. Sin decir adiós. Sin dejarla decir nada más.

Era increíble. Increíble, de verdad. No sabía qué le pasaba últimamente. O qué me pasaba a mí, ya puestos. Hacía poco más de un mes que cada uno había vuelto a su respectiva universidad después de un verano más que perfecto juntos. Y en solo un mes ya parecía que ni nos conocíamos. Que ni nos soportábamos, muchas veces. Y esta era una de ellas. Pero es que era la boda de mi madre y ella no estaba allí por haberse quedado una tarde más haciendo un trabajo por el que ni le pagaban. Y parecía que pasar su tiempo en ese Departamento de Inteligencia Emocional era mucho más importante que yo..., que nosotros. Y eso sí que me molestaba.

El teléfono empezó a sonar en mi mano y, al mirarlo, vi su nombre en la pantalla. Descolgué y me lo llevé a la oreja, pero ni siquiera me dio tiempo a decir nada.

—¿En serio acabas de colgarme el teléfono, Cameron? —rugió, muy enfadada, aunque sin levantar tanto la voz

como, sin duda, estaría deseando hacer. Ventajas de que estuviera en un aeropuerto, rodeada de gente.

—Sí, en serio —reconocí, sin arrepentirme ni un poquito—. Esta vez no pienso ser yo quien pida perdón. Esta vez la has cagado tú. Así que haz algo para arreglarlo. Necesito que vengas conmigo a la boda de mi madre. Si te la pierdes...

—¡Lo estoy intentando! —gritó, pero enseguida bajó la voz—: Cam, ¿quéquieres? ¿Que me teletransporte? Lo siento, pero, que yo sepa, eso aún no se ha inventado.

Con el tiempo llegué a agradecer que me hubiera pegado un grito y con ello hubiera cortado lo que yo pensaba soltar en forma de amenaza. No habría sido bonito tener que lidiar con las consecuencias.

—No quiero que hagas nada. ¿Sabes qué? Que ya da igual. Total, a ti te la suda lo que yo quiera.

Se hizo un silencio de esos eternos, aunque solo duren un par de segundos, al otro lado de la línea.

—¿A qué viene eso? —preguntó, por fin, en voz baja—. Eso no es verdad... —Le tembló un poco la voz al decirlo y yo casi me arrepentí de mis palabras—. Cam, entiendo que esto te cabree, o que estés frustrado, o lo que sea. Pero ¿puedes entender tú que yo no tengo la culpa de las condiciones climáticas? Estoy en el aeropuerto, con mi billete en la mano y con el vestido en la maleta. Debería estar volando hacia allí ahora mismo y llegaría perfectamente a esa boda a la que, por cierto, tengo muchas ganas de ir por mucho más que por estar contigo, aunque esa sea la principal razón. Esto no es culpa mía.

—El que no tiene la culpa de nada soy yo —rebati, con la mandíbula apretada—. No quiero seguir hablando, Ash.

Estoy muy cabreado contigo, prefiero colgar. Vete a casa y ya está. Ya te mandaré alguna foto de la boda.

Eso último lo dije a propósito y para que se sintiera más culpable. Se lo merecía un poco, ¿no? Al menos, en ese momento lo pensé así.

La oí suspirar cabreada al otro lado.

—Adiós, Cameron —dijo antes de colgar.

Me controlé para no lanzar el móvil contra la fachada de la casa y hacerlo pedazos. ¿Cómo iba a decirle esto a mi madre?

Entré en casa y oí a mi hermano llamarme desde el salón. Dudé en si debía hacerle caso. No quería gruñirle por algo que no era culpa suya. Pero ya se sabe lo que pasa con los accesos de mal humor: siempre terminas pagándolo con quien menos lo merece. Me asomé a la puerta cuando él insistió en su llamada. Zack y él me miraron, sentados en el sofá.

—Vamos a pedir algo de cena para darle una última noche de «estado civil: divorciada» a mamá. ¿Qué opinas: indio o japonés?

Me encogí de hombros. Me daba absolutamente igual.

—Podríamos pedir algo con lo que no tengamos una alta probabilidad de que nos arda el intestino por la mañana en el juzgado —bromeó Zack.

—¿Mexicano? —propuso mi hermano, divertido—. ¿A ti qué te pasa? —preguntó después, al clavar su mirada en mí—. ¿Estabas hablando con Ash?

—Sí. Es idiota.

Eso dije, y me di media vuelta para largarme de allí.

—Eh, eh, eh. —Mi hermano me frenó con tono severo, y cuando volví a mirarlo vi que se había puesto de pie y me miraba con reproche—. Eso no se dice de la persona a la que quieras.

—Pues ella me llama idiota todo el tiempo —me defendí.

—Ya. Pero lo dice con otro tonito —me recordó Rob—. ¿Qué ha pasado?

No me dio tiempo a dar ninguna explicación porque oímos los pasos de mi madre bajando desde el piso de arriba y enseguida estaba entrando en el salón, con nosotros.

—Zack, cariño, luego necesito tu opinión sobre una cosa —habló directamente con él ignorándonos a nosotros, sus hijos. Tanto mi hermano como yo protestamos a la vez—. No creo que vosotros queráis aconsejarme sobre el conjunto para mi noche de bodas, ¿no? Y ya que Ashley aún no está aquí...

—¡Mamá!

Los dos nos quejamos, pero solo conseguimos hacerla reír y repetir lo tontos que éramos.

A ver, que me caía muy bien Colin y me alegraba muchísimo de que mi madre hubiera encontrado a alguien como él y que estuviera tan feliz que hubiera tomado la decisión de volver a casarse, pero lo de hablarnos de su noche de bodas ya era pasarse. Y yo que pensaba cuando me fui a la universidad que mi madre me iba a echar de menos... Y ese mismo año lo conocí a él. Al principio intenté buscarle todos los defectos posibles, mientras Ash me regañaba por hacerlo, pero pronto me quedé sin argumentos. Era un tío estupendo, en realidad. Viudo, con una hija, corredor de seguros. Confiable. Pero lo que me

gustó de él fue ver cómo mi madre sonreía al mirarlo. Y que a *Salem* le caía bien. Eso también era importante.

—Mamá... —llamé su atención para darle la mala noticia. Mejor entonces que justo antes de la ceremonia—. A Ashley le han cancelado el vuelo. No creo que vaya a llegar a la boda.

Me respondieron tres «¿Qué?» al unísono, de cada uno de los presentes. Hice una mueca al ver cómo me miraban, como si esperaran alguna explicación más. Pero tampoco había mucho más que contar.

—No... —se lamentó mi madre, sentada en el sofá junto a Zack—. Qué faena. Pobrecilla, estará disgustada. Voy a llamarla.

Lo decidió tan tranquila y se puso de pie a los tres segundos exactos de haberse sentado y volvió a salir del salón para buscar su móvil, mientras yo le pedía que no lo hiciera.

—¿Por eso estás cabreado con ella? —preguntó Zack.

—Dejadme en paz —exigí, y salí del salón.

No volví a hablar con Ash en toda la noche. Yo no escribí ni un mensaje, y ella tampoco. Me enteré por mi madre de que estaba intentando cambiar el billete para el primer vuelo de la mañana a San Francisco. Salía muy temprano. Lo que no sabía era cómo pensaba viajar a Sacramento desde allí. Tampoco se lo pregunté.

Me costó un montón dormir porque seguía muy enfadado. Y no porque le hubieran cancelado el vuelo o porque pensara que ella era la culpable de que hubiera niebla en el maldito Chicago. Estaba enfadado porque ella no había querido viajar a Sacramento el día anterior. Porque haber

viajado el día anterior habría significado tener un día más para estar juntos. Pero no había querido. Y ella había dicho «No puedo ir el jueves» y yo había entendido «No quiero veinticuatro horas más contigo».

Por eso estaba tan enfadado.

Consulté la hora en el móvil una vez más, de pie junto a Zack al lado del coche donde mi madre esperaba en el asiento de atrás y Rob ocupaba el asiento del conductor. Ya hacía doce minutos que mi madre tenía que haber entrado en el juzgado. Vale, la tradición decía que la novia tenía que llegar un poco tarde, pero a lo mejor se estaba pasando por dar tiempo a Ashley a venir.

Di unos golpecitos en la ventanilla y mi madre la bajó para ver qué quería.

—Vamos a entrar ya, mamá.

—Podemos esperar unos minutos —rebatió—. Ashley debe de estar a punto de llegar.

Sí, ya. A punto de llegar. Había recibido un mensaje suyo para decirme que había embarcado en el vuelo a San Francisco, de madrugada. Y luego otro, hacía dos horas escasas, para avisarme de que ya había aterrizado. Mensajes muy secos. Solo información básica. Yo ni le había contestado. Pero es que hacía dos horas escasas. ¿Y cómo iba a llegar hasta allí?

—Pues que hubiera venido antes —gruñí, molesto por la insistencia de mi familia en esperarla, como si fuera la hija que mi madre nunca tuvo.

—Cameron —me regañó, con voz severa.

Justo en ese momento oí un motor acercándose desde el final de la calle y levanté la vista para mirar. Solo por si acaso. Me erguí y presté más atención al reconocer el coche de Vanessa. Ashley era la conductora y única ocupante del vehículo. Aparcó unos cuantos metros calle abajo. Y yo caminé hacia allí a toda velocidad, con el corazón latiéndome furioso en su caja de costillas. Me dio tiempo a llegar hasta la puerta justo cuando ella bajaba, porque, por lo que pude ver, se estaba cambiando de zapatos. Nos miramos a los ojos. Estaba preciosa. Pegué mi cuerpo al suyo, atrapándola contra la carrocería, y la besé en los labios con firmeza, puede que un poco rudo. Respondió a mi beso y acarició mis brazos por encima de la chaqueta del traje que yo llevaba.

—Venga, menos besarse, dejad eso para luego, que tenemos una boda a la que acudir —oí a mi hermano.

Me aparté de ella. Y la vi morderse el labio y esconder la mirada. Cerró el coche antes de dejar que la arrastrara del brazo hasta el lugar donde mi familia esperaba.

—Aún estoy enfadado —murmuré, para que ella pudiera escucharme y los demás no.

—Aún eres idiota, entonces —replicó, en tono molesto.

Luego saludó a mi hermano y a mi cuñado como si fueran de su familia y a mi madre casi como si fuera la suya, repitiéndose la una a la otra lo guapísimas que estaban.

—Vamos dentro —le dije a mi madre, y le hice un gesto a Zack para que se viniera con Ashley y conmigo.

Mi hermano era el encargado de llevar a mi madre del brazo por el pasillo.

—Para que lo sepas, sigo esperando que me pidas perdón —me susurró Ash al oído a mitad de la ceremonia.

—Para que lo sepas, no pienso hacerlo —respondí, sin ni siquiera mirarla.

—Estoy aquí, ¿no?

—Sí, has venido exactamente cuando te ha dado la gana e igual te irás.

Suspiró. Como si acabara de entender algo por fin.

—No *podía* venir antes. Eso no quiere decir que no tuviera ganas de venir antes y mucho menos que no tuviera ganas de verte —se defendió, en susurros. Me limité a ignorar sus palabras—. Cam...

—Por favor, estate calladita en la boda de mi madre.

Por el rabillo del ojo vi que fruncía los labios, molesta. Pero no dijo nada más.

En realidad, a mí ya se me estaba pasando el enfado. Tenía ganas de abrazarla y de besarla hasta borrarle todo el color del pintalabios. Empezaba a tener hasta ganas de pedir perdón. Pero me aguanté. Lo que no pude remediar fue que mi mano buscara la suya para entrelazar nuestros dedos.

El convite de la boda se celebraba en un restaurante cercano a los juzgados. No había demasiados invitados. Solo la familia y los amigos cercanos de los novios.

Ashley se pasó toda la comida charlando con Zack e ignorándome a mí, como haría con un niño con una rabieta. A lo mejor era eso lo único que podía hacer conmigo, llegados a aquel punto. Y yo también fingí que la ignoraba a ella, todo lo bien que pude.

Terminó siendo ella la primera en ceder, cuando los invitados ya bailaban, y se acercó por mi espalda mientras yo tomaba una copa con mi hermano. Zack había sido secuestrado por mi madre, que quería bailar con él. Ash carraspeó detrás de mí y, cuando me volví, estaba mirándome con los brazos en jarras.

—¿Qué voy a hacer contigo, Cameron? —suspiró, justo como yo le había dicho por teléfono el día anterior.

—Mandarlo a la mierda por no apreciar que has cogido un vuelo a las seis de la mañana, hora de Chicago; te has vestido, peinado y maquillado en el baño de un aeropuerto, asumamos que con ayuda de Vanessa; y has conducido hasta aquí saltándote varios límites de velocidad — respondió mi hermano por mí.

Le dediqué una mirada asesina y él levantó las manos en signo de paz, con una sonrisa burlona, antes de irse para dejarnos un poco de intimidad.

—A lo mejor debería hacer eso. ¿No tienes nada que decir?

—Eres una idiota y, si me hubieras hecho caso, esto no habría pasado —murmuré con un tono de voz que dejaba bastante claro que ya ni me acordaba de por qué me había enfadado tanto.

A lo mejor me había pasado un poco, vale.

Puse las manos en su cintura y la acerqué a mi cuerpo, bruscamente, de un tirón. Subió las suyas por mi pecho hasta acariciarme el cuello.

—Lo siento —dijo, y besó mi barbilla suavemente.

—Yo también lo siento, pero sigues siendo tonta —me empeñé, solo medio en broma.

—¿No decías que no pensabas pedirme perdón?

—No juegues con fuego, Ashley Bennet.

Sonrió y tuve que hacer un esfuerzo para no reflejar su gesto en mi cara, como un idiota.

—Aún no me has dicho que estoy preciosa con este vestido.

—Estás horrorosa con ese vestido.

—Mentiroso —murmuró, besó la línea de mi mandíbula y consiguió hacerme sonreír con su tono de voz.

Cogí su cara entre las manos para obligarla a mirarme a los ojos. Fruncí los labios en un gesto de fingido reproche.

—¿Qué voy a hacer contigo, Ashley?

Dibujó media sonrisita adorable, y puso cara de buena mientras clavaba sus ojos marrones en los míos.

—¿Quererme para siempre? —probó, en tono inocente.

—Qué remedio.

Le besé la sonrisa y dejé que me la contagiara, con los labios completamente pegados.

13

Ashley

Mierda.

No debería estar aquí.

No debería querer quedarme aquí para siempre, como si no hubiera pasado nada. Como si aún pudiera pertenecerme este lugar. Como si él no se mereciera algo mejor que dormir a mi lado. Eso es lo que pienso, pero, aun así, no me muevo de su cama. Y ya es la segunda vez que me despierto envuelta en sus brazos y en su olor, con su calor abrasándome y su respiración erizándome la piel. La primera vez me he dado la vuelta para quedar de frente y me he abrazado fuerte a su torso y he escondido la cara en su cuello. ¿Por qué he tenido que complicarlo todo tanto? ¿Por qué no puedo quedarme a su lado y pedirle que empecemos de nuevo y hacerlo bien esta vez?

¿Por qué no puedo borrar el pasado?

No puedo. Esa es la triste realidad. Y tengo que salir de aquí. Tengo que irme antes de que se despierte y me mire con esos ojos verdes somnolientos y los dos nos demos cuenta de que esto ya no puede ser. De que esto ya *no es*.

Ni siquiera sé lo que está pensando o lo que siente. ¿Qué estoy haciendo en su cama? ¿Por qué me abraza mientras duerme y hunde la nariz en mi piel en cuanto yo me muevo? Ayer intentó dejarme claro que ya no quería repetir la historia conmigo. Dijo que ya me había olvidado. ¿Lo dijo? ¿O no llegó a hacerlo? No lo sé, pero, de todas formas, me había quedado claro el mensaje. Lo había perdido. Se había acabado. Y por eso no sé por qué me trajo a su cama anoche. Qué hago aquí con él. Qué hace él aquí conmigo.

Ya tengo asumido que soy una cobarde. Así que no merece la pena hacerme la valiente y tratar de enfrentarme a esto. Voy a irme y fingiremos que no ha pasado nada. Y luego, en cuanto me sienta más entera, le pediré a Tyler las llaves de su coche y me iré. Creo que es lo mejor. Total, vine aquí por las chicas y ya ni me hablo con Vanessa. Creo que tampoco voy a empeorar tanto las cosas si me largo. A lo mejor todos terminan las vacaciones más a gusto sin mí.

Le rozo la piel del cuello con los labios, muy suave, por última vez. Levanto su brazo de mi cintura despacio, con cuidado, para no despertarlo, y me deslizo hacia atrás en el colchón, acercándome al borde. No se mueve cuando dejo su extremidad sobre las sábanas y me levanto de la cama. Su respiración sigue siendo regular. Sigue dormido. Mejor así. Es muy temprano, la luz es tenue, así que no debe de hacer mucho que ha amanecido.

Toda la casa está en silencio cuando salgo al pasillo y cierro la puerta tras de mí. Procuro no hacer ni un solo ruido.

—Ashley.

Casi me da un infarto cuando Vanessa dice mi nombre en un susurro, en cuanto yo me siento al borde de mi cama.

—Joder —siseo, con la mano sobre el corazón—. ¿Qué haces despierta?

—Me has despertado tú —me acusa, y se incorpora en la cama, para mirarme de frente con la escasa luz que dejan colarse las cortinas—. ¿Quieres contarme de dónde vienes?

Suena totalmente a acusación. Como cuando mi madre hace ese jueguecito para darme la oportunidad de contarle por propia voluntad cosas que ella sabe perfectamente. Y Vanessa también sabe esto perfectamente ya.

—Esta vez no es culpa mía —digo para defenderme—. Anoche me quedé dormida en el sofá viendo una peli. Acabo de despertarme allí.

—Lo que demuestra que Cam es bastante tonto en todo a lo que a ti respecta y que tú eres una cobarde que acaba de largarse corriendo de su cama en vez de quedarse ahí para enfrentarse a esto y contarle la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, según tú?

No estoy en posición de hacerme la orgullosa y cabrearne, pero es que Vanessa tampoco está siendo del todo justa conmigo.

—Estás jugando con los dos —acusa.

—Eso no es verdad —desmiento, pero creo que me sale la voz un poco más temblorosa de lo que debería—. Además, tú dijiste que no le contara nada a Cam, ¿no? Que es mejor que no sepa nada de esto.

—También dije que no volvieras a acercarte a Tyler —rebate, muy seria—. Pero a ti todo te resbala. —Estoy a punto de protestar de nuevo, pero no me da tiempo antes de seguir hablando—: Mira, si vas a poner tierra de por medio y te vas a largar de aquí y vas a dejar a Cam

tranquilo por lo que te queda de vida, mejor cállate. No le digas nada y simplemente sal de su vida. Eso es lo que deberías hacer. Pero si tan solo se te pasa por la cabeza volver a meterte en su cama, o dejar que se haga la más mínima ilusión con lo vuestro, díselo. Ten los ovarios de decírselo, de mirarlo a los ojos y de partirle el corazón. Si te quedas en esta casa un solo día más vas a tener que decírselo. Es más, o se lo dices tú, o se lo digo yo — amenaza.

Estoy llorando en silencio. No digo nada. No puedo. Vanessa tiene razón, aunque me duela. Tengo que irme de aquí. O decírselo. Pero es que... ¿cómo le digo algo así? Sé lo que va a significar esto. Sé lo que implica. He acabado con lo mejor que me ha pasado en la vida yo solita.

—Muy bien. —Vuelve a hablar Vanessa tras unos segundos, ante mi silencio—. Luego me cuentas a qué hora piensas largarte de aquí de una vez. Mientras, intenta dormir un poco, si es que la conciencia te deja.

Se da media vuelta, para darme la espalda, y vuelve a tumbarse en la cama, dispuesta a dormir un poco más.

Me merezco que me hable así. Que me odie. Y también me merezco que Cam lo haga. Pero no quiero que él me odie. No lo podría soportar. Dios, ¿por qué he tenido que ser tan estúpida?

Me quedo en la cama, con la vista clavada en el techo, durante mucho tiempo.

Vanessa se levanta y sale del cuarto con algo de ropa bajo el brazo, para empezar el día, cuando ya la luz entra a raudales por la ventana. Yo aún me quedo aquí un rato más.

Oigo a Scott dar los buenos días y a Gina responder y espero hasta que se extinguen sus voces para salir, cruzar el pasillo y meterme a la habitación de mi mejor amiga. Emily sigue en la cama, pero está despierta y alza una sola ceja al verme entrar, con la cabeza aún apoyada sobre la almohada. Y yo no digo nada y me tumbo a su lado. Me cubro la cara con las manos y me pongo a llorar.

No sé si lloro por mí o por lo que he perdido. No sé si lloro por Cam, por lo que un día fuimos. O por todo eso que nunca llegaremos a ser. Solo sé que no puedo parar.

Emily me abraza inmediatamente y me besa el pelo con cariño.

—Venga, Ash —susurra—, todo se arreglará. Todo irá bien, ya lo verás.

—No —consigo decir entre los sollozos—, no, nada va a ir bien, Em. Soy lo peor. He sido una estúpida...

—Eh. —Mi mejor amiga me aparta de ella y me coge la cara entre las manos para obligarme a mirarla—. Tú no eres «lo peor». Y tampoco eres estúpida. Eres humana, ¿vale? Hiciste lo que creías que iba a ser mejor para Cam, para los dos, ¿no? ¿O ya no te acuerdas de eso? Y después lo has pasado mal, Ash. Lo has pasado muy mal y has intentado agarrarte a lo que has podido para seguir adelante. Has podido equivocarte con eso. Has podido elegir mal el camino. Pero eso no te convierte en la peor persona del mundo, ¿verdad que no? Si piensas que no vas por donde deberías..., pues simplemente revisa el mapa e intenta coger bien el desvío la próxima vez, ¿quieres? Pero no te machaques a ti misma por haberte perdido. Eso no va a ayudarte.

Intento secarme las lágrimas inútilmente mientras ella me acaricia el pelo.

—No me merezco que te portes tan bien conmigo. La he fastidiado con todo el mundo.

Debería haberme apartado del todo de todos, para no acabar haciendo tanto daño a mi alrededor. Debería haberme dado cuenta de que necesitaba ayuda para enfocar mejor las cosas y que yo sola no podía con el peso de mi mundo sobre los hombros. Debería haber trabajado mis problemas en vez de huir de ellos de la peor forma posible. Debería...

—¿Ves? Ahora sí que estás siendo una estúpida. Haz todo lo que esté en tu mano para arreglarlo y ya está, Ash. Lamentarte y apartarte y salir corriendo y volver a esconderte en tu cueva otra vez no va a servir de nada. Lo hecho está hecho. Ahora saca fuerzas y haz lo que tengas que hacer.

Sé perfectamente lo que quiere decir con eso. Que deje de una vez de hacer el idiota. Que hable con Cam. Que se lo cuente todo.

Pero es que no me siento capaz de hacer eso. No puedo. Me duele el pecho y me siento incapaz de ponerme en pie. Me aplasta la oscuridad que vive dentro de mi mente.

Nos quedamos aquí, en silencio, y me dejo abrazar. Lo justo para calmarme un poco. Lo justo para agotar las lágrimas.

Y, de repente, Emily se levanta de un salto y sale corriendo de la habitación.

Pero ¿qué...?

Voy detrás de ella en cuanto soy capaz de reaccionar. Llego a tiempo para evitar que me cierre la puerta del baño en las narices y entro con ella. Echo el pestillo rápidamente cuando ella se pone de rodillas y se agarra a la taza del váter, para ponerse a vomitar como si se hubiera bebido todas las reservas de cerveza de la casa ella sola. Me apresuro a retirarle el pelo y sujetarlo en su nuca, al tiempo que le pongo una mano en la frente, para ayudarla a sentirse un poco mejor dentro de mis posibilidades.

Se pega un buen rato ahí, con bastante menos vómito del que debería a juzgar por la cantidad de accesos de arcadas que sufre. Me estiro para desenrollar un poco de papel higiénico y se lo tiendo, cuando parece que la cosa se calma. Me siento en el suelo, con las piernas cruzadas, y la miro, mientras se limpia y se suena la nariz. Tiene bastante mal aspecto. Muy parecido al de hace dos días cuando nos cruzamos cuando ella salía del baño. Ya. Eso. Eso y su extraño comportamiento de estos últimos días, y su no beber alcohol cuando salimos de fiesta y su irse a casa pronto con Scott «para no hacer de niñera de borrachos», y su carne muy hecha de la barbacoa, y todo ese sueño que parece tener a todas horas. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Em —hablo con voz suave, sentadas frente a frente sobre las baldosas del baño—, ¿estás embarazada?

Me mira y se muerde el labio, pero no dice nada.

—Estás embarazada —repito, esta vez sin molestarla en darle un tono de interrogación—. Mierda, pero ¿qué...? ¿Cómo no me lo has dicho antes? ¿Y por qué...? Cam lo sabe. —Caigo en la cuenta al recordar su insistencia en

encargarse él de traernos las cervezas durante toda la noche del cuatro de julio—. El truco del botellín de cerveza relleno de limonada, ¿no? Tendría que haberme dado cuenta. ¿Cómo puede saberlo él y yo no? ¿Por qué...?

—Scott es un chismoso, lo siento —explica, con media sonrisa tímida—. Yo no quería decirle nada a nadie, aún es muy pronto. Solo estoy de dos meses.

—Pero ¿cómo...? ¿Qué ha pasado? ¿Lo habéis buscado?

¿Puede ser que mi mejor amiga haya decidido tener un hijo y yo no tuviera ni idea de que tenían esa clase de planes? Y si fue un accidente..., ¿por qué no acudió a mí cuando se enteró? ¿O cuando estaba preocupada? Soy la peor amiga del mundo.

—Pensamos que seguramente nos costaría algo de tiempo, a lo mejor, con lo que se oye por ahí, y, bueno..., no pensábamos que lo íbamos a conseguir tan pronto, pero ya ves.

Está embarazada. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero por emociones totalmente opuestas a las que han conseguido arrancarlas antes. Me abalanzo sobre ella y le echo los brazos al cuello abrazándola fuerte mientras las dos soltamos una risita.

—¡Enhorabuena, tía! No puedo creérmelo. Estás... ¿Estás feliz?

—Estoy muy feliz, Ash —admite, con la misma sonrisa que estoy luciendo yo.

Le pongo la mano sobre el vientre y ella se ríe, como si le hiciera mucha gracia mi reacción.

—¿Y Scott? —sigo con mi interrogatorio.

—Scott está como loco —me cuenta con ternura—. Muy contento. Se está pasando un poco de sobreprotector en muchas cosas, pero creo que se lo perdonó.

—¡Em! —exclamo, aún con las manos sobre su vientre—. ¡Voy a ser tía!

Vuelve a reírse y pone sus manos sobre las mías, justo donde está ahora mismo ese pequeño ser que crece en su interior.

—Ve ahorrando, Ash, vas a tener que mimarlo mucho, y ya te digo desde ahora que sus caprichos no van a ser baratos.

Me inclino para acercar la boca a su tripa.

—Oye, minibebé, quédate con mi voz, soy tu tía Ashley. Tu madre está muy loca y tu padre es un poco pringado, ya los irás conociendo, pero tú tranquilo, que siempre me tendrás a mí para todo lo que haga falta.

—¡Oye! —protesta Emily al oírmelo, y las dos nos reímos—. ¿Vas a estar conmigo en todo esto, Ash? —pregunta, seria de pronto.

Imito su gesto y miro sus ojos marrones muy fijamente, para que le quede claro que no he dicho nada más en serio en toda mi vida, cuando vuelvo a hablar:

—Estoy contigo en todo. —La abrazo otra vez y ella me estruja fuerte entre los brazos, también—. Te quiero, tonta. Y al minibebé también y eso que acabo de enterarme de que existe. Vas a ser mami.

—Voy a ser mami —confirma, un poco insegura.

—Todo va a ir bien —prometo.

—Claro que sí. Todo va bien siempre cuando estamos juntas —se muestra de acuerdo.

Tiene razón. Todo va mejor con ella en mi vida.

Pasamos un montón de rato encerradas en el baño, yo sin parar de preguntar detalles y ella poniéndome al día de todo: de cómo decidieron que querían tener un hijo, de cómo se enteraron de que estaba embarazada, de que ni siquiera lo saben aún sus padres. Solo lo sabemos Cam y yo. Y lo malo es que tengo que guardar el secreto durante unas semanas, hasta su próxima ecografía. Con lo feliz que estoy por ellos.

Cam está frente a la cafetera, hablando con Scott, cuando las dos entramos en la cocina, y me clava la mirada en cuanto nos oye entrar y se percata de que soy yo. Esconde la mía y voy decidida hacia Scott para echarle los brazos al cuello mientras le doy la enhorabuena en voz baja, llamándole papá, y procurando que no se entere nadie que no seamos nosotros cuatro.

—¡Em! —la regaña Scott enseguida, pero no puede evitar que se le escape la sonrisa—. Se suponía que no ibas a decírselo a nadie aún.

—Me ha visto vomitando como un aspersor, ¿qué querías que dijera? Es bastante lista, no le ha hecho falta más que sumar dos y dos —dice, a mi favor—. Además, ha tenido el detalle de sujetarme el pelo, cosa que tú no haces jamás.

Scott sonríe de medio lado, burlón.

—Como no se acabe pronto lo de los vómitos esa criatura va a tener que crecer sin un parente a su lado. Soy muy aprensivo con esas cosas —bromea.

—Muy bien, Cam cuidará de nosotros y Ash trabajará para pagarnos todos los caprichos —decide ella, muy convencida de nuestra disponibilidad.

—¿Por qué tengo que ser yo la que pone la pasta? —protesto.

—¡Colabora, caray! —exclama Emily al tiempo que tira de mi brazo para sacarme de la cocina, lejos de Cam.

—Bueno, entonces, si es niña va a llamarse Ashley, ¿no?

—Intento seguir bromeando como si nada.

—¿Y si es niño? —pregunta Em.

—Si es niño... Ashton —elijo, y oigo reírse a Scott y la carcajada de Cam.

Eso me corta de golpe a mí el fingido buen humor. Mierda, quiero hacerle reír. Quiero ser capaz de hacerle reír todos los días. Pero sé que eso ya va a ser imposible. Sé que eso ya lo eché a perder.

Cuando estamos todos sentados alrededor de la mesa del porche, desayunando, yo no hago más que esquivar miradas. Tengo que apartar la mía al instante cada vez que se cruza con la de Vanessa y con la de Tyler. Y, sobre todo, con la de Cam. Mi exnovio no para de mirarme, y no sé muy bien lo que quiere decir eso. Ayer me encontró dormida en el sofá y me llevó a su cama, pero ¿se arrepiente? ¿Esta también es una de esas cosas que nosotros «olvidamos a la mañana siguiente»? ¿Querrá hablar de esto conmigo?

Da igual lo que él quiera hacer. Da completamente lo mismo porque, quiera lo que quiera, lo que yo tengo que hacer es largarme de aquí. Marcharme de una maldita vez y no hacerle más daño. Sé que esto va a hacérselo. Siga queriéndome o no, aunque se haya olvidado de mí y no quiera nada conmigo nunca más. Aun así, si se entera, esto va a doler.

El móvil me vibra en el bolsillo y yo lo saco para consultarlo distraídamente. Levanto la mirada rápidamente para buscarlo cuando veo su nombre en la pantalla. Es un mensaje de Cam. Y sus ojos verdes están clavados en mí y levanta un poco la ceja para instarme a leerlo, como si fuera una notita en la clase de biología.

Como preveo que vas a pasarte el día
evitándome y esquivando mis miradas, a lo
mejor te es más fácil que hablemos de esto por
aquí. Creía que era yo el que nunca era capaz
de pararse y escuchar cuando oye algo que no
le gusta, pero parece que todo lo malo acaba
por pegarse. Ayer no me dejaste ni contestar a
tu pregunta. Y no. Yo no me he olvidado de ti.
No lo he hecho, y no lo voy a hacer.
Ni siquiera quiero hacerlo. ¿Quieres que
hablemos?

Lo miro otra vez, tímidamente, mordiéndome el labio.
Sigue con los ojos fijos en mí. Y está muy serio.

Bajo los ojos hasta la pantalla y escribo una respuesta
con los dedos temblorosos.

No me merezco otra oportunidad.
No quiero hacerte más daño y es lo único que
consigo hacer cada vez que te acercas a mí. No
creo que quieras volver
a intentarlo.

Lo lee enseguida y veo cómo frunce el ceño, con los ojos
fijos en la pantalla. Teclea muy rápido.

Lo intentaría una y mil veces contigo, Ashley.
Siempre.

Tengo ganas de llorar. Y siento el sabor metálico de la
sangre al morderme demasiado fuerte la parte interna de la

mejilla. No puede decir eso. Es mejor que no quiera saber nada de mí. Es mejor que no quiera estar conmigo.

Voy a partirle el corazón.

Vuelve a llegarme un mensaje, mientras yo estoy releyendo eso una y otra vez, incapaz de encontrar nada que contestar.

Vamos a hablar, por favor. Ahora. Luego. Esta noche. Cuando tú quieras. Déjame decirte esto.

Cierro los ojos e intento pensar. ¿Qué hago? ¿Cómo lo hago? Mierda. Tengo que largarme de aquí. Respondo:

Vale. Esta noche. Voy a tu cuarto cuando todos se vayan a dormir y hablamos.

Contesta enseguida. Dice que sí. Claro. Que sí, que vale, que cuando yo quiera, que como yo quiera, que lo que yo quiera. Puro Cam. Siempre poniéndome las cosas fáciles. Aunque no pare de decirle que no lo necesito. Ahora sí. Ahora lo necesito.

Porque para cuando llegue esta noche yo ya no pienso estar aquí.

Es algo más de media tarde cuando me aparto disimuladamente de la gente y subo a esconderme en el cuarto que comparto con Vanessa. Voy a recoger mis cosas. Es lo mejor. Recogeré mis cosas, le pediré el coche a Tyler y me volveré a Sacramento para coger el primer vuelo a Chicago que pueda encontrar a un precio razonable. Es lo mejor, de verdad. Vanessa tiene razón. Sí, voy a salir

huyendo como una maldita cobarde. Yo, que llevo un *Fearless* tatuado en el costado. Qué ironía.

Cam estaba en lo cierto: me he pasado todo el día evitándolo y esquivando sus miradas. Que han sido muchas y muy constantes.

Saco la maleta de debajo de la cama. Veo la cadena con las dos placas en el bolsillo interior, donde la guardé hace días, y tengo que cerrar los ojos con fuerza y respirar hondo para no ponerme a llorar otra vez. Vale, tengo que hacer esto antes de que alguien me eche de menos y aparezca por aquí para interrumpir. Recojo mi ropa del armario lo más rápido que puedo y la lanzo sobre la cama. No he doblado ni la primera prenda cuando oigo la puerta abrirse a mi espalda y me vuelvo sobresaltada. Es Vanessa. Me mira en silencio por un par de segundos y luego hace una mueca.

—Así que te largas —dice, con voz queda, quizá un poco triste.

—Tampoco me has dado muchas opciones.

—Oye, yo no tengo la culpa de esto —protesta. Parece un poco ofendida, como si no le hubiera gustado en absoluto mi respuesta—. Imagino que tendrás tus razones para hacer todo lo que has hecho, Ashley, no lo sé, pero entiende mi postura.

Meto un par de pantalones cortos, de espaldas a ella.

—Lo entiendo —murmuro tristemente.

—Vale. Hablaremos más adelante, si quieres. No me gustaría que algo como esto acabara con nuestra amistad, ¿sabes?

Eso sí que me sorprende. Tanto, que tengo que volverme a mirarla. Pero Vanessa pasa por completo a un segundo

plano y cualquier cosa que pase entre ella y yo deja de tener importancia cuando veo a alguien detrás de ella, mirándome en silencio.

Es Cam.

Creo que hasta tengo que quedarme blanca y me tiembla todo el cuerpo y se me cierra la garganta de golpe, cuando veo cómo me está mirando. Tan dolido. Vanessa se gira también, al verme a mí, y murmura un «mierda» cuando se da cuenta de que él está ahí.

—Vanessa, déjanos solos, por favor.

—Cam, no. Es mejor que... —dice ella, e intenta agarrarlo del brazo para llevárselo de aquí.

—Vanessa —repite, imperturbable—, déjanos solos, por favor.

La morena vuelve a mirarme a mí. Luego sale del cuarto y se aparta de la puerta.

Cameron entra y cierra tras él, sin dar el portazo que yo estaba esperando. No me atrevo a levantar la vista del suelo. No soy capaz de mirarlo a los ojos, cuando acaba de pillar me haciendo la maleta para salir huyendo de aquí.

—¿Qué es esto, Ash? —inquiere en un tono contenido a pesar de su evidente enfado—. ¿Qué estás haciendo? ¿Eh? ¿Qué? ¿Me dices que hablamos esta noche y pensabas dejarme esperándote como un gilipollas mientras tú desapareces sin decir adiós? ¿Pensabas dejarme una nota de despedida al menos? —pregunta, irónico.

—Lo siento... —Es lo único que acierto a decir, con voz temblorosa.

—No —me calla, con un tono muy severo—. Estoy harto de oírte decir eso. Estoy harto de que me sueltes un «lo

siento» como si eso te diera permiso para hacer conmigo lo que te dé la gana. ¿De qué huyes ahora? ¿De mí? ¿Es porque no quieres hacerme daño? ¿Porque es mejor para los dos? —adivina, burlón—. Pues, ¿sabes qué? Que no. Que no es mejor para los dos. Ni para mí. Y si lo que piensas es que es mejor para ti, mírame a los ojos y dímelo de una vez. Pero dímelo claro, Ash, porque estoy harto de estos jueguecitos. ¿Qué es lo que quieras?

Levanto la vista para mirarlo a la cara. Está muy serio, expectante. Se nota que esto le está doliendo. Más de lo que quiere mostrar.

—Es que no se trata de lo que quiero yo, Cam. Ahora ya da igual. Es culpa mía. La he cagado tanto que ya no lo puedo arreglar.

Y me pongo a llorar. A pesar de todos mis esfuerzos para no hacerlo. Cam da dos pasos hacia mí y parece que duda sobre si debería acercarse más, si debería tocarme o abrazarme.

—Pues déjame intentarlo a mí —susurra, en un tono de voz mucho más cálido que el que ha venido utilizando hasta ahora—. A lo mejor yo puedo arreglarlo.

Lo miro entre las lágrimas y la expresión de sus ojos cuando se clavan en los míos me parte el corazón.

—No, no puedes —murmuro.

—Ashley, el otro día me besaste, hace dos noches te metiste en mi cama, te quedaste a dormir y me pediste que te abrazara, ¿te acuerdas de eso? Y hoy, a mitad de la noche, te has dado la vuelta para abrazarme, y te has quedado conmigo. Así que no me digas que ya no sientes nada, o que ya no me quieras o que no quieras estar

conmigo. No me digas eso, porque no me lo creo. ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? ¿Por qué esto te parece tan complicado?

Aparto la mirada, pero él da otro paso al frente, aún más cerca de mí.

—No lo entiendes.

—¡Pues explícamelo! —Eleva la voz y yo me encojo un poco al oírlo—. Venga, Ash, ¿qué es lo que necesitas? Haré lo que sea, lo que haga falta. Estos seis meses sin ti han sido los peores seis meses de toda mi vida. ¿Qué hay de ti? ¿Has estado bien sin mí?

—Pues claro que no —respondo, casi indignada.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué hago? Dímelo, por favor —Nuestros ojos se encuentran y se me desgarra un poco más el alma—. Princesa..., tú y yo merecemos la pena, ¿no?

Vuelvo a sollozar y esta vez él no duda ni un segundo antes de terminar de recortar la escasa distancia que nos separa y envolverme en un abrazo, refugiándose en su pecho.

—El problema no eres tú. El problema soy yo —murmuro, con la voz amortiguada contra su camiseta—. La he jodido un montón. Por favor, perdóname. Necesito que me perdes.

Me besa el pelo y me mece suavemente mientras intenta calmar mi acceso de llanto.

—Te quiero —murmura en mi oído—. Podemos hacer esto juntos, ¿vale? Lo que sea. Lo arreglamos juntos, tú y yo.

No quiero irme. No quiero salir corriendo. No quiero huir. Quiero estar aquí. Quiero estar con él. Por encima de cualquier otra cosa. Lo dejaría todo ahora mismo por estar a

su lado. Es Cam. El amor de mi vida. El chico de las carcajadas y las sonrisas contagiosas. El que me dibuja infinitos en la espalda con las yemas de sus dedos. El de los ojos verdes que dicen «te quiero» más a menudo que sus labios. Quiero esto. Para siempre. Toda la vida. Y todo lo demás no importa.

Necesito arreglar esto. Aunque tenga que hacer lo imposible para reconstruirlo después de romperlo. Aunque tenga que demostrar con imposibles que lo amo más que a nada después de romperle el corazón. A lo mejor lo puedo arreglar, ¿no? A lo mejor lo único que puedo hacer ya es intentarlo.

Me aparta lentamente de él y me pone una mano bajo la barbilla para levantarme la cara hacia la suya. Nos miramos a los ojos durante unos segundos intensos.

—Dime que ya no me quieres —murmura, sin apartar su verde de mí.

—Claro que te quiero, Cam —respondo, al instante—. Te quiero muchísimo más de lo que crees.

—¿Quieres estar conmigo o no?

Asiento, sin ser capaz de encontrar mi voz, esta vez.

—Entonces, ¿qué? Vamos, ¿cuál es el problema? Has visto la oferta que me han hecho los Patriots, estoy seguro de que puedo tantear a los Bears y a lo mejor...

Frunzo el ceño cuando pone sobre la mesa esa posibilidad. ¿Jugar al fútbol en la liga profesional con el equipo de Chicago? Cam no quiere seguir jugando al fútbol. Siempre ha dicho que no quería seguir con el fútbol cuando acabara su tiempo con los Patos. No podría dejar que hiciera eso por mí. No es lo que va a hacerlo feliz.

—No quiero que hagas eso.

—¿Y qué quieres que haga?

Se nota mucho que está tratando de contenerse para no gritarme por la frustración. Pero es que no me está entendiendo bien.

—Quiero que hagas lo que vaya a hacerte feliz.

—Tú me haces feliz —responde muy rápido.

—No se trata de eso. No se trata de dónde estar o de quién se muda detrás de quién...

—Ah, ¿no? Pues ¿qué demonios es, Ashley? Me estás volviendo loco.

Me muerdo el labio otra vez. Tengo que decirlo. Tengo que contárselo. Mierda, esto va a ser difícil. Más que ninguna otra cosa por la que hayamos pasado.

Cojo su mano y entrelazo nuestros dedos antes de tirar suavemente de él y dar un paso hacia el borde de la cama.

—Necesito que te sientes —pido, insegura.

Lo hace de inmediato, justo en el borde, con mi maleta a su espalda. Y yo me siento al lado y procuro mirar a todas partes menos a sus ojos mientras pienso en cómo enfocar el tema.

—¿Es por ese tío?

Me sorprende mucho lo que oigo y tengo que encontrarme con ese color verde que estaba evitando por todos los medios, para tratar de averiguar lo que está pensando. Me mira expectante y a mí me palpita muy fuerte el corazón, y me duele el estómago.

—¿Qué tío? —pregunto, con un hilo de voz.

Me tiembla todo el cuerpo y siento que me estoy quedando helada y que se me escapa la decisión por los

poros de la piel.

—El tío con el que sales —aclara en un gruñido.

Creo que se me forma una mueca. Niego con la cabeza lentamente.

—No estoy saliendo con él —insisto, porque creo que eso ya lo he dicho alguna vez—. No hay nada entre él y yo, solo... nos hemos acostado alguna vez. No ha habido nada más.

—¿Sientes algo por él?

Pongo las manos en sus mejillas para que me mire a los ojos y ponga toda su atención en mí. Esto es importante. Necesito que lo sepa.

—No. Nada. Yo..., yo te quiero a ti, Cam. Siempre te he querido a ti, no he dejado de quererte ni un segundo.

—Pues vamos a intentarlo otra vez, Ash —dice, con los ojos brillantes—. Manda a ese tío a la mierda y vuelve conmigo. Esta vez lo vamos a hacer bien, ya lo verás.

Me aparto, con el alma hecha jirones, cuando intenta acercarse más a mí. No puedo hacer esto sin decirle toda la verdad.

—Necesito que me perdes —digo, una vez más—. Por favor. Yo no... Ha sido una estupidez. No ha significado nada, de verdad. No sé por qué ha pasado esto. Pero te juro que no ha sido... Que no es nada más que eso, una tontería. Sexo sin sentido. Ni siquiera... Cam, yo te quiero a ti. Te quiero tanto que me duele.

Me acaricia la mejilla y niega con la cabeza, con el ceño levemente fruncido.

—No hay nada que perdonar. Da igual. No importa lo que haya pasado —dice, muy suave. A mí se me escapa un

sollozo—. ¿Qué? ¿Qué pasa, Ash? Olvídate de él. No importa.

Aprieto los párpados y respiro hondo, con la ansiedad estrujándome con fuerza el pecho. Tengo que decirlo. No puedo callarme esto. Tengo que hacerlo y suplicar y arreglarlo de la manera que sea. Cuando abro los ojos, los suyos me estudian con atención, sin entender nada. Voy a romperle el corazón en mil pedazos. Y solo me van a hacer falta dos palabras.

—Es Tyler —digo, en apenas un susurro, porque el nudo de mi garganta no me permite hablar más alto.

Se queda parado, con las pupilas clavadas en las mías por un par de segundos que se me hacen eternos. Es como si se hubiera quedado congelado, pero puedo ver cómo algo se derrumba de golpe justo detrás del verde de su mirada. Le cuesta reaccionar y yo ya estoy a punto de decir algo más con lo que pueda intentar justificarme cuando él se levanta de golpe y se aleja hacia la puerta de la habitación, a grandes zancadas.

—Cam...

Intento reprimir mi llanto, porque ahora no necesito llorar como una idiota viéndolo marchar. Necesito arreglarlo. Necesito decir o hacer algo que consiga solucionar esto. Aunque ya sé perfectamente que es inútil.

Voy detrás de él, corriendo, mientras intento darle explicaciones y hacerlo parar. Se libra de mí sin apenas esfuerzo cada vez que trato de agarrar su brazo. Entra en la habitación de Tyler y coge la bolsa, solo medio desecha, que hay en el suelo, antes de seguir su camino y bajar las escaleras.

Todos nuestros amigos se vuelven hacia nosotros, sorprendidos por el escándalo, justo cuando alcanzamos las puertas del jardín. Cam da tres pasos finales hasta plantarse delante de Tyler y le tira su bolsa al pecho, de muy malas maneras. El rubio tiene los reflejos suficientes para sujetarla en el último momento, antes de que caiga al suelo.

—Coge tus putas cosas y lárgate de mi casa —ruge Cameron.

Tyler no dice nada. Desvía su mirada hasta encontrar la mía, y veo en sus ojos que entiende perfectamente lo que pasa. Vuelve a mirar a Cam y parece que está a punto de decir algo, pero el moreno no le da tiempo.

—¿No me has oído? ¡Que te vayas!

Su grito resuena muy alto en la quietud de las orillas del lago. Todos nuestros amigos están en silencio. Expectantes. Tyler agacha la cabeza y se aparta a un lado, sin llegar a hablar.

—Cam, por favor... —digo yo en un sollozo.

Intento coger su mano, pero él la aparta bruscamente, como si no soportara tocarme.

Se gira hacia mí de golpe y me mira, frío.

—Tú también, Ashley. Termina de recoger tus cosas y vete con él.

Estoy a punto de caerme al suelo, porque las piernas ya apenas me sostienen. Y ni siquiera noto las lágrimas surcando mis mejillas, aunque sé que cada vez son más abundantes.

—No... Por favor, Cam. Por favor, escúchame... —suplico.

Pero él ya ni me mira.

—No pienso repetírtelo —advierte.

Se da media vuelta y se aleja de todos nosotros, caminando hacia el límite del jardín y la bajada que lleva al lago con *Vodka* trotando a su lado. Y yo quiero ir tras él, pero el cuerpo no me responde. Tyler me coge de la mano y tira de mí hacia la casa.

—Venga, Ash. —Me habla con voz suave—. Anda, vámonos.

No hago caso a Emily ni a Mia, mientras revolotean a mi alrededor y no paran de hablar atropelladamente. Son solo un zumbido lejano y el mundo se funde a un negro cada vez un poco más inexpugnable mientras meto las cosas en la maleta de forma totalmente automática. Tyler aparece en el marco de la puerta en el momento que cierro la cremallera y carga con ella para llevarla hasta su coche.

Ni siquiera me despido de nadie antes de ocupar el asiento del copiloto de su deportivo y dejar que él conduzca sacándome de aquí. No puedo parar de llorar. Me araña por dentro la expresión de los ojos de Cam antes de salir del cuarto hecho una fiera. Es que lo he visto perfectamente. He visto cómo se rompía. Cómo yo lo rompía. Porque he sido yo. Ha sido culpa mía. Y le he hecho tanto daño que no va a perdonarme esto jamás.

Yo tampoco voy a poder perdonarme esto jamás.

This is why we can't have nice things

Dos años y dos meses antes...

Resoplé con fuerza cuando el pasajero que había viajado a mi lado durante todo el vuelo me golpeó con su maleta al bajarla del compartimento superior, una vez aterrizaron. Ni me pidió perdón. Tampoco esperaba que lo hiciera. Lo que le faltaba a mi mal humor. Si alguien me dirigía la palabra en los siguientes cinco minutos, puede que hasta le mordiera.

Vale, está claro que los aviones no son mi medio de transporte favorito. Y ese viaje en concreto se me había hecho excesivamente pesado. Seguramente, porque llevaba desde antes de salir de casa pensando en lo poco que me apetecía hacerlo. Tenía millones de cosas que hacer en Chicago. Tenía que estudiar para los finales, sin ir más lejos. No veía qué podía haber más importante que eso. Así que sentir que estaba malgastando mi tiempo en un maldito avión no contribuía a mejorar mi estado de ánimo. Aunque hubiera pasado el tiempo de vuelo repasando mis apuntes. Y, además, no veía qué podía tener de importante un partido de fútbol entre universidades sin que ni siquiera fuera temporada, pero, en fin. Cam había insistido mucho para que fuera a verlo jugar. Y yo no había podido decir que

no, aunque lo había intentado. No era que no quisiera verlo... O, bueno, quizá un poquito sí. A lo mejor un poco de eso también había. Porque él y yo no estábamos pasando por nuestro mejor momento y yo no me sentía con fuerzas como para lidiar con eso en plena época de exámenes finales. Me parecía más adecuado dejar los problemas de pareja para cuando termináramos el curso. Pero, precisamente porque no estábamos en nuestro mejor momento, no había podido decir que no. Porque la última vez que nos habíamos visto, hacía ya un mes, la cosa no había acabado demasiado bien. Cam se había largado sin decir adiós, justo tal y como se había presentado en Chicago: sin avisar. Y los dos llevábamos todo el mes intentando hacernos creer que habíamos dejado todo eso atrás. Pero no era verdad. Por mucho que lo hubiéramos hablado. Primero habíamos discutido, echándonos un montón de cosas en cara. Luego habíamos intentado tratar el tema de forma más tranquila. Pero es que el muy cabezota seguía sin querer admitir su parte de culpa, que era casi toda, para ser justos. Porque yo no paraba de adaptarme a sus horarios y a su apretada agenda. De viajar a Eugene para verlo siempre cuando a él le venía bien, y de esperar pacientemente en Chicago a que él decidiera venir a pasar el fin de semana conmigo, solo si no le venía demasiado mal dentro de sus planes. En cambio, yo no paraba de cambiar los míos para ajustarme a su tiempo libre. Y ya hacía muchos meses que eso había dejado de parecerme justo. Concretamente, desde que él empezó a cambiar planes en el último minuto y a no respetar los míos. Seguía muy enfadada, aunque hubiera intentado enterrar

mi rabia por el bien de la relación. Y, por eso, lo último que me apetecía ese fin de semana era ir a ver un maldito partido de fútbol americano. Empezaba a odiarlo. Ya lo odiaba. Mucho. Porque el egoísta de mi novio me pedía que fuera a verlo, pero ni siquiera tenía todo el fin de semana libre para mí.

Lo vi en cuanto puse un pie en la terminal de llegadas. Ya me había visto y mantenía sus ojos verdes clavados en mí, en espera de que yo también lo localizara. El corazón me empezó a golpear las costillas a un ritmo frenético, porque no debía de haberse enterado aún de que yo estaba enfadada con él. Pero qué va. Mi enfado se esfumó a la velocidad de la luz, justo en el tiempo que a Cam le costó sonreírme. Menuda sonrisa. Y yo enfadada. Y yo perdiendo el tiempo, rumiando resentimiento, en vez de haber cogido un maldito avión hacía ya semanas, para besársela.

No corrí porque no quería parecer patética, pero caminé todo lo deprisa que pude hasta llegar a su altura. Solté el asa de mi maleta en cuanto paré frente a él. Cameron seguía con media sonrisa pegada a los labios, recorriendo mi rostro con la mirada, pero no parecía demasiado seguro de cómo iba a resultar nuestro encuentro. No lo culpaba. Yo llevaba irritable e insopportable unos cuantos días ya. Le eché los brazos al cuello y lo estrujé tan fuerte como pude, escondiendo la cara en su hombro. Olía tan bien que casi me mareé. Sentí cómo, inmediatamente, me estrechaba entre sus brazos, con firmeza, con ganas, y me besaba dulcemente la coronilla. No me había dado cuenta de que llevaba más de un mes muriéndome por un abrazo como ese, hasta que lo tuve. Me separé solo para buscar sus

labios con mi boca. Los encontré entreabiertos, esperando mi contacto. Y, en cuanto nos unimos, sus manos recorrieron mi espalda de manera ascendente hasta que las colocó a los lados de mi cara, profundizando el beso. Y yo aferré las mías a su nuca, para dejarle claro que no pensaba dejarlo marchar hasta que considerara que ya había tenido suficiente. A lo mejor teníamos que pasarnos todo el fin de semana en el aeropuerto.

—Lo siento —murmuré cuando nos separamos unos escasos milímetros.

—No. Yo lo siento.

Me besó de nuevo. Y yo dejé que me nublara todos los sentidos con su cercanía.

No tardamos demasiado en montarnos en el coche para emprender el camino hasta Eugene. En cuanto dejamos atrás las luces de la ciudad, giré la cabeza, apoyada en el asiento, para mirar las sombras de la noche surcando el rostro de Cam. Me encantaba el gesto que ponía cuando iba tan concentrado en la carretera.

—Me estás poniendo nervioso. —Rompió mi burbuja, en tono de broma, pero sin desviar su vista del frente—. No creas que no puedo notar tus ojos fijos en mi cara.

—Perdona —murmuré, y bajé la mirada a sus manos, aferradas al volante.

Noté cómo giraba la cabeza, para dirigirme una mirada rápida, antes de volver a centrarse en la conducción.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

—Sí.

—Vale. Ahora, ¿puedes decirlo como si de verdad te lo creyeras? —me pidió, y siguió mirándome de reojo

insistentemente.

Me recosté en el asiento y perdí la vista por la ventanilla. No sabía si estaba bien del todo.

—Estoy bien. Estoy muy cansada, solo es eso —me excusé.

Cameron dejó transcurrir unos cuantos segundos en silencio, antes de volver a hablar:

—Ash, te quiero —soltó, sin previo aviso, sin preliminares románticos—. Te quiero muchísimo, y sé que a veces la cago, pero necesito que entiendas que nada de lo que hago... o no hago... Ninguna de esas cosas es para hacerte daño. A veces, no me entero de que estoy siendo un imbécil hasta que tú me lo dices. Y lo entiendo. Entiendo que últimamente me he comportado como si no respetara tu tiempo y he dado por supuesto que deberías querer invertirlo en mí cuando yo tengo tiempo para invertirlo en ti. Sé que no es justo. Y no pretendía que fuera así, ni quiero que pienses que lo que yo quiero es tenerte pendiente de mí para cuando yo no tenga nada mejor que hacer. No quiero que sea así. No era mi intención que te llevaras esa impresión. No lo pensé desde tu punto de vista. Fui muy egoísta porque me moría de ganas de verte y de estar contigo. Pero lo he pensado mucho y lo he entendido. Me mata pensar que te puedo hacer sentir como un segundo plato. No es así, princesa. Me encantas tú, tal y como eres, con tu vida, con tus sueños, con tus proyectos... No me gustaría que cambiaras nada de eso, odiaría que dejaras una sola de esas cosas, ni por mí ni por nadie. Lo siento. Necesito que lo sepas.

Se me escapó una lagrimita furtiva por la comisura del ojo derecho. Me la sequé disimuladamente.

—Ya lo sé —dije, al fin, con voz queda—. Yo también lo siento. Y te quiero, y...

Me callé al notar cómo él me cogía la mano y la apretaba brevemente antes de tirar de ella para llevarla hasta sus labios y besarme el dorso con dulzura.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró, con la vista fija en la carretera—. No quiero que tengas dudas.

—No las tengo —aseguré, firmemente—. No las tengas tampoco tú.

—No las tengo —confirmó, a media voz.

Y parecía bastante menos seguro que yo.

Me resistí a abrir los ojos durante unos cuantos segundos cuando desperté envuelta en la suavidad de unas sábanas que olían a Cam. Cuando lo hice, fue solo para luchar contra la tentación de cerrarlos de nuevo. El colchón tenía la firmeza perfecta y las gruesas cortinas entrecerradas permitían el nivel de penumbra exacto para invitarme a dormir un poco más.

La noche anterior estaba tan cansada que no recordaba ni cuándo me había quedado dormida. Fue en el coche, eso seguro. Me vinieron a la mente algunos *flashes* inconexos: los brazos de Cam cargando conmigo, la voz de su hermano diciendo que había encerrado a las perras en la cocina, mi gruñido lastimero mientras Cam me acostaba.

Me giré en la cama, perezosa. Podría haber dormido tres días seguidos. Pero me estiré y me obligué a incorporarme en cuanto fui plenamente consciente de que estaba sola. Sola del todo. Ni rastro de Cam en toda la habitación.

Recuperé el móvil de la mesilla y me fijé en la hora que marcaba. No podía ser. Tenía que estar mal. Seguro que estaba marcando la hora de Chicago. Tenía que ser eso. Pero es que justo debajo ponía «Eugene» y marcaba la temperatura del exterior. Calurosa, por cierto. Y, si el maldito reloj estaba bien, eso significaba que hacía casi una hora ya que había empezado el partido de Cam.

Me levanté de un salto, salí de la habitación descalza y avancé hasta el salón. No sabía si había alguien en casa, pero, cuando llegaba a la puerta, oí el sonido de las teclas de un ordenador al ser golpeadas rápidamente. Ese debía de ser Zack.

—Hola —saludé, sin elevar mucho la voz para no asustarle.

Se volvió de golpe en la silla para mirarme, pero creo que le sobresaltó más la reacción de las perras que mi saludo. Las dos se levantaron de un salto de la colchoneta donde descansaban, junto a la mesa de trabajo de Zack, y corrieron hacia mí. Les presté poca atención, para la forma en que solía saludarlas habitualmente, y me centré en el humano que las acompañaba.

—Buenos días —saludó, con una sonrisa. Se levantó para acercarse a mí y me envolvió en un abrazo cariñoso antes de decir nada más—. Nosotros anoche esperándote despiertos para recibirte como te mereces y tú no hiciste lo

mismo por tus cuñados que te aman —reprendió, en tono de guasa.

Forcé una sonrisa.

—Ya. No me acuerdo ni de cómo llegué hasta aquí.

—Claro que no. Estabas totalmente KO —se burló—. Menos mal que Cam nos avisó para que controláramos a las perras. Si no, estas dos te habrían despertado sin ninguna delicadeza.

Las acaricié para calmarlas.

—Cam se ha ido a su partido.

Ni siquiera me molesté en preguntarlo. Era bastante obvio.

—Sí. Y Robbie ha ido a verlo jugar, porque parece que si se pierde un maldito partido de los Patos revienta —gruñó.

Eso me sacó media sonrisa. Zack y yo compartíamos el amor por los Parker y el odio por el fútbol americano. A lo mejor porque las dos cosas iban inevitablemente ligadas.

—Me parece increíble que no me haya despertado —refunfuñé, más para mí misma que para mi interlocutor.

—Ha dicho que estabas agotada. Quería dejarte dormir —lo defendió.

Me limité a fruncir los labios. A lo mejor a Zack le parecía encantador, pero la realidad era que Cameron se había pasado las últimas dos semanas hablando de lo importante que era para él que yo fuera a Eugene ese fin de semana, el fin de semana de su maldito partido. Y, cuando lo hacía, dejando todo lo demás de lado a pesar de mis compromisos, a pesar de todas las cosas que había dejado pendientes y tendría que acumular en la próxima semana, y a pesar de mis exámenes finales, él iba y me dejaba durmiendo

mientras jugaba el importantísimo partido. Yo aparcando mi vida para asistir a un partido de fútbol, y él yéndose al partido sin mí.

—Voy a darme una ducha —anuncié—. Y luego me llevo a las perras a dar una vuelta para dejarte trabajar tranquilo.

Eso es lo que hice. Darme una ducha y salir de casa con las perras para darles un paseo. Me tomé un café en una terraza, con mis dos acompañantes tumbadas bajo la mesa, a la sombra. Y luego nos fuimos al parque. A ver si conseguía disipar mi enfado un poco antes de volver a ver a Cam. Casi ni habíamos llegado a salir de una bronca enorme, y ya se estaba avecinando otra. No me podía creer que me hubiera soltado todo ese discurso en el coche, la noche anterior, sobre respetar mi tiempo, y ahora hiciera esto. De verdad que no. Me pasé más de una hora jugando con mis amigas caninas, pero rumiando mi mala leche. Así que, para cuando volví a la casa, no había conseguido calmar mis ánimos, sino cabrearme aún más.

Zack ni se atrevió a decir nada cuando me abrió la puerta y me vio la cara. Los dos hermanos aún no habían vuelto, y yo me fui directamente a la habitación de Cam y me encerré allí para poder llamar a Emily por teléfono y despotricar un poco.

—¡Hola! —Fue la voz de Rob la primera que oí, justo antes de la puerta cerrándose.

Me despedí de Emily apresuradamente y me paseé por la habitación, esperando que Cameron apareciera de un momento a otro. Podía oír la risa de los dos hermanos, bromeando entre ellos, pero no entendía lo que decían. Por

su buen humor, yo diría que el equipo de Cam había ganado el partido.

—Pero, bueno, chica, ni que hiciera mil años que no me ves. —Oí a Cam, con ese tono de voz tan tierno que reservaba para su perra—. ¿Y Ash? Ya se habrá levantado, ¿no?

—Eh, sí. Se ha llevado a estas dos a dar un paseo y hace poco que ha vuelto. Está en tu habitación. Creo que deberías ir a hablar con ella... —Pude oír la respuesta de Zack, prudente.

No pasaron ni diez segundos y ya se abrió la puerta de la habitación, para dar paso a un limpio y perfumado Cam, que ya llevaba el pelo casi seco después de haberse duchado en el campo. Me sonrió en cuanto nuestros ojos se encontraron, como si nada. Pero yo no correspondí a su gesto.

—Hola, princesa —saludó, relajado.

Cerró la puerta detrás de sí y se acercó hasta donde yo estaba, dispuesto a besarme. Volví la cara cuando lo intentó y, al mirarlo, vi cómo fruncía el ceño, confundido.

—¿Qué te pasa? —preguntó, sin mover ni un músculo. Demasiado cerca de mí.

Di un paso atrás.

—¿Qué tal tu partido?

—Bien. Ha estado complicado, pero hemos ganado —respondió, a media voz—. Ash...

—¿Por qué no me has despertado? —empecé a centrar el tema—. Se suponía que era un partido importante y que querías que fuera, ¿no?

Cam bajó los hombros y pareció que dudaba por unos cuantos segundos qué debería decir, mientras yo notaba sus ojos recorriendo mi cara como si eso fuera a darle las respuestas que los dos estábamos buscando.

—Estabas muy cansada. Ayer tuviste un día agotador, y mañana vuelves a viajar. Y he pensado que para un día que podías descansar... No quería despertarte. No pasa nada. Era solo un partido.

Solté un bufido y me paseé, dejándolo atrás. Se dio la vuelta inmediatamente para poder seguir mirándome.

—Eres increíble. Te lo juro —gruñí entre dientes.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó, enfadado—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Es que me vas a decir que te morías de ganas de ver el partido? Tú odias el fútbol —me recordó, amargamente.

—¡Odio el fútbol! —alcé la voz probablemente más de lo que debería—. Pero a ti te quiero. Y me gusta verte jugar. Y odio el fútbol, pero veo todos los partidos de tu equipo, porque juegas tú. Así que esto no va de si me gusta el fútbol o no.

—¿Y de qué va esto? —quiso saber entonces Cam, en un tono mucho más calmado.

Negué con la cabeza lentamente. Porque es que, encima, estaba consiguiendo sacarme de quicio. No entendía nada. Y le daba igual. Ni siquiera se daba cuenta.

—Esto va de que yo tenía millones de cosas que hacer este fin de semana. Va de que lo he dejado todo aparcado para venir aquí a ver tu partido, porque tú me pediste que lo hiciera. Y, al final, resulta que no debía de ser tan importante, porque estoy aquí y ni siquiera me has

despertado para ir a verlo. Porque no lo he visto y no se ha acabado el mundo. Eso no es respetar mi tiempo. Así que he aplazado todas las cosas que tengo que hacer para nada, ¿no?

—Para nada —repitió Cam. Asintió un par de veces con la cabeza, lentamente—. Déjame que te diga algo, Ashley: nunca te he pedido que vengas a ver un partido de fútbol.

—Ah, ¿no? —rebatió, con la rabia acumulada en mi interior —. Te has pasado dos semanas enteras hablando de tu importantísimo partido y de que tenía que venir este fin de semana.

—Sí —reconoció en un suspiro—, pero no para ver el partido.

Me dieron ganas de pegarme de cabezazos contra la pared. Lo decía tan tranquilo. Qué tío tan exasperante.

—¿Y para qué?

Frunció el ceño. Mucho. Y hasta soltó una risita irónica antes de volver a su gesto serio. Pareció explotar al mirarnos a los ojos y ver que yo no cambiaba mi expresión.

—¡Para verte! —gritó, demasiado alto como para que yo tuviera dudas de que nos estaban oyendo todos los habitantes de la casa—. ¡Para verte, Ashley, joder! ¡Para estar juntos! Porque llevábamos un mes sin vernos y la última vez que nos vimos no fue precisamente agradable, ¿no? Y yo me moría de ganas de estar contigo. Pero a ti te da igual. Y ni siquiera puedo creerte que tenga que explicarte esto —añadió, con el tono cargado de amargura —. Creo que no sé ni quién eres, te lo prometo.

Dio dos zancadas largas y pasó por mi lado. No me moví. Y él cerró de un portazo al salir.

Le daba la vuelta a todo. Y yo había pasado en un momento de estar muy cabreada a estar muy confundida. ¿Era yo la mala en todo este asunto? Él había pasado meses dándome plantones en visitas que llevaban semanas planeadas. Había dejado de venir a Chicago hasta tres veces teniendo los billetes comprados. Me había hecho quedarme en Portland con Em la última vez que yo había volado para visitarlo a él, porque sus planes habían cambiado de improviso. ¿Y ahora tenía yo la culpa por estar cabreada por tener que adaptarme siempre a lo que a él más le convenía? Había intentado ponerme en su lugar, de verdad que sí. Había intentado esforzarme por entenderlo, pero es que no lo hacía. No lo entendía. A lo mejor porque él me había dado unas explicaciones bastante vagas cada vez. Estaba cansada de ser la comprensiva. Mi tiempo y mis sentimientos deberían importar igual que los suyos en la relación, ¿no? Aun así, me sentía culpable. Así que salí del cuarto para ir tras él en cuanto oí el segundo portazo, el de la puerta de salida de la casa.

Me encontré con los ojos de su hermano fijos en los míos en cuanto llegué a la entrada. Zack estaba tras él, con cara de circunstancias, como si quisiera darme a entender que esta vez la que la había cagado era yo, y le costara ponerse de mi parte por mucho que siempre lo hiciera. Robbie tenía el gesto muy serio y una mirada de reproche que se me clavó dentro. Casi tanto como sus palabras.

—Qué bonita manera de celebrar un aniversario, ¿no, Ash?

Cerré los ojos y me mordí el labio y cuando volví a mirarlo lo vi negar con la cabeza, con desaprobación. Ni siquiera

había caído en eso. Llevaba tanto tiempo enfadada e intentando centrarme en otras cosas a las que agarrarme que no fuera mi relación con Cam, que ni me había dado cuenta de qué día era. Al día siguiente era nuestro aniversario. Dos años juntos. Por eso Cam había insistido tanto en que nos viéramos precisamente ese fin de semana.

—Mierda.

Eso fue lo único que fui capaz de decir en voz alta.

—Pues sí. Mierda —repitió Robbie.

Lo ignoré. Salí de la casa y subí las escaleras hasta la puerta de la azotea. Lo primero que vi al salir fue la mesa. Una mesa preparada para dos, con mantel y todo. Con velas que esperaban ser encendidas cuando cayera la noche. Cameron tenía que haber pedido permiso a los vecinos para montar eso, estaba claro. Y se había tomado muchas molestias para tenerlo listo con antelación para que yo no me enterara. Pero ya me había cargado la sorpresa.

Di la vuelta hasta su punto favorito de la azotea comunitaria. Ahí estaba. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y la vista en los tejados de la ciudad. Me miró solo por una décima de segundo al reparar en mi presencia. Me acerqué y me senté junto a él, con las piernas cruzadas bajo mi cuerpo, mirándolo de frente.

—Lo siento —dije, y caí en la cuenta, de golpe, de la cantidad de veces que habíamos tenido que repetir esas palabras en los últimos meses.

—Da igual, Ash. Entiendo que estés enfadada por mis plantones. Sé que no me he comportado tan bien como debería contigo últimamente. Pero es que no ha sido porque

no quisiera verte o porque tuviera otras prioridades. No se trata de eso. Es que...

Puse una mano sobre su brazo para frenarlo.

—No. No da igual —le llevé la contraria—. Estaba tan molesta y tan frustrada pensando en lo egoísta que has sido últimamente que ni me he dado cuenta de que la que ha estado comportándose como una egoísta soy yo. No necesito que me lo vuelvas a explicar. Entiendo que en los últimos meses las cosas no han salido como ninguno de los dos queríamos. Necesitaba echarle la culpa a alguien..., a ti. Pero en realidad no es culpa de nadie. Vivimos a miles de kilómetros y los dos tenemos responsabilidades y mil cosas que hacer, no siempre vamos a poder dejarlo todo por el otro, ¿no?

—Yo lo dejaría todo por ti —soltó de pronto, con esos ojos verdes justo en el centro de los míos.

Negué con la cabeza suavemente. Él no iba a hacer eso. Y yo no iba a dejar que lo hiciera. Cameron tampoco lo permitiría si fuera al revés.

—No es que ya no me importes tanto o que se esté enfriando esto —seguí—. Sigo sintiendo exactamente lo mismo. Pero es que estoy muy frustrada. Odio no poder verte a menudo. Odio tener que decirte adiós. Y cada vez es más difícil cuando lo hacemos. Cada vez se me hace más corto el tiempo que pasamos juntos y me duele más el que pasamos separados.

Asintió. Como si estuviera de acuerdo con cada una de mis palabras. A lo mejor porque a él le estaba pasando exactamente lo mismo.

—Llevo dos meses preguntándome cada día cuándo vas a dejarme.

Sonó muy triste y me estrujó el corazón con fuerza esa afirmación.

—No voy a dejarte.

—Ya me estás dejando.

Se impuso el silencio entre los dos por unos cuantos segundos. Entendía lo que me estaba diciendo. Me había alejado casi sin darme cuenta. Había ganado distancia emocional con cada nueva bronca.

—Cam, te quiero —dije, con la voz levemente temblorosa. Siempre me había costado demasiado desnudar del todo mis sentimientos y mostrarme vulnerable. Resquicios de esa Ash insegura del instituto de la que quizá nunca lograría desprenderme del todo—. Si me he portado así todo este tiempo y he estado a la defensiva e irritable y he hecho como si no me importara tanto verte o no verte, creo que ha sido solo porque estaba intentando protegerme. Porque tengo miedo. Porque cada vez que has dicho que no podíamos vernos, me he sentido abandonada. Y ya sé que eso no es así. Racionalmente lo sé —me apresuré a aclarar antes de que pudiera decir algo para justificarse—. Sabes que a veces me puede la inseguridad. Y siento que cada vez la cago más y al final vas a terminar por cansarte. Por favor, no dejes de quererme.

Cameron se estiró para rodear mi cintura con los brazos y levantó mi peso hasta sentarme en su regazo, pegada a su cuerpo. Me clavó los ojos cuando nuestras caras estaban muy cerca.

—Nunca voy a dejar de quererte, Ash. Es imposible. Nunca podría. Yo me he organizado muy mal últimamente, y lo siento. No quería hacerte sentir así. Tú eres lo primero para mí. Siempre vas a serlo. Sé que esto se nos ha ido un poco de las manos, a los dos. Pero, eh, ya casi es verano y vamos a estar juntos en Sacramento, y vamos a arreglar esto, ¿vale?

Asentí, con ansiedad, y dejé que me besara suavemente. Un beso breve.

—Prométeme que no vas a dejar de quererme nunca.

—Tendrías que hacer algo muy terrible para que yo dejara de quererte, Ashley Bennet —murmuró, en tono burlón—. No sé, como que descubriera un día que eres una asesina de cachorritos, o algo como eso.

Noté su sonrisa divertida, ladeada, pegada a mis labios.

—Jamás asesinaría a un cachorro...

—Entonces, creo que voy a quererte para siempre, princesa. Es una promesa.

14

Cam

Me seco las lágrimas con rabia cada vez que una escapa de la comisura de mis párpados. No quiero llorar más. No se lo merecen, ¿no? Ninguno de los dos. Y por eso no entiendo cómo esto puede doler tanto. He sido un auténtico imbécil por ella. Siempre ha sido así. Pero es que siempre pensé que ella lo merecía. Que valía la pena. Que lo nuestro era lo más especial que íbamos a encontrar jamás.

Y ella mientras tanto se ha estado descojonando de mí.

Yo pensando que éramos ella y yo, y luego todos los demás. A lo mejor nunca fue así. A lo mejor yo nunca fui el protagonista de mi propia historia, ¿no? A lo mejor siempre fueron ellos, y yo solo un obstáculo temporal en *su* historia.

Ashley, con su «No quiero que nos hagamos daño». Con su manera de hacerme sentir especial incluso cuando me decía que no deberíamos vernos más. Con su manera de hacerme creer que siempre me querría igual, aunque pasaran mil años o aunque pasaran mil cosas. Y, mientras tanto, follándose a mi mejor amigo.

Quiero sentir rabia y sacar mi frustración pegándole a algo y poder odiarlos tanto que se me nuble cualquier otra emoción que pueda coexistir con eso. Pero es que ahora mismo ni siquiera puedo hacer eso. Solo siento dolor. Y es tan agudo y tan potente que no me deja pensar.

Se ha acabado. Se ha acabado del todo y esta vez es para siempre. Y en vez de sentir que no quiero verla nunca más y que me ha traicionado de la peor manera posible, lo que yo siento es que me gustaría poder echar el tiempo atrás y no saber esto. Pedirle que no me lo cuente. Porque me gustaría poder seguir sintiendo que tengo alguna posibilidad de pasar el resto de mi vida con ella. Pero ha conseguido hacer eso del todo imposible. Le habría perdonado cualquier cosa. Cualquiera. Y lo que más me duele es que haya encontrado el único punto débil que existía entre los dos. Lo único que podía acabar con nosotros. La única cosa horrible que me va a empujar a buscar la forma de no quererla. Porque aún la quiero. La quiero tanto que siento que el amor me desgarra y me come desde dentro, hasta que acabe por no dejar nada en absoluto de mí. La quiero, pero sé que ya no puedo quererla. Me destroza que ella haya conseguido que perdonarla sea imposible.

Vodka restriega el hocico contra mi mano y lloriquea muy bajito, como si estuviera sufriendo mi ansiedad tanto como yo. La acaricio con desgana detrás de la oreja, para que se calme, sentado junto a ella frente a las aguas del lago.

Me enjugo las lágrimas de nuevo cuando oigo pasos a mi espalda. Sé perfectamente quién es. Y no es que me importe que me vea llorar. Es solo que no quiero llorar más por esto. No quiero ser tan débil. No quiero que me haga

tanto daño. Quiero poder ser frío y sacar de mi vida a esas personas que eran tan importantes para mí y seguir como si nada, aunque sea con medio corazón y respirando a duras penas. Quiero ser un tío duro, aunque solo sea por una vez.

—Eh —dice Vanessa. Suave. Prudente. Se sienta a mi lado con las rodillas dobladas, imitando mi postura—. Siento todo esto. Es una putada.

Me pone una mano en la nuca y mueve los dedos muy lentamente haciéndome cosquillas. Yo sigo mirando al frente, con los labios apretados.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

Mi amiga tarda un par de segundos en ser capaz de responderme. Creo que no se esperaba que yo fuera capaz de hacer nada ahora mismo que no fuese moquear. Ya me ha visto demasiadas veces lloriqueando por Ashley Bennet como para que se pudiera esperar otra cosa de la situación, supongo.

—Solo un par de días —responde, en voz baja, como si se sintiera culpable por habérselo callado. Pero la verdad es que la entiendo. Nadie quiere ser portador de noticias como esa. Nadie quiere destrozar el mundo al completo de su mejor amigo—. Lo siento. No creí que yo fuera la persona que debía contártelo.

—Ya. Bueno, intentaste advertirme, supongo. ¿Se han ido ya?

Hace un sonido afirmativo y mueve la mano para acariciarme el pelo de la parte posterior de la cabeza, suavemente.

—Sí. Sí, ya se han ido.

—Bien.

Eso es lo que digo en voz alta, aunque por dentro se derrumba el resquicio de corazón que quedaba en pie. Se ha ido. Ha recogido sus cosas y se ha largado. Así, sin más. Claro que era lo que yo quería. Claro que era lo que le he pedido. Pero ¿en serio es tan fácil sacarla de mi vida? ¿En serio es solo eso lo que estaría dispuesta a perseguirme para justificarse? ¿Para suplicar mi perdón? O a lo mejor es que no puede justificarse. O que tampoco le importa tanto. No puede importarle tanto cuando ha hecho lo que ha hecho. Eso está bastante claro.

—Debería haberme dado cuenta antes —se lamenta Vanessa como si ella también fuera una víctima de toda esta historia—. Ella estaba muy misteriosa, aunque todas sabíamos que estaba viendo a alguien. No quería decir nada sobre él. Por eso lo habíamos bautizado como «John Doe, el chico anónimo». Nunca se me pasó por la cabeza que no diera detalles precisamente porque lo conocíamos. Y muchísimo menos que fuera...

Deja de hablar antes de decir «Tyler», como si eso fuera a hacérmelo menos doloroso. Pero qué va. Mi mente completa la frase con nombre y apellido. Hijo de puta. Yendo de mejor amigo. Todo este tiempo. Hemos hablado por teléfono a diario en estos últimos seis meses. Me ha preguntado unas cien veces cómo llevaba lo de Ash, aunque yo casi le mordiera cada una de ellas. Pero no preguntaba por mí, no. No quería saber cómo estaba yo en realidad. Solo quería escuchar que yo ya no sentía nada por ella para poder follársela con la conciencia tranquila. Puto traidor.

—Sé que duele, Cam. —Vuelve a hablar mi amiga, y se acerca más a mi cuerpo y apoya la cabeza en mi hombro—.

Pero estarás mejor, ya verás. Todo irá mejor. Puede que, en el fondo, esto sea bueno, ¿sabes? Sé que ahora mismo no lo ves así y que no quieres oír esto y que me vas a odiar un poco, pero a lo mejor esta es la única manera de acabar de una vez con esta historia interminable y cortar con el pasado y que puedas seguir adelante. Sin algo como esto nunca hubieras dejado de querer volver con Ashley. Ahora simplemente te queda mirar al futuro y dejar el pasado atrás.

En el fondo tiene razón. Y eso todavía me duele mucho más. Suena como si pensara que esos dos me han hecho un favor clavándome una granada en el pecho para luego arrancar la anilla y volar mi corazón en millones de pedazos microscópicos. Pero es que seguir adelante sin Ash nunca ha sido lo que yo quería hacer.

Inclino la cabeza para esconderla entre los brazos, que tengo apoyados en las rodillas, y me pongo a llorar. No puedo contenerlo más. Es que no puedo. Porque ahora no tengo más remedio que seguir adelante y dejar todo lo demás atrás. Olvidarme de lo mejor que he tenido en la vida. Vivir cada día deseando que deje de doler y que aparezca algo que sea la mitad de especial que lo que perdí. Nunca voy a sentir algo así otra vez. Es imposible. Es absurdo pensar que aparecerá alguien que pueda hacerme sentir de nuevo. Y lloro mientras se me pasan por la mente todas esas cosas que ya nunca tendrá. Todo eso que había soñado para mi futuro con ella y que siempre creí que llegaría, de una u otra manera, aunque pasáramos años separados. Siempre estuve convencido de que acabaríamos juntos. Ella y yo. Porque era lo único que tenía sentido. Pero

ahora ya no habrá más oportunidades. Ya no habrá más besos en la nariz. No más «Cameron» en susurros burlones en mi oído. No más princesas. Nunca iremos a Nueva York en Navidad. No discutiremos por los cuadros feos con los que yo quiera decorar nuestra casa. Nunca le pondré un anillo en el dedo con la rodilla en el suelo. El resto de mi vida ya no existe. De un plumazo.

Vanessa no dice nada. Me abraza la espalda, me besa el hombro sobre la tela de mi camiseta, y apoya la mejilla en mi omoplato. Se queda en silencio, acompañándome mientras sollozo de forma patética.

No puedo pasar mucho rato así porque *Vodka* se pone muy nerviosa al oírme llorar y empieza a moverse de un lado a otro y a intentar meter la cabeza bajo mis brazos y lanzar lengüetazos a mi cara para calmar mi llanto.

—Cam...

Vanessa duda, como si no supiera muy bien qué más decir. No necesito que diga nada. De hecho, ahora mismo no quiero escuchar nada. Quiero que me dejen tranquilo.

—Déjame un rato, ¿vale? —pido, a media voz—. Necesito estar solo.

—Pero...

Se muerde el labio cuando nuestras miradas conectan. Parece muy preocupada y también tiene los ojos un poco brillantes, como reflejo de mis lágrimas.

—Voy a estar bien, en serio. Lo estaré —aseguro, y me esfuerzo por sonar más convencido de lo que realmente estoy—. Solo necesito estar solo un rato.

Asiente. No dice nada cuando me levanto y me alejo unos cuantos pasos, por la orilla del lago, con *Vodka* muy pegada

a mí.

Siento como si el mundo se hubiera acabado, en cierto modo. Como si paseara por el escenario postapocalíptico más devastado que nadie haya podido imaginar. Y ahora hay que crearlo todo desde el principio. Hay que empezar de nuevo. Otra vez. Desde cero. Volver a construirme por completo. Y, si tengo que hacerlo, más vale que lo haga bien. Me trago las lágrimas y respiro hondo para serenarme. Es verdad eso que dicen de que cuando rompes con alguien el luto es semejante al que debes pasar cuando alguien muere. En cierto modo, la persona a la que yo más amaba acaba de morir. Ha muerto por completo la imagen que yo tenía de ella, quién creía que era. La chica que me hacía sonreír, la que cantaba en mi coche y me llamaba capullo adorable. Ya no está. Y nunca va a volver. Ojalá pudiera echar el tiempo atrás. Hacer las cosas de forma distinta. Volver al punto en que ella dijo que se marchaba y yo la dejé ir. A lo mejor si... No. Estoy casi convencido de que yo no habría podido cambiar nada. Ella tomó sus decisiones, y yo nunca tuve demasiado que decir al respecto. Así que, puestos a volver el tiempo atrás, me gustaría retroceder mucho más, hasta el último año de instituto, y dejar que el imbécil de Tyler Sparks tomara todas sus malas decisiones sin intervenir. No haber pensado nunca en Ashley Bennet, no haberla invitado nunca a montarse en mi coche. Ni siquiera haber cruzado una palabra con ella. Estoy bastante seguro de que no haberla conocido sería la única manera de evitarme llegar hasta este momento de dolor. Solo que... no haberla conocido significaría perder muchas otras cosas también.

¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo puedo seguirlo siendo ahora mismo, en la situación actual? ¿Cómo puedo seguir deseando que esto no haya pasado, echar el tiempo atrás, poder quererla sin pensar en lo idiota que soy por hacerlo? Ojalá... *Ojalá*. ¿De qué sirve ya lamentarse y pensar en lo que podría haber sido? Tengo que levantarme. Tengo que seguir adelante. Y dejarla atrás.

Freno en seco la marcha y *Vodka* da un par de vueltas a mi alrededor, inquieta. Y tomo una decisión: voy a llorar todo lo que tenga que llorar por esto. Voy a llorar hasta que no me queden más lágrimas. Pero, después, nunca en mi vida voy a volver a llorar por Ashley Bennet. Voy a dejarla fuera para siempre. No voy a dejar que ella me duela nunca más.

Ah, y voy a desterrar de mi vida a Tyler. Eso también.

Para cuando vuelvo a casa, cerca de una hora más tarde, me imagino que mi aspecto debe de ser bastante lamentable. Asumo que todos los que quedan en la casa saben perfectamente de qué va el tema, así que tampoco creo que les vaya a sorprender. La puerta de cristal del jardín está abierta y yo entro en el salón, sin ver a nadie. Oigo voces en la cocina, y me acerco despacio hacia allí.

—Yo tengo que irme, de verdad. Lo siento. Pero necesito irme con ella. —Oigo a Emily, en un tono muy afectado.

—No me puedo creer que esté pasando esto —suspira Mia—. Pero Em tiene razón, yo también quiero ir a Sacramento. Ash debe de estar hecha una mierda. No la defiendo, Vanessa, no me mires así, pero la conozco y me imagino cómo puede sentirse ahora.

—Se lo ha ganado a pulso —escupe Vanessa, enfadada.

—Puede que sea culpa suya, pero eso no significa que ella no lo pase mal. Lleva jodida más tiempo del que crees —le responde Emily, en defensa de su mejor amiga.

—Vale. —Las calma Scott—. Aquí nadie es juez ni abogado, que yo sepa, así que no nos metamos en esto. ¿Por qué no os lleváis las tres mi coche? Vanessa y yo nos quedamos y volvemos con Cam cuando él quiera hacerlo.

—Me parece bien —se pronuncia mi mejor amiga.

—Vale —asiente Gina—. Es buena idea.

—Muy bien. Yo me voy ya, quien venga conmigo que coja sus cosas. —Emily mete prisa, aparentemente ansiosa por ir tras su amiga.

Entro en la cocina y todas las cabezas se vuelven para mirarme, con la misma expresión de lástima en las cinco miradas.

—Os podéis ir todos. —Abro la nevera y saco un botellín de agua bien fría—. No necesito ningún niñero.

—Cam... —empieza Vanessa, una vez más.

—Prefiero que me dejéis tranquilo, de verdad.

Vuelvo a salir y voy directo a mi cuarto, a encerrarme allí, lejos de todo. Dejo a *Vodka* fuera, a pesar de que me sigue hasta el umbral mismo de la puerta. Esto ya es lo último, que hasta mi perra sienta pena por mí. Pobre Cameron, al que le han roto el corazón. Al que le han roto y pisoteado el corazón, más bien. Me tumbo sobre la cama y *su* olor me invade de pronto las fosas nasales. Es como una bofetada. Me encoge el estómago. Me pongo de medio lado y hundo la cara en *su* lado de la cama. Mierda. No eran imaginaciones mías. No es mi subconsciente jugándome una mala pasada. Es que huele a ella de verdad. No. Esto se

tiene que acabar. Me levanto y deshago la cama de malas formas, peleándome con las sábanas y tirándolas a un rincón del cuarto. Para cuando me dejo caer sobre el colchón desnudo ya estoy llorando otra vez. Y casi ni me había dado cuenta de que me caían las lágrimas por las mejillas.

Lo peor es que sé que voy a tener que pasar por esto. Sentirlo todo. Hasta el último desgarro. Hasta arañar el barro del fondo y poder empezar a subir de nuevo a la superficie. Lo único bueno de alcanzar el fondo, es que te da algo sólido sobre lo que impulsarte. Pero yo creo que aún no he dejado de caer.

Estoy jugando con una pelota de béisbol que tenía en un cajón, lanzándola contra el techo y contra la pared y volviéndola a atrapar, aún tumbado en la cama desnuda, cuando oigo unas llamadas tímidas a la puerta. Ni contesto. Ya creía haber dejado claro que no quería ver a nadie. A pesar de todo, oigo la puerta ceder ante el empuje de alguien. Recojo la pelota tras el último rebote y vuelvo la cabeza, para mirar. Es Emily. Me sonríe tristemente, sin separar los labios, y entra detrás de *Vodka* cuando la perra corre hasta mí y salta sobre la cama, como si alguna vez le hubiera dado permiso para hacerlo. Mi mascota se tumba a mi lado y apoya la cabeza sobre mi abdomen, lanzando un suspiro. Y Emily cierra en cuanto está dentro y se acerca tan solo dos pasos.

—Estaba tumbada delante de la puerta. —Señala a la perra. Lo imaginaba, la he oído lloriquear y arañar la madera durante un ratito, antes, pero no digo nada—. Oye, me imagino que no te apetece hablar, pero...

—Te vas —completo. Vuelvo a clavar la mirada en el techo y lanzo la pelota hacia arriba una vez más—. Lo entiendo. No pasa nada, Em. Ve con ella. Es donde tienes que estar.

No dice nada por un par de segundos y, aunque no la miro, sé perfectamente que está apretando los labios. Pensando bien qué decir.

—No quiero escoger un bando. Esto no significa que esté de su lado, o que esté de acuerdo con lo que ha hecho, es solo que...

Vuelvo a guardar la pelota en el puño izquierdo y giro la cabeza para mirarla.

—Es tu mejor amiga. Claro que estás de su lado. Tienes que estar de su lado —razón—. No me lo tomo como algo personal. Lo entiendo. Eso no cambia nada entre nosotros. Lo único que sí te pido es que, por favor, no le cuentes absolutamente nada sobre mí, de ahora en adelante. Y tampoco quiero escuchar nada sobre ella. Nunca más. Para mí Ashley ya no existe. Por lo demás, no tiene por qué cambiar nada.

Se muerde el labio y su expresión deja bastante claro lo mucho que la entristece toda esta situación.

—Entiendo que estés dolido. Siento que tengas que pasar por esto, de verdad. Sé que seguramente no puedo ni llegar a imaginarme todo lo que estás sintiendo ahora. Pero Ashley...

—No quiero que me la vuelvas a nombrar —insisto, en un tono mucho más duro esta vez—. Va en serio. Es lo único que te pido.

Asiente una sola vez.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo si necesitas algo, ¿vale? —dice, con voz dulce—. Scott se queda. Te veo cuando vuelvas a casa.

Se da media vuelta dispuesta a salir de la habitación. Entonces me doy cuenta de que Emily es mi única manera de obtener algunas respuestas. Y probablemente a mí ya no deberían importarme todos los interrogantes, pero no me he vuelto de hielo tan rápido.

—Eh, Em —la llamo, para retenerla. Me incorporo en la cama y me quedo sentado, con la cabeza de *Vodka* en mi regazo. Ella se vuelve a mirarme de nuevo—. ¿Desde cuándo? —pregunto, a media voz, inseguro.

No debería querer saberlo. Probablemente los detalles solo van a hacer que escueza un poco más, ¿no? Pero es que *necesito* saberlo. Necesito intentar entender algo.

Emily hace una mueca, como si le doliera tener que hablar de esto conmigo. Pero parece que entiende perfectamente la pregunta y no necesita que sea más específico o explique exactamente a qué me refiero. Vuelve sobre sus pasos y se acerca más a la cama, hasta sentarse en el borde del colchón.

—Por lo que yo sé, desde mediados de abril —responde, sin andarse con rodeos—. Ella tuvo un congreso en Los Ángeles un fin de semana.

—¿Y desde cuándo lo sabes tú? —sigo preguntando, solo para disimular la sensación devastadora que presiona mi pecho.

—Desde mayo. No se lo dijo a nadie más. Scott tampoco lo sabía —se apresura a dejar claro, por si yo tenía dudas sobre mi amigo—. Me pidió que no le dijera nada a nadie. Ni

siquiera ella sabía lo que estaba haciendo, Cam. Nunca ha estado más perdida.

Esta vez soy yo quien aparta la mirada. Cierro los dedos alrededor de la bola con más fuerza, hasta que me duelen.

—No quiero que la justifiques.

—No pretendo hacerlo —se defiende—. La ha cagado, y mucho. Solo quiero que sepas que, que la haya cagado tantísimo, no significa que no te quiera o que te haya mentido en todo.

Creo que hasta lanzo un bufido demasiado fuerte. Vuelvo a mirarla a los ojos y sé que los míos están llenos de lágrimas, de rabia y de dudas, pero ni siquiera me importa que Emily me vea así de vulnerable.

—¿Cómo puede decir que me quiere y hacer esto? ¿Cómo podía estar diciéndome que me quería más que a nada y que quería estar conmigo hace dos horas, después de pasarse meses follando con él? —Niego con la cabeza mientras endurezco mi expresión—. Ya no sé qué es verdad.

—Nada de lo que tuvisteis fue mentira. —Intenta consolarme.

—Ahora lo es.

Lo es. Puede que nada fuese mentira entonces. Puede que no. Pero ella acaba de cargarse eso también. Ella acaba de sembrar duda en todas mis certezas; de contaminar todos mis ideales; de derrumbar todos los pilares de mis creencias.

Ha conseguido convertir la verdad más absoluta en mentira: todo lo que un día fuimos.

Don't blame me

Dos años y siete meses antes...

La abracé contra mi pecho en cuanto terminó de recorrer la distancia que nos separaba, con una bolsa de viaje colgada del hombro. La oí suspirar, con la cara escondida entre los pliegues de mi jersey, al tiempo que se estremecía entre mis brazos. Como si llevara mucho tiempo necesitando ese contacto. Como si llevara semanas sin respirar, desde la última vez que nos vimos.

Se separó solo lo justo para ponerme una mano en la mejilla y ponerse de puntillas para unir nuestros labios. Y yo la estrujé un poco más, envolviéndola por completo con mi cuerpo.

Qué ganas tenía de besarla así.

—¿Cómo está Tyler? —preguntó, sin que ninguno de los dos llegáramos a saludar ni siquiera.

Sentí un pellizco de celos cerrándome la boca del estómago, pero lo aparté a un lado enseguida, sintiéndome culpable por la irracional reacción de mi cuerpo. Al fin y al cabo, ella no acababa de pasarse casi cinco horas en un avión para ir a Sacramento a verme a mí, sino para acompañar a Tyler tras la repentina muerte de su padre. Como todos. Claro que preguntaba por él. Es que tenía que

hacerlo. Y yo era un celoso patológico, un idiota y el peor amigo del mundo porque el hecho de que mi novia preguntara por él llegara a molestar me como lo hacía.

—No muy bien —respondí, intentando que no se me notara ni un poquito.

Ella hizo una mueca triste y asintió.

—¿Vamos? —me metió prisa.

Le quité la bolsa del hombro, para cargar yo con ella hasta el coche, y la cogí de la mano en nuestro camino a la salida del aeropuerto.

Se había dado mucha prisa en venir hasta aquí, para lo lejos que estaba Chicago. Bueno, es que claro, Tyler era su amigo. Y Vanessa también había vuelto de San Francisco en cuanto la llamé para darle la noticia. Era normal. Yo mismo había preparado una maleta bastante mal organizada y había cogido el coche y conducido más de siete horas en cuanto me lo dijo. Fui al único al que llamó. Todos nuestros amigos se enteraron por mí. A mí me llamó él. Me dijo: «Mi padre ha muerto», sin ningún tipo de emoción en la voz. Y eso me preocupó aún más que si me hubiera llamado llorando. Así que, mientras él cogía un vuelo de Los Ángeles a casa, yo cogí el coche para poder estar con él. Llegué a Sacramento al anochecer y me fui directo a su casa. Las hermanas de su madre estaban allí, así que nosotros nos fuimos a dar una vuelta. Nos habíamos pasado toda la noche por ahí, con un pack de cervezas y unos cuantos paquetes de cigarrillos. Hasta me fumé alguno con él. Así que solo habíamos disfrutado de unas pocas horas de sueño antes de tener que acudir al tanatorio. El funeral sería al día siguiente. No me había separado de mi mejor amigo hasta

esa tarde, para poder ir a recoger a Ash al aeropuerto. Y no lo había visto soltar ni una lágrima aún. Así que estaba muy preocupado.

—¿Quieres que pasemos por tu casa para que dejes esto y puedas ver a tu madre? —ofrecí al dejar la bolsa en el asiento de atrás, y le abrí a ella la puerta del copiloto, como todo un caballero.

Su padre estaba en Nueva York hasta un par de días después y Eric debía de estar en el entrenamiento de béisbol a esas horas. Pero me parecía lógico pasar a saludar a Julia, al menos.

—No. —Me sorprendió—. No, vamos directamente allí.

Asentí y cerré su puerta suavemente antes de rodear el coche y montarme a su lado. Volví a tener esa estúpida y absurda sensación en las entrañas. Pero hice todo lo que pude por apartarla. No era que ella se estuviera muriendo de ganas de verlo a él. No era eso. A ver, su padre acababa de morir, yo era el primero en estar muy preocupado por mi amigo, no podía extrañarme que Ashley también lo estuviera.

Preguntó un montón de cosas sobre él en nuestro camino hasta el tanatorio. Y yo le conté todo lo que sabía: cómo lo había visto la noche anterior, todo aquello de lo que habíamos hablado, que estaba muy preocupado por su incapacidad para exteriorizar lo que estaba sintiendo... Hablé muchísimo para así no poder hacer caso a ese monstruito verde de los celos que se me había subido al hombro y me susurraba cosas al oído. Llevaba un año y medio con ella. Ya tendría que haber superado eso del todo, ¿no? Lo de Tyler estaba más que olvidado. Estaba casi

seguro del todo de que ella lo tenía olvidado. Y yo no era inseguro. Para nada. No tenía ni una sola duda acerca de nuestra relación. ¿Por qué Tyler Sparks conseguía acabar con toda mi confianza en mí mismo en cuanto se acercaba a ella? Mierda, no tenía sentido.

El aparcamiento del tanatorio estaba abarrotado, así que tuve que aparcar el coche en un hueco libre en la manzana anterior. Ash y yo caminamos hasta nuestro destino en silencio y cogidos de la mano. Pero ella me soltó y se adelantó a mi paso en cuanto vimos a nuestros amigos en la escalera que daba acceso al edificio. Tyler estaba sentado con Vanessa a su lado y Ryan y Mia hablaban entre ellos de pie, tan solo un par de escalones más arriba. Mi novia no saludó al llegar hasta ellos; se sentó al lado de Tyler al tiempo que le echaba los brazos al cuello y le dijo algo al oído mientras él también la abrazaba y escondía la cara en su hombro.

Tuve que contener las ganas de acercarme a separarlos.

Pero ¿qué pasaba conmigo? Tyler estaba hecho polvo. Eran amigos. Y yo era una persona detestable por sentir lo que sentía. Celos. Era horrible. Y no debería estar dejando que ese sentimiento aflorara ni un poquito. Yo no importaba, solo importaba lo que mi amigo estuviera sufriendo.

Y entonces lo vi llorar. *Llorar*. Lo que no había hecho en casi veinticuatro horas conmigo, se lo arrancó ella en apenas dos minutos. Podría haber jurado que ella estaba a punto de llorar también mientras lo acunaba entre sus brazos. La vi besarle el pelo, hablarle al oído y frotarle suavemente la espalda con las palmas de las manos. Y yo apreté la mandíbula y me reproché a mí mismo una vez más

que algo como eso pudiera molestarme. Me sentí muy culpable por sentirme de aquella manera. Mucho. Pero no lo podía controlar.

Apenas pude volver a acercarme a mi novia durante todo el resto de la tarde. Porque ella estaba continuamente pendiente de él. Lo entendía, al menos racionalmente. Y no podía quejarme porque esa era precisamente una de las cosas que más me gustaba de ella: su empatía, su compasión, y el modo en que cuidaba de sus amigos, incluso poniéndolos por delante de sus propios deseos o necesidades, muchas veces. Tuve que pasarme toda la tarde repitiéndome que eran amigos y que él la necesitaba y que ella ya no sentía absolutamente nada por él.

—¿Quieres que tomemos una cerveza? —preguntó Vanessa, al tiempo que frotaba el brazo de Tyler cuando cerraron la sala y ya salíamos a la calle de nuevo.

—No. Gracias, chicos, pero creo que voy a irme a casa con mi madre —dijo él—. No necesita preocuparse por no saber dónde estoy, anoche se puso un poco nerviosa.

—Nos vemos mañana entonces —se despidió Mia, y le dio un apretón en la mano.

Noté cómo Ash me rodeaba la cintura con un brazo y posé el mío sobre sus hombros para atraerla más hacia mí y besarle el pelo.

—¿Y si cenamos con tu madre y tu hermano y luego te vienes a mi casa? Mi madre trabaja esta noche. ¿Quieres quedarte a dormir conmigo? —le susurré, para que no nos escucharan nuestros amigos.

Se apartó un poco y me miró a los ojos.

—Creo que debería quedarme en mi casa esta noche... por si Tyler necesita algo.

Parecía insegura al soltar esas palabras y hasta se mordió el labio al terminar, como si temiera cómo iba a tomármelo yo. Y, en realidad, a mí me sentó como una patada en plena boca del estómago y me estrujó el corazón y sentí... Diría celos, otra vez, pero es que posiblemente iba más allá, o era así como eran los celos de verdad, claro. Porque sentí *miedo*. Miedo de perderla. Miedo de que aún quedara algo entre ellos, de que se acordara de que estaba loca por él. De que lo sintiera de nuevo. Y tenía bastantes dudas de que él hubiera dejado de sentirlo, además. Pero me tragué todo eso y asentí, y la besé en la frente, y le dije que tenía razón y que era una chica increíble.

Luego me acerqué a Tyler para despedirme de él hasta el día siguiente.

—Tío, si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿vale? ¿Vas a estar bien?

Sonrió de medio lado, tristemente, pero asintió.

—No te preocupes. —Me tranquilizó, dándome una palmada en el hombro—. Estaré bien y, si no, tengo un proyecto de psicóloga en la casa de al lado —bromeó.

Forcé una sonrisa y le devolví la palmada, a modo de despedida.

Ashley y Vanessa caminaron conmigo hasta mi coche; mi novia para coger su equipaje y que Tyler la acercara a casa, y mi amiga para que yo la acercara a la suya.

—Hablamos luego, ¿vale? —se despidió Ash, con su bolsa en la mano, y pegó su cuerpo al mío antes de besarme en los labios. La rodeé con los brazos para evitar que se

apartara demasiado pronto y la besé dos veces más, antes de soltarla—. Te quiero —dijo muy claro y mirándome a los ojos.

—Te quiero, princesa —correspondí. Ignoré a Vanessa, que ya estaba burlándose de nosotros—. Te veo mañana. Aunque... si quieres que vaya a tu casa a cualquier hora de la madrugada y me cuele por tu ventana, no tienes más que pedirlo —propuse, solo medio en broma.

—Qué tentador —murmuró, pícara.

El coche del padre de Tyler, que ahora conducía él, paró justo delante de donde estábamos y Ash me guiñó un ojo antes de apartarse de mí y meter su bolsa en el asiento de atrás. Abrió la puerta del copiloto y me miró de nuevo.

—Hasta mañana. Te escribo cuando esté en casa. Mándame fotos de *Salem*.

Sonreí y la despedí con la mano. Ella se subió al coche con Tyler y los dos se alejaron calle abajo.

Mentiría si dijera que no me dolió verlos irse juntos. Qué tontería. No tenía motivos para sentirme así. Estaba siendo egoísta e infantil. Y lo sabía.

—¿En serio, Cam? —Me sobresaltó el sonido de la voz de Vanessa justo a mi lado—. No me digas que estás celoso de verdad...

La miré con el gesto serio, tratando de disimular. ¿Tan obvio era?

—Claro que no.

Mi amiga se limitó a hacer una mueca.

—No seas tonto. No tienes ningún motivo para estarlo. Deberías veros a los dos desde fuera. En serio. Dais asco, tío. Si pudieras ver objetivamente cómo te mira ella, no

estarías celoso nunca más en toda tu vida. Ahora deja de ser imbécil y acércame a mi casa —pidió, abrió la puerta del copiloto del Honda y se montó.

Me senté tras el volante y arranqué, en silencio. Me había gustado oír a Vanessa decir eso, pero, aun así, no lograba convencerme del todo.

Aquella noche llamé a Ash antes de dormir. Ya estaba metido en la cama, con *Salem* acurrucado conmigo, y acababa de escribirme con mi hermano para preguntar qué hacía mi perra. Ella no me cogió el teléfono. Colgó la llamada. Me llegó un mensaje un minuto más tarde:

Estoy con Tyler en el callejón, charlando de la vida. Mañana te cuento. No te preocupes, estará bien. Te quiero, me gustaría estar ahí contigo...
A lo mejor mañana, ¿vale? Duerme bien.

Dejé caer el teléfono móvil sobre el colchón y me froté los ojos y me pellizqué el puente de la nariz con una mano, mientras con la otra acariciaba a *Salem*, que se estaba acomodando sobre mi pecho.

Odiaba sentirme así, tratándose de mi novia y de mi mejor amigo. No tenía sentido. Si alguna vez hubo algo entre ellos eso había quedado enterrado en el pasado.

Vanessa tenía razón con eso de que no tenía motivos para estar celoso. Ashley me había elegido a mí hacía ya mucho más de un año. Ash me quería a mí.

Entre esos dos nunca iba a volver a pasar nada. Mi parte racional estaba completamente segura de eso. Pero otra parte de mí, esa imposible de controlar, parecía tener otras creencias al respecto.

Confiaba en Ashley, obviamente. Creía en nosotros y en nuestra relación más que en nada en el maldito mundo. Más que en la ley de la gravedad y en que la Tierra era redonda. Que yo la quería y ella me quería a mí era mi certeza más absoluta. Y solo había una cosa que me hiciera sentir inseguro. Solo una: el idiota de Tyler Sparks.

15

Ashley

Tyler para el coche en el arcén de la carretera cuando llevamos unos cuarenta minutos de vuelta hacia Sacramento. Lo hace porque yo no soy capaz de dejar de llorar, y porque no respondo a nada de lo que me dice, ni reacciono a ningún estímulo. Apenas lo noto cuando pone la mano en mi pierna intentando conectar conmigo.

El mundo se ha acabado. Eso es lo que siento. Se ha terminado. Y lo peor es que he sido yo la que ha apretado el botón de destrucción. Yo ya nunca voy a volver a vivir. No voy a ser capaz de seguir respirando como si nada. Nunca más voy a poder ser feliz. No sin Cam. No sabiendo que le he roto el corazón, todo el daño que le he hecho, recordando esa expresión en sus ojos. Debería dolerme a mí. Debería cargar yo con mi dolor y con el suyo. Porque él no se lo merece. En cambio, yo...

—Ashley. —Tyler me llama una vez más, con el motor apagado, a un lado de la carretera—. Ash, vamos. Vale. Venga, vale ya. Ya está. Ya está, ya ha pasado.

Intenta abrazarme, mientras yo mantengo la cara escondida entre las manos, sin parar de sollozar. Lo empujo y me revuelvo, para que no me toque.

No quiero que me toque. Cada vez que lo hace siento de nuevo lo mismo que cuando he dicho «Es Tyler» y los ojos de Cam han reflejado todo lo que él no ha dicho con palabras. No puedo estar cerca de Tyler. No puedo. Es como seguir traicionando a Cam, una y otra vez. Como volver a hacerlo. Ojalá hubiera pensado esto antes. Y ni siquiera puedo estar enfadada con él. No puedo gritarle a Tyler, que es lo que tengo ganas de hacer ahora mismo. No, porque toda la culpa es mía. Solo mía.

—No quiero que me toques —expreso en voz alta, o al menos todo lo alta que me sale, que no es mucho.

—Está bien —suspira, y levanta las manos para demostrar que viene en son de paz—. No te toco, no te abrazo, no te hablo si no quieres, Ash. Pero deja de llorar. Por favor, deja de llorar, me estás machacando el corazón.

Me seco las lágrimas una vez más, como puedo, con un pañuelo de papel arrugado que ya no da mucho más de sí. Intento enfocar su imagen a través de mi mirada borrosa. Parece muy preocupado. Me mira con el ceño un poco fruncido y con los ojos cargados de dolor, como si reflejaran el mío.

—Lo siento —sollozo una vez más—. Lo siento. Porque se lo he contado y ni siquiera te he avisado de que iba a hacerlo, y tú... Y ahora estará muy cabreado contigo...

—No importa —dice, en un tono muy suave. Hace amago de acercar la mano a mi mejilla, pero enseguida la aparta, como si acabara de recordar que le he pedido que no me

toque—. Tenía que enterarse tarde o temprano. Yo he estado a punto de decírselo un par de veces también, y al final me he cagado como un cobarde. Me alegra de que lo hayas hecho tú. Me pesaba bastante en la conciencia.

Bajo la mirada y siento una nueva oleada de lágrimas abrasándome el borde de los párpados.

—Le he hecho mucho daño —lloriqueo—. Lo he destrozado.

—Tranquila —murmura, como si tratara de calmar a un perro asustado—, estará bien. Ya lo verás. Estará bien, Ash.

Estira el brazo y esta vez no retira la mano antes de tocarme. Me acaricia el pelo con ternura, apartándose un mechón de la cara. Y yo me echo hacia atrás como si me quemara su contacto. Puedo captar una mueca que casi parece de dolor, en su cara, ante mi rechazo.

—Emily no tiene razón —sigo, y me escucho a mí misma como si fuera otra persona la que hablara por mí, como si estuviera fuera de mi cuerpo—, sí que soy la peor persona del mundo.

—Eso no es verdad —rebate Tyler, con un tono muy firme y mayor volumen, para que me quede del todo claro—. Cam estará bien, Ash —insiste—. No es como si lo hubieras dejado por otro, o como si lo hubieras estado engañando desde siempre, ni siquiera le has puesto los cuernos. Vosotros lleváis mucho tiempo sin estar juntos.

—No —niego con la cabeza y me retuerzo las manos sobre el regazo—, tú no lo entiendes. No lo puedes entender.

¿Cómo se le explica a alguien que te has cargado lo más especial de tu vida? ¿Cómo puedes hacer entender a quien

no ha tenido algo como eso que acabas de perder el vínculo más especial que puede existir entre dos personas? Cam y yo llevábamos mucho tiempo sin estar juntos. Pero yo seguía siendo suya, aunque no me guste esa forma de expresarlo; él seguía siendo mío. Seguíamos conectados. Seguíamos siendo *esa* persona. *Esa*. Eso éramos el uno para el otro. Ahora lo veo muy claro. Justo ahora que lo he perdido. Que lo he roto.

—Lo entiendo. —Me lleva la contraria—. Ashley...

—No puedo, Tyler. Por favor, déjame, no quiero hablar.

—Él va a estar bien. Y tú también vas a estar bien —sigue, sin hacer caso de mis últimas palabras—. Sé que es difícil. Sé que ha sido un momento muy duro, pero...

Suelto el cinturón de seguridad y tiro de la manilla de la puerta para salir del coche. No quiero oír más. No puedo oír más. Él no tiene ni idea. Él no sabe lo que es esto. Él no lo entiende. No sabe lo que hay entre Cam y yo... lo que *había* entre Cam y yo. No voy a estar bien. Nunca voy a estar bien. No puedo volver a estarlo. Y no me merezco volver a estarlo.

—¡Ashley!

Oigo el grito de Tyler, que sale detrás de mí, por mi puerta, y me persigue mientras yo me alejo de la carretera sollozando. Ya es la segunda vez que tiene que hacer esto en dos días. Debe de tener ganas de abandonarme aquí y largarse él solo. Ahora mismo lo entendería perfectamente. Hasta yo me odio a mí misma. Me odio mucho en este momento.

Tyler me alcanza a apenas unos cuantos pasos del coche, porque las lágrimas ni siquiera me permiten ver por dónde

voy. Me rodea con los brazos y me inmoviliza contra su cuerpo mientras yo intento revolverme y alejarme y no paro de pedirle que no me toque, luchando contra él.

—¡Ya vale! —me grita, y no cede en la firmeza de su agarre—. No voy a soltarte, no voy a dejarte sola en medio del bosque y no voy a volver a Sacramento sin ti. Así que llora y patalea todo lo quieras, Ash, pero vuelve al coche y deja que intente hacerte sentir mejor y me preocupe por ti, ¿vale? A mí también me duele. No eres la única que se siente culpable. No eres la única que está mal por haberle hecho daño a Cam. Yo tampoco quería esto. Pero estamos aquí. Y tenemos que lidiar con ello. Así que, ¿qué tal si me dejas intentar hacerlo lo menos duro posible?

Dejo de pelear con él en cuanto empieza a soltarme todo ese discurso. Para cuando termina yo ya estoy refugiada en su pecho, con las lágrimas empapando su camiseta, y dejándome abrazar. Me siento peor que en toda mi vida. Y estoy segura de que sí, de que me he ganado el infierno yo sola. Pero no creo que sea muy diferente de esto.

—Por favor, Tyler, solo llévame a casa —pido, con la voz entrecortada por el llanto—. Llévame a casa.

Él hace justo eso. Me lleva hasta el coche de nuevo, sin soltarme, y cierra la puerta cuando yo ya he puesto mi culo en el asiento. Luego rodea la parte delantera del deportivo para montarse al volante. Y conduce y me deja llorar en silencio durante casi hora y media hasta que llegamos a la puerta de nuestras casas.

Para entonces yo ya me he serenado un poco, aunque eso solo quiere decir que he dejado de sollozar e hipar con histerismo. Me bajo del coche sin que a él le haya dado

tiempo ni siquiera a parar el motor. Estoy abriendo el maletero cuando aparece de nuevo a mi lado, para ayudarme a sacar la maleta. Musito un «gracias» desganado y me alejo de él sin ni siquiera dedicarle una palabra más.

—¡Ey, Ash! —Eric me saluda desde la piscina, donde está con esa novia monísima suya y con su amigo Leroy y otra chica—. ¡Ashley!

Vuelve a llamarde cuando ve que no contesto. Ni los miro. Arrastro mi maleta y empujo la puerta de casa para entrar. Solo quiero desaparecer. Quiero meterme bajo las sábanas de mi cama y no salir de ahí en meses. O en años. O nunca más.

—¿Ashley? —Oigo la llamada de mi madre desde el salón. Debe de haber oído el grito de mi hermano. No contesto. No me da tiempo a llegar a la escalera antes de que aparezca. Frunce mucho el ceño en cuanto cruzamos la mirada y me ve la cara. Imagino que mis ojos rojos e hinchados ya le dan una pista de que no estoy volviendo de las mejores vacaciones de mi vida.

—Cariño —dice, prudente—, ¿qué ha pasado? Pensaba que no volvías hasta el sábado. Anda, ven. Siéntate.

Me coge la mano y tira de mí hacia el salón, abandonando mi maleta junto a la puerta, pero me quedo parada antes de llegar hasta el sofá y trato de recuperar mi mano para marcharme a mi habitación. Quiero estar sola. No quiero hablar de esto con mi madre.

—Ashley, di algo —insiste, sin soltarme—. Me estás asustando.

Y para asustarla más, me pongo a llorar desconsoladamente otra vez y me flaquean las piernas y acabo sentada en el suelo, de forma bastante poco decorosa y berreando como si tuviera dos años y acabara de perder a mi madre en el centro comercial.

—La he fastidiado, mamá —consigo decir, a duras penas, cuando ella se agacha frente a mí y sigue preguntando qué es lo que me pasa, en un tono extremadamente preocupado —. Lo he perdido para siempre.

—¿A Cam? —pregunta, como si realmente necesitara hacerlo.

—Le he hecho mucho daño y ahora va a odiarme. Y yo también me odio.

Noto todos los síntomas que me indican que voy de manera imparable hacia el ataque de ansiedad, y no soy capaz de respirar con normalidad.

—¿Qué pasa?

Eric entra en el salón, pero ni lo miro. Suena bastante preocupado, o eso me parece, pero a mí todo empieza a parecerme lejano. Mucho.

—Eric, pon una taza de agua a calentar para prepararle a tu hermana una infusión, por favor.

Mi madre me abraza y me mece, emitiendo toda clase de sonidos tranquilizadores con la boca, como si estuviera arrullando a un bebé llorón para conseguir hacerlo dormir. Puede que sea eso en lo que me he convertido hoy.

—Ya está. Estás bien. Estás en casa —me habla al oído, y eso aún me da más ganas de llorar—. Estoy segura de que Cam no puede odiarte. Todo se arreglará, ¿vale? Ahora vas a

estar bien aquí, con nosotros. Papá llegará en un rato, debe de estar a punto de aterrizar.

Tiene que apartarse de mí cuando suena el teléfono fijo. El fijo. ¿Por qué seguimos teniendo eso en casa? Va a contestar, y la oigo soltar un suspiro y un par de monosílabos antes de acercarse de nuevo hacia mí.

—Sí. Sí, ya ha llegado, Emily, está aquí. No te preocupes —rebusca en mi bolso, que está tirado a mi lado en el suelo y saca el móvil y me lo pone en el regazo—. Emily te ha estado llamando. Está preocupada. —Me tiende el teléfono inalámbrico, pero yo niego con la cabeza mientras intento secarme las lágrimas—. No quiere hablar. Pero quédate tranquila que ya está aquí, cielo.

Eric se me planta delante con una taza humeante entre las manos y me la ofrece, un poco inseguro. ¿Él me ha preparado la infusión? ¿Y me está mirando con esa cara de preocupado? Sí que tengo que estar mal. La cojo, aunque no soy capaz de encontrar mi voz para darle las gracias.

—¿Qué te ha pasado? —se interesa mi hermano, por si esto no era ya lo bastante raro.

—Anda, cariño, tú ve con tus amigos y no te preocupes —interviene mi madre, que acaba de colgar con mi mejor amiga y ya está dispuesta a cuidar de mí de nuevo—. Gracias por preparar la infusión —dice lo que no he sido capaz de decir yo—. Bebe —me pide después, cuando Eric ya sale con el gesto aún preocupado.

Espero que no le dé por escribir a Cam para preguntarle a él qué ha pasado. Este niño es capaz de hacer algo así.

Mamá me obliga a beber la infusión a pequeños sorbos, como si eso pudiera curar cualquier cosa, y me sigue

escaleras arriba, cargando ella con mi maleta. Y no me deja sola hasta que he suplicado que lo haga como unas cinco o seis veces.

Ya ni siquiera puedo llorar. Ni pensar. Me dedico a estar tendida sobre el colchón, con la vista fija en el techo y poniendo todo mi esfuerzo tan solo en seguir respirando. Un segundo más. Un minuto más. Uno detrás de otro.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo unos toques en la puerta. No encuentro la voz para dar permiso a quien sea para que entre, y tampoco sé si es lo que quiero. Pero la puerta se abre, de todos modos, y mi padre asoma la cabeza y me sonríe cuando encuentra mis ojos. No puedo corresponderle el gesto. Entra y se acerca hasta mí. Va vestido con el uniforme de piloto y se quita la chaqueta y la deja a los pies de la cama antes de sentarse en el borde.

—Eh, ¿cómo estás? —pregunta, y yo me encojo de hombros como toda respuesta—. ¿Qué te ha hecho? Sabes que me caía bien ese chico, pero si le ha hecho daño a mi niña voy a ir a machacarlo con mis propias manos.

Sonrío un poco, tristemente, porque sé que lo está diciendo precisamente para eso. Me incorporo de golpe, me abrazo a su torso y hundo la cara en su hombro. Me abraza fuerte y me besa el pelo, con ternura.

—Voy en serio, Ash. Puedo ir a darle una paliza. Estoy más cachas que él —sigue intentando hacerme reír.

Pero yo no puedo. Hablo, con la voz amortiguada contra su camisa:

—No ha sido él, he sido yo. La culpa es mía.

Me aparta un poco y coge mi cara entre las manos para mirarme bien por un momento.

—Eso a mí me da igual. Para mí la culpa siempre la va a tener él —bromea. Se queda serio al ver que yo no sonrío ni un poquito—. Todo va ir bien, cariño. —Me besa la frente—. Recuerda que yo te quiero. Siempre. ¿Está bien?

Y yo ya estoy llorando otra vez y vuelvo a abrazarme a él sin responder.

Serán cerca de las diez de la noche cuando oigo sonar el timbre y jaleo en la planta de abajo. Y luego, pasos por las escaleras. La puerta se abre sin que nadie se haya molestado en llamar y Mia y Emily entran como si estuvieran en su casa, con una mochila cada una, y empiezan a sacar sus cosas y a dejarlas por mi habitación como si pensaran quedarse a vivir aquí.

—Voy a decirle a Peter que os traiga el colchón, chicas, y yo voy a por unas sábanas —dice mi madre, asomada al marco de la puerta.

—Gracias —responden las dos a la vez.

Me siento sobre la cama con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, variando por fin la postura que he estado manteniendo durante las últimas horas.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto, con la voz ronca que se me ha quedado de tanto machacarme la garganta con el llanto.

—Una fiesta de pijamas —responde Em, burlona—. Venimos a estar contigo, Ash.

—No hace falta que...

—Qué sexi suenas —me interrumpe Mia, con una sonrisa ladeada—. Anda, toma, guapa. —Me lanza una bolsa llena de gominolas y chocolatinas que acaba de sacar de su mochila.

Niego con la cabeza, incrédula, y aparto la bolsa a un lado.

—No protestes —advierte Emily. Se acerca, se sienta junto a mí y me rodea con un brazo—. Estábamos preocupadas por ti.

—Sí —corrobora Mia, quien se sienta a mi otro lado y apoya la cabeza en mi hombro.

Me siento un poco mejor, con ellas aquí. Pero es que eso no es lo que yo quiero. No quiero sentirme mejor. No puedo sentirme mejor. Me merezco ser muy desgraciada ahora mismo. No tengo derecho a que nada ni nadie consiga paliar mi dolor. Tengo que sufrir. Me lo he ganado.

—¿Cómo estaba...?

No termino la frase porque su nombre se me queda atravesado en la garganta y me forma un nudo tan enorme que no me deja respirar.

—Mal, Ash, la verdad —suelta Mia, sincera como siempre, sean cuales sean las consecuencias.

—Pero sobrevivirá —trata de suavizarlo Emily—. Y tú también. Que para eso estamos nosotras aquí.

Mis padres nos encuentran a las tres unidas como una piña en mi cama, cuando entran con el colchón y las sábanas. Los veo tragarse la sonrisa. Mi madre prepara una cama en el suelo, a pesar de que mis dos amigas no paran de insistir en que lo deje y que ya lo harán ellas. Luego dan las buenas noches. Y nos dejan a las tres solas.

—Ash, ¿me puedes explicar qué ha pasado? Porque creo que aún no termino de entenderlo —pide Mia, cuando las tres estamos ya en pijama y sentadas sobre mi cama.

Me muerdo el labio y niego lentamente con la cabeza. No quiero ponerme a llorar otra vez de manera desconsolada. ¿Tengo derecho a llorar siquiera?

—Se ha tirado a Tyler —responde Emily por mí, y yo la miro con cara de querer asesinarla—. ¿Qué? Lo siento. Es así. ¿Cómo quieras que lo exprese? Ha mantenido relaciones carnales con Tyler —reformula para Mia. Luego vuelve la vista de nuevo hacia mí—. ¿Mejor así?

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón, pero mis dos amigas se dan mucha prisa en cogerme cada una de un brazo y obligarme a incorporarme para recuperar mi posición original. Y para poder seguir interrogándome con la mirada. Y no solo con la mirada, claro.

—¿Por qué lo has hecho, tía?

Mia es experta en hacer siempre las preguntas más certeras en los momentos menos adecuados. Yo ahora no quiero pensar en eso. Porque debería haberme hecho esa pregunta hace mucho y no ahora, cuando todo ha pasado. Debería haberme preguntado a mí misma qué estaba haciendo y adónde iba a conducirme todo eso. Pero ahora ya es tarde.

—No lo sé —suspiro—. Necesitaba seguir adelante. Necesitaba obligarme a dejar de mirar atrás. Y de repente Tyler me... dejó en blanco —dejo que las palabras se escapen solas sin darme tiempo a pensar en ello—. Quería cualquier cosa menos ser yo. Quería... quería sentir cualquier cosa que no fuera lo que sentía cada día. Y él me hizo no sentir nada, supongo. Era mejor estar en blanco que estar rota.

—Te perdiste, Ash —murmura Emily, como si le diera mucha lástima.

Es verdad. Tyler era como un madero al que aferrarse en medio de un naufragio. Pero debería haberme hundido con el barco. Sobre todo, porque fui yo misma el maldito iceberg que hizo que empezara a irse a pique.

—No quería hacerle daño a Cam —confieso, en un susurro lastimero que me llena los ojos de lágrimas otra vez—. Es que simplemente no podía pensar... No quería pensar.

—¿Qué sientes por Tyler? —vuelve a preguntar Mia.

—Nada —respondo al instante—. Es mi amigo y nada más. No tenía nada que ver con eso, era... Ha sido solo sexo, nada de sentimientos, no va de eso. Es solo que consiguió que no doliera durante un rato y yo... Cuando dolía demasiado de nuevo, yo solo quería que lo parara otra vez.

—Podrías haberte fumado un porro —suelta Mia, tan tranquila—. Suenas como una politoxicómana en rehabilitación.

Puede que tenga razón. El sexo con Tyler se había terminado convirtiendo en una droga. En eso que necesitaba para pasar los peores momentos de bajón. Pero, en realidad, solo conseguía que después doliera un poco más.

—Me siento como una mierda de persona —me lamento, y dejo que mi torso caiga hacia delante y esconde la cara contra las sábanas, con la cabeza en medio del corro que forman nuestros cuerpos—. Me he pasado tanto tiempo alejándome de Cam para no acabar estropeando lo que teníamos y ahora sí que me lo he cargado del todo.

—Oye, tú —me llama la atención Emily, que me da unas palmaditas suaves en la cabeza—. Aquí nadie es una mierda de persona. Lo que has tenido ha sido una mierda de año, Ash —me justifica mi mejor amiga, como ella siempre hace. No sé cómo puede seguir viendo algo bueno en mí—. Y tú has intentado tirar de todo como si a ti no te afectase, pero la cosa tenía que acabar explotando por algún lado. Mira, tía, no, no te has portado bien con Cam. Eso está claro. Pero es que no te has portado bien tampoco contigo misma, Ash. Y eso tiene que cambiar. Has hecho una estupidez muy gorda, pues sí, eso no te lo podemos negar. Pero a lo mejor necesitabas llegar hasta aquí para darte cuenta de que has perdido el rumbo del todo y poder encontrarte otra vez, ¿no?

A lo mejor necesitaba llegar hasta aquí para darme cuenta de dónde quiero estar realmente. De cómo quiero ser. De quién quiero ser. Pero he ido demasiado lejos. Se me ha hecho demasiado tarde. Es verdad eso de que nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, ¿no? O a lo mejor no. Creo que yo siempre supe perfectamente lo que tenía, lo que no sabía era que lo podía perder.

—Lo he roto todo —lloriqueo, con la cabeza aún enterrada contra el colchón—. Necesito arreglarlo. Necesito arreglarlo, chicas.

—Lo arreglaremos —asegura Emily mientras me acaricia el pelo.

—Vas a estar bien, Ash —apoya Mia, y se recuesta sobre mi espalda.

Y, aunque sigo pensando que no merezco ningún consuelo, dejo que me arropen y me consuelen un rato más.

El móvil vibra en la mesilla cuando mis dos amigas ya llevan un montón de rato dormidas. Yo no puedo dormir. No puedo parar de pensar en Cam, en sus ojos cargados de dolor, en su expresión fría cuando me ha dicho que me fuera con Tyler. He intentado llamarlo, pero creo que me ha bloqueado. Así que, cuando oigo la vibración de los mensajes, me lanzo a recuperar el teléfono, con el corazón latiendo a toda prisa, rezando por que sea él. Aunque solo sea para insultarme. Aunque sea para decirme cosas horribles, o para recalcar que no quiere verme más... pero que sea *algo*.

La decepción me golpea con mucha fuerza cuando veo el nombre de Tyler en la pantalla.

No puedo dormir. Me siento fatal, Ash. No puedo dejar de dar vueltas en la cama y de pensar en esto. Y estoy preocupado por ti. Voy a salir a tomar el aire y a fumar un par de cigarrillos, o puede que el paquete entero. Si tú tampoco puedes dormir y estás ahí mirando el techo y sintiéndote la peor persona del mundo... ¿te vienes conmigo y hablamos?

Tengo algo que decirte.

Me siento tentada a ignorar los mensajes, como si no los hubiera visto. Reunirme con Tyler en el callejón de madrugada como si aún fuéramos unos adolescentes no va a aliviar para nada la carga de culpabilidad que ya arrastro. Pero tampoco quiero ser injusta con él. Tyler se ha portado siempre bien conmigo. Esto no es su culpa. Y, además, necesito dejarle claro que da igual qué estuvieramos haciendo, porque eso ya se ha acabado. Que tiene que

acabarse. No puedo volver a verlo *de esa manera*. Emily tiene razón: necesito volver a encontrar mi rumbo.

Me levanto de la cama, con mucho cuidado para no despertar a Em, que duerme a mi lado, y para no pisar a Mia, que está en el colchón del suelo. Cojo una sudadera fina de la maleta que no he llegado a deshacer del todo y me la pongo encima del pijama. Luego lanzo unas zapatillas por la ventana entreabierta y me deslizo por el hueco, para bajar por la celosía. Esto me trae un montón de recuerdos y tengo que esforzarme en apartarlos a un lado, para no empeorar aún más mi situación. Me calzo en cuanto llego al suelo y camino sigilosa hacia la parte trasera de la casa, para salir por la puerta que lleva al callejón.

Tyler levanta la mirada en cuanto me oye acercarme. Él también va prácticamente en pijama, con unos pantalones de deporte y una camiseta de tirantes de algún equipo de baloncesto. Tiene un cigarrillo entre los dedos y expulsa el humo de golpe, en cuanto ve que soy yo, y se levanta de la escalera de incendios y da un paso hacia mí.

—Eh —dice, en un tono muy suave—, ¿cómo estás?

—No muy bien —suelto, sin paños calientes, optando por la sinceridad.

Paso por su lado y me siento en el escalón que él acaba de desocupar. Vuelve a su sitio, a mi lado, y me ofrece su colilla a medio fumar. La acepto y doy una calada, lenta y concienzuda, y termino por toser un poco, como una principiante.

—He visto a Emily y a Mia cuando llegaban a tu casa, han venido formando bastante escándalo. —Saca tema de conversación como si necesitara romper el hielo.

—Ya. Están durmiendo en mi habitación. Se creen las integrantes de un comité de crisis o algo parecido.

—¿Has intentado hablar con Cam? —va directo al grano.

Me muerdo el labio cuando oigo su nombre. Asiento una sola vez. Pero aún tardo unos segundos en ser capaz de hablar.

—Creo que me ha bloqueado.

—Ya. A mí también —suspira Tyler, tristemente.

Me giro hacia él.

—¿Lo has llamado?

—Lo he intentado —corrige—. Entiendo que esté cabreado. Tiene muchos motivos para estarlo conmigo. La verdad es que yo sabía perfectamente que él seguía loco por ti. Soy una mierda de amigo, ¿eh? Pero...

—No deberíamos haberlo hecho —me lamento, tras otra calada larga—. Ahora... no me preocupa que esté cabreado, ni siquiera es eso. Lo que me mata es que sé que está muy dolido. No quería hacerle daño. Y no pensé en eso. Y ahora ni siquiera sé si está bien que estemos aquí hablando tú y yo —suelto, con la vista clavada en la parte incandescente del cigarrillo—. Me siento como si lo estuviera traicionando.

—No estás juntos, Ash —deja claro, endureciendo el tono de voz.

Niego con la cabeza, totalmente de acuerdo con su afirmación. No estamos juntos. Pero en realidad eso no significa nada. No cambia lo que siento.

—No. Pero sigue siendo una traición —digo, amargamente—. Esto no debería haber pasado. Y lo siento, porque en el fondo ha sido todo culpa mía.

Apago el cigarrillo, tiro los restos al suelo y lo aplasto con la punta de la zapatilla. Estoy a punto de levantarme cuando Tyler habla con voz serena:

—Yo no me arrepiento.

Lo miro a los ojos. Está muy serio. Y me mira con tanta intensidad que puedo distinguir perfectamente lo que dicen sus pupilas, aun en la penumbra del callejón. Me aparto para ganar un poco de distancia entre nuestros cuerpos.

—No puede volver a pasar, Tyler. No debimos empezarlo nunca. Me dejé llevar y lo siento porque al final he acabado fastidiándolo todo. No quiero seguir con lo mismo. No tiene sentido.

No lo tiene. Sobre todo, porque ya no sirve de nada. Porque mi droga ha dejado de tener efecto en mí, y estoy segura de que ya no hay nada en el mundo que vaya a conseguir apagarme este dolor. Nada en absoluto.

—Yo tampoco quiero seguir con lo mismo —me sorprende en un tono muy firme y muy seguro—. Quiero más, Ash.

Frunzo el ceño cuando nuestros ojos vuelven a conectar. ¿Qué está diciendo? ¿Qué significa «más»? Niego con la cabeza, casi imperceptiblemente, para tratar de expresarle que no entiendo lo que quiere decir. No puede ir en serio.

—Quiero más desde antes de tener nada. Quiero más desde siempre. Quiero más desde el primer momento en que cruzamos dos palabras a los trece años —dice, en un tono muy dulce, sin parar a respirar—. He sido paciente, te he dado tiempo, Ash, porque entendía que no estabas preparada para nada más. Puede que aún no lo estés, ¿no? Pero Cam ya lo sabe, lo vuestro hace tiempo que se acabó, y ahora a lo mejor tú también vas a dejarlo atrás, ¿verdad?

Y puedo esperar todo el tiempo que necesites, Ashley, puedo darte toda una vida si es lo que hace falta, pero no puedo seguir callándome esto porque te juro que va a reventarme dentro y va a terminar por matarme.

—Tengo que irme —corto, en voz baja y temblorosa. Me pongo en pie y empiezo a andar hacia mi casa, con la cabeza dándome vueltas y los oídos zumbándome, como cuando sales de una discoteca o de un concierto de rock.

—Te quiero.

Freno en seco cuando lo oigo decir eso, en voz suficientemente alta como para que me entere yo y cualquiera que ande cerca. Siento cómo esas palabras se me clavan en las entrañas y pellizcan aún un poco más mi nudo de dolor. ¿Qué es lo que está diciendo? Me siento fatal. Me siento una persona horrible. Y también siento cómo empieza a crearse una bola de rabia en el fondo de mi garganta. Me giro para mirarlo de nuevo. Está ahí, de pie, quieto, con las manos en los bolsillos y un aspecto de vulnerabilidad absoluta.

—¿Qué? —pregunto, a media voz, pero en realidad lo he oído perfectamente y los dos lo sabemos. No necesito que me lo repita. No quiero que me lo repita—. No. No, no, no. Tyler, cállate. No digas eso. No es verdad.

—Claro que lo es —rebate con mucha calma.

—No puedes quererme —dejo claro, en un tono de reproche quizá demasiado duro—. No puedes. Tyler, ¿qué...? Cam es tu mejor amigo.

—¿Te crees que no pienso en todo eso? —gruñe, perdiendo la compostura y elevando ligeramente el tono—. ¿Te crees que no me siento mal? Llevo cuatro años

sintiéndome como un traidor por desear para mí todo lo que él tenía. ¿Te crees que yo no me siento culpable? Me siento culpable hasta por mirarte, Ash. Sí, Cam es mi mejor amigo. Y por eso me resulta bastante increíble que te sorprenda que te diga esto. Porque yo ahora no le haría una putada como esta a mi mejor amigo por nada del mundo... Solo por ti. Y si le hemos hecho daño a Cam con esto, no sabes cómo lo siento, me duele casi tanto como a él, estoy seguro. Pero es que yo ya no quiero renunciar a ti. Ni por él, ni por nadie. Hace cuatro años os di mi bendición, porque estabais locos el uno por el otro, porque él te hacía muy feliz..., porque él podía darte todo lo que yo no. Ya no soy ese chico, ¿sabes? Ahora soy el hombre que siempre quise ser por ti, ahora sé que puedo darte lo que entonces no podía. No soy Cam, eso es obvio. Pero puedo darte algo como lo que te daba él. Ahora puedo merecerte y quiero hacerlo. Puedo darte lo mejor de mí. Quiero darte todo lo que tengo, y ni siquiera sé si es suficiente, pero sé que quiero intentarlo, Ash. Déjame intentarlo. Déjame intentar hacerte feliz.

Doy dos pasos atrás, insegura, tratando de procesar todo lo que estoy escuchando. No lo entiendo. No entiendo nada en absoluto. Tyler y yo *no sentíamos* cosas. No iba de eso lo que ha estado pasando este tiempo. Lo teníamos claro, ¿no? Solo era sexo esporádico y nada más. Sin sentimientos. Sin complicaciones.

—No puedes... Esto no tiene sentido —digo, con voz temblorosa—. ¿Tú te estás oyendo? Hace años que nos conocemos, Tyler. Muchos. La mitad de ese tiempo fui invisible para ti. Y la otra mitad he sido la novia de tu mejor amigo. Sabes lo que siento por Cam, sabes lo que él y yo...

Se me quiebra la voz, porque estaba a punto de decir «tenemos». Pero no. Cam y yo ya no tenemos nada. Me pesa tanto el corazón que siento que las rodillas no van a poder sostenerme y terminaré por caerme al suelo.

—En el tercer año del instituto, un día, Cam y yo estábamos haciendo el capullo por los pasillos, y me choqué contigo y te empujé —empieza a contarme, y solo logra confundirme aún más con su historieta—. Me volví y te dije: «Perdona, Ash, no te había visto». Pero ¿sabes qué?: que no era verdad. Claro que te había visto. Yo te veía todo el tiempo, Ashley. Te veía el día que Emily se escapó de clase porque sus padres acababan de decirle que iban a divorciarse y tú fingiste que te había venido la regla y te dolía mucho la tripa para poder escaquearte e irte con ella. Te veía el día que ese idiota de Tom te trajo una chocolatina entre la clase de historia y la de literatura y tú le sonreíste como si fuera el tío más encantador del mundo. Te veía el día que le pasaste una nota a Cam tú primero, sin que él hubiera escrito ninguna antes. Te veía todo el tiempo. Y te he visto con Cam desde entonces. Y no ha habido un solo día en que no me hayan matado los celos. Pero ver cómo te hacía sonreír ya me parecía suficiente, ¿sabes? Ahora ya no. Ahora ya no quiero que él te haga sonreír, quiero hacerlo yo. Quiero ser el que esté a tu lado cuando te despiertes por las mañanas. Quiero ser el que te abrace cuando tengas frío y el que te haga el amor cada noche. Quiero ser yo. Puedo ser yo. Solo tienes que decir una palabra y cogeré todas mis maletas y me iré a Chicago contigo. Podemos hacerlo como tú quieras. Empezar despacio, hacerlo bien. Poco a poco. Día a día. Déjame intentarlo.

Me doy cuenta de que estoy llorando en silencio cuando una lágrima me hace cosquillas en la comisura de la boca. Me seco las mejillas lentamente, con las yemas de los dedos, al tiempo que niego con la cabeza. Soy una muy mala persona. Y no solo voy a romper un corazón hoy.

—No puedo. No puede ser —murmuro—. Tyler, por favor, no puedes sentir nada de eso por mí. Ni siquiera me lo merezco. Y me conoces. Sabes lo que hay. Sabes lo que siento, aunque haga meses que no lo diga. Sabes que quiero a Cam más que a nadie en el mundo. Sabes que estoy enamorada de él, que no dejo de estarlo, que nunca voy a dejar de estarlo. Lo siento.

—Lo eliges a él —acepta, deja caer los hombros y baja la cabeza—. Incluso cuando él ni siquiera está, lo sigues eligiendo a él.

—Siento no haber parado esto antes.

Levanta una mano, para pedirme silencio. Y yo me callo y me muerdo el labio mientras observo su expresión triste, que me araña el corazón.

Es tan fácil ver las debilidades de los demás y tan complicado ver las propias... Es tan difícil llegar a entender que, aunque no te importe hacerte daño, nunca se trata solo de ti... Ninguno de ellos merece el caos que he acabado propagando a mi alrededor. Y, aunque fuera solo por eso, debería haber tomado las riendas y buscado ayuda cuando el peso de mi mundo sobre los hombros me quebró las rodillas. En ese aspecto, Tyler siempre ha sido más valiente que yo.

—Sigo pensando que no me arrepiento, Ash. Y sigues teniendo todo el tiempo del mundo, ¿sabes? No me importa

esperarte un poco más. Solo asegúrate de venir a buscarme si alguna vez cambias de idea, ¿vale?

Se acerca y coge mi cara entre las manos para besarme en los labios, muy suave y con mucho sentimiento, como nunca antes me había besado.

—Estaría dispuesto a hacer todas las excepciones por ti — susurra.

So it goes...

Un mes antes...

Lo besé ansiosamente, en cuanto él abrió la puerta, sin darle tiempo a cambiar su cara de sorpresa. No tenía mucho tiempo. Y tampoco había ido allí para charlar o para dar explicaciones.

No le costó demasiado reaccionar. Enseguida tenía sus manos en el culo, apretándome contra él, y oí cómo cerraba la puerta de un portazo, puede que con el pie. Me hizo girar hasta pegar mi espalda contra la pared y me mordió el labio, con la fuerza justa para no llegar a hacerme daño.

—Ash, ¿qué haces aquí? —murmuró, muy cerca de mi boca y con una mano aún en mi culo, mientras la otra me levantaba la camiseta y acariciaba la piel desnuda.

—Has dicho que estabas en casa —respondí, como si con eso fuera suficiente.

Le había mandado un mensaje al aterrizar en el aeropuerto de Los Ángeles, preguntándole qué hacía. Y él había dicho que nada especial, que estaba en casa. Así que, sin responder a eso, había cogido un taxi y le había dado su dirección, para presentarme en su puerta y pedirle una vez más que me dejara la mente en blanco. Lo necesitaba. Mucho.

Cada vez estaba peor, cayendo en picado y sin posibilidad de remontar el vuelo. Lo tenía claro. Estaba tan perdida y tan hundida que casi todo había dejado ya de importarme. Y, cuando mi futuro director de tesis me había dicho que sería bueno que fuera a San Francisco unos días para acudir a unas charlas de uno de los mayores expertos mundiales en inteligencia emocional, la mera idea me había golpeado como una bola de demolición. ¿Qué recuerdos podía haber en San Francisco para que a mí me afectara tanto? ¿Comidas tensas con su padre? ¿Alguna que otra noche de fiesta con nuestros amigos? O Vanessa Miller, a la que yo llevaba bastante tiempo ya tratando de evitar. Así que, puede que por eso y toda la creciente ansiedad que me empeñaba en ignorar, a mí se me había cruzado el cable antes de ir al aeropuerto y había cambiado el billete a San Francisco por un billete a Los Ángeles, y otro de Los Ángeles a San Francisco para unas horas más tarde. Una escala necesaria para resetear mis emociones.

—Creía que estabas en Chicago.

—Lo estaba. Ahora estoy aquí.

Respondí de mala gana, porque no me apetecía para nada hablar. Y, al mismo tiempo, desabroché el cinturón que llevaba con sus pantalones negros.

—Creía que tenías que ir a San Francisco.

—Voy. Dentro de un par de horas.

Mordí el contorno de su mandíbula y raspé mi lengua con su barba descuidada de un par de días, en dirección a su cuello.

—¿Vas? ¿Dónde están tus cosas? Ni siquiera llevas maleta.

—La he dejado en la consigna del aeropuerto —expliqué, en tono molesto, perdiendo la paciencia. Metí la mano en sus pantalones y me sentí satisfecha al acariciar su incipiente erección y ver cómo se le cerraban los párpados ante el contacto—. Tyler, ¿quieres hablar o quieres follar?

—Normalmente respondería que siempre follar, muñeca, aunque por ser tú podría estar dispuesto a hacer una excepción en un momento dado —respondió, en tono burlón y con media sonrisa.

—Cállate.

Le cogí el cuello de la camiseta y tiré de él hasta conseguir estrellar sus labios contra los míos.

Respondió al instante, metiéndome la lengua en la boca y presionando mi cuerpo con todo el suyo, atrapándome aún más contra la pared.

—Aquí el que manda soy yo —murmuró, en un tono muy pervertido—. No me digas lo que tengo que hacer.

—¿Y yo qué puedo hacer por ti?

Deslicé mi espalda por la pared hasta agacharme ante él, mientras se quitaba la camiseta de un tirón. Bajé su bragueta despacio para pasar la lengua por encima de su ropa interior.

—Joder. —Lo oí suspirar, con sus manos en mi pelo—. Sube aquí ahora mismo.

Volví a ponerme de pie y nuestras bocas se fundieron en un beso húmedo de lo más caliente que me ayudó a empezar a olvidarme de todo lo demás. Tyler se apartó bruscamente para quitarme la camiseta y tirarla a un lado y se agachó para pegar sus labios a mi escote. Entonces,

frenó de golpe y se echó hacia atrás, como si acabara de lanzarle un vaso de agua helada a la cara.

—¿Qué...?

—Haz el favor de quitarte eso cuando estés conmigo —gruñó, en un tono bastante desagradable.

Se apartó de mí y me dio la espalda para alejarse un par de pasos.

Me dio un vuelco el corazón al caer en la cuenta de a qué se refería. Llevaba la cadena de plata al cuello. Como cada día. Esa con las dos placas, la que decía princesa y la otra... esa que llevaba el nombre de su mejor amigo grabado en su superficie. Mierda. Me la saqué por la cabeza y recuperé mi bolso, tirado a un lado de cualquier manera, para guardarla en su interior.

Qué manera de cagarla. Acababa de fastidiarnos el polvo. Un polvo que yo venía necesitando muy desesperadamente. No tenía ninguna duda de que Tyler se sentía culpable por esto. Igual que me pasaba a mí también.

Me acerqué a su espalda, despacio, y puse las manos sobre el cuerpo de esa enorme ave fénix de colores vivos que le decoraba la piel. Lo acaricié de manera ascendente, subiendo por sus alas.

—Perdona —murmuré, sin saber bien qué decir.

Se giró de golpe, con la expresión un poco atormentada, y negó lentamente con la cabeza, mirándome a los ojos.

—Ashley, es que...

—Ya está —lo corté, y colé dos dedos de cada mano en la cintura abierta de su pantalón—. Olvídaloo. Por favor, Tyler. Necesito esto. Necesito que tú... ¿Qué puedo hacer para

compensarte? —insinué, para volver al juego que acababa de fastidiar con mis estúpidos descuidos.

Él endureció el gesto. Me miró de arriba abajo e hizo un ademán con la cabeza, señalando mis pantalones.

—Desnúdate —ordenó, en tono autoritario—. Date la vuelta. Y ponte contra la pared.

Me excitó tanto que estuve a punto de obedecer de la manera más rápida posible. Pero decidí que era mejor jugar un poco, así que obedecí, pero despacio. Desnudándome muy lentamente, sin dejar de mirarlo. Notaba su respiración cada vez más pesada, y sus ojos inundándose de deseo hasta desbordarse. Lo oí buscar en un cajón mientras yo caminaba lento hacia la pared y me colocaba allí, de espaldas a él, con las manos en alto contra la superficie fría e inclinándome un poco para darle un mejor aspecto al conjunto. Rasgó el envoltorio de un preservativo. Vino hasta mí. Metió la mano entre mis piernas, hasta hacerme perder el control. Cuando le pareció suficiente me sujetó el pelo con firmeza, en la nuca, y acomodó la postura para penetrarme. Sin delicadeza. Sin tonterías. Justo como yo lo quería. Me dejé llevar, con la mente totalmente en blanco, mientras le permitía manejar mi cuerpo a su antojo, con sus dientes ensañándose con mi cuello.

—Mierda, Tyler, eres un maldito idiota —protesté, en voz muy alta, una vez vestida y tratando de peinarme frente al espejo de su baño.

Apareció detrás de mí y su reflejo alzó una ceja para preguntarme a qué venía una acusación como esa. Señalé

el punto en mi cuello en el que se dibujaba una marca oscura. Soltó una especie de risita y yo entorné los ojos para mirarlo a través del espejo.

—Perdona, me he dejado llevar —aseguró con una sonrisa engreída.

—No tiene gracia. ¿Qué le voy a contar a Vanessa cuando lo vea?

Se acercó hasta casi pegarse a mi espalda y manejó los mechones de mi pelo para cubrirlo de manera burda. Solté un suspiro exasperado.

—Dile que has hecho una paradita aquí para follar conmigo. Seguro que se lo toma a coña —bromeó, con las manos en mis caderas.

—No pueden enterarse de esto —advertí, muy seria.

—Claro que no —respondió, de acuerdo.

Lo empujé a un lado con mi cuerpo y salí del baño, y fui hasta la entrada para recoger mi bolso.

—¿Por qué no te quedas un rato más y coges el siguiente vuelo? Me gustaría hacerlo en la cama, para que no te olvides de que también puedo ser un caballero, si me lo propongo.

—No. Tengo que coger este vuelo. Es el único que llega a una hora parecida al de media tarde desde Chicago. Si llego a su casa más tarde, Vanessa hará muchas preguntas.

—Dile que te has entretenido cuatro horas mirando tiendas en el aeropuerto —sugirió. Me colgué el bolso al hombro, como toda respuesta—. Bueno, pues déjame que te acerque.

—No hace falta. Tú no eres de los que ofrecen un viaje en carruaje después del sexo —me burlé, con todas esas cosas

con las que él solía bromear para hacerse el duro.

—Pero por ti puedo hacer una excepción.

Siempre me decía lo mismo, con ese tono burlón. Puse los ojos en blanco.

—Eso se lo dices a todas, así que no creo que sea especial.

—Bueno, a ninguna se lo digo de verdad, pero... contigo puedo hacer una excepción —volvió a decir, travieso, y se plantó justo delante de mí.

Negué con la cabeza, sin poder evitar que se me escapara una sonrisa ante sus tonterías.

—Voy a coger un taxi, caballero andante.

—Vuelve a verme por sorpresa cuando quieras —dijo, seductor, con una sonrisa de medio lado.

—Ya sabes que yo no vengo a verte —lo piqué.

—Pero puedes hacer una excepción —bromeó.

—Esta ha sido la excepción. Si volviera a hacerlo... dejaría de ser excepcional.

Se apartó de la puerta y la abrió para mí, para dejarme salir.

—¡Ha sido un placer verte, Ash! ¡De verdad!
¡Excepcional!

Sus exclamaciones burlonas me persiguieron mientras bajaba las escaleras del bloque de apartamentos con una sonrisa en los labios.

16

Cam

Conduzco en silencio, centrado por completo en la carretera, cuando ya estamos entrando en Sacramento. Llevo así todo el camino. Y mis amigos no han parado de soltar comentarios, de hacer bromas, y de tratar de normalizar una situación que sigue sin ser normal por mucho que yo me esfuerce en intentar verlo de esa manera. Me he pasado cuatro días escondido en la casa del lago y, si tengo que ser sincero, aún habría necesitado pasar allí como un par de meses más. He tenido que convencerme a mí mismo de que no puedo posponer más eso de seguir viviendo. No. Ni un solo segundo más. Bueno, eso, y que no podía seguir teniendo a Scott y a Vanessa allí, sin nada que hacer excepto sentir lástima por mí y contemplar mi cara de amargado. Así que hoy ha llegado al fin la hora de volver.

Pensé que me pasaría un día llorando y buceando en la autocompasión, y luego empezaría a salir a flote. Pero la verdad es que ni cuatro días han sido suficientes para superar esa primera etapa y empiezo a temer que esto vaya a durar para siempre. Ya no lloro, eso es verdad. Llevo dos

días sin soltar ni una sola lágrima, pero solo porque creo que me he quedado vacío. Es así como me siento: como un cascarón hueco. No es para menos, supongo que así es como debe de sentirse uno cuando le arrancan el corazón del pecho.

Scott vuelve a tocar los botones del reproductor de mi coche, para cambiar la emisora de la radio. Da la impresión de que no puede parar quieto con eso. Y Vanessa sigue hablando desde el asiento de atrás, que comparte con *Vodka*, soltando un monólogo sobre lo mal que conduce la mayoría de la gente que ya lleva durando como una hora y media. No se queda nunca sin voz. Agradezco que quisieran quedarse conmigo. De verdad que sí. Pero tengo ganas de dejarlos en sus casas y largarme a la mía y poder estar realmente solo y tranquilo, sin sentirme culpable por preocuparlos con todo eso de mi corazón roto.

Conduzco primero hasta casa de Scott, su nueva casa, la que han alquilado él y Em para empezar el resto de su vida juntos, y donde le está esperando su novia embarazada. Siento mucha envidia de lo que tienen esos dos. Scott está a punto de empezar a trabajar para tomar las riendas del negocio de su padre, y Emily va a empezar unas prácticas en una empresa de gestión medioambiental en septiembre. Los dos saben lo que van a hacer, lo que quieren conseguir, y saben que van a hacerlo juntos. Me gustaría haber sido capaz de lograr algo así. Una relación sólida, donde sentirte tranquilo y a salvo, sin dramas. Una relación que *avanzara* en vez de manteniernos continuamente mirando hacia atrás.

Vanessa se cambia de asiento y se pone a mi lado en cuanto Scott deja libre el lugar del copiloto. No pierdo nada

de tiempo antes de poner rumbo hacia la casa de los padres de mi amiga, porque la verdad es que lo último que quiero es que Emily salga a saludar y a preguntar cómo estoy. No quiero verla ahora. Sería como estar demasiado cerca de... *ella*.

—¿Vas a estar bien? —pregunta Vanessa cuando paro el coche, pero no el motor, frente a la imponente entrada de la casa de los Miller.

—Estoy bien. Lárgate de una vez —gruño, sin mirarla.

Pero ella no se mueve. Apuesto a que no he sonado convincente.

—Si necesitas algo...

—No necesito nada. Lárgate —repito, buscando molestarla.

Me pega en el brazo, fuerte. Intento sonreír de medio lado, pero no me sale demasiado bien.

—Voy en serio —insiste.

Asiento y, cuando la miro, veo que está con los labios apretados, como si le preocupara también algo más.

—Puedes ir a verla y hablar con ella y preocuparte por los dos —dejo claro, sin una sola duda acerca de lo que está pensando—. Es absurdo que tú estés así, Vanessa. Es tu amiga, y lo entiendo. A ti no te ha hecho nada. Esto es algo entre ella y yo. Te agradezco que te hayas quedado conmigo y que estés de mi lado y todo eso. Pero de verdad que lo último que querría es que esto afectara a nadie más. No tienes que tomar partido, esto no es una guerra. Quiero que hables con ella y que solucionéis vuestras movidas. Simplemente no mezcles tu amistad con ella con tu amistad conmigo. A partir de ahora, me gustaría que todos hicierais

como si nosotros dos no nos conociéramos de nada y punto. Por lo demás, no quiero que nada cambie.

—No es solo esto, Cam. Se ha portado fatal últimamente.

—¿Y eso te cabrea o te preocupa? —Veo en su expresión que he dado en el clavo—. Habla con ella. Solo asegúrate de que yo no me entere y ya está.

Se inclina hacia delante y me abraza, como si esto no fuera ya lo suficientemente dramático.

—Déjame que haga lo que me dé la gana —me advierte, en un tono levemente burlón—. Estoy aquí las veinticuatro horas del día si necesitas hablar, o un hombro en el que llorar, o una ronda de chupitos, ¿vale?

—Muy bien, no seas pesada —la pico cuando se aparta.

Pero esta vez no me pega, ni me mira mal. Clava sus ojos azules en los míos y vuelve a hablar, muy seria:

—Sé cómo te sientes, Cam. Creo que he pasado por algo parecido. Sé que lo nuestro ha durado mucho más y que han pasado mil cosas y que sientes que es lo más especial que nadie ha tenido nunca y que jamás ni una sola persona en el mundo va a ser capaz de entenderte; pero yo también estaba estúpidamente enamorada de Troy cuando él dejó embarazada a Jessica. Embarazada, ¿me oyes? —Trata de que me dé cuenta de lo terrible que fue eso en comparación con la «tontería» que me han hecho a mí. Pongo los ojos en blanco ante su dramatismo y ella sonríe de medio lado. Estira el brazo y me acaricia la mejilla suavemente—. Te juro que se pasa. Te juro que al final volverá a salir el sol. Y que volverás a estar bien y a reírte y a ser feliz. A lo mejor hasta tienes suerte como yo y te vuelves a enamorar. Te prometo que vas a estar bien, con el tiempo. Piensa que el dolor no

es para siempre cada vez que te parezca lo contrario, ¿vale? Eh, si te volviste a enamorar después de tener a una diosa como yo, ¿cómo no vas a volver a estar bien ahora?

Se me escapa una risa breve y la veo sonreír satisfecha en respuesta. Pero es que la tontería de niños de instituto que tuvimos ella y yo no tiene nada que ver con lo que llegué a sentir después. Dicen que cada vez que te enamoras es diferente, pero entre lo de mi primer enamoramiento y todo lo que vino después... la diferencia es abismal. De algo como esto no creo que pueda recuperarme tan fácil. Tal vez nunca. Pero necesito aferrarme a las palabras de Vanessa como si ella tuviera alguna ligera idea de lo que está hablando.

—Sí, ya, eso —mascullo, exagerando mi tono molesto—. Debería haber mandado a ese tío a la mierda después de lo vuestro. Parece que esta es una de sus manías...

—Tyler siempre tuvo algo de debilidad por ella, supongo —lo defiende—. No le des vueltas, ¿vale? No te gana en nada, Cam. No te compares.

—Da igual. Para mí ya no existen —aseguro, haciéndome el duro.

—Yo sí existo. Recuérdalo si te hace falta una amiga, ¿quieres?

Lo dice con un tono de voz muy compasivo. Sí que estoy hecho una mierda de verdad. Quiero irme a mi casa y esconderme del mundo por un tiempo.

—Gracias —murmuro.

Sonríe y asiente una sola vez antes de bajarse de mi coche y recuperar su maleta.

Me voy directo a casa de mi padre, o sea, a mi casa. Sé que tendré que ir a ver a mi madre tarde o temprano, porque se ha pasado los días llamándome preocupadísima desde que Julia Bennet la llamó para decirle que su hija estaba «muy mal» y preguntar si ella sabía qué había pasado y cómo estaba yo. Yo le dije que estaba bien y que no había pasado nada, que simplemente mi ex y yo habíamos acabado para siempre, y nada más. Pero creo que la parte de que yo estoy bien con eso no coló demasiado. La noticia corrió como la pólvora, claro. Y en apenas unos minutos tras la primera llamada de mi madre, ya tenía a mi hermano llamándome también. No paro de repetir que estoy perfectamente. Y me parece que eso aún los preocupa más.

Acabo de enfilar el camino del garaje cuando reparo en la presencia de una figura sentada en el escalón del porche, fumando.

Es Tyler.

Y yo estoy a punto de parar el motor y bajar de un salto del coche, para acercarme hasta él y echarlo de aquí, pero me controlo y hago como si ni lo hubiera visto. En cambio, *Vodka* salta fuera y corre hacia el jardín y va directa a saludar a Tyler cuando la libero. Tengo que ir detrás para poder recuperar a mi perra.

Tyler ya ha apagado su cigarrillo y acaricia a *Vodka* a modo de saludo, pero enseguida se olvida de ella y centra toda su atención en mí cuando me ve acercarme. Paro a bastante distancia.

—Ey, tío —saluda, en tono conciliador. Me limito a sostenerle la mirada con la mandíbula apretada, sin responder—. Creo que tenemos que hablar.

Niego con la cabeza y doy un paso más, dispuesto a ir hasta la puerta y meterme dentro de casa con *Vodka*, dejándolo a él plantado en la calle.

—Yo no tengo absolutamente nada que decirte, y me importa una mierda lo que quieras decir tú —dejo claro, sin ni siquiera mirarlo a la cara—. Sal de mi jardín y lárgate a tu casa.

Llamo a *Vodka*, con un silbido corto, cuando ella termina de hacer pis en el césped. Trota alegremente hasta llegar hasta mí.

—Yo también sigo enamorado de ella.

Eso es lo que dice Tyler a mi espalda y yo tengo que volverme a mirarlo, aunque lucho con todas mis fuerzas contra ese impulso. ¿Qué es lo que está diciendo? Nos sostenemos la mirada durante unos cuantos segundos, los dos con la barbilla alzada y con gesto desafiante. ¿De verdad estamos haciendo esto? Tiene que estar de coña.

—Enhорабуна. Te la puedes quedar, si tanto la quieres —escupo, solo porque estoy muy enfadado.

—¿Me la puedo quedar? —repite, incrédulo—. Sé que me paso el día llamando a las chicas «muñeca», pero ni tú ni yo pensamos que ella sea un juguete, así que no te hagas el duro con expresiones de machito.

Doy un paso hacia él, amenazante, pero no retrocede y sigue sosteniéndome la mirada.

—¿A qué has venido, Tyler? —ladro, con los ojos echando chispas.

—He venido a decirte que siento lo que ha pasado —reconoce, y extiende los brazos a los lados de su cuerpo, como si eso diera más veracidad a sus palabras—. Siento

que haya salido así; siento no habértelo contado desde el principio, y siento haberte hecho daño. Fui yo el que lo buscó, fui yo el que lo empezó; no ella. Pero si lo he hecho es porque llevo toda mi vida queriéndola. Y tenía que intentarlo.

Por un momento lo entiendo. Por unas décimas de segundo se aplaca la rabia cuando veo en su mirada lo sincero que es. Siento que conectamos por completo porque yo también sé lo que es sentir algo así por ella. Tan fuerte. Tan cegador. Tan incontrolable. Pero eso solo dura unas décimas de segundo y el dolor vuelve a subirme muy deprisa a la garganta, hinchándome el pecho a su paso.

—Lárgate de aquí —gruño, con los puños apretados—. Podéis hacer lo que os dé la gana. No quiero volver a saber nada de ninguno de los dos.

Sonríe de medio lado, en un gesto entre la ironía y la tristeza.

—Ya. Ese es mi problema. Yo no puedo hacer lo que me dé la gana. No puedo tenerla, Cam. Ella te quiere a ti.

Siento un pequeño estallido en el pecho, cuando me llegan sus últimas palabras. «Ella te quiere a ti.» No. Ella no me quiere. Y no sé por qué sigue tan empeñada en mantener esa mentira. Es obvio que no lo hace. No le haces algo como esto a alguien a quien quieras. Estoy bastante seguro.

—Tiene una curiosa forma de querer.

—No seas estúpido —gruñe, y me sorprende oírlo así, cuando se supone que el ofendido de toda esta historia soy yo—. ¿Me estás oyendo o qué? Está enamorada de ti. No ha dejado de estarlo. Ella quiere estar contigo. Y lo peor de

todo es que siempre lo supe, y, aun así, me lancé de cabeza como un puto kamikaze... Y tú... No te hagas el duro, Cam, no te hagas el ofendido y sigas haciendo el idiota. La tienes. Es *tuya*. Yo no la dejaría escapar.

Necesito que se calle y desaparezca de mi vista. No quiero volver a saber nada de este traidor. Y de ella tampoco. De ella mucho menos. ¿Que me quiere? ¿Que es *mía*? Y una mierda. Entre nosotros nunca ha habido nada, ¿no? Solo un montón de mentiras y unas promesas vacías que ella se ha encargado de romper en pedazos. Y aún tiene el valor de ir por ahí diciendo que me quiere.

—Vete al infierno —digo, pronunciando muy bien cada sílaba, para que no se le escape el mensaje—. Y, ya que estás, dile a ella que se vaya al infierno contigo.

Me doy media vuelta y abro la puerta. Ya casi estoy dentro. Voy a dejar esto atrás. No tengo por qué volver a hablar con ellos nunca más.

—Lo siento —repite, a mi espalda, elevando la voz—. Entiendo que no vayas a volver a hablarme en la vida y me lo merezco. Pero quiero que sepas que esto nunca ha sido contra ti. No he podido evitarlo, Cam. No he querido hacerte daño, de verdad. Eres más que mi amigo..., eres mi hermano. Ódiame y destíerrame de tu vida para siempre. Me lo he ganado a pulso. Pero ponte en mi lugar y trata de quedarte con eso. Sé que puedes entenderlo.

Lo dejo ahí, plantado en medio del jardín.

Doy un portazo cuando *Vodka* y yo estamos dentro de casa.

Estoy muy cabreado. Mucho más que el primer día, cuando me enteré de que mi exnovia y mi mejor amigo se

habían pasado meses follando. Ojalá pudiera borrarlos a los dos de mi vida de un plumazo. De una sola vez. Hacerlos desaparecer como si nunca hubieran existido. Lo que más me cabrea es que vayan por ahí manteniendo esa mentira de que me quieren; de que soy importante para ellos; de que ninguno de los dos quería hacerme daño. Sabían perfectamente que iban a destrozarme. Por eso él no dijo nada durante meses, aunque hablábamos todos los días. Sabían perfectamente lo que estaban haciendo. Y aun así lo hicieron. No una vez. No. Durante tres malditos meses. Riéndose de mí mientras se decían a sí mismos que aún me querían y que no querían hacerme daño.

Necesito sacarme esto de dentro. Y necesito borrarla a ella de mi vida. Ya. No quiero darme ni un solo día más para llorar. Eso ya se ha acabado. Ahora voy a borrar cualquier rastro suyo de mi vida para empezar de cero sin ella. Ya no existe. Ya no está. Y no voy a dejar que vuelva a estar nunca más. Voy hasta la cocina con *Vodka* pegada a los talones y busco una bolsa grande de basura. Luego vuelvo hasta el salón y empiezo por ahí a tirar todo lo que hay a la vista en esta casa que me recuerde lo más mínimo a ella. Las velas perfumadas con las que decoró la balda alta del mueble de la televisión: fuera. La foto que aún sigue ahí, de cuando fuimos a la nieve nuestro primer invierno juntos: a la basura, con marco y todo. El cuadro que elegimos por consenso para decorar la pared cuando no conseguíamos encontrar ningún otro que nos gustara a los dos: tampoco quiero volver a verlo en mi vida. Y así sigo por toda la casa: objetos de decoración, regalos, alguna prenda de ropa olvidada, ese desmaquillante que dejó en mi baño y nunca

me atreví a tirar, hasta el collar que *Vodka* lleva al cuello. Todo a la mierda. Justo donde ha ido a parar ese «tú y yo» que pensé que siempre nos definiría.

Ahora toca empezar de nuevo.

Forever winter

Cuatro años y un mes antes...

Vanessa me puso una mano sobre el muslo para frenar el incesante movimiento de mi pierna. Me esforcé en estarme quieto y controlar los nervios mientras oía a Troy hablar sin escucharlo en realidad. Me debía de estar diciendo que era un capullo, o cualquier cosa parecida. Seguro. Había tenido que sacarme prácticamente a rastras de esa habitación de hospital, para que no acabara diciéndole a Tyler algo de lo que me acabaría arrepintiendo, probablemente. Pero es que el muy gilipollas se merecía una buena bronca. Había cogido la moto borracho..., apostaría a que hasta colocado. Podría haberle pasado cualquier cosa. Su madre tenía razón: estaba muy bien para lo que podía haber sido.

Necesitaba hablar con él. Necesitaba hablar con él y dejar de comportarme como un capullo, e intentar arreglar las cosas entre nosotros. Era mi mejor amigo. Como mi hermano. Y ya llevábamos demasiadas semanas sin hablarnos. La culpa la tenía yo, en ese momento lo tuve más claro que nunca. Tyler siempre era el chico malo de todas las historias, pero esa vez era yo el que le había hecho la putada. No lo había planeado, ni había querido hacerle daño. Pero, al final, lo cierto era que tampoco había

hecho nada por evitarlo. Quizá debería haberme alejado en el momento en que me di cuenta de que ella me gustaba. A lo mejor podría haber puesto distancia cuando me entraron tantas ganas de besarla que me escocieron los labios. Y no lo hice. Dejé que pasara. Dejé que se me metiera dentro hasta el punto de fundirse con la sangre en mis venas. Hasta que ya se me hizo imposible sacarla de mi organismo sin morir en el intento. Me había enamorado de ella. Como no me había enamorado nunca, y como jamás volvería a enamorarme. Y eso era un problema. Porque mi mejor amigo sentía exactamente lo mismo.

Y ni siquiera había hecho el esfuerzo por intentar hablar con él, ser sinceros y arreglar algo. Ni siquiera eso. Él me había estado llamando y yo había decidido ignorarlo. Pensar que ya lo llamaría en otro momento; que no me apetecía hablar con él; que la cosa podía esperar. No me esforcé por ponerme en su lugar, por explicarle mi posición, ni por mejorar la situación, porque estaba celoso. Eso era exactamente lo que sentía cada vez que me cruzaba con él: celos. Supongo que eso era justamente lo que sentía él también. Pero al menos él había sido capaz de tragarse su orgullo por mí, de intentar hablarlo conmigo... hasta casi de pedir perdón. Y eso que la culpa era mía. El día anterior había ignorado su llamada, lo había apartado de mi mente, había seguido jugando una partida de billar como si nada con algunas de mis personas favoritas en el mundo, y luego... Luego me había llevado a Ashley a la cama y le había hecho el amor con todo mi cuerpo y toda mi alma, dejando bien lejos cualquier cosa que no fuéramos ella y yo y la increíble forma en la que solo ella conseguía hacerme

sentir. Había sido uno de los mejores días de mi vida. Y mientras tanto él...

Me sentía como el peor amigo del mundo. Seguro que lo era. Pero es que no podía evitar odiarlo un poco, a pesar de todo lo que lo quería. Puede que mi relación con mi mejor amigo siempre hubiera tenido un poco de ambas cosas, ¿no? La competitividad era sana la mayor parte del tiempo. Pero había veces en las que no. A veces ponerme a su lado me hacía sentir inseguro. A veces compararme con él no me hacía salir muy bien parado. Y eso había ido a peor desde el mismo momento en que Ashley Bennet se puso a cantar en mi coche. Porque justo entonces sentí muchísimos celos del idiota de mi amigo. Porque a ella le gustaba él. Porque él estaba enamorado de una chica maravillosa mientras yo me dedicaba a hacer el idiota con las animadoras sin mirar más allá. Porque él *la vio primero*. Era absurdo. Era una mierda de justificación eso de «yo la vi primero», pero es que era verdad. Aunque, para ser justos, se dedicaba a mirarla de lejos cuando ella no se daba cuenta y a lamentarse por no ser lo suficientemente bueno como para merecerse, sin hacer nada en absoluto por conseguirlo. Pero eso tampoco era una excusa que justificara el hecho de que yo me había enamorado de ella, que la quería conmigo por encima de él.

Me sentía fatal. En el fondo, yo me había quedado con *su* chica. A ver, no era suya, por supuesto que no. Era ella quien decidía con quién quería estar, pero yo no podía sacudirme de encima esa sensación. Siempre había sido «la Ashley de Tyler» para mí. Hasta que la conocí de verdad y descubrí que ella era muchísimo más. No podía evitar el sentimiento de culpa: le había robado algo a mi amigo. Le

había robado lo especial que aún quedara entre ellos, le había robado sus sueños de futuro, le había robado las miradas cómplices que a él le hubiera gustado tener con ella, me había quedado yo con sus sonrisas, con sus mensajes de madrugada y con sus besos. Y hacía solo dos noches ella había perdido la virginidad conmigo. *Conmigo*. Así que se podría decir que también le había robado eso. Y no pensaba devolverle absolutamente nada.

Levanté la vista al oír que se abría la puerta de la habitación. Ahí estaba ella, seria, preocupada, tensa. Preciosa. Sus ojos se clavaron directamente en mí, como si Vanessa y Troy no estuvieran sentados a mi lado en esas sillas de plástico de pasillo de hospital. Y a mí me aleteó el corazón en cuanto nuestras miradas conectaron. Me hacía sentir tanto, que para no traicionar a mi amigo habría tenido que traicionarme muchísimo a mí mismo. Intenté aplacar mi sentimiento de culpa diciéndome que, en el fondo, nunca tuve elección. El amor era más fuerte que cualquiera de nosotros.

—Quiere hablar contigo.

Me levanté al instante. Yo también quería hablar con él. Yo *necesitaba* hablar con él. Me acerqué hasta ella, tratando de controlar mis emociones y no llorar por lo preocupado que había llegado a estar..., que aún estaba. Me puso una mano en el pecho para frenarme cuando quedé a su altura, justo delante de la puerta cerrada.

—No necesita una bronca ahora —me aleccionó, suavemente—. No seas muy duro con él, ¿vale?

Puede que no necesitara una bronca, seguro que ella tenía razón, pero yo tenía ganas de pegarle por ser tan

tonto. Y tenía ganas de pegarme a mí por ser más tonto aún y haberme despreocupado así de mi mejor amigo desde los catorce años. Me incliné para besarla brevemente en los labios. Acallé así por lo menos mi voz interior celosa que protestaba porque ella hablara así sobre él y se acabara de pasar unos largos minutos a solas en esa habitación con él, abrazándolo y todo.

Abrí la puerta sin llamar y cuando entré cerré de nuevo, para darnos intimidad. Seguro que la necesitábamos. Yo ni siquiera sabía muy bien qué decir. Nosotros nunca solíamos deciros que éramos importantes para el otro, y menos en los últimos meses. Pero era importante para mí. Mucho. Habíamos compartido muchas cosas; nos habíamos contado cosas el uno al otro que nunca querríamos compartir con nadie más. Muchas veces era un imbécil, sí, pero yo jamás había tenido un amigo como él. Era probablemente la persona que mejor me conocía en el mundo, exceptuando a mi hermano, tal vez. Y estaba más que seguro de que yo era la persona que mejor lo conocía a él. A años luz del resto.

—Ey, tío. —Lo volvió a intentar, y trató de que su voz sonara normal, pero se notaba que le fallaban un poco las fuerzas.

No respondí al saludo. Me acerqué lentamente hasta el borde de la cama y arrastré una butaca, que había a un lado, para sentarme junto a él.

—No hacía falta que provocaras un accidente y acabaras en el hospital para poder hablar conmigo —bromeé, sin llegar a sonar divertido para nada—. Podrías haber intentado volver a llamar.

—Ha funcionado, ¿no? —Me siguió el juego y estiró su brazo bueno para darme una palmada en el hombro.

Mierda, ¿por qué yo era tan imbécil? ¿Por qué me había portado como el mayor capullo de entre nosotros dos? Nunca habría apostado porque, entre los dos, ese terminaría siendo yo. Pero él llevaba tiempo ya buscándome, intentando hablar conmigo, y yo lo había ignorado cada vez.

—Lo siento —solté, a media voz.

—Da igual, sé que tarde o temprano habrías acabado por volver a mí, aunque no hubiera montado todo el espectáculo este de cargarme la moto —bromeó.

—No —lo callé—. Lo siento por todo. Siento haberme cabreado contigo porque estaba muy celoso, y... siento lo que pasó en la fiesta de cumpleaños de Vanessa. También siento haberme metido donde no me llamaban para forzar que tú reaccionaras de una vez. Y siento haber sido tan mal amigo. Y siento...

Tuve que dejar de hablar porque ni siquiera podía decirlo en voz alta. Eso no lo sentía. Es que no lo sentía para nada. No me arrepentía de haberla conocido. No me arrepentía ni de una de las pequeñas cosas que había hecho con ella. De eso no.

—No, eso no lo sientes —murmuró, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

Negué con la cabeza, apartando la mirada, con los ojos llenos de lágrimas. Era un amigo péssimo.

—No. No siento haberme enamorado de ella —reconocí—. Es... No pude evitarlo.

—Te entiendo —dijo, y yo volví a mirarlo, sorprendido—. En el fondo, no ha sido culpa tuya, Cam. ¿Cómo puedo

cabrarme contigo por algo que yo habría hecho exactamente igual de estar en tu lugar? Es que no me extraña que te hayas vuelto loco por ella. Me parece normal. Yo también lo estoy.

Nos sostuvimos la mirada en silencio por unos segundos. Y creo que los dos transmitíamos lo mismo: que nos entendíamos perfectamente y que a la vez nos odiábamos por ello. No me costaba nada poder ponerme en su lugar. Pero, claro, él no tenía ni idea de cómo me sentía yo en realidad. Era imposible que supiera lo fuerte que aquello era. Y era más que imposible que sintiera lo mismo que yo. Lo que no sabía era si él pensaba justamente lo mismo.

—Necesito que llevemos esto lo mejor que podamos, Tyler. Necesito que tú y yo mantengamos nuestra amistad al margen de lo que sea que sentimos por ella porque no quiero perderte así —confesé, mientras luchaba por contener las lágrimas—. Eres mi hermano, tío. Tú lo sabes. Y necesito que dejes de hacer el imbécil y que te cudes y que dejes de meterte mierda, porque el camino hasta aquí desde que Vanessa ha llamado ha sido el más largo de mi vida, y si llega a pasarte algo...

Me pasé el dorso de las manos por debajo de los ojos para secar las lágrimas antes de que llegaran a derramarse. Vi que él hacía lo mismo, girando la cara hacia el lado contrario para que yo no lo viera.

—Voy a necesitar que estés —murmuró.

Asentí, aunque no me estuviera mirando. Sabía que esa era su mejor manera de pedir ayuda.

—Estoy. Voy a estar. ¿Podemos arreglar esto, por favor?

Dejé de molestarme en tratar de disimular las lágrimas, porque era obvio que no servía de nada.

Tyler se enjugó las suyas con bastante más dignidad que yo y volvió a clavarme la mirada, con media sonrisa irónica.

—Ya sabes lo que dice el código de hermanos: colegas antes que chicas —recitó burlonamente—. Siempre dijimos que no íbamos a dejar jamás que una chica se interpusiera entre nosotros.

—Sí —estuve de acuerdo—. Solo que ella no es solo «una chica».

—No, no lo es —corrobó, mucho más serio.

—No voy a renunciar a Ash, Tyler —me planté, porque necesitaba que las cosas quedaran muy claras entre nosotros—. No puedo y no... no quiero.

—Claro que no. No debes. Esto no es algo entre tú y yo, tío. Esto no tiene que ver con una lucha entre nosotros. Ella es quien decide con quién quiere estar. Te ha elegido a ti. Está enamorada de ti. Es lo que hay. Serías un estúpido si la dejaras escapar. Y yo sería un gilipollas egoísta si te lo pidiera. Que yo hiciera lo imposible para que vosotros no estéis juntos sería absurdo; eso no va a hacer que ella me quiera a mí. Que tú renunciaras a ella en un acto noble por el bien de nuestra amistad no la iba a lanzar a mis brazos, lo único que conseguiríamos es estar los dos jodidos, en vez de solo uno —medio bromeó—. Solo quiero que hagas algo por mí: cuídala, Cam. Sé que lo harás. Tú eres el tío que ella se merece, lo he sabido desde que me dijiste que te estabas enamorando de ella, al volver del lago Tahoe. No te olvides nunca de lo que tienes, de que hay gente aquí que daría lo

que fuera por tener lo mismo... Si alguna vez te olvidas de eso, te juro que te daré una paliza.

Asentí, mordiéndome la parte interna de la mejilla mientras digería sus palabras. Nunca había pensado que sería Tyler el maduro de los dos en algo como esto.

—Siento que las cosas hayan salido así —dije, con un nudo en la garganta.

Tyler sonrió de medio lado. Solo lo que pudo sin que le llegara a doler, supongo. Me tendió la mano buena para que se la estrechara.

—¿Amigos?

Cogí su mano y nos las apretamos en exceso, como un par de idiotas.

—Siempre —respondí.

La puerta se abrió de golpe y la señora Sparks entró en la habitación interrumpiendo nuestro momento de amor entre colegas. No llegó a pedirme que me fuera con esas palabras exactas, pero diría que sus indirectas me dejaron bastante claro el mensaje.

—Me paso mañana a verte, ¿vale? —prometí a mi amigo.

—Más te vale —advirtió. Intentaba sonreír, pero noté lo cansado que estaba ya. Demasiadas emociones para un solo día. Supongo que para los dos. Su madre tenía razón al mandarme a casa para que lo dejara tranquilo—. Y tráeme un burrito o algo, que ya sabes lo que dicen de la comida del hospital.

—Hecho —aseguré, y le guiñé un ojo mientras su madre protestaba por nuestros planes.

Volví al pasillo, justo a tiempo para oír al señor Sparks decirnos que deberíamos irnos a casa porque Tyler tenía que

descansar.

Ash se puso de pie inmediatamente para recibirme cuando caminé directo hacia ella. Sus ojos marrones me devolvieron la calma al instante. Me acarició la mejilla y yo giré la cara para besarle la palma de la mano. Era increíble lo que solo su contacto podía hacerme llegar a sentir.

Y aún me sentía culpable. Y aún me sentía celoso. Pero lo que sentía por ella estaba, desde ese momento, por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

Lo supe, lo entendí: lo importante era ella. Que ella fuera feliz. Desde cerca o desde lejos; fuera conmigo o no. Estaba claro, ¿no?

En el fondo, Tyler y yo no éramos tan diferentes.

Ashley

Es domingo. Ya es media tarde y no he salido de casa en todo el día. En realidad, ni siquiera querría haber salido de la cama. Pero mi madre se pone muy dramática si digo que no tengo ganas de hacer nada. Así que he visto una peli con ella después de comer. No me he enterado de mucho. Hago lo que puedo, me esfuerzo y salgo de la cama cada día, y actúo como si realmente pensara que esto se me pasará e intento poner buena cara para no preocupar a mi familia.

Es el primer día que puedo quedarme escondida en mi caparazón, o al menos en mi casa, sin que mis amigas vengan a sacarme por ahí para que me dé el aire, como si el aire fuera a devolverme la mitad de corazón que me dejé en el lago Tahoe. Emily ha llamado esta mañana. Y Mia unas tres veces a lo largo del día. Pero, por suerte, parece que ellas también tienen cosas que hacer y no pueden dedicarse solo a cuidar de mí. Mejor. No quiero que vengan a hacerme sentir mejor con su cariño y con sus tonterías. Me siento culpable cada vez que consiguen arrancarme media sonrisa. He intentado insinuar que sería una buena idea volverme

pronto a Chicago, pero tanto mis padres como mis dos guardianas se pusieron como locos cuando dije algo al respecto. Se creen que sin ellos no voy a sobrevivir, cuando, en realidad, llevo ya mucho tiempo viviendo lejos de Sacramento. Y la verdad es que ahora mismo preferiría no estar aquí. Porque me duele. Porque esta ciudad nunca va a volver a ser lo mismo para mí después de haberme cargado mis mejores recuerdos en ella. Y porque aquí es muy difícil librarse de cruzar la mirada con Tyler Sparks, al que llevo evitando desde la otra noche cuando me soltó toda una declaración de amor desgarradora. A ver, sé que voy a tener que volver a hablar con él tarde o temprano. Aunque solo sea para que los dos intentemos dejar las cosas claras. Además, creo que voy a tener que empezar a enfrentarme a las cosas de forma madura y no como la niñata que he estado siendo estos últimos meses. Admitir mis limitaciones. Dejarme ayudar e ir a terapia. Voy a tener que hacerlo si quiero poder volver a respetarme a mí misma alguna vez, aunque sea solo un poco.

Estoy tumbada de medio lado en el sofá con la cabeza en un ángulo bastante incómodo, pero sintiéndome reconfortada por el dolor de cuello, porque sigo plenamente convencida de que me merezco sufrir para expiar mis pecados, y voy cambiando los canales de la televisión con el mando sin quedarme en ninguno en concreto. Ni siquiera estoy mirando la pantalla. Estoy mirando la lámpara de pie que hay a un lado del mueble del salón y que sustituye a la anterior que Cam y yo rompimos hace cosa de dos veranos cuando yo lo perseguía por toda la casa porque el muy tonto había robado uno de mis diarios de la adolescencia y

amenazaba con leerlo en busca de detalles jugosos. Sé que, en realidad, no habría llegado a leerlo. Y menos mal. Estoy bastante segura de que cada una de las páginas hablaba de mi obsesión enfermiza por su mejor amigo en aquella época. Casi se me forma una sonrisa al recordar la cara que puso cuando vio la lámpara rota y cómo suplicó para que le dijera a mi madre que había sido yo sola para que no le cogiera manía a él.

—Ashley —llama mi madre desde la puerta de la estancia y yo me incorporo para mirarla y me llevo una mano al cuello con una mueca de dolor cuando me muevo—, tu padre y yo vamos a ir a cenar con unos amigos. Eric dice que ha quedado para ir al cine con Crystal. ¿Vas a estar bien si te quedas sola?

¿En serio me está preguntando eso? ¿Es que tengo pinta de ir a hacer cualquier tontería en cuanto no haya nadie delante para vigilarme? ¿Tan mal estoy? Alzo las cejas, casi indignada.

—Pues claro. ¿Cuántos años crees que tengo? ¿Dos?

Abre la boca y la vuelve a cerrar, girándose hacia alguien que se acerca por su espalda. Enseguida mi padre se asoma también para mirarme, a su lado.

—Creo que no es buena idea. Es mejor que nos quedemos uno de los dos —dice mamá, bajando la voz como si se creyera que así no puedo oírla.

Me siento en el sofá, con las piernas cruzadas bajo mi cuerpo, para mirarlos muy seria. ¿De qué van? Y... ¿desde cuándo salen «a cenar con unos amigos»? ¿Qué amigos? ¿Mis padres tienen vida social?

—Creo que soy mayorcita. Puedo quedarme sola en casa. Voy a estar bien —aseguro, con una mano sobre el corazón para darle más veracidad a mi juramento—. Id a donde os dé la gana. Pasadlo bien. Pasad de mí.

Y me dejo caer de nuevo sobre el sofá para recuperar mi incómoda postura tumbada a la que ya me había acostumbrado.

—No vamos a «pasar de ti», señorita —advierte mi madre. Se acerca y empuja mis piernas para poder sentarse en el borde del sofá—. ¿Por qué no llamas a Emily y que venga a hacerte compañía?

—¡Joder! —exclamo, exasperada—. No necesito que venga una niñera, mamá, por favor.

Me pega en la pierna con la mano abierta cuando me oye soltar un taco.

—No digas palabrotas —me regaña—. Está bien. Tienes razón. Ya eres mayor.

—Sí. Venga, Juls, vámonos —la anima mi padre—. La niña ya es mayor, va a estar bien y, si nos necesita, cogerá el teléfono y nos llamará, ¿verdad, cariño?

—Verdad, papá —respondo, en tono de niña buena, y le devuelvo media sonrisa de la burlona que me ofrece él.

Mi padre se acerca hasta mí y se agacha para besarme la frente. Mamá suelta una especie de gruñido resignado, como si aún no estuviera plenamente convencida de que dejarme sola vaya a ser seguro para mí. Aun así, se marchan.

Eric se despide de mí con un grito al que yo respondo gritando todavía más, como unos veinte minutos más tarde. Lo oigo sacar el coche del garaje. Menos mal que no tengo

que pelearme con él por eso, porque yo no necesito el coche para ir a ninguna parte hoy. Prefiero quedarme en este sofá hasta que me duelan todos los huesos del cuerpo. Creo que ya falta poco para eso, de todas maneras.

Diez minutos después, el móvil vibra sobre la mesita que tengo delante y estiro la mano para cogerlo con desgana.

Scott ya está en casa. Han vuelto
hace un par de horas.

Es Emily. Y yo me incorporo de golpe, sentándome en el sofá, y el corazón me empieza a martillear el pecho con furia. ¿Han vuelto? ¿Está aquí? ¿En Sacramento? ¿Tan cerca? Me tiembla todo el cuerpo cuando me pongo en pie y apago la tele y trato de decidir, solo por una décima de segundo, si es buena idea intentarlo. Pero ¿qué más puedo hacer? He intentado llamarlo todos los días, y es bastante obvio que me ha bloqueado. Pero ahora está... aquí. Cerca. En casa.

Subo corriendo las escaleras hasta mi cuarto y rebusco en el armario tratando de encontrar algo que ponerme. ¿Cuál es el *look* más apropiado para suplicar? Nada de lo que tengo me parece adecuado, y al final tengo que conformarme con ponerme unos vaqueros y una camiseta de tirantes holgada. Acaricio la cadena de plata que llevo colgada al cuello antes de colarla por el escote de la camiseta y luego voy al baño para tratar de mejorar un poco el aspecto de la cara y el pelo.

Estoy saliendo de casa cuando caigo en la cuenta de que no tengo coche. Genial, Ashley. Estupendo. La casa de Cam está bastante lejos de aquí y mis padres se han llevado un coche y mi hermano otro, dejándome a mí sin medio de

transporte propio. Voy a tener que coger un autobús... o dos.

Tardo un montón de tiempo en estar por fin delante de su puerta. Me retuerzo las manos, nerviosa. Hasta me sudan y tengo que restregarlas en la tela de los vaqueros antes de armarme de valor, respirar hondo y llamar al timbre. Lo hago con el corazón desbocado. Necesito arreglar esto. Como sea. Necesito arreglar esto muy desesperadamente.

Por un momento, temo que no vaya a abrir la puerta. Oigo lloriquear a *Vodka* al otro lado. Menuda perra guardiana. A lo mejor no está. A lo mejor ha salido y ha dejado a la perra aquí, ¿no? Estoy a punto de llamar otra vez cuando la puerta se abre. *Vodka* salta sobre mí, meneando la cola, de inmediato. Pero Cameron se queda parado, como congelado, al verme. Nos miramos de frente sin decir absolutamente nada, durante unos segundos muy largos. Viste solo unos vaqueros negros ajustados y nada más y tiene el pelo mojado. Asumo que acaba de salir de la ducha. Tengo que apartar mis ojos de los suyos cuando se endurece su mirada y clavar la vista en sus pectorales, y siento cómo una mano invisible se cierra con fuerza en la boca de mi estómago.

—¿Qué quieres, Ashley? —pregunta, de malos modos, una vez que he desconectado nuestras miradas.

Vodka se ha cansado de intentar llamar mi atención y se dedica a moverse de un lado a otro para conseguir que mi mano le acaricie la cabeza, aun sin quererlo.

Casi ni me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio hasta que voy a hablar. El efecto que me produce solo tenerlo delante ahora mismo es absolutamente devastador.

—Necesito hablar contigo, Cam. Por favor —pido, con un hilo de voz bastante ridículo, mientras intento recordar todas esas palabras que conformaban mi tan bien ensayado discurso de disculpa.

—No tenemos nada más que hablar, tú y yo.

—Por favor —vuelvo a suplicar, con los ojos ya llenos de lágrimas—. Déjame explicarte...

Suelta algo parecido a una risa irónica que a mí se me clava como un cristal en pleno corazón.

—¿Explicármelo? —repite, burlón—. Lárgate, anda. Hay cosas que no necesitan explicación. *Vodka* —llama a la perra, para que vuelva a entrar en casa.

Ella no le hace caso y, en cambio, se pega a mi pierna. Pero Cameron da un paso al frente y yo tengo que echarme hacia atrás, en respuesta. Es muy grande y no está de muy buen humor. Coge a la perra por el collar, que no es el mismo que llevaba estos días en el lago, y tira de ella para meterla en casa.

—Lo siento. —Aprovecho que la resistencia de *Vodka* a moverse me da un poco más de tiempo—. Lo siento muchísimo. No tienes ni idea de cuánto me arrepiento de esto. No quería hacerte daño.

Me dedica una mirada muy fría como si, en vez de disculparme, estuviera insultando a su madre o algo parecido.

—No quiero volver a verte.

Cierra de un portazo. Y yo me quedo temblando, con la vista clavada en la madera de la puerta, por un momento eterno. «No quiero volver a verte.» No. No puede decirlo en serio. No puedo no volver a verlo nunca más. No. Eso sería

lo peor que podría pasarme en la vida. No volver a verlo va a matarme, estoy segura.

Tengo que abrazarme el torso cuando siento cómo se me encoge el estómago y el dolor sube desde muy dentro de mi vientre, para anidar en mi pecho y cortarme la respiración. Me tiemblan las rodillas y tengo que agacharme hasta que termino por caer de culo en su porche y me encojo mientras las lágrimas me abrasan las mejillas. Ni siquiera quiere escucharme. No quiere ni verme. Nunca más. No, no puede... Tiene que haber alguna forma de arreglar esto. Estoy segura de que tiene que haber algo que pueda hacer, algo que pueda decir para que entienda que... Pero ¿qué tiene que entender? Lo he destrozado todo.

Me quedo ahí, sentada delante de su puerta, mientras el sol termina de descender en el cielo y se hace de noche. Y, luego, me quedo un poco más. Solo porque siento que no tengo ningún otro lugar al que ir. Quiero estar aquí. Quiero estar cerca de él. Quiero demostrarle que aún lo quiero, que he sido una idiota y he roto esto, pero que, si me da una oportunidad, estoy dispuesta a cualquier cosa con tal de arreglarlo.

Levanto la vista cuando la puerta se abre de nuevo. Esta vez lleva camiseta y unas zapatillas, y tiene la correa de *Vodka* en la mano. La perra me lame la cara en cuanto me ve a su altura y yo la aparto de mí con cuidado, con los ojos clavados en su dueño.

Cam gruñe, como si le molestara muchísimo encontrarme aún allí.

—¿Qué haces aquí todavía?

Su tono no es nada agradable. Y yo no sé qué contestar. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde que me ha cerrado la puerta en las narices, la verdad. Ha podido ser una hora, o dos. Eso no es lo importante. Lo veo dudar un instante, mirando al desastre de chica que lleva horas sentada en su porche. Debo de tener un aspecto horrible. Finalmente, suspira y da un paso atrás, de nuevo hacia el interior de la casa.

—Si te doy cinco minutos, ¿luego te largarás de aquí y me dejarás en paz de una vez?

Me pongo en pie de un salto, dispuesta a no perder la oportunidad que me está ofreciendo. Puede que cinco minutos no sean suficientes, y estoy bastante segura de que nunca voy a querer largarme y dejarlo en paz. Pero no me queda otra que aprovechar la oferta.

—Sí —digo, en una especie de mentira piadosa.

Se da media vuelta y se adentra hacia el salón, dejando la puerta abierta detrás de él. Lo sigo un poco insegura, con *Vodka* muy pegada a mí, meneando la cola, que me golpea la pierna rítmicamente mientras ella camina a mi lado. Cierro, y me siento un poco cohibida al estar aquí, en su casa, a solas con él. Bueno, y con *Vodka*, pero eso no cuenta. Cameron se sienta, y me mira en espera de que se me ocurra decir algo de una vez.

—Tus cinco minutos están corriendo —advierte, tras echar un vistazo a su reloj.

Me acerco y me dejo caer en el borde del sofá. Me siento bastante lejos, pero, aun así, él se mueve para ganar un poco más de distancia, como si solo tenerme cerca le diera asco.

—Por favor. Por favor, Cam —sigo con mis patéticos intentos de decir algo con sentido—. Sé que no me merezco que me perdes por esto. Sé que ni siquiera me merezco estos cinco minutos, pero es que te juro que estoy dispuesta a hacer lo que sea para intentar arreglarlo. Por favor, déjame intentarlo. No sé por qué he hecho lo que he hecho. He sido una imbécil, me he portado como una niñata egoísta, pero te quiero... te quiero a ti. Solo a ti. Te lo prometo. No hay nadie más en el mundo. Nadie en el mundo. Ni siquiera él. Nadie.

—No vuelvas a decir que me quieres o tus cinco minutos acabarán en dos —amenaza.

Se me encoge el corazón y tengo que hacer un esfuerzo para tragarme un sollozo. Ha hablado con un tono muy duro, pero sus ojos no reflejan todo eso que él intenta transmitir con su actitud. No veo ni una pizca de la rabia que está tratando de demostrar que siente. En sus ojos solo veo tristeza, y mucho dolor. No puedo creerme que yo le haya hecho esto. Juré que nunca le haría daño. Y ahora...

—Dame una oportunidad para demostrártelo —pido—. Si me dejas, voy a luchar por ti con todas mis fuerzas. Voy a cuidarte, voy a compensarte esto. Dime lo que necesitas, Cam, por favor. Cualquier cosa. Cualquier cosa que necesites para poder creerme, para poder darme una oportunidad, estoy dispuesta a todo, a lo que haga falta. No volveré a ver a Tyler. Nunca, te lo juro. —Él suelta una especie de bufido cuando me oye decir eso, pero yo no puedo parar, tengo que aprovechar estos minutos para decirlo todo—. Me iré a Eugene, contigo. Puedo intentar empezar el doctorado en Portland, aunque tenga que

trabajar gratis, al principio, pero podría estar allí y no tendríamos que... —Me callo cuando veo cómo hace una mueca de dolor, como si hubiera estado esperando estas palabras durante mucho tiempo y llegaran demasiado tarde —. Por favor, estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras, haré lo que sea. Si necesitas que suplique, puedo hacerlo durante días. Pídeme lo que sea. Te juro que lo haré.

—Quiero que eches el tiempo atrás y que no te lo folles, Ashley. ¿Puedes hacer eso?

Me quedo callada, cuando me corta hablando con tanta calma. Ni siquiera le tiembla la voz al decir algo como eso.

Me seco una lágrima y niego lentamente con la cabeza.

—No, no puedo —reconozco.

—Entonces, creo que no puedes hacer nada por mí.

Se levanta del sofá, como si diera esta conversación por finalizada. Y yo me estiro para cogerle la mano y pedirle que no acabe con esto aún, pero él se aparta de mí de una manera muy brusca.

—Cam, no lo entiendes —sigo intentándolo, ya sollozando sin ningún control—. Sé lo que estás pensando, pero no es para nada lo que crees. Te prometo que ni por un segundo he sentido nada en absoluto por él. No ha sido así. Tú dijiste que me olvidara de ese tío y lo intentáramos otra vez, ¿no? Eso es lo que ha sido, solo un tío, nada más. Nada más.

—La que no lo entiendes eres tú —escupe, y me mira desde su altura, de pie, mientras yo sigo sentada al borde del sofá—. ¿Cómo te sentirías tú ahora mismo si yo te dijera que he estado follándome a Vanessa durante meses?

Solo escucharle decir eso me rompe de lado a lado, partiéndome en dos. Lo entiendo. Entiendo lo que dice. Pero

es que no ha significado nada para mí y eso tiene que saberlo.

—Esto es lo peor que podías haberme hecho. Lo peor —recalca, con rabia—. Y tú decidiste hacerlo y te dio igual.

—No. No, eso no es verdad —trato de justificarme.

—Es peor que si te hubieras tirado a mi hermano, Ashley —gruñe, y dice mi nombre con tanto desprecio que tengo ganas de vomitar—. Pero tú ya sabías todo eso, así que supongo que no te sorprenderá que te diga que no puedes hacer absolutamente nada para arreglarlo. Escúchame bien —me pide, y yo alzo la mirada, entre las lágrimas, para mirar su cara—: esto se ha acabado. No quiero verte. No quiero encontrarte en mi puerta. No quiero saber nada más de ti. Así que, en el fondo, sí que hay algo que puedes hacer por mí: desaparece de mi vida. No quiero que supliques, ni que te arrastres, ni que te humilles. Si de verdad estás dispuesta a hacer cualquier cosa por mí, por que yo esté bien, desaparece y no vuelvas a buscarme. No me llames, ni me escribas, ni te cruces conmigo por la calle. No les preguntes por mí a mis amigos. Haz como si yo no existiera, que es exactamente lo que yo voy a hacer contigo. Eso es lo que necesito y eso es lo que te pido: sal de mi vida y no vuelvas.

Me seco las lágrimas, pasando repetidamente las manos por mis mejillas. Esto duele mucho más de lo que me ha dolido nada antes, en toda mi vida, pero sé que me lo he buscado yo solita. Sé que me lo merezco.

—Ni siquiera puedo llamarte, ¿no? —recuerdo con amargura—. Me has bloqueado, así que no hace falta que lo pidas.

Saca el móvil del bolsillo y se sienta a mi lado, demasiado cerca. Toquetea la pantalla delante de mis narices, para que vea claramente cómo me saca de su lista negra.

—Desbloqueada —dice, en un tono muy frío—. Y, ahora, haz el favor de no llamarme nunca más.

Deja el móvil sobre la mesa, con un golpe seco, y yo mantengo la vista clavada en mi regazo, mientras juego inconscientemente con la cadena de plata que llevo al cuello.

—Ah, otra cosa, Ashley —vuelve a hablar y estira la mano para agarrar la cadena y tirar de ella, rozándose la piel del cuello. Me echo hacia atrás cuando me da un escalofrío ante el roce—. Quiero que me devuelvas esto.

—¿Qué? —digo, sin apenas voz, y alzo la mirada para buscar sus ojos. Él los mantiene clavados en los míos, y creo que los de los dos están inundados de dolor—. Cam, no..., por favor... No va en serio. —Busco que lo desmienta.

—Claro que va en serio. Devuélvemelo.

Me quito la cadena muy despacio de alrededor del cuello, con las manos temblorosas, sacándola por la cabeza sin soltar el cierre. Me la quita de las manos enseguida y la abre él mismo para sacar la plaquita más pequeña, esa en la que hizo grabar la palabra «princesa».

—Esto puedes quedártelo —escupe, y me tira la placa al torso, pero yo ni siquiera soy capaz de atraparla y me cae en el regazo. Se pone de pie y da dos pasos, alejándose de mí—. Te doy dos minutos para que te despidas de *Vodka*.

Sale de aquí camino de su habitación. *Vodka* está sentada a mi lado, y yo me guardo la placa en el bolsillo y me dejo caer al suelo, para quedar sentada justo junto a ella y

abrazarme a su cuello. Se mueve para tratar de lamerme la cara. Y yo la beso en el hocico y la achupo un poco más, mientras no puedo parar de llorar. Ni siquiera puedo decirle adiós. No puedo hablar.

Cuando Cam vuelve a aparecer se acerca hasta nosotras y me ignora descaradamente mientras engancha la correa al collar de *Vodka*, dispuesto a sacarla a dar un paseo.

—Vamos —la anima, con un tono mucho más suave que el dedicado a mí en toda la tarde.

Los sigo, haciendo un gran esfuerzo por mover el cuerpo y obligarme a caminar. Cam cierra la puerta, casi rozándose al inclinarse a mi lado, pero parece que a él ni le afecta.

—No quiero encontrarte aquí cuando vuelva —me advierte duramente. Luego parece dudar unos segundos cuando nuestros ojos se encuentran y me da la impresión de que está a punto de decir algo más, pero finalmente niega con la cabeza—. Adiós, Ashley.

No soy capaz de contestar cuando lo veo alejarse, tirando de la correa de *Vodka*, que no para de volverse a mirarme como si no pudiera entender por qué yo no los acompañó.

En cuanto los pierdo de vista, empiezo a andar, tomando la dirección opuesta, sin distinguir muy bien por dónde me llevan mis pasos a causa de la oscuridad de la noche y de las lágrimas que me nublan la vista.

Sí, esto se ha acabado. Estoy destrozada. Y esta vez Cam no va a aparecer en cualquier momento para ofrecerme refugio. No va a ser mi salvavidas, ni el príncipe azul que siempre acude justo cuando más se le necesita. Ahora tengo que aprender a sobrevivir yo sola. Y tiemblo de

nuevo, y no por la bajada de temperatura de la noche, cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo se hace eso.

Getaway car

Siete meses antes...

—Te acompañó en el sentimiento, guapa.

Era como la décima vez que escuchaba eso de alguna persona desconocida que me besaba la mejilla o me estrechaba la mano con cara de circunstancias, y sentí muchas ganas de gritar. Logré contenerme solo porque, que yo montara un espectáculo, lo único que iba a conseguir era que mi madre estuviese peor. Esa gente hacía todo aquello con la mejor intención, por supuesto. Pero esa maldita gente no tenía ni idea de cómo me sentía yo. Así que era un poco improbable que me estuvieran «acompañando» en mi sentimiento.

Crucé la mirada con mi hermano, que estaba sufriendo lo mismo que yo al otro lado de la sala. Puso los ojos en blanco disimuladamente y yo sonréí de medio lado, tristemente. No podía hacerlo de otra manera.

—Siento lo de tu abuela, Ashley —me reclamó otra voz, justo a mi lado.

Me giré para descubrir quién había hablado. Era la madre de Tyler, y yo forcé un amago de sonrisa y asentí, sin llegar a encontrar las palabras. Me dolía más cuando decían la palabra. *Abuela*. En ese momento tenía la impresión de que

era la más dulce del mundo, pero también una de las que más podían doler en un contexto como aquel. Y yo ya no tenía una. La madre de mi padre había muerto siendo yo aún pequeña, y mi abuela, la madre de mi madre, la que había sido «la abuela» toda mi vida, acababa de irse también. Demasiado rápido. Una molestia, un diagnóstico, y poco margen más de vida. Había esperado el tiempo justo para que yo pudiera llegar desde Chicago y decirle adiós. Como si no pudiera irse sin haberme visto una última vez.

Dejé que la señora Sparks me abrazara y otra vez me resbalaron por las mejillas esas lágrimas que yo no quería que nadie viera. Mi dolor era mío. Solo mi madre, mi hermano y yo podíamos entenderlo. Ni siquiera mi padre había estado tan unido a ella. Y no quería compartirlo con nadie. Al menos, con ninguno de los que desfilaban ante mí para darme el pésame. Quería guardármelo para mí. Quería tener el recuerdo de mi abuela para mí sola, para que no pudiera contaminarse.

—Gracias —murmuré finalmente, al apartarme de ella.

Me sonrió con los labios sellados, con afecto, y me pasó el pulgar por la mejilla para ayudarme a enjugar las lágrimas. Luego me dejó sola, sin forzarme a nada más.

Vi a mi madre romper a llorar una vez más, con la cara enterrada en el pecho de mi padre, que no había dejado de sostenerla ni por un solo segundo de todo el tiempo que llevábamos en esa sala. Odiaba los velatorios. De verdad. Deberíamos estar los cuatro en casa, juntos y sin tanto intruso, mezclando las lágrimas con las sonrisas mientras recordábamos los mejores momentos de la maravillosa mujer que acababa de morir. Y tenía muchos de esos. Pero

ver a mi madre así aún me desgarraba más el corazón y no me permitía centrarme en recordar todas esas cosas. Cómo olía mi abuela al abrazarla; el sonido de su risa cuando se unía con nosotros para decir tonterías que molestaran a mamá; o su manía de echarnos siempre una última cucharada en el plato cuando decíamos que ya no podíamos más.

—La abuela diría: «¿Qué hace toda esta gente aquí? Os dije que no hacía falta que hicierais nada, pesados». —Mi hermano se plantó justo a mi lado y habló en voz baja.

Esa vez sí que sonreí de verdad. Entre las lágrimas. Como debía ser el homenaje a mi abuela que a mí me gustaría poder estar dándole.

—Sí —estuve de acuerdo—, debe de estar mirándonos desde algún lugar y pensando: «Pero ¿para qué se habrán molestado? Si yo no se lo he pedido».

Eric asintió. Estaba a punto de decir algo más cuando un par de tíos lejanos, de esos que veíamos una vez cada dos años, acudieron a interrumpirnos y a soltar todo eso de la cantidad de tiempo que hacía que no nos veían y lo mayores que estábamos los dos. Yo desconecté enseguida y me dediqué a responder con monosílabos, esperando que se aburrieran de nosotros y pasaran a otra cosa. No podía dejar de mirar a mi madre. Nunca la había visto tan triste, tan... mal. Y eso me hacía sentir impotente, perdida, del todo desprotegida. No sabía cómo consolarla. No tenía esas herramientas. Se suponía que las madres cuidaban de los hijos, que siempre sabían lo que hacer o lo que decir, pero no al revés, ¿no? Mi madre siempre era la fuerte de la

familia. La roca. Y verla a ella así me hacía sentirme indefensa.

Me sentía también un poco sola. Todo aquello había sido tan repentino que nadie a mi alrededor estaba preparado para tenderme un pañuelo, o para ofrecerme un hombro sobre el que llorar. Había dado la casualidad de que, justo entonces, ninguno de mis amigos estaba en Sacramento. Mia estaba con Gina en San Francisco; también Vanessa; Grace, en Nueva York; Ryan, de viaje con el equipo de fútbol de la universidad; Tyler, en Los Ángeles, y Emily y Scott, en Portland. Les había dicho a todos que no hacía falta que vinieran al funeral. Mis padres habían decidido hacerlo todo lo más rápido posible y apenas quedaba una hora antes de salir con la comitiva fúnebre hacia el cementerio. Y mis amigos tampoco podían hacer mucho. Emily había desoído cualquier cosa que yo dijera, claro, pero había tenido que rendirse a la evidencia al descubrir que le era imposible encontrar un billete para viajar en el mismo día. Y con él... Con él ya hacía meses que no hablaba. Desde una charla seria, profunda y dolorosa en septiembre en la que llegamos a la conclusión de darnos un tiempo sin vernos y sin hablar. O más bien, *darme* un tiempo, porque él no estuvo del todo de acuerdo, aunque hiciera ver que sí.

Así que estaba sola, perdida e indefensa. Era eso lo que sentía.

Me esforcé para no pensar en aquello que llevaba meses intentando obligarme a olvidar. Tenía que hacerlo sola. Tenía que ser capaz. No podía coger el teléfono y llamar. No podía buscar justo el sonido de su voz al otro lado para conseguir

sentirme mejor. No podía buscármelo, aunque lo necesitara... mucho. No estaba, y yo tenía que aprender a hacerlo sin él.

—Ashley...

La voz de mi hermano me devolvió a tierra firme y lo miré para descubrir qué era lo que quería decirme. Sus ojos se desviaron de los míos instándome a seguir el curso de su mirada y hasta hizo un movimiento de cabeza señalando hacia la puerta de la sala abarrotada de gente.

Cam.

Lo vi y el corazón se puso a latirme a toda velocidad, con mucha más vida de la que había tenido en las últimas veinticuatro horas. Sus ojos verdes conectaron con los míos y eso le dio el empuje suficiente a mi cuerpo para empezar a actuar por su propia cuenta y riesgo, sin preguntar primero a mi cabeza, y cruzar la sala caminando a toda velocidad, sin preocuparme de si empujaba a alguien en mi camino. Prácticamente me estrellé contra su pecho y me abracé a su torso, sin decir ni una sola palabra. Él se mantuvo firme, sin que mi empuje lo desequilibrara, y me envolvió en sus brazos sin perder ni un solo instante.

—Eh —murmuró dulcemente, y bajó la cabeza hasta que su boca rozó mi oreja—, lo siento. Lo siento mucho, Ash.

Desenredé un brazo de su cintura, para poder llevármelo la mano a la cara y secarme las lágrimas. No quería empezar a llorar porque sabía que no podría parar. No quería dar un espectáculo. No quería que él tuviera que lidiar con mi llanto. Pero Cameron me apartó la mano muy delicadamente, y luego puso la suya en la parte posterior de mi cabeza, acariciándome el pelo con las yemas de los dedos, y me guio otra vez hasta apoyarme en su pecho.

—Está bien —me dijo muy suave—. Vamos. Puedes llorar.

Me tomé ese permiso bastante en serio. Y él aguantó ahí, sosteniéndome, besando mi pelo, resguardándome entre sus brazos, durante todo el tiempo. Cuando logré calmarme me separó ligeramente de él, para mirarme a la cara. Me secó los restos de lágrimas con los pulgares, y me besó la frente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz desgarrada por mi reciente ataque de llanto.

—Lo siento —se disculpó, con cara de no estar muy seguro de ser bien recibido—. A lo mejor no debería haberme presentado así, pero yo... no podía no venir.

Volví a abrazarlo, esa vez bien, estrujándolo un poco y poniéndome de puntillas para poder apoyar la barbilla en su hombro. Me acarició la espalda suavemente hasta que quise apartarme de él y di un paso atrás.

—Gracias.

Estaba a punto de protestar, seguro que iba a decirme que no tenía que darle las gracias por nada, pero entonces Eric llegó a nuestra altura y Cameron lo miró a él.

—Eh, tío —saludó. Chocaron la mano—. Lo siento —le dio el pésame también a él, y luego tiró de su mano para acercarlo y darle un abrazo y un par de palmadas en la espalda—. ¿Cómo estás?

Mi hermano se encogió de hombros.

—Bien —dijo vagamente, sin sonar demasiado convencido.

Cam le dio un apretón en el brazo y luego se estiró para rodearme los hombros y acercarme de nuevo a su cuerpo, reconfortándome al instante solo con ese gesto. Preguntó

por mi madre y lo guie hasta donde ella estaba. Más pésames y él llamándola «Julia» y ella llamándolo «Cam, cariño», y mi padre dándole las gracias por venir demasiado efusivamente como para que yo pudiera pensar que era una frase de esas automáticas que llevaba todo el día soltándole al resto de la gente.

Después de eso, mi exnovio se dedicó simplemente a estar ahí. No llamó para nada la atención, se mantuvo en un discreto segundo plano y me prestó su mano cada vez que yo necesité agarrarme a algo. Me acogió en sus brazos cada vez que me sentí débil, y me ofreció pañuelos o la yema de sus dedos cada vez que necesité secar mis lágrimas. Apenas dijo nada. Pero tampoco hizo falta.

Me monté en el asiento del copiloto de su coche para ir hasta el cementerio. Ni siquiera pensé en ello, en si estaba bien, en si era coherente decir que no debíamos saber nada el uno del otro y luego montarme en su coche sin ni siquiera preguntar si podía llevarme. Mi madre me dijo al oído que fuera con él, antes de que yo lo hiciera, pero, de todas maneras, eso mi cuerpo ya parecía haberlo decidido. Hicimos más de la mitad del camino en silencio, siguiendo al coche de mi padre.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté al fin, con la vista perdida a través de la ventanilla.

—Me ha llamado Tyler —respondió simplemente.

No se me pasó por alto el hecho de que yo se lo había dicho a Tyler esa mañana. No antes. Y tampoco que él estaba conduciendo su Honda blanco con el que, la última vez que lo vi, se fue a Eugene. Más de siete horas de carretera, solo porque «no podía no venir». Giré la cara para

mirarlo. Él me miró de reojo, una sola vez, antes de volver a centrarse en la conducción durante lo que quedaba de trayecto.

No me soltó la mano durante todo el tiempo que duró la ceremonia en el cementerio. Ni un solo segundo. Y solo con eso ya consiguió reconfortarme como un edredón de plumas en medio de una noche fría. A pesar de todo seguía siendo mi salvavidas, siempre ahí cuando más lo necesitaba, dándome aire cuando a mí me costaba respirar.

—Cam, tengo que llevar a los tíos de Juls a su hotel, ¿te importa acercar tú a Ashley a casa? —Oí a mi padre, sin tenerme en cuenta para nada a mí, cuando ya caminábamos hacia la salida del recinto y de vuelta a los coches.

Me di cuenta perfectamente de que lo estaba haciendo a propósito. De que se inventaría cualquier excusa para que yo me fuera con Cam. Hacía tiempo que mis padres sabían que ese chico siempre conseguía hacerme sentir mejor pasara lo que pasara. Estaban totalmente convencidos de eso.

—Y, si puedes, de camino, asegúrate de que coma algo —aportó mi madre, que salió de su estado taciturno solo para preocuparse por mí.

De verdad, debería demostrarle mucho más y mejor cuánto la quería y lo importante que era para mí. Seguro.

—Claro. Yo la llevo, no os preocupéis.

Cam el solícito. Me hubiera gustado llamarlo «pelota» en un susurro burlón, pero no pude. No me salió la voz. Y, de todas maneras, él ya no necesitaba hacerles la pelota a mis padres para nada, ¿no?

Consiguió que comiera algo prometiéndome que después de una hamburguesa, y solo si me la comía entera y no dejaba ni una patata, me invitaría a un McFlurry. Y estar sentada a su lado, en su coche, comiendo helado en la penumbra del aparcamiento del centro comercial fue lo mejor que me había pasado en todo el día... en todo el mes... en los dos meses largos que llevaba sin verlo. Se puso a hablarme de *Vodka* y a decir tonterías de las suyas, hasta lograr hacerme sonreír.

Para cuando paró el motor justo enfrente de la puerta de mi casa, yo ya quería quedarme ahí, cerca de él, toda la vida.

—Tengo que irme —suspiré, tristemente, porque en realidad no me apetecía nada de nada—. Tú tienes que irte —corregí luego, porque seguro que él tendría cosas mejores que hacer que estar ahí consolándome y, además, ya habíamos pasado demasiadas veces por eso como para tener que revivir una despedida—. Gracias por venir, Cam, ha sido... No sé si hubiera sobrevivido a este día sin ti —confesé, y después me mordí el labio como si así fuera a recuperar las palabras que ya se me habían escapado.

—Pues claro que sí. Eres mucho más fuerte de lo que te crees, Ash. Pero todos necesitamos a alguien alguna vez, aunque podamos hacerlo solos.

Asentí. Decía cosas muy profundas, a veces. Otras veces, solo tonterías. Lo echaba de menos. Lo profundo y lo idiota... y todo de él.

—No...

No pude decir nada más, a pesar de estar a punto de volver a soltar ese discurso de por qué estábamos mejor

lejos y por qué teníamos que tomarnos un tiempo sin vernos. Él me cortó:

—Ya lo sé. Tengo que irme —repitió mis palabras, y a mí me estrujó mucho el corazón oír eso, porque en el fondo solo quería que se quedara conmigo—. Pero, si alguna vez me necesitas, solo recuerda que estoy, ¿vale, princesa? — Buscó mis ojos y apretó los labios por un segundo—. Perdona..., tengo que dejar de llamarte princesa —se regañó él mismo antes de que pudiera hacerlo yo.

Me acerqué a él y posé mis labios sobre los suyos, suavemente. Subió la mano desde su muslo para acariciarme la mejilla y empujó un poco más, entreabriendo mi boca y colando su labio inferior entre los míos. Me dejé besar por unos segundos, siguiéndole el ritmo, abriendo la jaula de las mariposas en mi estómago, dejando que encajara por un momento efímero las piezas de mi corazón roto.

—Lo siento —murmuré al apartarme—. Yo...

—No importa, Ash. Dime que vas a estar bien y, cuando quieras que me vaya, me iré y ya está —prometió.

Asentí.

—Voy a estar bien —mentí.

—Vale. —Hizo como si me creyera.

Estuve a punto de salir del coche, pero antes de ser capaz de tirar de la manilla para abrir la puerta, clavé mis ojos en los suyos de nuevo, sintiéndome terriblemente vulnerable. No quería irme. Aún no.

—¿Puedo quedarme aquí un minuto más?

Cam me abrió los brazos y yo me recosté sobre su pecho, dejándome abrazar. Sentí sus labios depositando un beso

cálido y tierno en mi sien, antes de oír su voz en un susurro:
—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, princesa.

18

Cam

Estiro el brazo para sujetar a *Vodka* por el collar y que no se mueva de donde está cuando suena el timbre de la puerta principal, sobresaltándonos a los dos. Si consigo que no se ponga a dar vueltas de un lado a otro dejando que se escuche el sonido de sus patas contra el suelo, y que no se acerque a lloriquear al lado de la puerta, a lo mejor quien sea asume que no estamos en casa y se larga. Apostaría a que es *Vanessa* otra vez. Y no tengo ganas de ver a nadie.

Ha pasado una semana desde que se me hundió el mundo mirando los ojos marrones de mi exnovia. «Es *Tyler*.» Es que todavía sigo oyendo justo eso y el tono exacto que utilizó para decirlo, cada vez que pienso en ella. Ya llevo tres días en Sacramento, encerrado en mi casa, rehuyendo a mi pandilla de amigos preocupados y quitándome los pantalones de pijama que uso para estar por casa solo para sacar a *Vodka* a la calle. Bueno, a veces ni para eso. Y ya llevo tres días sin saber nada de ella, también. Desde que se presentó aquí a llorar y pedir perdón y yo le dije que no quería volver a saber nada de ella nunca más. Parece que lo

entendió. No ha vuelto a dar señales de vida en los últimos tres días. Y no puedo terminar de decidir si eso es mejor o peor.

El lunes tuve que hacer un esfuerzo enorme e ir a comer con mi madre y con Colin. Y cuando llevaba apenas media hora en su casa ya decidí que no iba a esforzarme más para hacer algo como eso por una buena temporada. Porque mi madre no paró de interrogarme y de poner cara de pena y de insinuar que Ash y yo deberíamos hablar e intentar arreglar las cosas porque es obvio que los dos lo estamos pasando mal y que Julia y ella están muy preocupadas. Ni que decir tiene que no me quedé mucho rato después del café. Mi madre vino a verme ayer, y también esta mañana temprano antes de ir a trabajar. Le da lo mismo que le diga que estoy perfectamente bien y que ya no tengo cinco años y que lo único que quiero y necesito es que me dejen todos en paz. Vanessa y Scott son bastante pesados, también. Aunque he de decir, viendo el lado bueno, que ninguno de ellos dos ha vuelto a mencionarme a Ashley para nada, tal y como yo les pedí que hicieran. Eso son amigos de verdad.

El timbre vuelve a sonar y yo continúo completamente quieto, sujetando a la perra. Qué pesadilla, en serio. Que se larguen de una vez y ya está. No quiero ver a nadie y no quiero que nadie me vea así: en pijama, sin afeitar desde hace días, tirado en mi sofá mirando al techo porque ni siquiera me molesto en encender la televisión. Seguro que estoy que doy pena, aunque mi madre no haya llegado a decirlo en voz alta. Pero la verdad es que eso ni siquiera me preocupa. Nada me importa ahora mismo.

Suelto a *Vodka* y me incorporo en el sofá con el ceño fruncido cuando oigo el sonido de unas llaves que encajan en mi cerradura. ¿Quién demonios...? La puerta cede enseguida y en un par de segundos puedo ver a mi hermano delante de mis narices, con los labios apretados en gesto de reproche y mirándome muy serio. No deja de hacerlo ni mientras acaricia a *Vodka* para calmarla cuando ella le salta encima.

—Eh, colega, ¿cómo estás? —le habla a ella, y le da una serie de palmaditas en el lomo, pero sin apartar los ojos de mí y sin variar su gesto—. Vaya, Cam, mamá tiene razón: tienes una pinta horrible.

Sí. Así. Directo al grano.

No contesto. Levanto el brazo del respaldo del sofá, en el que me estaba apoyando tras incorporarme, y me dejo caer de nuevo para volver a la que lleva siendo mi postura casi permanente en los últimos días. Rob se acerca y me aparta las piernas de malas maneras, bajándolas del sofá, para sentarse a mi lado. Tengo que moverme un poco para acomodarme.

—¿Se puede saber qué demonios te ha pasado? —pregunta, y parece más preocupado que molesto, aunque trate de transmitir lo contrario.

—¿Qué haces tú aquí? —respondo con otra pregunta para poder evitar la suya.

Hace una mueca. Sé que no va a parar hasta que le cuente todo lo que ha pasado, pero quiero intentar retrasar ese momento lo máximo posible. No estoy preparado para hablar de esto con mi hermano. Ni con nadie. Nunca debería haberle dado una copia de las llaves de mi casa. Sabía que

al final se iba a volver en mi contra. Él no debería estar aquí. No, qué va. Debería estar en Eugene, trabajando, ¿no? ¿Qué hace en Sacramento?

—El lunes por la noche hablé con mamá y me dijo que ella me pagaba el billete de avión pero que tenía que venir porque estabas fatal. Y me dijo que el domingo Julia y Peter habían estado cenando en casa con ellos y que Ashley también está fatal. Y que tú no quieres hablar del tema con ella y que tu aspecto es bastante preocupante. Parece que tiene razón —añade al final, y chasquea la lengua cuando vuelve a mirarme bien de arriba abajo.

—Te agradecería que no me la vuelvas a nombrar nunca más en la vida —mascullo.

—¿A quién? ¿A Ashley?

Le dedico una mirada asesina y él me está mirando con una ceja alzada, como si le sorprendiera mucho lo que oye.

—¿No tenías que trabajar o algo? —Cambio el tema, pero mantengo mi tono desagradable.

—Dije que mi hermanito pequeño me necesitaba y me he cogido los días que me debían por los que no cogí en Navidad —me cuenta, un poco burlón—. ¿Qué ha pasado con Ash?

Otra vez la tiene que nombrar. Menos mal que se supone que ha venido a hacerme sentir mejor.

—¿Quién es Ash? —replico, con un tono que deja bastante claro que no quiero hablar del tema.

—Cam...

Vuelvo a gruñir, apretando los dientes.

—Rob —digo su nombre como él ha dicho el mío—. No quiero hablar del tema, ¿vale? Lo único que necesitas saber

es que eso se ha acabado para siempre y que no quiero volver a saber nada de ella ni a hablar sobre esto.

Asiente una sola vez mientras acaricia el hocico de *Vodka* que ella está restregando contra su pierna para llamar su atención, pero no parece nada convencido de dejar las cosas así. Y lo conozco lo suficiente como para no esperar eso de él, claro.

—Está bien —habla de nuevo—, empezaré yo, si te parece bien. Me gustaría decir que solo he venido porque estaba preocupado por ti, pero la verdad es que también tenía ganas de alejarme de Eugene por unos días. —Capta mi atención y lo miro interesado, instándole a continuar solo con un movimiento de cejas—. Zack me llamó el sábado.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Solo quiere crear expectación, estoy seguro. Le gusta dar dramatismo a todas sus historias.

—¿Y qué quería? —meto un poco de presión, inquieto por el corazón de mi hermano.

Menudo par. Estamos los dos hechos una mierda.

—Lo había llamado la asistente social por lo de los papeles de la adopción. Quería saber cuándo me viene bien que tengamos una reunión para retirarme a mí de la solicitud.

Nos quedamos los dos en silencio por unos segundos. Intento pensar qué es lo que puedo decir ante algo como eso. Es complicado. Mucho. Sobre todo, porque el tema de la adopción es precisamente el motivo por el que ellos dos acabaron cortando su relación. Cinco años juntos y al final un montón de miedos e inseguridades se la terminaron cargando. Porque la realidad es que fue así. Zack quería ser

padre y lo tenía muy claro. Y no tengo ninguna duda de que mi hermano también quería. De que quiere. Pero está acojonado. Bueno, lo entiendo. Es un gran paso. El caso es que hicieron todo el papeleo y un montón de entrevistas, pero, cuando les dijeron que iban a incluirlos en la lista de espera, mi hermano prácticamente entró en pánico. Tampoco es que me dejaran saber mucho de lo que pensaban o de lo que discutían. Pero sé que discutieron mucho. Hasta llegar a la conclusión de que Zack no estaba dispuesto a esperar y Rob no estaba seguro de querer hacerlo ya. Llevan en la lista de espera casi un año, pero hace más de cuatro meses que ya no están juntos.

—¿Y tú quieres que te retiren de la solicitud? —pregunto finalmente, prudente.

Me mira a los ojos y me contesta sin palabras. Lo veo muy claro en su mirada. No. No quiere. Quiere seguir ahí, pero aún tiene miedo.

—Supongo que es lo que hay que hacer, ¿no? ¿Qué sentido tiene que nos estén teniendo en cuenta para una adopción en el futuro si nosotros ya no estamos juntos?

—¿Qué dijo Zack? —indago un poco más.

—Que si podíamos quedar los dos solos para hablar de esto antes de reunirnos con la asistente social... —confiesa, y se retuerce las manos haciendo crujir los nudillos.

Le pongo una mano en el hombro para que vuelva a mirarme. Lo hace y yo alzo las cejas, esperando que se sincere del todo conmigo de una vez. Pero no parece muy dispuesto a seguir hablando.

—En realidad los dos sabemos que quieres a Zack y que él también te quiere a ti y que quieres formar una familia

con él, igual que él contigo. —Le doy el empujoncito que necesita—. Me imagino que acojona. Pero ¿qué es de verdad lo que te da tanto miedo?

Puedo notar cómo trata de hinchar el pecho, a punto de decir que no le da miedo nada, estoy seguro. Somos los dos igualitos, de verdad. Pero al final él se deshincha y me mira con cara de atormentado.

—¿Y si soy como papá? —plantea—. ¿Y si tengo un hijo y de repente le planeo la vida entera y no paro de decepcionarme cuando elija otro camino?

—¿Y si eres como mamá? —rebato yo.

Lo piensa por un momento y luego veo cómo se eleva levemente la comisura izquierda de su boca en un amago de sonrisa.

—Mamá es la mejor —reconoce.

—Sí. Mamá es la mejor —repito, totalmente de acuerdo—. Vas a tener que hablar con Zack tarde o temprano y arreglar esto, para bien o para mal. Lo sabes, ¿no?

Hace una mueca, como si le fastidiara mucho escucharme hablar convertido en la voz de su conciencia. Responde solo con un gruñido, que viene a decir algo así como «ya lo sé, pero déjame esconderme un rato más». Lo entiendo. Los problemas de mi hermano me han ayudado a evadirme de mi propia dolorosa realidad, aunque haya sido solo durante unos minutos. Los últimos meses han sido duros para los dos, y, en el fondo, me alegro de que esté aquí ahora mismo. Es la persona en quien más me apoyo. Y espero que sepa que él puede hacer exactamente lo mismo conmigo. Creo que ya lo sabe.

—¿Y tú qué? ¿Me lo cuentas o no? —Vuelve a centrar la atención en mí—. Te dije que lo del lago Tahoe no podía acabar bien para ninguno de los dos.

Desvío la mirada y la centro en las orejas de *Vodka*, que se mueven de un lado a otro mientras mi hermano acaricia su cabeza.

—Ya. Pues debería haberte escuchado —admito, de mala gana—. Aunque me imagino que es mejor una buena caída antes que vivir siempre aferrado a una mentira, ¿no?

Robbie frunce el ceño al oír que me pongo tan filosófico. Supongo que él venía preparado para el mismo discurso de todo el año pasado, lo de que ella dice que es «mejor para los dos» y que «me quiere, pero...», y que yo vuelvo a estar en el principio y que solo quiero estar con ella como un gilipollas. No creo que se esperara para nada lo que ha pasado en realidad. Yo tampoco me lo esperaba. Para nada. Qué imbécil he sido.

—¿Qué ha pasado? —insiste, una vez más.

—Lleva tres meses follándose a Tyler —suelto de golpe.

Y en cuanto pronuncio esas palabras siento cómo me desgarro por dentro una vez más, cuando yo creía que ya estaba roto del todo y había llegado a lo más bajo. La caída no termina nunca.

Mi hermano tarda unos cuantos segundos en reaccionar. Segundos en los que yo me encojo sobre mí mismo y tengo que hacer un esfuerzo enorme para aguantarme las ganas de volver a llorar como un bebé.

—¿Tyler? ¿Sparks? —Trata de cerciorarse de que estamos pensando en el mismo tío. No me molesto en decir nada. Es bastante obvio de quién estoy hablando—. No... —dice, con

el típico tono que utiliza cuando cree que alguien le vacila—. No, Cam. ¿Ashley? ¿Con Tyler? No puede ser. Es imposible. Ella no haría eso.

Suena muy convencido de sus palabras. Y yo le dedico una mirada llena de rabia, con los ojos llenos de lágrimas que me esfuerzo mucho por no derramar.

—No, ¿verdad? —ironizo.

—¿Te lo ha dicho ella? —sigue buscando cualquier indicio que le dé a entender que esto ha sido un malentendido y nada más.

Ya. Ojalá. Creo que asiento con la cabeza, no estoy seguro ni de lo que hago. Y luego me rompo de golpe y me pongo a llorar como hace días que no lo hacía. Intento frotarme con fuerza los ojos para detener el torrente de lágrimas, pero soy incapaz.

—Ha sido todo una mentira —sollozo, con rabia—. Desde el principio. Ni siquiera... Siento que no la conozco. No quiero volver a verla, Robbie. Quiero que desaparezca. Quiero que me deje de doler.

Mi hermano me abraza con fuerza a pesar de que intento resistirme al principio.

—Eh, pequeño —habla, como si realmente fuera un niño pequeño aún—, lo siento. Siento que haya pasado esto. Siento que ella haya hecho esto. Pero eso no significa que lo vuestro no fuera de verdad —razona—. ¿Quién sabe qué es lo que se le pasaba por la cabeza? Vamos a estar bien. Estoy aquí. Y esto se te pasará.

Me cabrea que la gente no pare de decir eso. Como si estuviera exagerando la importancia de mi dolor. Como si debiera olvidarme de que el amor de mi vida acaba de

destrozarme por entero, porque cualquier cosa que sienta es algo pasajero. Me molesta que hablen de esto como si fuera algo de lo más normal. A todo el mundo le han roto el corazón alguna vez. Pero es que Ashley y yo no éramos «todo el mundo». Y nadie tiene ni la más mínima idea de lo que teníamos..., de lo que yo creía que teníamos. De lo que significaba para mí. De lo que siento. Ahora mismo ya tengo claro que no: que esto no se me va a pasar. Que, al final, moriré con el corazón roto.

Rob me deja llorar durante un rato. *Vodka* no. *Vodka* lloriquea y se me sube encima y no para de intentar lamerme la cara mientras mi hermano trata de mantenerla a un lado para que me deje tranquilo.

—Ya vale —dice él finalmente, cuando ya apenas me quedan lágrimas—. Ahora vas a ponerte de pie y vamos a salir de esta. Sé que duele. Pero los Parker somos tíos fuertes y siempre seguimos adelante, ¿me oyes? No sé qué pensará ella, ni cómo estará, ni por qué habrá hecho algo así. Pero, sea como sea, y pase lo que pase de ahora en adelante entre vosotros, lo que vas a hacer es respirar hondo y dejar de lamentarte y tirar para arriba. Y también vas a darte una ducha, porque apuestas —añade, y me empuja para tirarme del sofá—. Vamos, no me hagas obligarte.

Ni siquiera tengo fuerzas para pelearme con él. Prefiero que alguien me diga lo que tengo que hacer. Eso lo hace más fácil. Simplemente tengo que ir pasando el día a día haciendo pequeñas cosas y todo mejorará. Eso es lo que se dice, ¿no? Céntrate en cosas pequeñas. No intentes mirar más allá.

Cuando salgo de la ducha y vuelvo al salón, mi hermano no está ahí. Me lo encuentro en el garaje, metiendo un montón de cosas en el maletero de mi coche.

—¿Qué haces?

Se vuelve hacia mí y me sonríe, sujetando un rollo de cuerda de escalada que está a punto de meter al maletero también.

—¿Qué tal si dejamos a *Vodka* en casa de mamá y nos vamos a escalar? Creo que a los dos nos vendrá bien.

Me encanta escalar. Y, en este preciso momento, lo que más deseo es tener que concentrarme en algo que aleje mi mente de la última semana. Aquí no puedo lamentarme, ni lloriquear. Aquí tengo que tener todos los sentidos centrados en el presente, en el siguiente agarre, en el próximo saliente. Sobre todo, porque voy de primero y no solo me la juego yo, sino que mi hermano también depende de mí. Solo subir, cada vez más alto. Solo superar cada obstáculo, encontrar un nuevo camino, trepar dejando lo demás atrás. Creo que mi hermano pensaba precisamente en eso cuando ha propuesto que viniéramos a hacer esto hoy. Es una muy buena metáfora de lo que tiene que ser mi vida de ahora en adelante. Subir. Avanzar. Encontrar algo a lo que agarrarme en cada tramo del ascenso.

Aquí puedo respirar.

Las vistas desde lo más alto de la pared son impresionantes. Estamos muy lejos de la ciudad; tanto, que apenas parece un pequeño punto en el horizonte.

Mi hermano se sienta a mi lado y me da un golpe suave en el hombro cuando le paso el botellín de agua.

—Has hecho la pared de puta madre. Casi ni puedo seguirte el ritmo —alaba.

No digo nada. Me siento bien aquí arriba. A lo mejor es esto lo que necesito. Alejarme.

Estoy bastante seguro de que quedarme en Sacramento no va a ayudarme en absoluto a seguir adelante. Tampoco creo que pueda volver a Eugene como si nada. Esto me ha dejado totalmente perdido, sin ningún sitio adónde ir, sin lugar en el que refugiarme. Todos mis posibles destinos están demasiado contaminados por ella. *Por nosotros*.

Creo que sé lo que voy a hacer. La decisión se ancla en mi mente de pronto, casi sin avisar. Rob tiene razón. Voy a levantarme y a tirar para adelante. Aunque a lo mejor voy a tener que cambiar un montón de cosas para poder hacerlo. Aquí, desde lo alto, viéndolo todo pequeño, tomo la decisión más importante que he tomado en años.

Empiezo a ver cómo va a ser el resto de mi vida. Y no se parece absolutamente en nada a como yo lo había imaginado.

Call it what you want

Un año y once meses antes...

—Cameron, no pongas al gato encima de la mesa —me regañó mi madre cuando yo entré en la cocina de su casa con *Salem* en brazos y lo dejé allí para poder echar una mano al resto de la familia con la preparación de la comida.

Ashley ya llevaba un buen rato fregando los utensilios que mi madre manchaba para cocinar, mientras las dos cotilleaban como si fueran madre e hija.

Aquello era perfecto. Ashley encajaba tan bien en mi mundo que empezaba a pensar que un ente superior nos había concebido a los dos de manera que fuéramos inequívocamente el uno para el otro. Habíamos pasado algunos meses de malentendidos y broncas, sí, pero una mala racha podía tenerla cualquiera. Durante la primera mitad de aquel verano, sin embargo, sentía que estábamos más unidos que nunca. Llevábamos más de un mes jugando al futuro, ensayando todo eso que los dos estábamos convencidos de que algún día llegaría: habíamos decorado la casa de mi padre, que se había convertido en *mi* nueva casa, y prácticamente vivíamos juntos en ella. Eran muy pocas las noches que Ash no se quedaba allí conmigo. Casi ninguna y solo si sus padres protestaban demasiado por no

verla nunca. A mí me encantaba aquello. Me encantaba poder abrazarla cada noche para dormir; me encantaba despertar a su lado por las mañanas; me encantaba nuestra rutina de preparar juntos el desayuno y salir a pasear a *Vodka*. También me gustaba planear las cosas del día a día con ella: ir a comer con sus padres o con mi madre y Colin, quedarnos en casa o salir con nuestros amigos, que ella quedara con las chicas y yo con los chicos y poder pasar a recogerla después para irnos *a casa*. Era completamente feliz teniéndola a mi lado cada día.

—No le pongas límites y no lo llames «gato» —respondí a mi madre, burlón—. Tú le dejas hacer todo lo que le da la gana, al mimado, es como tu tercer hijo.

—Su tercer hijo soy yo —intervino Zack, que entraba desde el jardín trasero por la puerta de la cocina, con mi hermano justo a su espalda.

—Os quiero igual al gato y a ti, Zack, cariño —bromeó mi madre, con media sonrisa.

Ashley se secó las manos con un trapo y cogió a *Salem* de encima de la mesa y lo acunó entre sus brazos como a un bebé, para zanjar la discusión sobre si el gato tenía permitido pasearse por encima de los muebles o no, aunque lo hacía si le daba la gana, de todas maneras. Le hizo unas cuantas carantoñas y le mordió las patas delanteras suavemente, mientras *Vodka* y *Noa* permanecían sentadas justo detrás de ella, muy atentas a la comida que mi madre preparaba en la encimera.

—¿Por qué siempre le muerdes las patas, Ashley? —Esta vez le tocó a ella la regañina de mi madre.

—Porque tiene las almohadillas supersuaves —respondió ella al instante, cogiendo la pata de *Salem* y pasándose su almohadilla por la mejilla.

—Con esas patas remueve la tierra en la que caga, Ash —aportó mi hermano, lo que nos hizo protestar a todos por el comentario.

—Pero luego se limpia muy bien —lo defendió mi novia—. ¿Verdad que sí? —se puso a hablar con el gato, que, en respuesta, le pasó su lengua áspera por la barbilla y apretó su nariz contra la línea de su mandíbula.

—¿También le muerdes las patas a la perra? —quiso saber Zack, como si no supiera ya el tipo de mimos favoritos entre mi mascota y Ashley.

—No, a *Vodka* le muerdo las orejas —admitió tan tranquila.

—¿Y qué le muerdes a Cam? —preguntó el idiota de mi hermano.

Mi madre hizo un sonido de desaprobación y puso los ojos en blanco, mientras volvía a remover el contenido de la sartén.

—No voy a decir ninguna grosería delante de tu madre, Robert —advirtió Ashley, divertida.

No pude evitar reírme contagiado por el tonto de mi hermano y el tonto de su novio.

—Luego preguntáis que por qué es mi favorita en esta familia —bromeó mi madre—. ¡Dejad de mirarme así! No os voy a dar nada —habló con las perras. Luego nos miró a mi hermano y a mí—: A vosotros tampoco. Anda, salid todos de mi cocina y dejadme tranquila un rato. Poned la mesa en el comedor, por lo menos, que comemos enseguida. No me

extraña que Colin haya elegido precisamente este fin de semana para ir a visitar a su hermano, le advertí de que iba a tener aquí a dos hijos insufríbles, un yerno graciosillo y una nuera medio tonta. Y eso por no hablar de las dos perras. Me pareció un acto de humanidad darle la opción de huir mientras pudiera...

Obedecimos y dejamos a mi madre en la cocina metiéndose con nosotros en tono de broma.

Mi hermano disculpó a nuestras parejas de poner la mesa, contando conmigo para ayudarle en esa tarea sin tener en cuenta para nada mi opinión. Dejamos a Ash y a Zack encargándose de sacar a las perras al jardín, para que mi madre pudiera cocinar sin tanta presión.

—¿Qué tal? —preguntó Robbie mientras colocábamos cinco platos y vasos alrededor de la mesa—. Os veo muy bien a los dos, ¿no?

Cuando lo miré, alzó una ceja, con una sonrisa pícara. Zack y él fueron testigos de los últimos meses del curso y de cómo se habían tensado las cosas en mi relación de pareja, así que no me extrañó demasiado que preguntara, a pesar de conocer ya la respuesta de antemano. Hablábamos todos los días y me conocía a la perfección, no hacía falta que yo lo dijera expresamente para que él pudiera saber lo feliz que estaba.

—Estamos muy bien.

Estuve a punto de decir alguna cosa más, pero todos los comentarios que se pasaban por mi mente me parecieron demasiado ñoños, incluso para mí.

—¿Y qué tal llevas lo del curso que viene? ¿Has preguntado bien lo de las convalidaciones del cambio de

carrera?

No me dio tiempo a contestar a eso porque, aunque no la vi, sentí su presencia justo a mi espalda. Mierda. Aún no le había dicho nada a Ashley de que había decidido dejar la carrera y pasarme a otra. No sabía por qué aún no me había atrevido. Pero lo que sí sabía era que no quería que se enterara así. Me volví despacio para mirarla, y ella tenía los ojos clavados en mí, con las cejas levemente alzadas y cara de incredulidad absoluta.

—¿Qué cambio de carrera? —preguntó, a media voz, sin dejar de mirarme a mí y sin prestar para nada atención a la presencia de Robbie, que había sido el bocazas.

—Ash... —Intenté empezar a justificarme.

—Cam —cortó ella, en un tono mucho más severo que el mío.

—Ay, pensé que ya se lo habías dicho. —Fue lo único que aportó mi hermano, después de meter la pata hasta el fondo.

—¿Decirme qué? —insistió ella—. Cameron...

Me acerqué hasta donde estaba y le puse la mano en el brazo para sacarla de allí y llevarla a cualquier sitio donde pudiéramos hablar a solas. Se apartó muy rápido para evitar mi contacto y eso me dolió un poco.

—¿Podemos hablar arriba en mi cuarto? —propuse, y supliqué con la mirada.

Echó a andar enseguida, sin dejar que llegara a tocarla, y subió las escaleras por delante de mí, hasta llegar al lugar que yo le había indicado. Se sentó en el borde de la cama y me miró en silencio, mientras yo cerraba la puerta, exigiendo una explicación sin llegar a pedirla con palabras.

Pero yo no sabía muy bien qué decir y el silencio se prolongó por unos cuantos segundos.

—¿No tienes nada que decirme? —presionó un poco más.

—He decidido cambiar de carrera —reconocí lo obvio, y seguí escondiendo la mirada.

—¿Y no pensabas decírmelo? —me acusó. Mantuvo su tono de voz bastante comedido, pero era obvio que estaba algo enfadada.

La miré tímidamente, de pie frente a ella, y vi que tenía el ceño fruncido.

—Claro que sí, solo que...

—¿Que qué? —insistió al verme dudar—. Ni siquiera me habías dicho que estuvieras pensando en ello, Cam. ¿Es que no nos lo contamos todo, tú y yo? ¿Qué es lo que vas a hacer, entonces? ¿Fisioterapia? —Cambió el tono al adivinar mis planes de futuro.

Habíamos hablado más de una vez de cuánto me había gustado una asignatura que tuve y desde entonces me había interesado por ello, así que supongo que no lo tenía demasiado difícil a la hora de hacer una apuesta.

Asentí con la cabeza, porque no sabía muy bien qué decirle con palabras.

—¿Por qué has decidido esto? Y... ¿cuándo? No entiendo que no me hayas dicho nada. Creía que tú y yo estábamos juntos en todo, Cameron, y que confiábamos el uno en el otro para cualquier cosa que nos pasara. Pero no, ¿no? Tú sigues igual que hace dos años y cuando hay algo que te preocupa te escondes en tu burbuja para tragártelo tú solito.

Mierda. No. La cosa no era así y yo no quería que ella pensara eso. Ash era mi principal apoyo en todo y para todo; confiaba en ella más que en nadie en el mundo, y habíamos aprendido los dos en ese tiempo a gestionar los problemas juntos. Yo no podría hacerlo de otra manera. Y no quería que se llevara la impresión de que eso era lo que había pasado.

El problema era que decir lo que me había hecho retrasar el momento de contárselo iba a sonar bastante patético.

—No es eso, princesa, eso no es así —me defendí.

—¿Por qué no me lo has contado? —preguntó, una vez más.

Di unos cuantos pasos en dirección a la ventana, para poder darle la espalda y que ella no notara que se me llenaban los ojos de lágrimas. Era un poco penoso.

La oí levantarse y acercarse a mi espalda.

—¿Desde cuándo necesitas esconderte de mí para llorar?

Me froté los ojos para ayudarme a mantener la compostura al oírla decir aquello. Sonaba muy triste, como si en vez de estar haciendo esa simple pregunta, estuviera dándose cuenta de que nuestro verano perfecto estaba siendo tan solo un espejismo y que aún no habíamos superado lo de final de curso. Pero no era así. Eso no era así para nada.

—No te dije nada porque no quería que pensaras que soy tonto, Ash —confesé, sin atreverme a girarme y mirarla—. Porque no quería decepcionarte.

Rodeó mi cuerpo para plantarse justo delante de mí y me cogió la cara entre las manos cuando yo esquivé su mirada, para obligar a mis ojos a encontrarse con los suyos.

—No estoy decepcionada. Tú nunca me decepcionas, dudo bastante que puedas llegar a hacerlo en absoluto. ¿Por qué dices eso? —quiso saber, mientras pasaba sus pupilas de uno a otro de mis ojos como si intentara ver más allá, en mi interior. Me encogí de hombros, me resultaba difícil explicarlo—. ¿Por qué crees que iba a pensar que eres tonto? ¿Eh?

—Porque... porque no puedo con la carrera que empecé y apenas he aprobado medio curso este año y lo dejo todo sin terminar para irme a otra carrera con la que seguramente tampoco podré.

Me cogió la cara con una sola mano y me apretó un poco las mejillas haciendo que me callara y pusiera cara de pez.

—Tú no eres tonto, Cameron Parker. Y si has pensado elegir fisioterapia como una opción más sencilla que la anterior, me parece que vas muy mal encaminado —añadió en un tono levemente burlón.

Eché la cabeza atrás para conseguir que me soltara, dejar de poner cara de idiota y poder volver a hablar de nuevo.

—Quiero hacer fisioterapia porque he descubierto que me gusta más que lo que estaba haciendo, porque creo que me gustaría trabajar en eso —confesé.

—Me parece bien.

—¿Te lo parece?

Hizo una mueca exasperada en respuesta a mi pregunta.

—No me importa lo que hagas siempre que te guste y te haga feliz. Eso es lo único que quiero. ¿Qué me dirías si yo te dijera ahora que he descubierto que la psicología no es lo mío y que quiero estudiar derecho?

Sonréí de medio lado, porque si había algo que Ashley Bennet no soportara era tener que leer legislación.

—Diría: «¿Quién eres y qué has hecho con mi novia?» —bromeé. Me clavó un dedo en la mejilla como castigo por no tomarme la conversación en serio—. Te diría que fueras a por ello, Ash —reconocí al fin.

—Bien. Pues ve a por ello, Cam —me imitó, sin separar sus ojos de los míos—. ¿Y, podemos, por favor, volver un momento a lo de que no puedes con la carrera porque eres tonto? —recordó, sin darme ni un segundo para relajarme.

—Vamos, es la verdad —suspiré, con la vista clavada en el suelo—. Ya sabías que no era el tío más listo del mundo cuando me conociste, ¿no? Pasamos cuatro años en el mismo instituto y coincidimos en bastantes clases, no puede pillarte por sorpresa —medio bromeé.

No dijo nada, pero sentí cómo sus ojos recorrían mi cara esperando que soltara todo lo que pensaba antes de hablar ella.

—Tú eres la chica más inteligente que conozco —dije—. Eres la clase de chica que sale con un tío superlisto y exitoso, no de las que se quedan con el jugador de fútbol americano medio idiota.

Dio dos pasos atrás y se apoyó en la ventana, cruzándose de brazos y mirándome muy seria.

—No me está gustando esta conversación, Cameron. Yo no soy ninguna «clase de chica». Y, en todo caso, soy la puñetera clase de chica que está enamorada de ti. Jugador de fútbol americano o campeón de ajedrez, eso me da igual, eso no define quién eres. Y no creo que se pueda clasificar a alguien en listo o tonto en base a si aprueba o suspende un

examen de biología. Eso es una gilipollez. Creía que la que tenía problemas con la falta de confianza en sí misma en esta relación era yo. No me gusta que pienses así de ti.

Retrocedí un poco, yo también, y me senté a los pies de la cama.

—Lo siento. Debería habértelo contado desde el principio. Pero me sentía un poco fracasado por dejar una carrera a medias, por no haber sabido elegir bien antes... Yo quiero que puedas estar orgullosa de mí, princesa.

Caminó hasta mí lentamente y se dejó caer a mi lado, sentándose en el colchón. Me cogió la mano y entrelazó nuestros dedos. Su otra mano me rozó la mejilla para obligarme a girar la cara hacia ella.

—Ya estoy orgullosa de ti —murmuró con una sonrisa tierna en los labios y recorriendo mis facciones con la mirada—. Estoy muy orgullosa de quién eres y de cómo eres. Me haces sentirme orgullosa de ti cada día: por cómo eres capaz de hacer sentir bien a la gente sin casi darte ni cuenta, porque eres siempre el primero en ayudar a tus amigos, por cómo te relacionas con tu familia y por cómo te relacionas con la mía, por cómo tratas a *Vodka* y por cómo cuidas de mí. Eres el chico más increíble que he conocido en toda mi vida —aseguró, y me secó la lágrima que se me estaba escapando con su discurso—. ¿Cómo no iba a estar orgullosa? No eres un fracasado por dejar algo de lo que no estás seguro y apostar por algo nuevo; apostar por algo que piensas que va a hacerte más feliz, aunque tengas dudas de lo que pensarán los demás, es ser valiente. Y dicen que rectificar es de sabios —añadió, un poco más burlona—. Estoy orgullosa de eso. Estoy muy orgullosa de ti porque

estoy orgullosa de lo que hay aquí. —Puso su mano sobre mi pecho, justo encima de donde mi corazón latía fuerte—. Me da igual el camino que decidas tomar. Seguirás siendo esa persona que me hace sentirme así tengas carrera o no; hagas lo que hagas, decidas lo que decidas. Si quieres ser fisioterapeuta, si quieres ser ingeniero aeroespacial, si quieres ser fontanero o si quieres ser cantante de orquesta..., hasta si decidieras que quieres seguir jugando al fútbol; seguiré estando orgullosa de ti.

La besé. La besé porque no me aguantaba más. Porque me estaban emocionando mucho sus palabras y la sinceridad que transmitía con ellas. Porque no podía dejar de mirar sus labios mientras hablaba y eran demasiada tentación. Porque era la única forma que encontraba de responder a todo eso.

—¿Y si quiero ser payaso de circo? —probé, sin apenas separarme de sus labios.

Sonrió y notar esa sonrisa pegada a mis labios me puso toda la piel de gallina. Esperaba que me dijera que eso ya lo era, estaba casi seguro de que esa iba a ser su respuesta.

—Me parecerá perfecto, siempre que me dejes estar a tu lado.

Esa no era la respuesta que esperaba y me derritió el corazón en solo un segundo. Puse las manos en sus mejillas para acariciarla lentamente con los pulgares.

—Hay una sola cosa que tengo clara de mi futuro, princesa, y es que quiero pasarlo contigo.

Esa vez me besó ella y ancló las manos a mi nuca y se movió para subirse a mi regazo. La abracé contra mi cuerpo,

para pegarnos todo lo posible. Se apartó poco después para mirarme a la cara.

—Necesito que me lo cuentes todo, ¿te convalidan las asignaturas parecidas a las que ya has cursado?

Rompió el momento, pero yo me moría de ganas de explicárselo todo porque necesitaba saber qué opinaba ella, así que no me molestó en absoluto.

—Bueno, sí. No iría con demasiado retraso. Si todo fuera bien, tardaría solo un año más de lo previsto en terminar la carrera, porque este año tendré que cursar las asignaturas que me queden pendientes de primero y segundo que, con las que me convalidan, no son demasiado.

Se mordió el labio mientras miraba mi cara y luego mi torso, atentamente. Alcé las cejas como modo de preguntarle qué pasaba y en qué estaba pensando, cuando volvió a mis ojos.

—¿Te he dicho alguna vez que siempre quise tener un novio fisio? —inquirió con una sonrisa traviesa.

—No voy a darte masajes gratis.

Hizo una mueca decepcionada, pero rio cuando la besé al tiempo que clavaba los dedos en sus costados, para hacerle cosquillas.

Lo tuve muy claro entonces, como una revelación: ella era la mayor certeza en mi vida. Sabía que no quería jugar al fútbol cuando acabara mi tiempo en la NCAA, y estaba bastante seguro de que fisioterapia sí iba a ser lo mío. Pero, si pensaba en dónde estaría en cinco o en diez años, lo único que era capaz de ver era que la tenía a ella cogida de la mano.

19

Ashley

El sonido del timbre me despierta justo cuando acababa de dormirme. No es que esté falta de sueño, hace días que dormir es lo único que soy capaz de hacer. Aunque mis sueños están plagados de pesadillas angustiosas sobre él y sobre el daño que le he hecho. No debería quejarme, estar despierta es aún peor. Llevo días rememorando nuestra última conversación una y otra vez. Y no consigo que cada una de ellas duela menos que la anterior. De hecho, puede que sea al contrario.

Oigo un rumor lejano de voces en la entrada, pero no soy capaz de distinguir ninguna de ellas. Me imagino que será Mia. Hoy aún no ha pasado por aquí para su visita del día... creo. Últimamente hasta me cuesta saber cuándo es de día y cuándo es de noche, pero estoy casi segura de que ha pasado una noche desde la última vez que la vi. Así que me imagino que Emily la está poniendo al día de mi estado de las últimas horas, antes de que la otra pase a verme y a intentar sacarme de la cama. No sé por qué no se ha dado

cuenta ya de que es inútil, con la cantidad de días que llevan intentándolo.

Hace más o menos una semana que estoy aquí, en casa de Em. Más en concreto en la cama de su habitación de invitados, que es el único mueble que tiene esta habitación. Tampoco necesito más. Emily me obliga a levantarme para comer y para ducharme y asearme cada día, creo que se está entrenando conmigo para cuando sea madre. Aunque es un poco blanda y la mitad de las veces me trae la comida a la cama. Nunca consigue que me la coma toda, pero le pone empeño. Algunas noches duerme conmigo y otras no. No sé en qué basa esa decisión antes de acostarse. Puede ser solo porque Scott protesta, a lo mejor. Debería estarles muy agradecida a estos dos por acogerme en su casa y por cuidar de mí. Sobre todo, a Em. Estaría dándole las gracias sin parar si pudiera hacer algo que no fuera llorar. Hoy ni para eso he tenido fuerzas. Creo que es sábado. Puede ser. Y eso significa que ya he pasado seis noches aquí. Emily me encontró vagando por las calles en plena noche el domingo, después de que yo me fuera de casa de Cam. Scott se pasa el día diciendo que fue un milagro que no me pasara nada. Claro que, el hecho de que Em me recogiera con su coche, tras más de una hora dando vueltas para buscarme, no fue casualidad. La había llamado mi madre. Porque mis padres volvieron de su cena con amigos y no me encontraron en casa. Mi madre se puso histérica enseguida. Y precisamente por eso no quise volver a casa con ellos. No creo que pudiera soportar tener a mi madre sufriendo por verme así. Emily le dice siempre que estoy bien y, cuando viene de visita, me levanta de la cama y me esfuerzo en poner buena

cara y jurarle que estoy mejor. Pero ¿cómo esperan que esté después de lo que ha pasado? ¿Después de lo que *he hecho*? A ver, sé que voy a tener que salir de este escondite alguna vez. Sé que Em y Scott no pueden adoptarme para siempre. Sé que voy a tener que recoger mis pedazos y empezar a trabajar por recomponer mi vida como pueda. Sin Cam. Es solo que aún no tengo fuerzas para intentarlo.

Las voces que oía a lo lejos se están acercando cada vez más. Y oigo el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo de madera recién estrenado de la casa de mis amigos. Eso no suena a Mia. Seguro que no.

—No sé qué más hacer con ella, de verdad —oigo que dice Emily justo al otro lado de la puerta cerrada. Llama con los nudillos un par de veces, pero no contesto—. ¿Ash?

Me incorporo en la cama y apoyo la espalda contra el cabecero, cuando oigo que mueve el pomo de la puerta y luego la empuja lentamente. Entra lanzando un suspiro que suena a desaprobación o a lástima mezclada con hastío, no lo sé muy bien. Y detrás de ella, veo entrar a Vanessa. Me muevo de nuevo, para sentarme en la cama, encogiendo las piernas. No me esperaba verla a ella aquí, para nada. No he vuelto a saber de ella desde que me fui del lago Tahoe.

—Ey, Ash —saluda, un poco titubeante, como si no supiera muy bien cómo tratarme—. ¿Cómo estás?

Me encojo de hombros, porque decir «bien» con la pinta que debo de tener ahora mismo y estando en la cama a media mañana no creo que sea muy convincente.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, directa—. No esperaba verte.

—No. Ya. Pero es que... —Deja la explicación a medias y se acerca en un par de zancadas largas hasta la cama y se sienta a mi lado y me da un abrazo, sorprendiéndome—. Chica, estás fatal. Y Emily es muy blanda contigo y Mia no sirve para imponer disciplina, pero esto se ha acabado, ¿me oyes? —advierte, en tono autoritario, pero sin separarse de mí—. Ya está. Vas a salir de esta cama y vas a cuidarte y vas a retomar tu vida, porque aún no se ha acabado el mundo que yo sepa, ¿eh?

La abrazo también, por un momento, antes de separarme para mirarla. Creo que no nos hace falta ponernos a hablar sobre todo eso de «yo dije», «tú dijiste». Y supongo que sigue bastante más del lado de Cam que del mío, pero está aquí y ha venido a preocuparse por mí. Y a mí con eso ya me vale, la verdad.

—¿Cómo está Cam? —Se me escapa casi sin quererlo.

Vanessa frunce los labios y niega con la cabeza muy brevemente, para darme a entender que no va a hablar de eso conmigo.

—Lo importante eres tú —repite Emily, como lleva haciendo todos estos días cada vez que me lamento por haberle hecho tanto daño a la persona que más quiero en el mundo—. Y ninguna de nosotras queremos seguir viéndote así, así que, si Vanessa tiene que sacarte de la cama de los pelos, lo hará —amenaza con la presencia de la morena.

—Lo haré —asegura ella, en tono de broma.

—Vanessa... —suplico que responda a mi pregunta.

Necesito saberlo. No he llamado. No he escrito. Como él me pidió. Pero es que me estoy muriendo de ganas de

hacerlo. Necesito hablar con él. Necesito verlo. Saber cómo está.

—Ashley, Cam se marcha —dice por fin mi amiga, y me mira con lástima.

—¿Qué? ¿Cómo que se marcha? ¿Adónde se marcha?

Cada pregunta sale de mi garganta de forma aún más ansiosa que la anterior. ¿Qué quiere decir con esto?

—Se va a Boston. En un par de días. Va a firmar con los Patriots.

Juro que siento cómo se me cae lo que queda de mi corazón al suelo cuando la oigo decir eso. Boston. Los Patriots. Me acuerdo perfectamente de esa oferta tan jugosa. Seis temporadas. Una cantidad de dinero indecente. Más de lo que yo ganaré en toda mi vida, seguro. Pero es que Cam no iba a seguir jugando al fútbol. Es que Cam *no quiere* seguir jugando al fútbol.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza indagando en los ojos azules de mi amiga. Tiene que estar equivocada. Tiene que haber algún error.

—No —digo al fin en voz alta—. No, no puede ser. No. Tengo que hablar con él. Necesito hablar con él.

Hago amago de levantarme de la cama, pero Vanessa me sujetá firmemente por los hombros para mantenerme en mi sitio, justo frente a ella.

—Sabes que no quiere hablar contigo —me recuerda, entristecida.

—Habla tú con él —pido entonces—. Tienes que hablar con él, por favor. Tienes que decirle que no haga esto. Él nunca ha querido jugar en la NFL, no quiere seguir jugando

al fútbol. No tiene que hacer esto. No quería firmar ese contrato —digo, muy segura de mis palabras.

Porque lo sé. Porque lo conozco.

—Ha cambiado de idea —murmura Vanessa.

—¡Pero es que no puede hacer esto! —elevo la voz, frustrada.

—He intentado hablar con él, ¿vale? —asegura mi amiga —. Está convencido, Ash. La decisión está tomada. A mí no me escucha.

—¿Qué va a hacer con la carrera? —indago, temiéndome la respuesta.

—Ya la ha dejado.

—Por qué? ¿Por qué hace todo esto? No entiendo nada... Y lo único que se me ocurre es que esto también es culpa mía. Lo he jodido todo tanto que él está a punto de cambiar su vida al completo. Del todo. Porque yo he destrozado la que tenía.

—Tienes que conseguir que se lo vuelva a pensar —suplico.

—Es inútil —me desilusiona—. Lo siento, Ash, pero vas a tener que dejarlo ir. Oye, sé todo lo que te dije en el lago. Lo de que si tenía que elegir un lado no iba a ser el tuyo y todo eso, pero quiero que sepas que no elijo. Que me quedo con los dos. Tenemos que hablar de muchas cosas, tú y yo, porque de verdad quiero intentar entenderte. Lo haremos algún día. De momento, necesito que tengas en cuenta que estoy aquí para ti, y que no pienso verte así ni un minuto más. Ahora sal de esa cama y vuelve a ser una persona. No quiero tener que sacarte de los pelos.

Son dos contra una. Y Emily es mucho más dura ahora, con el respaldo de la morena. Sé que no tengo mucha opción a resistirme e intentar seguir aquí buceando en mi dolor y empapándome en autocompasión. Tengo que ponerme en pie. Tengo que empezar a recuperarme a mí misma, poco a poco. Aunque solo sea porque no me merezco morir por esto. No, porque eso sería demasiado fácil. Yo ya me he condenado a mí misma, y tengo que cumplir con la condena. Tengo que seguir con mi vida para que cada día me duela ser consciente de todo lo que perdí y me atormente el daño que le he hecho y el recuerdo de lo que hice. Así que salgo de la cama y me pongo en pie.

Paso un montón de rato en el baño de invitados de Em y Scott, donde hace días que Emily desplegó todas las cosas que me trajo de casa de mis padres. Sí, tuvo que ir ella a buscarme ropa y enseres básicos. Lo sé. Puede que ya haya tocado fondo, ¿no? Ojalá que sí, porque no creo que pueda soportar algo peor que lo que siento ahora mismo. Me doy una ducha larga y caliente, a pesar de que el día está pesadamente caluroso hoy. Me lavo el pelo, porque ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice. Y luego, cuando estoy ante el espejo solo envuelta con una toalla, rebusco entre lo que Em metió en mi neceser y a mí me pareció del todo inútil, para encontrar unas pinzas con las que arreglararme las cejas. Aún queda en mí mucho de aquella Ashley adolescente que se ponía toda la fachada de chica segura cuando más insegura se sentía. Así que intento tener buen aspecto por fuera, para esconder lo que llevo por dentro. El resultado final se podría catalogar hasta de

«casi decente» cuando me he maquillado un poquito para disimular las ojeras.

Cuando salgo al salón, huele a bizcocho recién hecho. Eso es toda una novedad, teniendo en cuenta que los últimos días ha oido bastante a bizcocho recién quemado. A Emily le ha dado por la repostería desde que se dedica casi en exclusiva a cuidar de mí. Madre mía, no sé lo que están haciendo con ella las hormonas del embarazo. Ya empieza a comportarse como un ama de casa de mediana edad.

—Eh, mírate, pareces una persona y todo.

Ese es el saludo de Vanessa, que lleva la bandeja con el bizcocho en la mano. Emily la sigue con tres vasos en una mano y una botella de té helado en la otra. Mi mejor amiga me mira de arriba abajo y sonríe, como si le gustara verme vestida con vaqueros y camiseta y no con el pijama roñoso que casi ni me quito últimamente.

—¿Te sientes mejor? —pregunta.

Me limito a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, aunque no sea del todo verdad.

—Vamos a sentarnos en el porche, anda. —Vanessa me coge la mano con su mano libre y tira de mí hacia la puerta de salida—. Me da la impresión de que vas un poquito necesitada de vitamina D.

Me siento con ellas en el porche. No participo demasiado de su conversación, pero tampoco intentan forzarme. Parece que han decidido que las cosas conmigo van a tener que ir paso a paso. Lo agradezco. Em corta el bizcocho y nos obliga a probarlo. Huele bien, eso lo admito. Yo digo que está muy bueno, solo para animar a la aprendiz de repostera. Y Vanessa es mucho más sincera y dice que no

está mal de sabor, pero que, si estuviera un poco más duro, se podría haber partido un diente. Casi me hacen reír mientras las oigo discutir a cuenta del bizcocho. Menos mal que aún me quieren y están aquí. Aunque no me lo merezca.

Creo que mi cara pierde el color, de golpe, cuando veo a alguien acercarse hacia aquí con paso inseguro, caminando por la acera con las manos en los bolsillos. Es Tyler. Y Emily se gira a mirar al ver mi reacción y lanza un suspiro, como si le resultara muy molesto, o fuera un tío muy pesado.

—¿Y este qué hace aquí? —pregunta Vanessa, en voz baja, para asegurarse de que nuestro amigo no puede oírla.

—¿Que qué hace aquí? —repite Emily, en susurros—. Viene todos los días para preguntar cómo está Ash. Está empezando a rozar el acoso.

Hablan como si yo no estuviera delante, las muy tontas. Y me sorprende mucho lo que escucho, porque no me he enterado ni de una sola de sus visitas. Ni Emily ni Scott me han dicho que Tyler haya estado aquí, ni que haya preguntado por mí. Y tampoco he llegado a oír nunca su voz, ni mucho menos ha entrado a verme.

—Ey —saluda, y se muestra tímido cuando llega a nuestra altura. Pero no mira a mis dos amigas ni por un solo segundo, solo a mí.

—Ey —respondo, del mismo modo, suave, pero sin ser capaz ni siquiera de esbozar media sonrisa.

—Me alegro de verte aquí fuera. ¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

Lo pregunta de un modo muy dulce, como si estuviera muy preocupado por mí, y sus ojos recorren mis facciones

atentamente, buscando una respuesta más sincera de la que estará imaginando que voy a dar de palabra. Ahora lo veo. Veo cómo me mira. Y lo que no sé es por qué no lo he visto antes. Debería haberme dado cuenta de que para Tyler esto siempre fue algo más de lo que era para mí. Pero no, claro. Yo soy una egoísta, y eso ha quedado más que patente.

—Un poco —consigo murmurar—. Y tú, ¿cómo estás?

Asiente con la cabeza como toda respuesta, como si eso fuera una manera de dar a entender que está perfectamente. Aunque no me lo creo mucho. Yo he perdido al amor de mi vida, pero él... Él ha perdido a su mejor amigo, más que eso, casi un hermano. Me odio mucho por haberles hecho eso a los dos. Por haberme metido en medio y haber acabado con esa amistad.

No puedo hablar con él con este par de amigas cotillas mirándonos a los dos como si estuviéramos a punto de echar un polvo encima del bizcocho. En serio, sus miradas de desaprobación lo dicen absolutamente todo. Espero que se les pase pronto esto. Me levanto y me acerco a él para coger su mano y llevarlo conmigo unos cuantos metros más allá, hasta el otro lado del pequeño jardín delantero, y quedar a salvo de oídos indiscretos. Porque la realidad es que tengo que hablar con él. No puedo seguir rehuyendo y retrasando esto toda la vida. No es justo. Él no tiene la culpa de nada de lo que ha pasado. Y ya es hora de que sea madura, de que me ponga de pie, de que deje de ser una maldita cobarde.

—Creo que tenemos que hablar.

—Uf, qué mal suena eso, muñeca —replica, e intenta darle un tono burlón, pero no lo consigue del todo. Sonríe tristemente cuando me ve hacer una mueca—. No te preocupes, Ash. Sé lo que quieras decir. Lo entiendo. Ha quedado claro. Tú sientes por Cam lo que yo siento por ti, y lo entiendo. Y lo siento. Siento haberme metido en medio. Lo último que yo quería era que esto terminara haciéndote daño a ti, créeme. Pensé que... Bueno, da igual. Espero no haber terminado también con nuestra amistad, porque no podría soportar eso. Supongo que ahora no quieras verme o hablar conmigo, pero no te olvides de que sigo aquí cuando esto se calme, ¿vale? A mí no me vas a perder nunca. Aunque no sé si eso significa mucho, pero...

Doy un paso decidido hacia él y rodeo su cintura con los brazos para abrazarme con fuerza a su torso. Él también debería odiarme. Es una persona muy importante en mi vida, y también he estado a punto de cargarme eso, ¿no? Me siento levemente reconfortada cuando me envuelve en un abrazo. Fuerte, seguro. Como él.

—Siento muchísimo todo esto. No he querido haceros daño a ninguno de los dos. Odio que por mi culpa estéis cabreados y...

Me aparta con cuidado y me mira a los ojos.

—No es tu culpa, Ash. La culpa es de todos y de nadie. ¿Sabes por qué? Porque aquí nadie es perfecto. Somos humanos y tenemos emociones y miedos, y debilidades —añade, y acaricia suavemente mi mejilla con un dedo al decir la última palabra—. Hacemos gilipolleces, nos dejamos llevar, nos equivocamos. Y nos enamoramos. Y también

sufrimos. Y por eso a veces hacemos cosas sin medir la catástrofe. Tú. Yo. Y él también.

Sus palabras me llegan muy profundo, aunque no terminen de consolarme. Puede que tenga algo de razón. Puede que cada uno sea responsable de lo que hace y de cómo deja que eso le haga sentir, pero no de lo que sienten los demás, ¿no? Pero sé que yo soy muy responsable ahora mismo del daño que le he hecho a Cam. Y nunca voy a dejar de sentirme culpable por eso.

—¿Podemos ser amigos? —pregunto, con un hilo de voz.

Sonríe de medio lado, sin apartar sus ojos de mí.

—Ya somos amigos, vecina.

Quiero decir algo más. Quiero hacerle entender que no quería jugar con él, que estaba muy confundida y muy perdida. Que me aferré a él sin tener en cuenta que también podía afectarle todo esto. Que he sido egoísta. Pero que me importa. Que me importa mucho y que no quiero perderlo como amigo, pero que aceptaré lo que él necesite para estar bien. Porque si alguien se merece ser feliz en esta vida, ese es Tyler Sparks, que tan poco se ha permitido serlo en todos los años que hace que lo conozco. No me da tiempo a decir nada, porque Scott sale de la casa y lanza un silbido, como si fuéramos perros, para llamar nuestra atención.

—Ashley, por favor, entra en casa. Y tú, Tyler, vete ya, ¿vale? —pide, y me sorprende que diga algo como eso. Scott no es una persona que echaría a alguien de su casa, ni aunque le cayera mal—. Cam está a punto de pasar a buscarme para ir a tomar algo y lo único que le faltaría es veros a los dos aquí.

A mí se me aceleran las pulsaciones y hasta siento que mi corazón vuelve a latir como si me fuera a mantener con vida durante unos cuantos años más, cosa que no he podido sentir desde hace días. Me he puesto nerviosa en un momento solo con lo de que Cam está viniendo hacia aquí. ¿Voy a poder verlo? Bueno, ni Scott ni Vanessa parecen muy convencidos de eso y los dos me están mirando como si tuvieran que hacer mucho esfuerzo para contener sus ganas de venir hasta mí y arrastrarme dentro de la casa para encerrarme hasta que él esté lo suficientemente lejos. Pero es que a lo mejor si lo veo... a lo mejor ahora ha dejado enfriar un poco las cosas y está dispuesto a hablar, ¿no? A lo mejor puedo...

—Pues me parece genial. —Oigo hablar a Tyler como si estuviera muy lejos de mí, o debajo del agua o algo parecido. A mí me tiemblan tanto las piernas que tienen que estar notándolo hasta los vecinos—. Creo que este momento es tan bueno como cualquier otro para que hablemos.

—Ya. Ni de coña, Tyler —se planta Vanessa.

Y se levanta de la silla en la que estaba sentada y viene hasta donde estamos nosotros para enfrentarse a él y convencerlo de que se vaya de aquí.

—Ya no estamos en el instituto, guapa —le dice el rubio, burlón—. No pretendo acabar a puñetazos, créeme. Pero en algún momento vamos a tener que hablar sobre esto y lo sabes, así que, ¿qué? ¿Me espero a que se largue a Boston y lo hacemos por teléfono? ¿O me dejas intentarlo ahora?

No sé ni cómo Tyler sabe lo de que Cam se va. Ni idea. Parece que soy la última en enterarme de cualquier cosa

que tenga que ver con él, ahora ya. Veo a Vanessa dudar, como si ella también pensara en parte que esos dos van a tener que hablar tarde o temprano.

—Ashley —me llama Emily desde la puerta de la casa—, venga, ven, vamos dentro. No creo que os vaya a hacer bien esto, ni a él, ni a ti.

No sé lo que debería hacer. No sé si debería quedarme aquí e intentar cruzar una palabra con él, aunque solo sea una y no más. Él dijo que no quería volver a verme, ¿no? Dijo que no quería saber nada de mí. Lo único que me pidió fue que desapareciera de su vida. ¿Ni siquiera voy a ser capaz de hacer eso por él? ¿Voy a seguir siendo una egoísta? Pero es que necesito tanto verlo...

Finalmente, Emily tiene que venir hasta donde yo estoy, para cogerme del brazo y guiarme de vuelta hacia la puerta de la casa. Dejamos atrás a Tyler y Vanessa, que siguen intercambiando sus opiniones en voz bastante alta. Y yo ya estoy a punto de atravesar el umbral de la puerta abierta cuando oigo un portazo a mi espalda y me giro casi como acto reflejo.

Cameron acaba de salir de su coche y ha cerrado la puerta del conductor con bastante menos delicadeza de la que siempre me exigió a mí para tratar a su querido Honda. Supongo que me ha visto, claro, pero ahora tiene sus ojos clavados en Tyler y exclusivamente en Tyler mientras se mantiene plantado en la acera con los puños apretados.

—Oye, Cam, tío... —empieza el rubio, en tono conciliador.

—Ni me dirijas la palabra.

Vanessa se mueve rápido para plantarse entre los dos cuando Tyler intenta acercarse a él.

—Apártate, Vanessa —pide el rubio—. Deberíamos resolver esto de una vez. Si lo que necesita es darme una hostia para ser feliz, me parece justo.

Cameron da un paso adelante e hincha el pecho con rabia.

—¿Para ser feliz? —repite, a voz en grito. Y hasta Vanessa se encoge un poco y se echa a un lado, en reacción a su ataque de furia—. Ojalá pegarte una hostia fuera a cambiar esto en algo. Pero necesitaría muchas para quedarme medio contento.

Los dos están ya frente a frente, mirándose, valorándose, midiéndose.

—Puedes darme las que quieras, pero te advierto que a la tercera puede que ya te la devuelva —dice Tyler, con la mandíbula apretada.

—No esperaría otra cosa de alguien como tú —escupe Cam.

—¿Alguien como yo? ¿Y qué significa eso? Siempre te ha quedado muy bien el papel de víctima, Cam. No busques ser el chico malo de la historia a estas alturas. Creo que ya tenemos claro quién es quién entre tú y yo.

—Lo que tú eres es un puto traidor. Pero ¿sabes qué?: que ni me sorprende.

Tyler da un paso atrás, como si eso le hubiera dolido, o como si eso le permitiera ganar espacio y tiempo para controlar sus emociones.

—Ya. Claro. Es bastante obvio que tú eres el chico bueno al que traicionan. Sí, pero el primero que se folló a la chica de la que el otro estaba enamorado no fui yo, a pesar de

todo. Por mucho que te joda. Aquí el primero en meterse en medio fuiste tú.

Cam suelta una risita irónica.

—Perdona, se me olvidaba que podemos comparar. Muy bien, pues si quieras comparar, comparamos. Yo pongo en la mesa tres años de relación. ¿Qué pones tú? ¿Qué tuviste tú con ella entonces? ¿Tres sueños húmedos?

—Solo para que me aclare, ¿el de los sueños húmedos era yo o era ella? —ataca Tyler.

—Tú solo te dedicabas a hacer el gilipollas con cualquier tía que se te cruzara por medio —acusa Cam—. Ni siquiera habrías dado un paso si no llegas a verme con ella. ¿Es eso lo que te pasa? ¿Que solo tenías tanto interés en ella porque estaba conmigo? Ahora ya seguro que te da igual otra vez.

—Sabes que eso no es verdad. —Tyler baja la voz y suena afectado por esa acusación—. Y vosotros ya no estabais juntos.

—Pero sabías perfectamente lo que pensaba yo.

Llego hasta ellos y me meto en medio, para obligarlos a dejar de gruñir en la cara del otro. Por lo menos, que ganen un poco de distancia.

Tyler retrocede un paso para darme espacio, pero Cam ni se mueve, ni me mira. Como si no existiera. Como si me hubiera vuelto completamente invisible para él.

—Tú también sabías perfectamente lo que pensaba yo —dice el rubio—. Pero te daba absolutamente igual. Y Ashley y yo...

Noto cómo Cam se tensa por completo en un momento cuando lo oye a él pronunciar mi nombre. Tengo que

retroceder hacia Tyler cuando él avanza, como si yo no estuviera en medio.

—No hables de ella como si fuerais un jodido pack — advierte, muy cabreado.

—Ah, ¿es eso? Pues lo siento, pero te diré que en la cama estábamos los dos —gruñe Tyler, en el mismo tono.

Estoy bastante segura de que Cam está a punto de reaccionar a eso. Pero no llega a hacer nada porque yo me vuelvo hacia Tyler echando chispas por los ojos y él parece encogerse y esconde la mirada, avergonzado. Doy dos pasos atrás y ellos quedan frente a frente de nuevo.

—Ya no existes para mí, Tyler.

La afirmación de Cam es brusca pero muy clara.

Clavo la mirada en sus ojos, que ni siquiera se han desviado en mi dirección ni por un solo segundo y lo que veo en ellos me asusta. Porque no queda ni rastro de él en esa mirada. Porque ya no hay brillo, ni chisporroteo, ni mucho menos amor.

Busco los resquicios de la tristeza que me había acostumbrado a encontrar en los últimos días entre los diferentes tonos verdes que llegaron a colorear mi mundo una vez. Pero ni siquiera eso queda. Solo vacío, solo rabia. Y, por primera vez desde que lo conozco, veo odio detrás de sus pupilas.

El silencio nos envuelve por unos segundos que se me hacen eternos. Estoy a punto de dar un paso hacia él. Pero entonces se gira de golpe hacia mí y el contacto visual me quema, como quema el contacto del hielo con la piel desnuda.

Nos sostenemos la mirada y sé que aún no ha acabado.

—Tú tenías razón, Ashley. —Habla en un tono mucho más calmado del que ha estado utilizando hasta el momento—. Es mejor que desaparezcas de mi vida de una vez. Porque lo único que yo quiero ahora mismo de ti es olvidarte.

Se da media vuelta y se aleja. Sé, muy en el fondo de mis entrañas, que ya nunca volveré a ver al chico del que estoy enamorada. Las lágrimas me abrasan los párpados y las mejillas.

Y, así, lo siento muy adentro. Se ha acabado. Y este es el momento en que yo termino de romperme.

Delicate

Tres años y tres meses antes...

Su risa se mezcló con la mía cuando sacó la cabeza de debajo de las sábanas y la sacudió en un intento inútil de devolver cada desordenado mechón de pelo a su lugar original. Seguía sosteniendo el peso del cuerpo con los brazos, con las manos apoyadas a los lados de mis costados, pero su piel rozaba la mía en todos los puntos posibles, cálida y delicada. Y era una sensación perfecta. Alucinante.

Nos quedamos los dos serios cuando sus pupilas se clavaron en la mías. Y en ese justo momento me pregunté si podía existir algo mejor que eso. Si podría haber algo en el mundo más increíble que estar juntos. Si era posible querer más a alguien de lo que yo lo amaba a él. Era la chica más afortunada del mundo. Segurísimo. No tenía dudas. Lo había encontrado; eso que la gente se pasa toda su maldita vida buscando. Yo ya lo había encontrado. Tenía dieciocho años y estaba viviendo una historia de amor perfecta con el amor de mi vida. No podía quejarme por un poco de distancia. Eso no iba a conseguir cambiar nada entre nosotros. Era imposible.

Se inclinó sobre mí y me besó los párpados, lentamente, recogiendo los restos de humedad que habían dejado las lágrimas que se me habían saltado a causa de mis carcajadas durante su reciente ataque de cosquillas. Seguro que sus vecinos de habitación en la hermandad estaban hartos de nosotros. Llevábamos dos días encerrados en ese cuarto casi a todas horas, gimiendo o riendo a carcajadas, según el momento. Y en lo que llevábamos de tarde yo ya había gemido mucho, muchísimo, antes de reír hasta llorar, demasiado alto.

Cam se dejó caer sobre el costado derecho mirándome de medio lado, con el brazo izquierdo apoyado sobre mi abdomen. Me giré hacia él y me abracé a su torso, con fuerza, pegando nuestras pieles tanto como me era posible. Sentí sus labios en el pelo, besándome varias veces.

—Vamos a tener que salir ya, Ash. Al final vas a perder el vuelo —dijo, sin hacer amago de levantarse, con lo que su afirmación perdió un poco de fuerza.

—Ya habrá otro —decidí, con la voz amortiguada contra su hombro.

Soltó una risa suave.

—Vale. Quédate hasta mañana.

Acomodó aún más su postura en el colchón y enterró la cara en mi pelo, como si estuviera dispuesto a dormir.

—Eh, no. No puedo —recapacité, con voz de fastidio—. Tengo que irme. Mañana tengo clase.

—Sí, ya lo sé —admitió, y besó mi cuello lentamente, haciéndome suspirar.

—Cam...

Mi protesta perdió firmeza incluso antes de salirme por la boca. Cerré los ojos y sonreí y acaricié el pelo de su nuca suavemente mientras él atrapaba la parte inferior del lóbulo de mi oreja entre los dientes, con dulzura.

—Dime, princesa. —Echó la cabeza hacia atrás para mirarme con cara de bueno.

Presioné mis labios contra los suyos, con fuerza.

—Tengo que irme —repetí, sin apenas separar nuestras bocas.

—Si piso mucho el acelerador desde Albany, calculo que aún tenemos media hora —me tentó, con voz pícara.

Lo empujé lentamente para poder mirarlo a los ojos.

—Debería irme en autobús. No me gusta que ahora tengas por delante cuatro horas de carretera solo por dejarme a mí en el aeropuerto.

—Dos horas más contigo, Ashley Bennet —dijo, muy lentamente, remarcando bien cada palabra—. Conduciría durante días sin agua ni comida solo por dos horas más contigo.

Sonrió, divertido, cuando le pegué suave en el brazo ante su exageración.

—Odio esto —suspiré—. No pensé que sería tan difícil cada vez que tengo que decirte adiós.

—Pues no lo digas —sugirió Cam—. Di: «Te veo luego», o «Te llamo más tarde», o «Tráete el abrigo la próxima vez que vengas a Chicago».

Sonréí de medio lado, negando con la cabeza.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Se incorporó de golpe y se estiró sobre mi cuerpo, para revolver en su cajón hasta encontrar un rotulador, al que le

quitó el tapón con la boca para a continuación escupirlo al suelo.

—¿Qué haces? —pregunté, con el ceño levemente fruncido.

A saber qué locura o estupidez se le estaba ocurriendo. Después de casi un año juntos aún conseguía sorprenderme con sus tonterías adorables muchas veces.

—Voy a darte algo para que te lleves.

Esa fue su simple respuesta antes de levantar la sábana y volver a meter su cabeza debajo. Me retorcí un poco cuando sus dedos y la punta del rotulador me hicieron cosquillas sobre la piel del abdomen, junto a mi cadera derecha. Lo oí pedirme que me estuviera quieta y me mordí el labio con la sonrisa intentando obedecer su petición. Intenté adivinar lo que estaba marcando sobre mi piel mientras deslizaba el rotulador negro trazando curvas, pero no pude. En tan solo unos segundos emergió orgulloso, con su sonrisa de superioridad, y yo aparté la sábana para mirar. Casi me esperaba, por su cara, que me hubiera dibujado un pene o una tontería de calibre semejante, pero no. Era un símbolo de infinito, pero incompleto. Uno de sus lados no estaba cerrado, y en cambio, el extremo se curvaba hacia abajo dibujando la mitad de un corazón. Un corazón incompleto también.

—¿Tengo que resolver el jeroglífico? —bromeé.

Hizo una mueca, ante mi falta de romanticismo.

—Es fácil. Pero, por si tienes dudas, te daré una pista: quiere decir que te quiero infinito —aseguró, en un tono muy dulce.

—Mmmm, no lo sé —lo dudé, contemplando aún el dibujo sobre mi piel—. En realidad, está todo a medias, así que ni es amor, ni es un infinito —lo piqué, burlona.

—Eso es porque tú llevas solo la mitad del amor infinito.
—Acarició mi mejilla y luego mi cuello, muy suavemente—. La otra mitad la tengo yo y, cuando estamos juntos, lo completamos.

Estiré el cuello para atrapar sus labios con los míos, en un beso dulce.

—Eres muy cursi, Cameron Parker, pero me encantas —susurré, pegada a él.

Le quité el rotulador de la mano, sin darle tiempo a reaccionar, y esta vez fui yo la que me escabullí bajo las sábanas para dibujar el símbolo en la piel junto a su cadera izquierda, de manera que se superpusiera con el mío cuando pegáramos nuestros cuerpos frente a frente. Hice la figura de manera simétrica a la que él me había marcado.

—No me estarás dibujando una polla, ¿no, Ash? —bromeó.

—Retiro lo de que me encantas —dije, al volver aemerger a su altura.

Soltó una carcajada muy alta, que me hizo sonreír al instante. Se miró la cadera y luego me miró a los ojos, con intensidad.

—Ahora sí estamos completos —murmuró.

—Ahora sí. —Estuve de acuerdo.

Me agarró por la cintura y me hizo rodar sobre el colchón para colocarse encima pegando nuestras caderas. Completando nuestro corazón infinito. Nos hicimos mil

promesas solo con los ojos. Promesas que los dos estábamos convencidos de poder llegar a cumplir.

—Te quiero muchísimo —declaré yo primero, con las manos entrelazadas en su nuca.

—Yo también te quiero —correspondió al instante.

—¿Infinito y para siempre?

Sonrió levemente, con su boca muy cerca de la mía, y reflejé su gesto inconscientemente, como era natural.

—Infinito y para siempre, princesa.

Agradecimientos

A ti, que te enamoraste de la historia de Ash y Cam y con ello hiciste posible que esta novela con más de ellos haya visto la luz.

A todas esas personitas que no han parado de preguntar por esta historia (a pesar del sufrimiento de las frases sin contexto) y que han demostrado las ganas que tenían de reencontrarse con los personajes. Ojalá el drama haya estado a la altura de las expectativas.

A quienes han luchado tanto para hacer de este libro una realidad (tan bonita).

A Ashley, a Cam... y también a Tyler: por enseñarme que, en la vida, todos nos equivocamos. Y nos enamoramos. Y también sufrimos. Y por eso a veces hacemos cosas sin medir la catástrofe. Y, al final, tenemos que aprender a vivir con nuestros errores.

Nos leemos pronto... para terminar de contar su historia.

Bad Ash 4. Suelo sagrado 1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto, María Pascual Alonso, 2022
© Editorial Planeta, S. A, 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26322-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu
próxima lectura!**

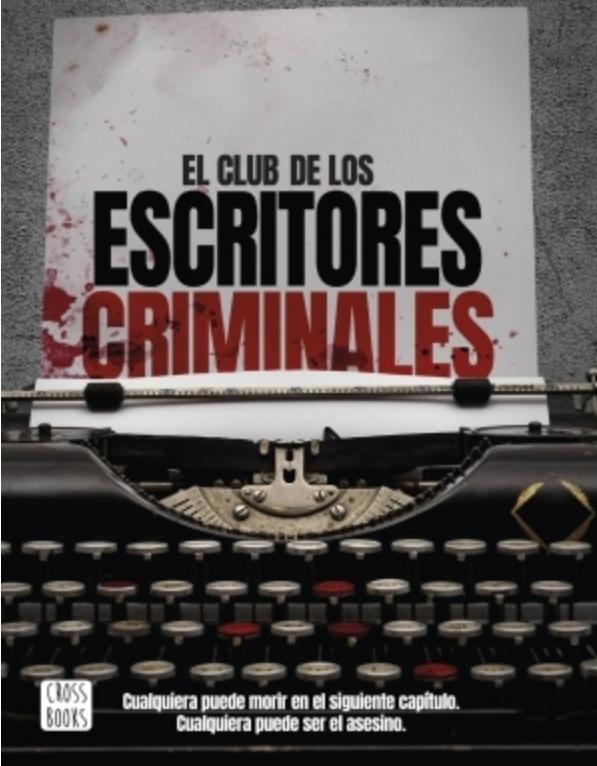


Libros juveniles

**¡Síguenos en redes
sociales!**



CARLOS GARCÍA MIRANDA



El club de los escritores criminales

García Miranda, Carlos
9788408264873
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ángela se ha convertido en una escritora superventas gracias a su novela *Los crímenes de la Complutense*. Su vida da un vuelco cuando acepta ser la profesora en un retiro para escritores que se celebra en un campamento junto a un lago. Su novio, Nando, la acompaña hasta ese lugar idílico que se vuelve una trampa mortal al descubrir que el payaso asesino está allí escribiendo una nueva novela. Cualquiera puede morir en el siguiente capítulo. Cualquiera puede ser el asesino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ÉL TIENE UN CORAZÓN DE HIELO...
PERO POR ELLA, QUEMARÍA EL MUNDO.

twisted
LOVE

TWISTED
LIBRO UNO

ANA HUANG

CROSS
BOOKS

Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana

9788408263142

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemará el mundo.

Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.... Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos... A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

Cómpralo y empieza a leer

Maria Martínez

CUANDO
NO QUEDEN
MÁS
ESTRELLAS
QUE
CONTAR

CROSS
BOOKS

Cuando no queden más estrellas que contar

Martínez, María

9788408247241

472 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cómo se ignora lo que late en tu interior?

¿Cómo se recupera el rumbo de una vida trazada por una mentira?

Desde muy pequeña, Maya se ha sacrificado en cuerpo y alma por el ballet. Trabaja como solista en la Compañía Nacional de Danza y los ballets más prestigiosos han puesto sus ojos en ella. Sin embargo, un grave accidente acaba con su futuro prometedor.

El único mundo que Maya conoce se ha derrumbado.

Su abuela, que ha guiado cada uno de sus pasos, la culpa por lo sucedido.

La ausencia de su madre pesa más que nunca.

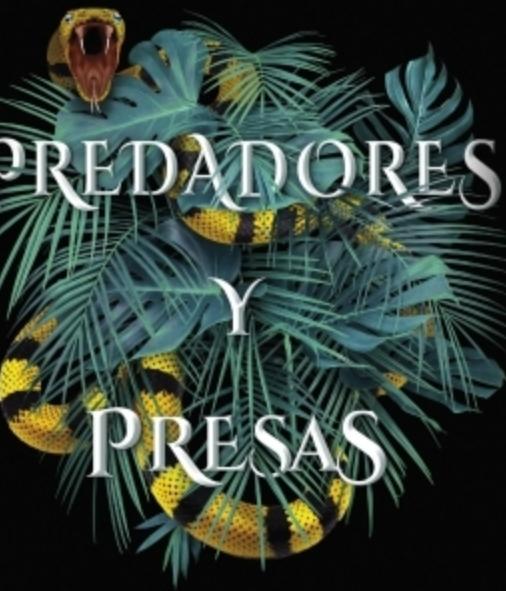
Y un hallazgo fortuito abrirá una profunda herida.

Un viaje inesperado, una chica incompleta y una verdad escondida en una caja de música.

A veces, dejar que suceda es todo lo que necesitas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

CAZAS O TE CAZAN



PREDADORES
Y
PRESAS

AYANA GRAY

CROSS
BOOKS

Predadores y presas

Gray, Ayana

9788408262961

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Benvenid@s al fantasy más exótico que leerás jamás!

Ekon Okojo es estudioso y prudente y aspira a continuar con el legado de su familia como Hijo de los Seis, una de las castas guerreras de Lkossa. Koffi, en cambio, es apasionada e impulsiva, y sueña con la libertad mientras trabaja como guardiana en el Zoo Nocturno. Sus caminos no se hubieran cruzado de no ser porque, una noche, sus destinos se confabulan para cambiar todos sus planes. Juntos, deberán adentrarse en la Selva Mayor para atrapar el Shetani, un monstruo tan poderoso como temible. A medida que las dificultades crecen y la esperanza merma, Ekon y Koffi se enfrentarán al monstruo más difícil de vencer: sus propios temores y secretos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



No hay verano sin ti

Han, Jenny

9788408019909

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 2)

Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este verano no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano signifi caba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría volver a ser como antes. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar...

[Cómpralo y empieza a leer](#)